

REVISTA DE EDUCACIÓN

ATAÚLFO PÉREZ AZNAR
ROMUALDO ARDISSONE
LUIS DE SANTIS
PEDRO KRAPOVICKAS
RAFAEL OLIVAR BERTRAND
ARMANDO C. SICA
MIGUEL M. TAJANI

Mensaje a los docentes
Geografía urbana argentina
Insectos peligrosos
Poblados y ciudades indígenas
Sobre historia cultural
El muralismo en América
Geometría euclidiana, elíptica e hiperbólica

ESTUDIOS Y TRADUCCIONES

ANA BIRÓ de STERN, *Revalorización del aborigen americano*. J. FILLIOZAT, *Presencia del budismo*. A. BLASI BRAMBILLA, *Temas de delincuencia juvenil*. E. SAPIR, *La función de una lengua internacional auxiliar*. RAÚL RINGUELET, *Las reservas como sagrarios*. S. DAVAL y B. GUILLEMAIN, *La ciencia y el espíritu científico*.

ACTUALIDAD PEDAGÓGICA

M. LUISA COGORNO, *Rosa y Carolina Agazzi*. ANDREA E. de PRIETO, *La iniciación literaria*. L. RODRÍGUEZ y E. G. MOREL, *Motivación de los centros de interés*. HEBE U. de NATALE, *Consideraciones sobre la enseñanza de la Geometría en la escuela primaria*. M. ZUNDEL, *El privilegio del maestro*. ESTELA HERRERA CLÉMENT, *La escuela activa en los grados superiores*.

LECTURAS

J. C. DÁVALOS, *El viento blanco*. F. SUAITER MARTÍNEZ, *Mientras juega un niño*. J. DORST, *Las aves y el mar*. J. M. SALAVERRÍA, *Elogio de los campanarios*. R. TAGORE, *Primeros jazmines*. G. E. HUDSON, *Mi primera visión de los flamencos*.

LENGUAJE Y ESTILO

A. MARASSO, *Cervantes y Horacio*. A. JUNCO, *La jota de Méjico*. T. S. ELIOT, *Valoración de la crítica*. J. P. SARTRE, *La realidad singular del habla*. P. GUIRAUD, *Argot y lenguaje técnico*.

LIBROS Y REVISTAS

C. M. RAMA, *Teoría de la historia*. R. HUBERT, *El desarrollo mental*. A. LE GALL, *Los fracasos escolares*. L. BRILLOUIN, *Vida, materia y observación*. H. JANTZEN, *La arquitectura gótica*. V. ROSSI, *Cosas de negros*. REVISTAS: *Apuntes sobre el arte maya*; *Pausas y vacaciones*.

IDEAS CONTEMPORANEAS

E. BRÉHIER, *Dirección de la filosofía contemporánea*. W. MAYS, *Lógica y semántica*. E. HANDRICH, *Las lenguas vivas y la formación del espíritu*. M. COHEN, *A propósito del lenguaje animal*.

CRÓNICA

J. A. BERGEZ, "Los Mártires" de Chateaubriand. S. IANNELO, *Educación democrática*. A. FERNANDES LEYS, *Rocha y la fundación de La Plata*. C. A. VILLAFUERTE, *El pesebre norteño*.



GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Don OSCAR E. ALENDE

VICEGOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Don ARTURO A. CROSETTI

MINISTRO DE EDUCACIÓN DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Don ATAULFO PÉREZ AZNAR

DIRECTOR DE LA REVISTA DE EDUCACIÓN

Don ARTURO MARASSO

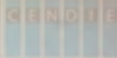
SECRETARIA DE LA REVISTA DE EDUCACIÓN

HAYDEE C. BLOTTO

La REVISTA DE EDUCACIÓN se publica mensualmente y forma volumen con numeración corrida cada tres números. La correspondencia y las colaboraciones deben enviarse a la calle 57-777, La Plata, República Argentina.

Revista fundada por SARMIENTO en 1858

Esta Revista se envía gratuitamente a las escuelas, instituciones y bibliotecas.



Noviembre - diciembre de 1959

Año IV, Nº 11 - 12 (Nueva Serie)

REVISTA DE EDUCACIÓN

Mensaje a los docentes de la provincia de Buenos Aires en el Día del Maestro¹

En este nuevo aniversario de la muerte de Sarmiento, los maestros argentinos hacen un alto en su tarea, para renovar el voto de amor a los niños y a la enseñanza que los consagró a la misión docente.

Como Ministro de Educación de la provincia de Buenos Aires, quiero hacer llegar, en especial a los maestros bonaerenses, en este día, un saludo cordial, juntamente con el testimonio de la profunda satisfacción con que seguimos su tarea cotidiana, comprobando el constante afán de perfeccionamiento que los impulsa al estudio y a la reflexión de los problemas educativos.

Hace justamente 100 años que Sarmiento ocupaba, como Jefe del Departamento de Escuelas, la más alta función del gobierno escolar de la Provincia. Todas las potencias de su personalidad múltiple y apasionada, desde su sonora prosa de combate, a su vitalidad de jornalero infatigable, se pusieron en Buenos Aires al servicio de la causa de la educación popular. Su lucha contra la pobreza de recursos y contra el desierto, no puede apreciarse en términos cuantitativos; seis o siete escuelas nuevas en cada año, eran el fruto de su actividad incansable y desesperada; pero a él le importaba, sobre todo, el contenido de esa escuela, que nacía sobre las cenizas ardientes de la guerra civil y del odio de las facciones. Más que crear muchas escuelas, Sarmiento se propuso fundar la escuela que pudiera servir de base inmovible a la reconciliación de los argentinos. Había

1. Palabras del Ministro de Educación ante los micrófonos de L. R. 3 Radio Belgrano de Buenos Aires, en oportunidad de celebrarse el Día del Maestro (11 de setiembre de 1959).

nacido nueve meses después de las jornadas de mayo de 1810, como concebido por el numen de la revolución, circunstancia que se complacía en señalar, pero su adolescencia y juventud fueron heridas profundamente por el espectáculo de nuestras discordias civiles y llegó al gobierno de la educación de Buenos Aires con su alma de bronce conmovida por el choque de los odios sectarios que habían ensangrentado nuestra América. Quiso hacer de la escuela el vínculo inviolable en que pudiera forjarse el alma de las nuevas generaciones, para asumir en la paz las tareas de la construcción urgente de la nacionalidad. Vio en el progreso material, la condición necesaria para la supervivencia argentina; pero los escritos de su ancianidad nos revelan que no se dejó encandilar por los frutos de ese progreso. Compartió con la generación fundadora de la Asociación de Mayo el sentido romántico y realista a la vez de un pensamiento urgido por las exigencias de una ambición de grandeza; y a pesar de algunas exageraciones y errores, nacidos al calor de la polémica, quiso, en lo profundo, encauzar los valores históricos de la sociedad americana, para adecuar el clima del país a las exigencias de una época y de un mundo que se nos imponía como una realidad extraña e inexorable. No resultaba fácil salvar los contenidos espirituales de una tradición y de una cultura valiosa, si el país naufragaba en el desierto y en el desencuentro de los argentinos.

La escuela fue para Sarmiento el pilar del desarrollo nacional y de la fraternidad argentina, el alma del porvenir. Y algo más. Concibió la escuela como el crisol de las clases sociales y de las razas humanas, porque creyó posible modelarla de tal modo, que sirviera para romper las estructuras que la sociedad ha consolidado muchas veces sobre los privilegios de la fortuna o del poder. Concibió la cultura popular como una fuerza de transformación y el reajuste de las jerarquías sociales, para que el orden de la República se fundara en el orden platónico de la virtud y del saber. No en vano se entendió tan profundamente con Horacio Mann, el pedagogo americano que más intención social puso en su acción educativa.

Y creyó en los maestros. Los maestros deben ver en Sarmiento, por sobre el precursor heroico y el patrono,

al estadista que tuvo fe en los maestros. Para él, toda la fuerza creadora que posibilitaba el cumplimiento del destino americano, la realización de los ideales revolucionarios y libertadores soñados por los fundadores de la Nación, se albergaba en el alma del maestro.

Yo también puedo deciros con orgullo, en este día, que todo un mundo que pugna por nacer, ha depositado su última esperanza en el advenimiento de una era de libertad y dignidad humana en las manos de los maestros argentinos.

ATAULFO PÉREZ AZNAR.

Ministro de Educación
de la Provincia de Buenos Aires.

Panorama de la Geografía urbana argentina

1. *Caracteres generales. Factores fisiógenos.*—La geografía urbana de la Argentina es el resultado de la acción combinada de variados factores naturales y humanos. Los primeros ejercen una influencia permanente, mientras que los últimos tienen manifestaciones más o menos cambiantes que, a través del tiempo, van haciendo cobrar aspectos diferentes y característicos a la vida agrupada.

Es indudable que el marco de la geografía física encauza, en lo general y en muchos detalles, la historia del país. Uno de los hechos antropogeográficos, vinculado de manera variada pero innegable al ambiente fisiógeno, es el urbano.

No podía ser de otro modo. Extendiéndose el territorio de la Argentina por millones de kilómetros cuadrados, se ofrece el campo propicio para el nacimiento de una multitud de ciudades, varias de las cuales logran alcanzar un puesto destacado en más de un concepto, como Buenos Aires, Rosario, Córdoba, La Plata, Mendoza y Tucumán. A la amplitud extraordinaria del horizonte argentino, dentro de una cierta unidad física general, se añade una gran variedad que aquí se registra a enorme distancia y allí en singular brevedad. Si analizamos la realidad geográfica del país, ya en los primeros pasos, encontramos un frente oceánico amplísimo con una *retroterra* dilatadísima, una cuenca fluvial de la magnitud de la platense, una llanura que fue comparada con un océano verde, una cordillera que limita el territorio en su mayor longitud y que, en el Aconagua, presenta la cumbre más alta de América.

Interrumpo el análisis, pues no hay posibilidad de que, en esta ocasión, trabaje conocimiento con cada uno de los individuos que constituyen la serie infinita de islas, cabos, golfos, playas, lagos, ríos, arroyos, torrentes, conos de

deyección, salinas, arenales, cangrejales, bosques, cordones montañosos, picos, sismos, volcanes, fuentes termales, terrazas, valles, quebradas, bolsones, pasos, glaciares, etc. Baste decir que el enlace de un conjunto de factores de morfología, de hidrografía, de clima, de suelo y de biogeografía engendró una característica división primaria en grandes regiones (Pampa, Chaco, Mesopotamia, etc.), que, a su vez, dan una división en subregiones y (estas también se prestan a dividirse, hasta llegar a ambientes relativamente diminutos que no dejan de influir sobre la instalación humana, inclusive la de tipo urbano).

Interminable sería realizar una reseña de cada uno de los centros urbanos, con especificación de las características nacidas de la situación y de la posición, aunque no resultaría difícil exponer las facetas más frecuentes y más o menos comunes que se deben a estos dos factores. Hay poblaciones marítimas (Río Gallegos, Comodoro Rivadavia), las hay fluviales (Rosario, Paraná, San Nicolás), otras son balnearias en alto grado (Necochea, Mar del Plata), otras turísticas (San Carlos de Bariloche) o estaciones sanitarias (Cosquín); a estas categorías podemos agregar las ciudades de valle (Salta), las de conos de deyección (Chilecito, La Rioja, San Juan), las pampeanas (San Francisco, Labulaye, Pergamino), sin pretender con esto completar la clasificación y sin mencionar la serie de las que traducen condiciones antropógenas que son bien numerosas.

En cuanto a la superficie que abarca la zona de influencia, y yendo de menor a mayor, hallamos ciudades con nexo casi enteramente local mientras que es muy factible encontrar en otras un vínculo regional que, para unas cuantas, se convierte en proyección inter-regional, y llega a ampliarse en algunas hasta alcanzar el horizonte nacional o poco menos (Tucumán, Córdoba, Rosario, Mendoza). En realidad, la posición de Rosario y Mendoza transpone los límites del país y ello sucede por la importancia que adquirieron más que por la relativa vecindad con la frontera. Existen varias ciudades de carácter más netamente internacional debido al hecho de hallarse en el linde del territorio argentino (Posadas, Formosa, Clorinda, La Quiaca). En la cumbre de la pirámide hallamos la ciudad de Buenos Aires cuya

posición abarca el máximo de superficie y significación en el interior y en el exterior, hasta el punto de que, además de eclipsar enteramente a sus hermanas, adquiere la categoría de ciudad mundial.

2. *Factores antropógenos. Influencia de los aborígenes. Territorios indios.* — Si el cuadro de los factores fisiógenos es complejo, igual o mayor amplitud y grado de complejidad adquiere el cuadro de las influencias antropógenas. Precisamente, la faz humana de la Argentina responde a condiciones muy variadas y peculiares que inciden, en todo momento, sobre la geografía urbana, infundiéndole un proceso particular que se diferencia intensamente del análogo hecho antropogeográfico europeo, desde más de un punto de vista. No se trata sólo de influjos leves y pasajeros, sino que deben atribuirse a este sector de causas varios aspectos de primera magnitud en la geografía urbana individual, como en la regional y asimismo en el orden nacional. La historia de tales manifestaciones geográficas registra la intervención, ora neta, ora completamente engastada, de los factores físicos y humanos, de modo que, a veces, resulta harto difícil desentrañar suficientemente la parte que corresponda a unos y otros.

Voy a intentar un bosquejo de las causas humanas y suministraré varios antecedentes próximos y remotos. Resulta que, a través del tiempo y del espacio, es factible anotar múltiples y acentuadas diferencias étnicas, numéricas, de distribución de los habitantes, con indudable repercusión sobre la geografía urbana.

La historia de la Argentina, como la de buena parte del mundo americano, se inicia en la primera mitad del siglo XVI con el descubrimiento y el más o menos inmediato proceso de conquista y colonización realizado por los españoles y que no pudo tener doquiera simultaneidad e iguales caracteres.

Los conquistadores encontraron al Nuevo Mundo habitado; en todas partes hallaron indios; pero, esta denominación común distaba mil leguas de corresponder a una población uniforme en número, distribución y aptitudes. En efecto, no eran todos pieles rojas, ni peruanos, guaraníes o tehuelches. No eran todos igualmente salvajes ni civilizados, sedentarios o nómadas; no todos llevaban una vida de economía destructiva ni agropecuaria.

De intensa heterogeneidad se manifestaba asimismo la población aborígen en el territorio que actualmente es patrimonio del Estado argentino, pese a que los indios civilizados no estaban a la par de los peruanos, de los mayas o de los aztecas. En el Noroeste del país se registraron testimonios innegables de sedentarismo, como ser cultivos, con numerosos ejemplos de aplicación del riego artificial y de las terrazas, e instalaciones guerreras (*pucaras*) y normales o pacíficas (*pueblos viejos*). Varias de estas últimas formas tuvieron tal extensión que los arqueólogos juzgaron justificado clasificarlas como ciudades (Quilmes, Tolombón, Puerta de La Paya, etc.).

Pero, allí no sucedió lo de otras partes de América, donde la ciudad aborígen fue la base de la ciudad hispánica que continuó a la primera o se engarzó sobre ella. Sin embargo, los fundadores de poblaciones, si no trataron de superponer lo nuevo a lo preexistente, procuraron establecerse en la vecindad de núcleos sedentarios. Así sucedió en el Noroeste donde las manifestaciones agrícolas eran mucho más que incipientes; así sucedió, por ejemplo en la Megapotamia, a lo largo del Paraná, donde los cultivos eran precarios y sólo pertenecían a tal o cual tribu. Lo demás, y media más de la mitad del territorio argentino, correspondía a la ocupación destructiva del suelo, al dominio del nomadismo, con una densidad de población muy mala.

En la confluencia del río Carcarañá con el Coronda, Sebastián Caboto fundó en 1527 una fortaleza llamada Sancti Spiritus, "el primer establecimiento español en el territorio argentino", según la expresión de Outes¹. A ese punto llegaron "todos los indios de la comarca que son de diversas naciones y lenguas, a ver, al Señor Capitán jeneral entre los cuales vino una jente del campo que se dicen quirandies esta es jente muy lijera, mantienense de la caza que matan, y en matandola, qualquiera que sea, le beben la sangre porque su principal mantenimiento esa cava de ser: la tierra muy falta de agua... Estos quirandies son tan ligeros que alcanzan un bocado por pies... estos nos dixerón que de la otra parte de la sierra confinaba la mar y segun dezian crecia y menguaba, mucho y muy supito, y segun la Relacion que dan. El señor capitán jeneral [Caboto] piensa que

la mar del sur [océano Pacífico]. Así nos hace saber uno de los testigos de esos acontecimientos que describe con tanta precisión el nomadismo de los querandies y menciona la gran amplitud de su recorrido que les permitía suministrar noticias del Pacífico en la zona del Paraná².

Sancti Spiritus no tuvo inmediata continuidad. Poco después de dos años de su fundación, los indios lo destruyeron y las expediciones de Caboto y de García abandonaron la cuenca del Plata para regresar a España. En 1535, el adelantado Pedro de Mendoza inició la ocupación permanente de esta porción de América y realizó la primera instalación en Buenos Aires. En este mismo punto, los españoles volvieron a tener contacto con los querandies que fueron caracterizados así por el célebre soldado Schmidt: "no tienen un paradero propio en el país; vagan por la tierra al igual que aquí en los países alemanes los gitanos. (También) cuando estos indios Querandis se van tierra adentro para el verano sucede que en muchas ocasiones hallan seco a todo el país por treinta leguas de camino y no se encuentra agua alguna para beber; y cuando agarran o asaeitan un venado u otra salvajina, juntan la sangre de éstas y la beben. (También) en casos hallan una raíz que se llama cardo y entonces la comen por la sed; cuando los susodichos Querandis no quieren morir de sed y no hallan agua en el pago, beben esta sangre. Pero si acaso alguien piensa que la beben diariamente, esto no lo hacen, por eso comprendelo bien"³.

Con toda intención quise insistir sobre el carácter nómada de los querandies, primitivos habitantes que vagaban por la Pampa que era una inmensa región carente de habitantes sedentarios. Precisamente el Noroeste, cuyos aborígenes dejaron tantos restos de poblaciones y hasta de ciudades, ahora palidece en geografía urbana frente a la Pampa, otrora dominio de nómadas y que en nuestros días tiene el mayor número de poblaciones, entre las cuales descuellan dos, nada menos que de la categoría de Rosario y Buenos Aires. Ello constituye el mejor ejemplo de la relatividad de ciertos factores, pues donde hace cuatro siglos merodeaban unos pocos querandies, ahora se presenta la máxima expresión urbana argentina, y todo con la misma topografía, con

el mismo clima, con la misma fertilidad, con la misma posición natural.

Si en ciertos momentos y en ciertos lugares la actitud del aborigen hacia el europeo fue amistosa, en general predominó la resistencia y aun la lucha agresiva que, con grandes o pequeñas alternativas, persistió hasta los últimos decenios del siglo XIX. En la misma región de mayores muestras de sedentarismo, en el Noroeste, la sujeción definitiva del indio fue trabajosa y terminó a sangre y fuego y con desnaturalizaciones —de una nació Quilmes, al borde del Plata—, en la segunda mitad del siglo XVII.

El Gran Chaco, La Patagonia y una extensa porción de la Pampa sólo registraron varios intentos fracasados de colonización. El dominio del Estado español antes y del argentino luego no fue real sino teórico y el mismo conocimiento geográfico de esas amplias regiones se resentía con exceso de intensidad. El país tenía *fronteras interiores* que separaban el territorio de soberanía efectiva, con población civilizada o cristiana, de los territorios indios, salvajes o desiertos. La frontera o línea de fortines significaba una seguridad relativa, pues la historia documenta una serie de *malones* que asolaron lugares situados muy a espaldas de las fortificaciones. Los indios no sojuzgados vivían a poca distancia de la ciudad de Santa Fe y hasta 1879 el territorio indio incluía miles y miles de kilómetros cuadrados del SW, de la provincia de Buenos Aires.

Pero, precisamente en 1879, comenzó la rápida solución del problema aborigen. La expedición del general Roca, en mayo de 1879, llegó a la orilla del río Negro y en unos pocos años se suprimió el territorio indio. La soberanía real del Estado argentino se afirmó en toda la Pampa, en el Gran Chaco y en la Patagonia y principió a extenderse a ese mundo la vida civilizada, con probabilidad de formarse toda una serie de ciudades.

El nomadismo y la hostilidad de los indios significaron un factor adverso muy eficiente para el nacimiento y progreso de centros urbanos en el país. Ello no obstante, más de una ciudad se fundó y tuvo particular desarrollo, vinculada al problema indígena (fecha de aparición, situación y posición, trazado, construcciones, tipo de habitantes, actividad económica). Mencionemos Salta, Esteco, Londres, Trenque Lauquen, Bahía Blanca, Patagones, etc.

3. Esbozo de la historia poleogeográfica argentina. — Por lo que expuse, vemos claramente que, a la llegada de los españoles, el territorio argentino era una *tabula rasa* casi perfecta en materia de vida urbana. Por consiguiente los conquistadores disponían de plena libertad para fundar ciudades cuyo nacimiento debía tener en cuenta factores naturales y humanos, pero sin depender mayormente de intereses creados que pudiesen trabar.

Entonces, nació en esencia la geografía urbana argentina. No se esperó que la ciudad surgiera como consecuencia del desarrollo demográfico y de la valorización de la comarca. Se la consideró instrumento necesario de la colonización y así apareció al dar el primer paso de ésta. Vasto el territorio, con una población sumamente limitada, en contacto con indios salvajes o de cultura inferior y a menudo desafectos, con problemático auxilio de sus alejadísimos congéneres, esos conquistadores debían pensar en la posibilidad de agruparse, si deseaban defenderse contra las asechanzas de enemigos naturales y humanos, conservar y desarrollar la civilización en las nuevas tierras. La ciudad era la encargada de esta misión. Por eso, fueron apareciendo núcleos urbanos que localizaron los focos de colonización que, simultánea o sucesivamente, pudieron establecerse en la inmensidad del territorio argentino.

Debido a esa *tabula rasa* y por proceder los conquistadores de la Europa del Renacimiento, nacieron las ciudades argentinas con traza regular, no dependiendo simplemente del saber o capricho del fundador sino que las autoridades peninsulares impusieron normas, como lo expresan las *leyes de Indias*. La traza regular, el cruce de las calles en ángulo recto, la división en manzanas iguales, la sucesión uniforme de cuadras, el monótono damero que resulta, la orientación y las calles relativamente angostas, dieron motivo a críticas en tiempos más recientes. Se invocaron razones de higiene, de belleza y necesidades cada vez más acuciantes del creciente tránsito. Así, por concepción general o por responder a condiciones de situación particular, se trazaron ciudades o barrios con calles anchas, ora rectas, ora curvas, con diagonales, con modificación de trazas primitivas que consisten en apertura de diagonales, en ensanche de calles estrechas, en demolición de edificios para crear

o ampliar plazas, en optar por nuevas orientaciones más o menos adecuadas a la exposición solar o a las necesidades de las comunicaciones (La Plata fundada en 1882, Buenos Aires y múltiples otros ejemplos).

La geografía urbana argentina, pese a su desarrollo que no puede llamarse tan multiseccular como la europea, no deja de presentar más de un sello impreso por el tiempo, en cuanto a varias facetas de las ciudades, y no hablemos de la influencia que se nota en el número de habitantes, en la cantidad de centros urbanos y en su distribución geográfica.

El siglo XVI terminó con la fundación de una serie de ciudades, algunas de vida efímera, otras de arraigo, como ser la ciudad de Buenos Aires y la capital de las actuales provincias, menos Entre Ríos, Buenos Aires, Chaco, La Pampa y Catamarca, siempre que el territorio de esta última no se considere simple transformación de lo que correspondía a la jurisdicción de Londres. Esto nos hace recordar que varias de esas ciudades, en el curso del siglo XVI y asimismo del XVII, por tal o cual causa, sufrieron traslados antes de estabilizarse de manera definitiva o desaparecer (Mendoza, San Juan, Londres, Tucumán, Barco, Esteco, Santa Fe). Cabe mencionar las fundaciones del N.E., en las Misiones, que no persistieron por la expulsión de los jesuitas. El proceso iniciado en el siglo XVI continuó en las centurias siguientes, por todo el tiempo que duró el dominio colonial español.

El período independiente, comenzado con la Revolución de Mayo, de ningún modo interrumpió el nacimiento de nuevos núcleos. Baste citar, como ejemplo, que en el mismo año 1810, en el curso de una expedición militar, Belgrano fundó Curuzú Cuatí, en Corrientes.

Después de varios decenios de vida agitada por luchas exteriores e intestinas, el país logró su estabilización política fundamental. En la segunda mitad del siglo XIX la vida de la República registró grandes y rápidos progresos: se produjo un considerable aumento demográfico facilitado por una extraordinaria corriente migratoria, se desarrolló la actividad agropecuaria con estímulo del comercio exterior hasta adquirir proporciones de importancia mundial, nació y creció con pasos agigantados la red ferroviaria, suprimieron las fronteras interiores.

Todo ello debía repercutir sobre la poleogeografía. De manera variada pero confluyente, ora directa, ora indirectamente, debía influir sobre las ciudades preexistentes y contribuir al nacimiento de muchísimas nuevas. Lo que va del siglo XX significa una ampliación y una intensificación creciente del mismo proceso para darnos el cuadro poleogeográfico actual.

Anteriormente hice una fugaz referencia a la inversión que se efectuó entre el Noroeste y la Pampa. Ahora presento otra análoga entre el conjunto de la Argentina y otras partes de América.

En efecto, en el primer período histórico, en el curso de los tres siglos coloniales, el territorio argentino no presentó nada comparable a Lima y a México, pues tampoco tuvo dentro de sus fronteras grandes masas de población aborígen ni un cerro de Potosí u otros yacimientos de riqueza fabulosa en metales preciosos. Pero, en tiempos más recientes, la Argentina vió favorecida y compensada, con creces, de su inferioridad minera, gracias a la valorización de la amplitud del territorio con clima propicio, fertilidad de suelo y buena posición que estimularon el singular desarrollo agropecuario y la nascente industria. Por eso, la Argentina aventaja ahora, en más de un aspecto, a la poleogeografía de Bolivia, del Perú y de otros países americanos que otrora figuraban en primera línea.

4. *Los cuatro censos nacionales de población. Ciudades con más de 5.000 almas. Cuadro urbano comparativo.*—El número de habitantes no es lo único que permite conocer la índole de las ciudades; pero, es indudable que constituye un elemento de juicio de gran significación en sí y, además, puede adoptarse como exponente de otros aspectos urbanos. Precisamente, los censos revisten una importancia extraordinaria para apreciar los caracteres del proceso de formación urbana nacional y para conseguir una visión del conjunto que ofrece en nuestros días.

Dichos censos de población fueron locales o abarcaron una extensión más o menos amplia del territorio nacional. No voy a referirme a los de esta categoría, por el carácter panorámico del presente escrito, sino a los de orden nacional que son cuatro y se realizaron en 1869,

PANORAMA DE LA GEOGRAFÍA ARGENTINA

1895, 1914 y 1947. Los tres primeros, hace unos años, me sirvieron para trazar una visión sintética del desarrollo urbano del país adoptando como base las poblaciones que tuviesen más de 5.000 habitantes²; aunque la publicación de los datos censales permitiese aprovechar los núcleos urbanos con más de 2.000 habitantes.

Salvo una que otra referencia a esas estadísticas retrospectivas —que bien merecen un estudio pormenorizado— ahora me documento exclusivamente con los resultados del censo de 1947, en el cual se hallan las cifras correspondientes a las poblaciones que exceden los 2.000 habitantes³. En este artículo no las considero todas, pues habría dificultades cartográficas y de comentarios para abarcar su número tan elevado.

Por consiguiente, adopto el mismo criterio de mi artículo anterior: excluyo las poblaciones de 2.000 a 5.000 almas y considero solo las que son superiores a esta última cifra. Juzgo que tal límite es adecuado, por cuanto permite fácilmente la visión de conjunto y, a la vez, logro documentar algunos avances de mucho interés operados por la geografía urbana argentina que no podrían registrarse, en caso de optar por el nivel inferior de 10.000, 20.000, 25.000 ó 50.000. Precisamente un hecho muy digno de notarse es la incorporación de nuevas regiones al panorama urbano, hecho que se registra bien con las ciudades de más de 5.000 almas.

En primer lugar, presento un cuadro estadístico fundamental que elabore con las cifras de los cuatro censos nacionales de población:

Urbanismo	CENSOS			
	1869	1895	1914	1947
Número de ciudades	21	46	122	205
Población				
a) Total				
Habitantes	1.749.000	3.955.000	7.905.000	15.893.827
Por ciento	100	100	100	100
b) Urbana				
Habitantes	381.345	1.269.743	3.588.250	9.939.580
Por ciento	22	32	45	57
Promedio.	18.159	27.603	27.183	44.695
c) Rural y pqq. centros				
Habitantes	1.361.655	2.685.257	4.316.750	6.854.247
Por ciento	78	68	55	43

Un examen fugaz del cuadro pone de manifiesto el notable incremento demográfico del país. Cada censo señala la duplicación aproximada del número global de habitantes y hay asimismo un progreso aún mayor de la población de los centros con más de 5.000 almas. Debe observarse, en particular, que en el último censo la proporción supera resueltamente al 50 por ciento y que el promedio de habitantes por cada ciudad alcanza la respetable cifra de 44.095 almas, debido a la influencia de una serie de centros urbanos de importancia y de uno muy grande como Buenos Aires.

5. *La ciudad de Buenos Aires.*—Lo que suele considerarse ciudad de Buenos Aires es lo encerrado en los límites del municipio homónimo que, políticamente, constituye la Capital Federal. En 1947, contaba con 2.981.043 almas. Pero la ciudad se expande mucho más allá de la avenida General Paz que, desde el punto de vista administrativo, señala el límite con la provincia de Buenos Aires. En el curso de decenios, la ampliación urbana fue prodigiosa con el nacimiento de numerosos barrios y la fagocitosis de una serie de poblaciones preexistentes hasta alcanzar un área y una población que no sólo dan al conjunto el primer puesto nacional, sino que está a la par con las mayores ciudades del mundo. Saliendo del núcleo inicial, fundado por Garay en 1580, por decenas de kilómetros hacia el N.W., el W., el S. y el S.E., la ciudad se propaga, no obstante la existencia de las divisiones administrativas. Es el *gran Buenos Aires* o *Buenos Aires* a secas que constituye una especie de región urbana, a tanto alcanza el área que cubre.

En 1948 hubo un reconocimiento oficial de esta realidad aunque sin dar al hecho geográfico la unidad administrativa. Un decreto de la provincia de Buenos Aires estableció que, junto con el municipio de Buenos Aires, los siguientes quince *partidos* como *nen* el *gran Buenos Aires*, para coordinar ciertos problemas que afectan a esta gigantesca entidad urbana: Tigre, San Fernando, San Isidro, Vicente López, General Sarmiento, General San Martín, Morón, Matanza, Avellaneda, Lanús, Lomas de Zamora, Esteban Echeverría, Quilmes, San Ramon, B. 0. W., Florencio Varela. El área total (los quince *partidos* y la Capital Federal) es de 2.637 kilómetros cuadrados.

En cuanto al número de habitantes, voy a recurrir a los datos del censo de 1947. Resulta que siete *partidos* (San Fernando, San Isidro, Vicente López, General San Martín, Morón, Avellaneda, Lanús) sólo tenían población urbana, mientras que los ocho restantes contaban apenas 87.502 habitantes rurales. Pero, la población urbana de algunos *partidos* era muy elevada, como la de San Martín que llegaba a 269.514 almas, la de Avellaneda a 218.621, la de Lanús a 244.473 y la de Vicente López a 149.958; en cambio la de Florencio Varela registraba apenas 5.536. Globalmente, los quince *partidos* sumaban 1.624.134 habitantes urbanos a los 2.981.043 de la Capital Federal. Así resultaba que el gran Buenos Aires tenía nada menos que 4.605.177 habitantes, correspondiendo al municipio de Buenos Aires casi el 65 %.

Esta enorme ciudad no es únicamente la primera de la Argentina. Constituye una de las pruebas más evidentes del intenso desequilibrio demográfico que caracteriza este país. Efectivamente, la prodigiosa agrupación urbana porteña, con sus 4.605.177 almas, representaba en 1947 nada menos que una proporción un poco superior a la mitad (50,94 %) del total de habitantes que en esa fecha sumaban todas las otras poblaciones que albergaban más de 5.000 individuos cada una. Eran 4.605.177 almas frente a 4.434.403.

No debe terminar aquí la comparación, pues notamos por otra parte que, en esta sola ciudad, se concentraba más de la cuarta parte de la población total del país (15.893.827 habitantes). El porcentaje alcanzaba el 28,97 por ciento mientras que el resto de la población que se distribuía en la inmensidad del territorio argentino significaba el 71,03 por ciento con 11.288.650 almas.

En numerosas oportunidades se emitieron opiniones adversas a esta macrocefalia. Sin desconocer la existencia de facetas negativas del problema, hemos de convenir que este grandioso fenómeno urbano, en mucho, responde a la confluencia de varios factores geográficos cuyo estudio requiere un espacio de que no dispongo en esta ocasión.

6. *Grandes agrupaciones urbanas y divisiones administrativas.*—La desproporción se notaba, además, en esto: la ciudad que seguía a la de Buenos Aires era

Rosario, pero su población giraba apenas alrededor de la décima parte (467.937 individuos) que, sin embargo, significó duplicar la cifra de 1914 (222.592).

Ya que menciono el tercer censo conviene establecer otro progreso manifestado por el cuarto. En efecto, exceptuando la ciudad de Buenos Aires, los censos de 1869 y 1895 no registraban ninguna ciudad con más de 100.000 habitantes y el de 1914 sólo tenía dos: Rosario y Córdoba que apenas entraba en la categoría. En cambio, el censo de 1947 nos presentaba siete: Rosario (467.937), Córdoba (369.886), La Plata (207.031), Tucumán (194.166), Santa Fe (168.791), Mar del Plata (114.729) y Bahía Blanca (112.597).

Pero, así como he llamado estas otras siete: Avellaneda (278.621), General San Martín (269.514), Lanús (244.473), Vicente López (149.958), Lomas de Zamora (125.943), Quilmes (115.113) y Morón (110.344), por ser partes constitutivas del gran Buenos Aires, deberíamos añadir alguna más a la lista oficial. Procedo en esto con criterio geográfico y no administrativo. Debido a ello, resulta que la ciudad de Mendoza figuraba en el censo con 97.496 individuos; pero, quien conoce geográficamente la gran Mendoza o simplemente Mendoza sabe que su población efectiva gira alrededor de los 200.000 habitantes, pues el censo de 1947 daba 54.480 para Godoy Cruz, 44.894 para Guaymallén y 14.933 para Las Heras que, en su totalidad o en su mayor parte, habría que sumar a los citados 97.496.

7. *Extensión del proceso urbano a todo el país.*— Interrumpo esta clase de comentarios, no trato de presentar las demás series de ciudades clasificadas por el número de habitantes; antes bien, procuro decir algo acerca del avance territorial que acusó la geografía urbana y vuelvo fugazmente a las fronteras interiores que ya mencioné.

El censo de 1869 se levantó cuando inmensas extensiones del país eran territorio indio y por lo tanto completamente excluidas de toda expresión urbana. El censo de 1895 se realizó en fecha posterior a la supresión de las fronteras interiores, pero el poco tiempo transcurrido fue insuficiente para que el poblamiento del desierto hiciese surgir agrupaciones de más de 5.000 almas. El censo de 1914 registró el hecho con varios ejemplos en

el Gran Chaco y en la Pampa. Sin embargo, por el Sur, no hubo nada, pues Carmen de Patagones—fundada en el siglo XVIII—representaba el límite de máximo a los 41° S.

Muy diferente era la situación puesta de manifiesto por el censo de 1947. A pesar de notarse en algo el influjo restrictivo de las ex fronteras interiores, se registró una intensificación del proceso urbano de la Pampa y del Gran Chaco. Además, se incorporaba la inmensa región patagónica que, a Carmen de Patagones, agregaba siete poblaciones que se repartían por el frente atlántico, por la cuenca del río Negro y asomaban en la misma región occidental, a orilla de los lagos o sus vecindades. Desde el paralelo 41° S, en Carmen de Patagones, se realizó el gran salto de tocar casi el paralelo 52° S, con Río Gallegos. Por otra parte, Comodoro Rivadavia, nacida a principios del siglo, encontró en el petróleo el impulso que la llevó a contar 25.651 habitantes y que, en pocos años más, probablemente, arrebatará a la magallánica Punta Arenas la primacía en las elevadas latitudes sudamericanas.

Prácticamente, la geografía urbana del país hacia acto de presencia en todo su territorio sudamericano, desde Misiones hasta los lagos patagónicos andinos, desde la frontera boliviana, en el altiplano jujeño, hasta las proximidades del estrecho de Magallanes.

8. *Geografía urbana regional.*—Sin embargo, este hecho no debe darnos la ilusión de una distribución uniforme. Es cierto que ahora ya no existen causas humanas que impiden el desarrollo urbano en grandes extensiones de territorio; pero hay una multiplicidad de factores de variada índole que dan una repartición geográfica sumamente desigual.

La publicación de los datos del censo de 1947 se hizo con criterio administrativo: se presentó la lista de las ciudades de las provincias y luego la de territorios nacionales; dentro de cada categoría política, se dispuso el orden alfabético. Me aparto de este criterio y aplico una norma más geográfica. Para ello, tomo los datos del censo y los ordeno de acuerdo con las primarias y amplísimas regiones geográficas, algunas de las cuales tienen límites netos y más o menos incuestionables, como

ser la Mesopotamia y la Patagonia que abarca las tierras al Sur del río Colorado. Para las otras, los límites se aceptan sin mayor discusión, en sus grandes líneas. Sin embargo, se opondrá algún reparo, en particular, a mi decisión de incluir en la Pampa las ciudades de Mercedes de San Luis, Córdoba y Santa Fe. Hago la salvedad que yo mismo las considero peripampeanas o fronterizas. Rehuyendo todo detalle, actualmente inoportuno, a continuación presento el cuadro sintético que pude elaborar:

REGION	CIUDADES			
	Total de habitantes urbanos	%	Promedio de habitantes de cada ciudad	Número de ciudades
Noreste	622.493	6,89	21.465	29
Gran Chaco	187.582	2,07	12.505	15
Mesopotamia	567.472	6,23	19.326	29
Pampa	7.193.769	79,58	65.397	110
Cuyo	398.337	4,41	28.452	14
Patagonia	69.927	0,77	8.740	8
Argentina	9.039.580	100,00	44.095	205

Para una mejor comprensión del cuadro, se necesitaría disponer del área y de la población total de las regiones; mas, de cualquier manera, estas cifras son elocuentes para documentar el citado desequilibrio. En efecto, la Pampa con sus 7.193.769 habitantes urbanos —frente a 1.845.811 de las demás cinco regiones— representa por sí sola los 4/5 de todo el país y más de la mitad del número de poblados. Esta situación se debe indudablemente a la influencia de una serie de factores geográficos muy favorables que la convirtieron en la región más propicia al poblamiento y al concomitante desarrollo urbano. El elevado promedio de habitantes de cada ciudad corresponde a la acción directa de las mayores ciudades argentinas que se han formado en la Pampa.

No se trata simplemente de diferencias de números, por cuanto, apenas se pasa la vista sobre el problema, surgen características regionales de mayor o menor bulto. Así, por ejemplo, la acentuada uniformidad topográfica y climática de la Pampa va acompañada de una relativa regularidad de distribución de los centros urbanos. En cambio, existe irregularidad muy grande en el Noreste,

en Cuyo y en la Patagonia, por ser regiones de otros factores fisiogeográficos. La Mesopotamia es la segunda región por número de ciudades y su colonización comenzó en el siglo XVI; sin embargo, ningún núcleo tiene 100.000 habitantes. La causa reside en los dos grandes ríos navegables, Uruguay y Paraná que, si bien favorecen el nacimiento de una serie de ciudades, ellas son de reducida población, que impide una gran acción centralizadora y su concomitante desarrollo demográfico.

Sin desconocer ni subvalorar la influencia de los factores humanos, tenemos que admitir el resultado omnipresente e intenso de factores naturales. Menciono al respecto varios casos. Santa Fe es más antigua que Rosario y asimismo es capital de provincia; e lo no obstante, la segunda supera en mucho a la primera. Santiago del Estero es la ciudad más antigua del país y, sin embargo, la aventajan La Plata, Mar del Plata y Bahía Blanca que nacieron en el siglo XIX. La Rioja fue fundada en 1591 y ocupa uno de los últimos puestos entre las capitales de provincias, mientras que La Plata, fundada en 1822, tiene 207.031 habitantes, es decir casi el décuplo de aquella.

9. *Un ejemplo: diferente desarrollo de Bahía Blanca y Patagones—Viedma.*—Notabilísimo son los casos de Carmen de Patagones y de Bahía Blanca. La primera comenzó en 1779 y su desarrollo demográfico fue el siguiente: 1869 = 1.650; 1895 = 2.096; 1914 = 5.204; = 1947 = 5.423. Bahía Blanca fue fundada en 1828 y, como la otra, hasta 1879 tuvo la remota del problema indio. El proceso demográfico atestigua otro ritmo: 1869 = 1.037; 1895 = 9.025; 1914 = 44.145; 1947 = 112.567. La diferencia es muy grande, pues, aunque a los 5.423 se agregan como corresponde, los 4.683 habitantes que en 1947 tenía Viedma, capital de río Negro —Viedma y Patagones constituyen una zona ciudad dividida por el río—, los 10.108 no alcanzan un décimo de la población de Bahía Blanca y llama la atención el estancamiento entre 1814 y 1869.

Voy a mencionar los principales factores. Hacia el S.W. la Pampa acusa una progresiva disminución de lluvias y el hecho se intensifica en el N. de la Patagonia. En Bahía Blanca caen 538 mm. anuales (promedio 1913-1937), mientras que en Patagones sólo 354. La zona de

influencia de la primera (Pampa central y occidental, Norte de la Patagonia) no es toda de clima árido sino que ofrece muchas posibilidades de vida. En cambio, la *retroterra* de Patagones tiene únicamente lluvia mínima.

No olvidemos que Patagones está próximo al océano y a orillas del río Negro que es el principal de la Patagonia y uno de los primeros de la Argentina. Sin embargo, si estos factores le dieron nacimiento, poco impulsaron su progreso hasta ahora. El valle del río Negro, especialmente la sección de aguas arriba, tuvo desarrollo demográfico, pero la vía férrea que llega a Zapala desvía hacia Bahía Blanca el tráfico del Neuquén y del río Negro hasta Choele Choel. Además, la navegación del río no tuvo solución de la cual pudiese resultar gran provecho. La vecindad al océano tampoco es factor de gran progreso, por cuanto el río Negro tiene una barra en su desembocadura que obstaculiza muchísimo su movimiento portuario. El *Derrotero Argentino* (II, 1928, 53, 54) puntualiza de este modo el problema:

"El paso a través de la barra tiene unos 200 metros de ancho, sondándose sobre él sólo 11 pies (3,3 mts.) en bajamares medias y en las máximas 8 pies (2,4 mts.). Como los bancos de la barra se modifican continuamente, no deberá intentarse el pasaje de la misma sino bajo la dirección de un práctico del lugar".

"Los buques de un calado mayor de 12 pies (3,7 mts.), no deben intentar la entrada, pues si lo consiguieran aprovechando una calma chicha, muy rara en esta parte de la costa, estarían expuestos a quedarse encerrados en el río durante muchas semanas antes de poder cruzar la barra nuevamente".

Pese a que Bahía Blanca tenga medio siglo menos de historia y no se halle a orillas de un río como el Negro, dispone de condiciones geográficas tan propicias que, una vez removidos los obstáculos circunstanciales, la pusieron en el camino del progreso. En sus días iniciales, el fundador, coronel Ramón Estomba, decía respecto del sitio: "Toda la División se halla establecida en la parte occidental del Sauce Chico a una legua del puerto que desde hoy tiene el nombre de DE LA ESPERANZA, y al pie del lugar elegido para la fortificación y población. Las noticias recibidas sobre las circunstancias de este punto no son exageradas, ellas han excedido a nuestras espe-

ranzas, y puede decirse sin temor a equivocarse que hemos reunido en un mismo punto, y a muy cortas distancias, buen campo, terrenos de labranza, agua exquisita, inmensa cantidad de combustible, y un puerto que exigirá muy poca obra para ser seguro y cómodo".

La ciudad fue fundada a pocos kilómetros del mar a cuya costa es posible el acceso de buques de gran calado. Ello favoreció la construcción de varios puertos de activo movimiento de exportación, sin hablar de puerto Belgrano que es de guerra. En síntesis, Bahía Blanca aprovechó la posición: por un lado, debido a un gran índice de *simulad*, los buques penetran muchísimo y, por otro, constituye una excelente salida para una amplísima *retroterra* que facilita las comunicaciones terrestres.

10. *Conclusión.*—La geografía urbana argentina presenta al estudioso infinidad de temas generales, regionales y locales, de series y de individuos, de facetas y de conjunto, de manifestaciones actuales y retrospectivas e intentos de predicciones. Amplitud de horizonte y multitud de casos, para una investigación exhaustiva, exceden sin lugar a dudas las posibilidades del esfuerzo individual.

ROMUALDO ARDISONE.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

1. FELIX F. OUTES, *El primer establecimiento español en el territorio argentino. Noticias hidrográficas* (1827-1892), 1 vol. 30 p., 13 figs. en t. Buenos Aires, 1902.
2. LUIS RAMÍREZ, *Carla, Puerto de San Salvador a 20 de julio de 1928*, en EDUARDO MADRERO, *Historia del puerto de Buenos Aires*, 1. *Aplé* No 8, p. 359. Buenos Aires, 1902.
3. ULRICH SCHMIDT, *Derrotero y viaje a España y los Indios, traducción del alemán según el manuscrito original de Stuttgart y comentado por Ramundo Wernicke, Prólogo de Josef Collins*, 44-45, Santa Fe, 1928.
4. *Paleografía: copiarlo griego en el que perteneciente de post — vñ. del. Es la unión que dice geografía urbana.*
5. ROMUALDO ARDISONE, *Tres palabras en el desarrollo urbano argentino, en Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, serie A, III, 109-115, 4 hojas. Buenos Aires, 1933-1935.*
6. *Presidencia de la Nación, Ministerio de Aeronáutica, IV censo general de la Nación, 1947, Resultados generales del censo de población*, 1 vol. 40 p. Buenos Aires. Publicación de la Dirección Nacional de Servicios Técnicos del Estado, Dirección General del Servicio Estadístico Nacional, Informe D. J. Año 1951.
7. Los publicaciones geográficas e históricas, generales y particulares, como también la documentación cartográfica, necesarias para estudiar la geografía urbana de Bahía Blanca y Correo de Patagones son numerosas. Aquí no las menciono, por razones de brevedad.

Insectos Peligrosos

Los insectos han hecho su aparición en épocas remotísimas de la historia de la Tierra, hace ya millones y millones de años, y constituyen en la actualidad la clase de animales que domina en la Naturaleza. Se han descrito hasta el presente alrededor de 750.000 especies de insectos, cifra ésta que representa las cuatro quintas partes de las especies de animales conocidos; a nadie se le oculta, sin embargo, que ello no es sino la expresión de un mínimo en relación con la cantidad que en realidad debe existir en la actualidad y que ha sido estimada por algunos entomólogos en 5.000.000 de especies y por otros en 10.000.000.

Cuando se estudian los insectos sorprende no sólo el número de especies y las cifras astronómicas que suelen alcanzar sus poblaciones, sino también su potencialidad, su vitalidad, las maravillosas adaptaciones que presentan, en fin, todo lo que se relaciona con su vida extraordinaria que muestra un perfeccionamiento acorde con su antigüedad; sorprende también por todo ello, que aún no hayan conquistado el ambiente marino pues fuera de allí se los encuentra en todas partes, desde los polos hasta el ecuador. Es posible hallar insectos en las residencias ecológicas más diversas y en los distintos estratos que en ellas se han establecido, a veces con modalidades y adaptaciones que llegan a constituir verdaderas maravillas de la Naturaleza.

En este artículo nos referiremos únicamente a los insectos peligrosos, es decir a aquellos que son directa o indirectamente perjudiciales al hombre en cada uno de los aspectos que examinaremos a continuación. El entomólogo Kirkpatrick ha hecho la siguiente apreciación que nos da una idea de la peligrosidad de los insectos: el 50 por ciento de las especies se alimentan de plantas, el 30 por ciento son carnívoras y el 20 por ciento restante viven en la materia vegetal o animal en descomposición.

Los devastadores.—Tratando de los insectos peligrosos debemos mencionar en primer término los devastadores, es decir aquellos insectos que destruyen la materia útil a la economía mundial; se incluyen aquí las plagas de la agricultura, de los productos almacenados, cualquiera sea su origen o su destino, y los que destruyen o dañan las construcciones humanas. Se ha estimado que la décima parte de las sustancias utilizadas por el hombre y los animales que éste ha sometido a su servicio, son destruidas de ese modo por los insectos.

La plaga de las langostas es conocida en todo el mundo como una verdadera calamidad, como un flagelo de la humanidad; sabemos muy bien que donde pasan las mangas los cultivos son devastados, sumiendo a las poblaciones en el hambre y la miseria. Durante una invasión de la langosta migratoria en Anatolia, fueron recogidos en tres meses, alrededor de 6.000 toneladas de huevos y 11.000 toneladas de langostas lo que equivale a decir que fueron destruidos 18.000 millones de huevos y 88.000 millones de langostas. Hablando en términos corrientes podríamos decir que esa enorme cantidad de sustancia ha sido amasada con pan que el acridio nos quita de la boca.

Cálculos similares podrían realizarse en otras regiones del mundo que tienen la plaga y desde luego que en nuestro país también, pero aunque no se han realizado cálculos precisos al respecto, nuestros técnicos y las personas interesadas tienen la convicción de que las langostas, principalmente la migratoria y las tucuras, constituyen la plaga número uno de la agricultura nacional, pero no la única, y en abono de esta afirmación podemos citar el terrible pulgón verde de los cereales. Durante la gran invasión de 1944, la población de pulgones por hectárea en Argentina y Uruguay fue estimada en 360.000.000 de individuos, contándose de 40 a 1.000 pulgones por planta.

Hace algunos años se ensayaron en nuestro país, contra las isocas del lino, los aparatos recolectores de orugas que efectivamente permitían la destrucción de gran cantidad de ellas, pero lo cierto es que en los recuentos subsiguientes no se apreciaba una disminución del promedio de larvas por metro cuadrado, lo que también da una idea de la densidad de las poblaciones de insectos.

Para completar el cuadro de las plagas mayores de la

agricultura en nuestro medio, citaremos las orugas y gusanos de los frutos, la filoxera de la vid, las orugas de los forestales, los taladros y taladrillos, las hormigas podadoras, etc., y recordaremos que hace aproximadamente veinte años, la Dirección de Sanidad Vegetal calculó en 300.000.000 de pesos anuales las pérdidas provocadas por tales plagas a la economía nacional. En los Estados Unidos de Norteamérica dichas pérdidas se elevaban a 4.000.000.000 de dólares, Francia perdió 6.000.000.000 de dólares a causa de la filoxera y, de 1929 a 1934, gastó más de 300.000.000 de francos en Argelia y Marruecos, en la lucha contra la langosta migratoria.

En 1912, un entomólogo norteamericano muy competente, el doctor C. H. T. Townsend, que estaba a cargo de los servicios de la especialidad en el Perú, publicó un trabajo muy interesante en el que hizo una estimación de los daños que los insectos ocasionaban a los principales cultivos de ese país; está condensada en el cuadro que transcribimos a continuación:

Caña de azúcar	929.301	libras esterlinas
Algodón	867.607	" "
Coca	19.466	" "
Arroz	22.989	" "
Vid	79.814	" "
Café	19.380	" "
Tabaco	15.530	" "
Cacao	3.630	" "
Otros cultivos (maíz, porotos, cereales, alfalfa y otras plantas forrajeras, Citrus y otros frutales, olivo, yuca, papa, batata, hortalizas, etc.) ..	625.000	" "
Total ¹	2.582.717	" "

Hizo notar Townsend que en esos cómputos no figuraban los daños ocasionados por la langosta en ciertas

1. En 1943, el entomólogo Wille, de la Estación Experimental Agrícola de La Molina, ha expresado que "aproximando con toda cautela las numerosas plagas, especies que la agricultura nacional [del Perú] es presa, y por año en todos sus cultivos sufre un daño directo e indirecto debido a los insectos, de 25.000.000 de soles su".

partes de la República, los que produjeron los insectos que hicieron imposible el cultivo de los Citrus en otras, y ni tampoco aquellos que suelen producir las especies que atacan las plantaciones cauchíferas. Llamó además la atención sobre la difusión de las enfermedades meta-xénicas² del ganado y la inmensa e irreparable pérdida de vidas humanas causadas por los insectos que transmiten enfermedades tales como la verruca, malaria, peste bubónica, tifus, tuberculosis, cólera, anthrax y otras. Predijo Townsend que con una adecuada organización de los Servicios de Entomología Aplicada los daños se reducirían por lo menos a la mitad y en muy poco tiempo.

Nos hemos referido con cierta extensión a este trabajo de Townsend, que tiene mucho valor a pesar de los años transcurridos, porque el autor señalaba que la situación sanitaria que daba para el Perú es la que imperaba en toda América del Sur y, también, porque puntualizaba que el continente sudamericano es la región más rica del mundo en lo que se refiere a la variedad de la vida insectil.

También es importante el daño que los insectos causan a los productos almacenados sean éstos alimenticios o no, a las construcciones, instalaciones eléctricas, telefónicas, ferroviarias y otras y a las ropas, libros, papeles, colecciones, etc. Todos conocen la naturaleza de los perjuicios que los insectos causan a los productos alimenticios almacenados como ser granos, semillas, harinas, fruta seca, queso, etc., y en otros tales como ropas, cuero, madera, libros, papeles, colecciones, etc. El daño a las construcciones por comejenes y otros insectos, sobre todo en los países tropicales y templados, también es bien conocido. Es por ese motivo que en este lugar nos referimos a otros aspectos menos trillados de la cuestión, como lo es por ejemplo, el daño que los insectos producen a las sustancias de naturaleza inorgánica que el hombre utiliza en sus industrias. La literatura entomológica cita numerosos casos de daño a los metales y otros materiales duros empleados en instalaciones diversas, aunque es el plomo el que con más frecuencia se menciona.

2. Se llaman así, las enfermedades del hombre y de los animales que son disminuidas por los insectos.

A mediados del siglo pasado se publicaron varias noticias sobre los insectos que dañaban las balas de plomo, entre ellas un artículo del prestigioso entomólogo ruso Moischulsky, aparecido en 1858, y que trata sobre el insecto que perforaba las balas de plomo de la Armada francesa, en Crimea. Alguien propuso jocosamente en los Estados Unidos de Norteamérica, que se utilizaran estos insectos con fines militares: aconsejaba diseminarlos en las filas enemigas para que perforaran los cascos de los soldados, quienes contraerían así, al no estar completamente protegidos, gripe, resacas y otras enfermedades, lo que indudablemente los colocaría en inferioridad de condiciones.

También se cita el caso de planchas tipográficas dañadas por los insectos, pero el ataque de los mismos reviste cierta gravedad, sobre todo en los países tropicales, creando un verdadero problema cuando perforan las cubiertas de plomo que revisten los cables telefónicos o eléctricos, ya sean aéreos o subterráneos. El agua y la humedad que penetra por esos pequeños orificios, desde luego difíciles de descubrir, produce corto circuitos con la consiguiente alteración en los servicios respectivos. Una especie de coléoptero bostriquido muy difundida en California, produce daños de esa naturaleza en las instalaciones telefónicas y se la conoce con los nombres vulgares de "taladro de los cables de plomo" o "corto circuito".

Los adultos de una especie de himenóptero fitófago de la familia de los siricidos, cuyas larvas viven en la madera, emergieron en una fábrica de ácido sulfúrico en Silvestra, perforando las láminas de plomo del piso y ocasionando así daños por valor de 100.000 marcos.

Insectos que atacan los animales domésticos y útiles.
— Son asimismo insectos harto peligrosos aquellos que atacan los animales domésticos y salvajes produciéndoles daños directos e indirectos y en las formas más diversas, pero que asumen particular importancia cuando ellos se manifiestan en la transmisión de enfermedades y parásitos capaces de destruir o debilitar en forma epidémica un gran número de individuos.

El daño directo por acción mecánica, tóxica y exoparítrix, incide sobre los animales debilitándolos e impidiéndoles la alimentación y el reposo; los ataques por

piojos masticadores, chinches, ciertos mosquitos, tábanos, mosca brava, falsos piojos y otros, tienen esas consecuencias inmediatas; llegan a adquirir cierta gravedad en el caso de infestaciones más o menos intensas o en ataques múltiples. Los tratados de Parasitología mencionan siempre el famoso caso observado en Rumania en 1923, donde grandes enjambres de jejenes mataron más de 16.000 animales domésticos y muchos animales salvajes. También en los Estados Unidos de Norteamérica y en Hungría, se han observado casos de mortandad en los animales por picaduras de jejenes comprobándose siempre que la muerte sobreviene por la acción tóxica de las mismas y por el efecto asfixiante que producen al provocar edema en las mucosas bucales y nasales.

Los dípteros causantes de miasis o gusaneras también son serios enemigos de esos animales en todas las regiones ganaderas del mundo citándose hasta un 50 por ciento de infestaciones. En animales salvajes utilizados en peletería, se han determinado, a causa de estas moscas, pérdidas que llegan hasta el 30 por ciento. Aparte de los trastornos que originan en el animal, producen un eventual deterioro de los cueros. La mosca conocida en nuestro país con el nombre vulgar de "ura" es el enemigo más serio de los bovinos y otros animales domésticos y salvajes en América tropical; según el doctor César Pinto, causa en el Brasil perjuicios que sobrepasan los 100.000 "contos de réis".

Pero sin duda alguna que los daños mayores que provocan los insectos a los animales domésticos y útiles son los que resultan de su acción vectorial o transmisora de agentes patógenos. La surra, nagana, viruela, carbunclo, encefalitis, peste, tularemia y otras, constituyen enfermedades que causan verdaderos estragos en el ganado y otros animales útiles.

Insectos que atacan al hombre.—Por si todo esto no fuera suficiente, tampoco faltan los insectos que atacan al hombre y que el entomólogo Bishopp estima en una cifra cercana a las 10.000 especies.

El daño directo es similar al que se observa en los animales, llegando a provocar enfermedades con sintomatologías clínicas propias, bien definidas, como ser la pediculosis, pitiriasis y sarcosiliasis, producidas respectivamente por los piojos, piojo del pubis y puiga del pie

o pique. Las picaduras de piojos, chinches, moscas, mosquitos, jejenes, polvorinas, tábanos y pulgas, son realmente mortificantes, aparte de lo peligrosas que pueden resultar por otros motivos. Refiere Kirkpatrick que en una ocasión paró en un hotel de la ciudad de Suez y que al no poder dormir por la presencia de chinches en la habitación, se dedicó a coleccionarias cazando 700 ejemplares en una sola noche; cuando a la mañana siguiente se las presentó al gerente, pinchadas en afilieres entomológicos, éste, muy suelto de cuerpo, le manifestó que seguramente habían llegado al hotel con el viajero.

Las distintas formas de miasis humanas provocadas por larvas de dípteros que se alojan en el organismo produciendo lesiones y trastornos diversos, también tienen que ser mencionadas aquí; afortunadamente, en la República Argentina son relativamente poco frecuentes y ha dicho el doctor Del Ponte que "la casuística médica argentina es bastante abundante respecto a este tema, pero carece de interés entomopidemiológico".

En verdad que constituyen enemigos temibles las pulgas, piojos, moscas, mosquitos y vinchucas, que transmiten enfermedades importantes como lo son la peste bubónica, fiebre amarilla, paludismo, enfermedad del sueño, tífus exantemático, enfermedad de Chagas y otras; millones de hombres en el mundo entero enferman y a menudo sucumben a causa de enfermedades tales como las que se acaban de mencionar. De enero a junio de 1871, durante la epidemia de fiebre amarilla desatada en la ciudad de Buenos Aires, fallecieron 13.756 personas. Una especie africana de mosquito, llamada científicamente *Anopheles gambiae* es uno de los más terribles transmisores del paludismo que se conoce; en Egipto ocasionó la muerte de 130.000 personas en 1943 y en Brasil, donde fue introducido accidentalmente con aviones procedentes del África, produjo 20.000 decesos en 1938. Afortunadamente se ha logrado su erradicación total en ambos países: en Brasil en 1940 y en Egipto en 1945. Según Ross esta enfermedad transmitida por mosquitos del género *Anopheles* causaba anualmente en la India, 1.300.000 víctimas y de acuerdo con una información publicada hace 20 años, había en el mundo 18.000.000 de pacientes enfermos de malaria.

INSECTOS PELIGROSOS

Se suele citar el caso de zonas riquísimas que quedan vedadas a la actividad del hombre por la sola presencia de estos parásitos y las enfermedades que producen. Alrededor de 10.000.000 de kilómetros cuadrados del África tropical están infestados por una o más especies de moscas tsé-tsé. Expresa Kirkpatrick que estas alimañas, junto con los mosquitos, son las responsables del retardo que se observa en el África en lo que se refiere al avance de la civilización.

Y cuando las guerras se desatan entre los hombres, las enfermedades de este tipo transmitidas por los insectos suelen causar más estragos que las armas empleadas; tal es la comprobación efectuada en la guerra de Crimea de 1854 a 1856, en la de Italia de 1859, de Bohemia de 1866, turco-rusa de 1877 a 1883, chino-japonesa de 1894 y 1895 e hispano-americana de 1898 a 1899. Se ha anotado que en algunos de los casos el número de muertos por enfermedad ha sobrepasado hasta en cinco veces el total de muertos en el campo de batalla o como consecuencia de heridas en él recibidas. En cambio, en las grandes guerras mundiales de este siglo, la acción sanitaria ha hecho disminuir esas cifras a límites más bajos; de todos modos las estadísticas nos dicen que en la primera de ellas, entre 1914 y 1919 de más de un millón y medio de soldados alemanes muertos en esa acción, 155.000 fallecieron a causa de enfermedades contraídas en esa forma y que 10.000.000 de rusos enfermaron de tífus exantemático, muriendo más de 2.000.000. De la segunda, se conserva un triste recuerdo de la epidemia desatada en Nápoles de 1943 a 1945 y que fuera conjurada con una oportuna aplicación del providencial insecticida que se conoce con el nombre vulgar de DDT.

Conclusión. — De la rápida reseña que se ha hecho sobre el peligro que ofrecen los insectos resulta fácil inferir que ellos constituyen terribles enemigos del hombre por sus hábitos fitófagos, por destruir sustancias que el hombre utiliza y sobre todo por ser transmisores de graves enfermedades del hombre mismo, de los animales domésticos y útiles y de las plantas cultivadas. Se ha señalado que de todos los enemigos del hombre, los insectos son los más peligrosos.



La aparición del hombre sobre la Tierra es posterior a la de los insectos en muchos millones de años; desde entonces se ha entablado una lucha sin cuartel entre ambos, que todavía continúa y que continuará mientras la especie humana perdure; para que ello ocurra resulta imperioso que el hombre gane la batalla. El dominio de la Tierra es disputado actualmente entre hombres e insectos, estando estos últimos mejor equipados para ocuparla. Esta terrible realidad es lo que ha hecho decir a Wiggam en su *Nuevo Decálogo de la Ciencia* que "en verdad, sus Excelencias los señores Biólogos, están empujando a dudar si el hombre podrá mantener su pie sobre esta tierra en oposición a los insectos que son sus peores enemigos y ello ocurrirá si no se hace una aplicación de la ciencia de la vida, conducida en una escala sin precedentes. Los insectos pueden forzar al hombre a una inteligente acción política y social o de lo contrario ellos pueden resultar sus sucesores, al menos en este planeta." El doctor Howard es muy optimista al respecto y cree que la especie humana, con su inteligencia, conjurará la amenaza de los insectos.

LUIS DE SANTIS.

Poblados y Ciudades Indígenas

Tradicionalmente se han agrupado las ruinas de nuestro noroeste en dos tipos: Pucaras y Pueblos viejos, pero creemos que estas dos denominaciones poseen un valor relativo y nos muestran un cuadro que no traduce la realidad arqueológica de la región, mucho más complicada de hecho.

Según nuestra clásica arqueología, que consideraba como contemporáneas a todas las ruinas de la región, los Pueblos viejos serían las poblaciones bajas, sin fortificaciones, dispersas entre los andenes de cultivo, donde los aborígenes residirían permanentemente y de manera pacífica. Los Pucaras serían todos aquellos lugares altos, fácilmente defendibles por los barrancos naturales a los cuales se les agregaban construcciones que consistían generalmente en murallas escalonadas y viviendas. A estos sitios se retirarían en busca de refugio, en tiempos de guerra, las poblaciones que habitaban aquellos pueblos viejos. Durante las épocas de paz, solamente permanecerían en estas fortalezas, reducidas guarniciones.

Donde se puede observar claramente la existencia de pueblos bajos junto a cerros fortificados en íntima relación entre sí, es en el valle de Santa María. En Tolombón, por ejemplo, en un amplio valle que desemboca en el de Santa María por su ladera occidental, aparecen diversos tipos de ruinas. En la quebrada, en su fondo amplio, desde su desembocadura hasta una decena de kilómetros aguas arriba, hay una sucesión casi infinita de andenes formados por alineamientos de piedras transversales al eje de la quebrada. Sobre ellos hay restos dispersos de habitaciones con paredes también de piedra. Los fragmentos cerámicos pertenecen a los más diversos estilos, Aguada, Ciénaga, Condorhuasi, Santa María, y demuestran que este sector fue habitado durante varias épocas.

En el extremo noroeste de la quebrada, junto a su desembocadura, sobre el espón final de la cadena que

limita al valle por el Norte, hay un formidable cerro fortificado. Se halla sobre una altura empinada de accesos muy difíciles y defendidos por fuertes muros escalonados que están muy de acuerdo con las descripciones clásicas de un pucara. Donde la topografía lo ha permitido se levantaron habitaciones generalmente rectangulares pero en número reducido, lo que si permite pensar en un campo de refugio o sede de una guarnición más o menos limitada en el número de sus hombres. Los materiales cerámicos allí recuperados pertenecen a la última época indígena, pues se trata de fragmentos santamarianos e incaicos. A su pie, sobre el fondo del valle, pero en un radio reducido, se extiende una población sin defensas. Está formada por habitaciones cuadrangulares y circulares semisubterráneas que también han provisto a sus excavadores de cerámicas santamarianas y de otros estilos contemporáneos.

Vemos aquí, en la desembocadura de la quebrada de Tolombón, de manera muy clara, un pueblo bajo, sin fortificaciones, al que podríamos denominar Pueblo viejo, y su correspondiente fortaleza o pucara. Pertenecen ambos a la última época indígena. Pero las otras ruinas del valle de Tolombón, en especial los restos de habitaciones que por los hallazgos cerámicos, a todas luces son antiguos, no podemos considerarlos como pueblos viejos, pues no estuvieron nunca en relación con ningún cerro fortificado contemporáneo que las defendiera. Es decir, que en el caso de Tolombón podemos aplicar tal denominación, pueblo viejo y pucara, en su estricto significado, sólo para un sector y para los finales tiempos aborígenes. Según las descripciones de Ambrosetti y Bruch, una dualidad similar se presenta en las ruinas de Quilmes, en el mismo valle de Santa María.

Pero si pasamos a otra área clásica de la arqueología de nuestro Noroeste, como es la quebrada de Humahuaca, zona de la cual queremos ocuparnos en esta ocasión, veremos que el panorama que acabamos de presentar no se cumple. Por lo menos en lo que se conoce hasta hoy, sólo hay un yacimiento que presenta claramente esa dualidad. Es el denominado Pucara Morado en la quebrada de la Cueva. Se trata de una meseta de unos 600 metros de alto por encima del nivel del río. Sobre ella aparecieron restos de habitaciones y murallas que

defendían su acceso y a su pie están las ruinas de lo que podría ser el Pueblo viejo correspondiente. Algo semejante ocurriría en la Huerta.

En lo que respecta a los restantes yacimientos que constituyen la abundantísima riqueza arqueológica de la zona, lo que encontramos es muy diverso. Según la arqueología clásica de la región todas ellas entrarían en alguna de las dos categorías arriba mencionadas. Pero un análisis más detenido nos prueba lo irreal de esta clasificación.

Tradicionalmente todo núcleo aborigen más o menos amplio situado sobre cualquier punto elevado ha sido denominado, de una manera por demás amplia, pucara. Por otro lado las ruinas que no conservan claros indicios de fortificaciones complejas, ya sea situadas sobre puntos elevados o no, se las llamó Pueblos viejos. Pero la variedad de las instalaciones urbanas en la zona impide la inclusión de varios de ellos en alguna de esas dos divisiones. Así por ejemplo el yacimiento de los Amarillos ha sido considerado como un pueblo viejo, ya que no posee el aspecto que presentan los característicos pucaros como el de Tilcara o Campo Morado. Pero se levanta sobre una elevada meseta.

Al desembocar el río Yacoraité en la Quebrada de Humahuaca por su ladera occidental, hay un cerro trapezoidal fácilmente reconocible por quienes viajan por la ruta automovilística o el ferrocarril, rojo abajo y amarillo arriba. A su pie nace una larga meseta aluvional, que constituye el resto del antiguo valle del Yacoraité, sobrelevado y cortado actualmente al sur por el moderno cauce de ese río y al norte por el arroyo Chuculezna. Esta meseta cual prolongada lengua se introduce en el Valle del río Grande de Jujuy, constriñe su curso y lo obliga a plegarse hacia los bordes orientales de la quebrada. Sobre esta larga meseta, en su extremo libre, está el morro del pucara de Yacoraité. En el otro, pegado a los pies del cerro bicolor que le da su nombre, está el antiguo de los Amarillos.

Los barrancos de la meseta que dan hacia el río Yacoraité proporcionan una defensa natural al poblado. La senda bastante empinada que conduce hacia las ruinas desde la playa del río está cortada por muros de defensa muy derruidos pero que aún son observables.

Por la parte opuesta el yacimiento da a las nacientes de la Quebrada de Chucalezna. Por aquí la subida parece más fácil, pero hay allí muros escalonados que forman estrechos andenes que pudieron servir tanto para el cultivo como para la defensa del poblado. No podemos comparar, desde luego, a los Amarillos con los clásicos pucaras contruidos sobre morros o cerros redondeados, pero tampoco es un pueblo viejo indefenso.

Si consideramos por otro lado, al más renombrado de los pucaras humahuagueños, el de Tilcara, veremos que tampoco se ajusta a lo que podríamos llamar un simple campo de refugio o una fortaleza. Por el contrario nos enfrentamos con una verdadera ciudad fortificada, la más grande, extendida o importante de cuantas conocemos para la zona. Los conjuntos de viviendas forman aglomeraciones compactas aparentemente agrupadas en barrios o cuarteles, con calles, callejones, caminos de comunicación y plazuelas. Las ruinas del edificio llamado "La iglesia" parecen las de un importante centro religioso cuya presencia sería difícil de justificar en un simple reducto defensivo, destinado a albergar una reducida guarnición. Hay otras construcciones igualmente notables como varios patios con pisos pavimentados con lajas, descubiertos durante los trabajos de restauración. La importancia de los estratos arqueológicos, los enterratorios numerosísimos, tanto dentro de las viviendas como en la necrópolis, nos indican que los abundantes restos cerámicos no fueron dejados por una población que vivió allí en cortos períodos de tiempo, sino que son el producto de una ocupación larga, continuada y estable. Esto está denunciado por las frecuentes superposiciones de habitaciones en ruinas a las cuales los arqueólogos no han prestado aún la atención debida. La presencia de talleres, en especial de lugares en los cuales se desarrolló una industria que produjo delicados objetos de adorno de mármol y alabastro nos muestra, como ya lo dijéramos en otra oportunidad, que el pucara de Tilcara "no fue un simple lugar de refugio al cual acudían, en momentos de peligro, las gentes dispersas en la zona vecina para abandonarlo luego en los períodos de paz. La parcialidad indígena que allí se radicó, vivió en esta ciudad de manera permanente. De aceptar el Pucara como un simple campo de refugio nos sería difícil explicar la aparición

de estos talleres, ya que no podemos imaginar a sus habitantes trabajando y fabricando joyas, mientras sus enemigos atacaban sus murallas inexpugnables".

De hacerse una división de los modos de instalación aborígen en la quebrada de Humahuaca debería emplearse otro criterio completamente distinto, en el cual debe primar un enfoque netamente cronológico.

De una manera muy general se observan en el área Humahuaca varios tipos bastante definidos de instalación indígena. Uno de ellos consiste en poblaciones situadas al pie de las laderas de las montañas que constituyen los bordes del valle de Humahuaca. Son poblados dispersos que en algunos lugares pueden llegar a formar concentraciones mayores como en La Isla o Pueblo Viejo de la Cueva. Pueden estar asociados a andenes de cultivos, pero su característica fundamental es la ausencia de fortificaciones, aunque a veces ocupan algunas terrazas pero nunca muy altas. Entre el pueblo de Tilcara y el yacimiento de la Isla se sucede un número elevado de pequeñas ruinas de esta clase, a veces consistentes solamente en una o dos habitaciones.

Estas características presenta un nuevo yacimiento observado en el pasado mes de enero y situado sobre la margen izquierda del río Grande, justo frente al pueblo de Colonia San José, al norte de Huacalera, y un poco antes de llegar a la desembocadura de la quebrada de Yacoraité. En la parte baja de los cerros que allí limitan a la quebrada, en un amplio anfiteatro, hay varias terrazas con viviendas que forman una extendida población en ruinas. La hemos denominado Peña Colorada por una formación que por encima de ella aflora.

Tales lugares, por lo menos los conocidos y excavados, como el de la Isla y Pueblo Viejo de la Cueva, han proporcionado materiales que son considerados como más antiguos.

Otra forma de instalación es la que encontramos sobre las más elevadas terrazas, tanto en el valle principal de Humahuaca, como en los transversales que han formado sus tributarios. Estas terrazas son los restos de antiguos mantos aluviales que han rellenado alguna vez el fondo de esas quebradas y que en épocas posteriores, como consecuencia de elevamiento del sub suelo y de renovados procesos erosivos, fueron desgastados y

forman pintorescas mesetas muchas veces de difícil acceso; recostadas contra las montañas que limitan las quebradas.

Nos enfrentamos con verdaderos pueblos fortificados, con más o menos grandes concentraciones de viviendas y población. La mayor defensa la constituyen los bordes abruptos de las mesadas que se complementan con algunos muros levantados en los puntos más débiles.

Algunos de estos poblados están en la quebrada principal, como Hornillos, Huichalra, Campo Colorado, Mujuña, Peñas Blancas, Angosto Chico. Otros se levantan en los valles laterales como Juella, los Amarillos, la Huerta y Purmamarca. Generalmente son terrazas adosadas a los cerros, pero a veces como en Huichalra, la erosión las ha transformado en planos espolones que penetran en el valle principal del río Grande. Algunas de estas poblaciones como Hornillos, Juella, Huichalra han sido consideradas como pucarás. Otras que no presentan tan claras características como los Amarillos, la Huerta, Angosto Chico y Purmamarca, fueron clasificadas como pueblos viejos. Pero no obstante esto, todas estas ruinas son verdaderas aglomeraciones urbanas fácilmente defendibles y bien separadas del primer grupo que hemos mencionado. Los materiales que han proporcionado son más tardíos y no aparecen, generalmente, salvo excepciones como la Huerta y Purmamarca, claros elementos incaicos.

Un tercer grupo de ruinas está formado por núcleos fortificados más complejos, como Tilcara, Campo Morado, Yacoraite y Caleta; algunos llegan a ser verdaderas ciudades. Están construidos sobre morros aislados y han sido defendidos por altas y gruesas murallas escalonadas que desde lejos se distinguen en Yacoraite, Campo Morado y Caleta, y se observan aún con toda claridad en el faldeo sur del Pucará de Tilcara. En sus cimas se extienden los conglomerados de viviendas que denotan una gran concentración humana y una intensa actividad civil. Las ruinas de Tilcara, que son las de una gran urbe que se destacó por encima de las demás, son consideradas como las más típicas en su género. Pero Yacoraite, por su magnificencia y por ajustarse a todos los cánones que caracterizan a estas construcciones, es el sitio que ostenta la forma más clásica. Está situada sobre

un morro pétreo que se levanta en el extremo de la larga meseta que ya mencionáramos. Por levante está defendido por profundos barrancos rocosos que caen casi verticales hacia las turbulentas aguas del río, estrechado en un angosto por el cerro del Pucará. Por poniente su acceso es defendido por una sucesión de poderosas murallas que sostienen estrechos escalones y andenes. Sobre ellos vemos apretujarse las viviendas, en algunos casos; en otros vemos extenderse alargadas plazas que sirvieron de lugares de defensa, e igual que torreon, de sitios de observación. Podemos adivinar una senda que caracolea entre piedras y murallas y asciende hacia el núcleo principal de la ciudad. Desde allí, entre muros destruidos, lumbas saqueadas y cardones, se divisa en toda su longitud la Quebrada de Humahuaca desde Perchel hasta Uquia.

Se puede observar que los lugares sobre los que fueron erigidas estas ciudades han sido elegidos con un fin estratégico bien determinado pues la correspondencia entre ellas es plena. Yacoraite y Campo Morado están sobre una misma línea, que el Perchel continúa hacia Tilcara. Por el norte quizás Mujuña sirvió de enlace entre Yacoraite y Caleta. En estas localidades, en algunas con más importancia, en otras con menos, hacen su aparición clara y definitiva los materiales incaicos.

Las sierras que limitan al naciente la quebrada de Humahuaca están acompañadas en parte de sus techos por cadenas bajas que las separan y alejan del valle principal. Se forman así cuencas alargadas y paralelas a ese valle principal, como la de Alfarcito, donde se han establecido instalaciones indígenas bastante peculiares que constituyen un tipo en sí. De esta manera en Alfarcito, a espaldas de Tilcara, comunicados por la garganta del río Guasamayo, se extienden inmensos campos de cultivo y andenerías, sembrados de pequeños núcleos de habitaciones de varias formas y de aisladas viviendas circulares. Anchos muros delimitan grandes extensiones de campos, se observan canales y se señalan represas. Algo parecido es Coctaca.

De todo este conjunto de ruinas, pueblos y ciudades, podemos deducir con los datos hasta ahora algo escasos que nos aporta la arqueología de la región, una historia bastante compleja. Representan desde luego la historia

de los tiempos agroalfareros, ya que nada ha dado hasta ahora la quebrada de Humahuaca que pertenezca a las épocas precerámicas. Si nada podemos decir de aquellos tiempos remotos algo podemos agregar de los posteriores.

En un comienzo las gentes vivieron, quizá de manera pacífica, en los pequeños núcleos de habitaciones más o menos dispersos, a veces formando poblados poco densos, recostados contra el pie de las montañas que encajonan el valle. Fabricaron allí sus implementos típicos entre los cuales figuran vasos de cerámica decorados con sobrios motivos geométricos en tres colores, negro, rojo y blanco.

Posteriormente se produce la concentración de las poblaciones en los pueblos localizados sobre mesadas en el valle y en las quebradas laterales. Ese acontecimiento marca la iniciación de la época más clásica de la historia de estas gentes, durante la cual crean sus estilos artísticos típicos sobre los vasos pintados a dos colores: negro y rojo.

Esta fuerte vida local se ve alterada en determinado momento y es esta alteración la que hizo crear las ciudades fortificadas sobre los morros, produciéndose así una mayor concentración de las poblaciones en ellas. Su construcción en el centro del valle, sobre puntos prominentes y la evidente relación que existe entre estos lugares nos indica la existencia de una idea de planeamiento general que nos denuncia la unificación de esas tribus o parcialidades. En estas ciudades fortificadas, por lo menos en las conocidas, es clara la aparición de rasgos incaicos. Esto nos indicaría que fue quizás la inminencia de una invasión de huestes peruanas lo que condujo a esa unificación.

Las infiltraciones de los guerreros del Cuzco deben haber producido un despertar violento entre estas gentes que vivían parapetadas en sus altas mesadas custodiadas por los barrancos naturales. Se habrían confederado ante el peligro común y habrían construido esas atalayas que velarían por su independencia. Algunos de los florecientes pueblos más antiguos fueron tal vez abandonados, como los Amarillos, trasladándose sus habitantes al muy cercano pucara de Yacoraite. Otros, como Hornillos y muchos más, fueron incluidos en la línea fortificada que custodiaba el fondo del valle.

En este panorama no sabemos qué papel pudieron tener las andenerías de Coctaca y Alfarcito. En el caso especial de estas últimas, se trata de una cuenca cerrada, que constituye una enorme fortaleza natural muy fácil de defender. De allí sus poblados dispersos y la no existencia de lugares fortificados en su interior.

Aparecen restos de distintas épocas, desde los más antiguos hasta los más modernos, siempre dentro de los tiempos cerámicos se entiende. Pudo por lo tanto haber sido el lugar de residencia de alguna parcialidad que viviera en parte aislada de las demás, pero con idénticas características culturales a las restantes del valle. Pero también existe otra posibilidad, como lo ha sugerido la arqueología clásica de la zona, de que fueran los campos de cultivo de las gentes que vivieron en los poblados y ciudades del valle de Humahuaca propiamente dicho y que allí arriba, en todas las épocas de su historia, tuvieron sus rastros magníficamente protegidos por la naturaleza y alejados de sus enemigos.

Lo que acabamos de expresar es lo que podemos deducir del actual conocimiento arqueológico de la región. Desde luego que la futura labor arqueológica nos dirá si hemos errado o no. Quisimos presentar un panorama más o menos ordenado de las instalaciones aborígenes más típicas. Hay desde luego poblaciones que no figuran en nuestro cuadro como Estancia Grande, que se aleja de lo característico por los materiales recogidos. Otros yacimientos, como el que se encarama sobre las laderas del Cerro Negro de Tilcara frente a la desembocadura de la Quebrada de Juella, no corresponden a ninguno de los tipos de poblados que hemos mencionado. Pero creemos que de una manera general, lo más clásico de la Quebrada de Humahuaca se ajusta a lo dicho.

PEDRO KRAPOVICKAS

Sobre Historia Cultural

En crisis ahora la distinción, preferentemente con finalidad educativa, entre historia política e historia de la cultura, distinción que en la primera mitad de nuestro siglo dio cuerpo y vuelo a obras e instituciones monumentales, no podemos sustraernos, sin embargo, de registrar valoraciones y puntos de vista que, por entrar de lleno en los dominios de Clio, son plenamente históricos. Un ensayo sobre historia universal tenía que hacerse eco del conjunto de sugerencias, motivos y razones, que hasta tiempos muy recientes habían impulsado a desgajar extensas facetas con las que animar cursos universitarios.

Se imponía este capítulo como obligada continuación del anterior, por el plan trazado de anteponer la teoría a lo concreto y, en tercer lugar, porque admitiendo que el fin ideal de la producción histórica-oral, escrita o práctica, está en la reconstrucción fiel y armónica del mundo pretérito, como algo que llegó a realizarse paulatinamente, una reconstrucción total es imposible si el historiador no tiende a "detectar" el ambiente cultural de la época historiada. Así, pues, aun cuando no aceptemos la afirmación de Karl Lamprecht (1856-1915) de que "la historia de la cultura, en tanto que ciencia de las manifestaciones típicas, debe ser considerada como ciencia fundamental de la historia"¹, salta a la vista que no podemos prescindir de ella si queremos llegar a una efectiva síntesis histórica, en la que los pormenores de las monografías se diluyen en una axiología superior. Quedará ésta plasmada en el programa si procuramos poner de manifiesto la interdependencia y la acción recíproca de lo cultural y lo político en marcha hacia una unidad superior.

De lo que si podemos prescindir es de las bizantinas discusiones acerca de civilización y cultura y de disquisiciones puramente formalistas en torno de los planos material y espiritual en que las manifestaciones de aquella se distribuyen.

Tendencias. — El concepto objetivo de la cultura no aparece hasta el siglo XVIII. Es inútil, pues, buscar su historia antes de esta fecha. En España encontramos un magnífico precedente en Ibn Jaldun (1332-1406), quien escribió una historia de la cultura del Oriente en la que señala el influjo del suelo y del clima, y muestra la comprensión de procesos culturales de unos estados inferiores a otros superiores, así como la posibilidad de su caída².

El empuje decisivo en los estudios históricos se realizó en el siglo XVIII, cuyos principios se desarrollaron ampliamente en el siglo XIX. A continuación va una lista de las obras fundamentales —para la historia— de fines del siglo XVII a fines del XVIII³.

- 1685-1696 CELLARIUS, *Historia antiqua medii aevi et nova.*
- 1697 BAYLE, *Dictionnaire.*
- 1699 ARNOLD, *Kirchen- und Ketzerhistorie.*
- 1722 VICO, *La nuova scienza.*
- 1748 MONTESQUIEU, *Esprit des lois.*
- 1750 TURGOT, *Discours aux Soborniques.*
- 1750 ROUSSEAU, *Discours sur les sciences et les arts.*
- 1751 DIDEROT y D'ALEMBERT, *Encyclopédie.*
- 1753 ROUSSEAU, *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes.*
- 1755 HUME, *Natural history of religion.*
- 1756 VOLTAIRE, *Essai sur les moeurs.*
- 1764 WINCKELMANN, *Kunst des Altertums.*
- 1769 HERDER, *Reisetagebuch.*
- 1773 VOLTAIRE, *Philosophie de l'Histoire.*

2. KREMER, *Ibn Chaldun und seine Kulturgeschichte*, 1878; BREXIG, *Die Meister der entwicklungsgeschichtlichen Forschung*; KAMIL AYAR, *Die Geschichte- und Gesellschaftslehre Ibn Chalduns*, 1930.

3. E. FORTER, *Geschichte der neuen Historiographie*, 1925.

1. *Die historische Methode des Hermann Below*, 1899, págs. 14-20.

- 1774 HERDER, *Auf eine Philosophie zur Bildung der Menschheit*.
 1784 HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit*.
 1784 KANT, *Ideen zur einer allgemeinen Geschichte in weltbürgerlicher Absicht*.
 1785 MUTMAAS, *Lichter Anfang der Menschengeschichte*.
 1794 CONDORCET, *Esquisse d'un tableau historique du progrès de l'esprit humain*.
 1795 KANT, *Zum Ewigen Frieden*.

Del *corso* y *ricorso* de la historia (perenne tejer y destejer), enunciado por Giambattista Vico en *Scienza Nova*, hasta nuestros días, se han sucedido diversas tentativas encaminadas todas ellas a fijar las directrices por las que se regía la marcha de la historia. En Vico se inspiró Voltaire, el desterrado de Ferney, creador de la expresión "Filosofía de la Historia". De las últimas aportaciones originales en este campo son la de OSWALD SPENGLER, con sus ciclos culturales —independientes unos de otros—, la de LEO FROBENIUS, quien por la vía de la investigación etnológica, sienta la misma afirmación: la de que la cultura es un ser viviente, y el hombre, simplemente, el portador de aquella (*Kulturträger*). Finalmente, la de ARNOLD TOYNBEE, con su original estudio sobre las civilizaciones —dependientes unas de otras— y su optimismo acerca de la supervivencia de la cultura occidental greco-latina-cristiana⁴.

Tilke ha llegado a fijar de una manera inequívoca la tarea que incumbe a la historia de la cultura, al escribir que "todas las ciencias históricas particulares han producido en su círculo, activado por el más exacto conocimiento de su campo de trabajo, una ilimitada plenitud de saber histórico, siendo la tarea de la historia de la cultura reunir los resultados en una unidad, configurarlos en un cuadro general para en determinados momentos aclarar los cambios de relaciones entre las distintas cosas"⁵. Pero es obvio declarar que la idea que mueve

a los distintos historiadores a reunir los resultados en unidad, para configurarlos después en un cuadro general, es diferente, según la peculiar tendencia histórica de cada uno, con arreglo, casi siempre, a sus relaciones más o menos directas con la moderna Antropología Cultural. Estas relaciones dan la clave para averiguar en qué grado el hombre es factor de cultura.

Se ofrecen dos caminos: el de la Antropología y el de la Psicología. Como el primero nos conduce forzosamente a la raza, la concepción católica de la historia, que ve en este término menoscabo de la dignidad de la especie humana, concluye por afirmar la inseguridad de toda clasificación racial —formalismo que descansa sobre caracteres alelomorfos—, ya que ni los caracteres externos que señala, por ejemplo, el Diccionario de la Academia, ni los ofrecidos por la Genética⁶, con sus leyes de Mendel, los grupos consanguíneos (trabajos de Dujarric de la Rivière y de Gossowitch), los cromosomas⁷ (trabajos de Étienne Patte), permiten la posibilidad práctica de producir individuos idénticos.

Otra dirección la desarrolla Ellsworth Huntington, en *Civilización y Clima*, aceptando el clima como condicionador del desarrollo histórico, pero no por ciego determinismo geopolítico, sino por razones atendibles: sequías, enfriamientos y transformaciones terrestres. Las condiciones favorables aumentan el número de individuos, los cuales, por esta misma razón, convierten en difíciles las circunstancias de la vida, y son causa de emigraciones y revoluciones. La raza, por razones climáticas, se depura. La concepción cristiana sostiene que es preciso acudir al origen divino del hombre para alcanzar un concepto seguro de raza. El hombre no obra sólo por instinto, como el cazar. No se niega la diferencia naturalista entre blancos, negros, amarillos, aceitados; pero el método histórico cultural permite una más adecuada clasificación. Hay que tener en cuenta: la lengua, creencias, psicología individual, psicología colectiva y las aptitudes.

4. V. para detalles, mi trabajo *Direcciones historiográficas de la historia contemporánea* cap. III.

5. Tilke, *Archiv für Kulturgeschichte*.

6. Parro de la Biología que intenta explicar el origen del hombre y la transmisión de los caracteres hereditarios.

7. Portadores de genes.

Últimamente, el mismo Huntington ha compendiado en un magnífico libro los resultados de cuarenta años de estudios, viajes y publicaciones⁸. No existe para él un ciego determinismo geográfico ni tampoco los determinismos racial o cultural. No obstante su negativa inicial —plena y científicamente desarrollada y demostrada— se torna afirmación al asegurar que "entre los factores que determinan la modificación del ritmo a que avanzan la cultura y la civilización figuran la herencia biológica, el medio físico y los aportes culturales". Ninguno de estos tres factores, por separado, es capaz de anular a los otros dos, pero si restarle eficacia o sumar la propia a la de ellos. En cuanto al primer factor, hay que tener en cuenta, sobre todo, la gran plasticidad de la especie humana y el mejoramiento de ésta por la selección —física y mental— y la migración; en él cabe distinguir: 1) El individuo; 2) La familia racial; 3) La nación; y 4) La raza. Por lo que se refiere al segundo factor, anteponiendo la habilidad del hombre como determinante del modelo básico de su comportamiento social, se hallará siempre bajo el influjo especial del clima, de la dieta, de la densidad de la población y de las enfermedades y, por último, para calibrar debidamente el tercer factor, será necesario recordar que cada generación de animales empieza precisamente en el mismo nivel; cada generación de hombres, especialmente los civilizados, empieza en un nuevo nivel. Para Huntington, los fundamentos de la civilización son: 1) Capacidad innata; 2) Un medio físico con suficientes ventajas materiales que permitan mantener una elevada norma de vida; 3) Una herencia cultural que sirva de base a la estructura en construcción; 4) Vigor suficiente, de manera que sea posible emplear plenamente las condiciones.

Una concepción cristiana de la cultura nos la da también Christopher Dawson, como "un todo viviente desde sus raíces en el suelo y la simple vida del pastor, del pescador o del campesino hasta su floración en las obras más altas del filósofo y del artista, del mismo modo que el hombre reúne en la substancial unidad de su persona-

lidad la vida animal de la nutrición y de la reproducción y las actividades más elevadas de la razón y de la inteligencia"⁹.

Para Huizinga¹⁰, los problemas de la historia de la cultura afectan a la forma, estructura y funciones de los fenómenos sociales; pero sin colocarla al servicio de la sociología. Los grandes historiadores de la cultura han sido morfólogos históricos: indagadores de las formas de vida, pensamiento, costumbres, arte y saber. Para comprender la historia de la cultura hay que reconocer la existencia del espíritu (con sustancia).

A su vez, Leo Frobenius¹¹ afirma que "la cultura es frente a sus representantes humanos, un organismo absoluto"; cada forma cultural hay que considerarla como ser viviente individual, que pasa por un nacimiento y estados infantil, viril y senil. Las formas culturales están sometidas a procesos individuales de crecimiento que corresponden al desarrollo del individuo humano. No es la voluntad del hombre la que produce culturas sino que la cultura vive sobre el hombre. Es en Frobenius en quien hallamos también los términos de antropología y cultura relacionados. La abundancia de monografías etnográficas, antropológicas o culturales llama la atención del pensador alemán y le lleva a la conclusión de que tales relatos dan una imagen de la vida cultural, pero que, en manos de los que le precedieron —franceses y alemanes, aunque con predominio social los primeros e histórico los segundos— resulta imagen que no pasa de la superficie.

En torno a la antropología cultural, cabe afirmar que existe, efectivamente, desde el momento que se admiten "constantes humanas". Ya Jacob Burckhardt notaba que la tarea del historiador era la de establecer elementos constantes, típicos, porque tales elementos evocaban en nosotros un eco¹². Lo contrario afirma Planck, al señalar que "el proceso del pensamiento científico es un esfuerzo constante para eliminar todos los elementos antropológicos"¹³.

8. *Main Springs of Civilization*, Nueva York, seg. edición, en 1945. Existe tr. cast. por el P. C. R., con el título *Las fuentes de la civilización*, México, 1949.

9. *Vida, El concepto de la Historia y otras ensayos*.

10. En *La Cultura como ser viviente*. Más adelante se indican otras obras.

11. En *Weltgeschichtliche Betrachtungen*, Vol. igualmente ERNST CASSIRER, *Antropología Filosófica*.

12. *Die Einheit des physischen Weltbildes*.

En efecto, la historia es, fundamentalmente, antropológica, y ello no impide ni limita su verdad objetiva. La historia es una forma de autoconocimiento. De aquí la antropología cultural, tan rica como variedad de tipos humanos pueden darse. Así, parodiando la definición que de la antropología filosófica daba Ortega y Gasset en *Para una psicología del hombre interesante*, se podría decir que las culturas tienen formas diferentes lo mismo que los cuerpos.

Ciencia española.—Sin pretender agotar el tema ni las fuentes que existen para un estudio cabal del enunciado en el epígrafe que antecede, creo oportuno dedicar un apartado al pensamiento español incidente en concepto tan seductor y universal hoy día como el de cultura, ciféndome a dos conspicuos definidores: Eugenio d'Ors y Ortega y Gasset.

De don Eugenio d'Ors relacionaremos las conclusiones que nos interesan de tres obras suyas. Así, en *Lo barroco*, empieza por sentar la existencia de realidades históricas íntimas que reúnen a los personajes, obras y acontecimientos más disociados cronológicamente, de los cuales nacen los sistemas imperial, racionalista y romántico, etc., etc. Estas constantes históricas nada tienen que ver con los *corsi e ricorsi* de Vico o el eterno recomenzar (*Ring des Ringes*, de Nietzsche). No se imagina d'Ors un círculo, sino un canal por el que fluyen los acontecimientos sobre un caudal limitado por elementos fijos. Es esto neta oposición al "evolucionismo del siglo XIX", base del historicismo o etapa de cultura que acabamos de franquear. Incluso la ciencia biológica de hoy niega el panderinismo de ayer, el perfecto transformismo del Ochocientos (Weismann, Mendel).

Consecuencia: el cambio en el modo de entender la vida, había de traer un cambio en el modo de entender la historia. En la cadena de la sucesión histórica hay que tomar en consideración los "elementos de constancia", la existencia de especies y tipos. Pero en Historia no podemos hablar de sistemas o tipos. Se necesitaba un término nuevo: el eón, término del neoplatonismo, pues, para los alejandrinos, el eón tenía un desarrollo en el tiempo, tenía Historia. Por ejemplo, Cristo, aun siendo Eterno, es también, eón por tener historia terrena. Así, el Impe-

rio es idea, acontecimiento, eternidad que conoce vicisitudes, eón (*EWIG-WEIBLICHE*). Finalmente, d'Ors entiende las razas no como entidades antropológicas, sino como entidades de cultura.

En *La civilización en la Historia*, elabora d'Ors la teoría de que "en los acontecimientos humanos, que parecen tener una extensión reducida, se encuentra la presencia de un elemento que no es individual, sino colectivo: que muestra la interior asistencia del espíritu de la humanidad toda". Por ejemplo, el que se gana el pan presupone las herramientas; el que reza el Padrenuestro presupone los preceptos y ritos; el que crea literariamente presupone el lenguaje. El concepto de Cultura debe reservarse para la suma de significaciones, acontecimientos y figuras que, en lo histórico, se destacan con doble valor de universalidad y perennidad. Civilización, en cambio, expone sus manifestaciones temporales o locales. Hoy en día se tiende a admitir, en el desarrollo de la Humanidad, ciertos elementos fijos, ciertas adquisiciones definitivas: el canon griego para la escultura, la unidad del Imperio Romano, el Cristianismo, a cuyo conjunto denominamos cultura. Precisamente, cuando la historia no aloja dentro de sí a la cultura es decir, la noción del Imperio (*Universitas*), sobreviene la guerra. Por otra parte: ¿qué es Cultura? Unidad de los pueblos en el espacio, solidaridad de las generaciones en el tiempo. La inscripción de un frontón griego (en un templo): "Conócete a ti mismo", fue el secreto esencial de la civilización griega y la razón de que ella aportara el primer elemento de la cultura universal. La venida al mundo del Redentor es la figura más arquetípica entre cuantas constituyen el patrimonio universal de la Cultura. Es ella la que coloca a todas las demás en sendos lugares.

Y en *El secreto de la filosofía*, don Eugenio d'Ors ha escrito sobre las potencias autónomas existentes en derredor, de las que nuestra acción puede esperar, no únicamente sumisiones (como del mundo material), sino respuestas colaboradoras. La existencia de objetos a los que llamamos prójimos significa ya una iniciación en el conocimiento del mundo de la objetividad. La proximidad —¡la cultura!— tiene en el yo su centro, pero no su escenario. Gracias a la cultura nuestras sensaciones, imágenes e intuiciones nos sobreviven y, por tanto, adquieren exis-

tencia fuera del yo. Quizá son ilusiones pero son ilusiones comunes. El resultado es el saber, llamado opinión por Platón, con fuerte carácter social, lo cual le emancipa de la inmanencia subjetiva. Y debe tenerse en cuenta que el próximo reacción (Ortega y Gasset, *El Espectador*) no sólo con reacciones observables sensualmente, sino también con palabras, algo que ya ha entrado en lo conceptual. Estas palabras crean un objeto, un mundo:

- a) Local: el ámbito donde se habla un mismo lenguaje;
- b) Cultural general: por el hecho de la existencia de un lenguaje común, usado por todos los pueblos (tanto por ciento de vocablos internacionales).

En la actualidad se llega a una teoría de la cultura, articulable en definiciones claras. Las ideas que constituyen el patrimonio de la cultura se llaman eones y constantes históricas, que se acercan a la plenitud de las categorías. Han tenido un principio y un fin que no podemos fijar¹⁴.

Ortega y Gasset es, quizá, quien más ha escrito sobre cultura —en España—, considerándola desde diversos puntos de vista. En *Teoría de Andalucía*, por ejemplo, ha escrito: "Entendamos por cultura lo que es más discreto: un sistema de actitudes ante la vida que tenga sentido, coherencia, eficacia. La vida es primeramente un conjunto de problemas esenciales a que el hombre responde con un conjunto de soluciones: la cultura". De aquí, por la diversidad de soluciones, la existencia de muchas culturas.

En *Corazón y Cabeza*, se lee: "Es que la cultura ha progresado, se dice. Falso, falso. Eso no es la cultura, es sólo una dimensión de la cultura, es la cultura intelectual. Mientras... se acumulaban ciencias, noticias, saberes sobre el mundo y se pulía la técnica con que dominamos la materia... se dejaba a la deriva el corazón, el intelecto..." y a este respecto, recuerda Ortega que fue Luis Vives quien, el primero, empleó la palabra cultura en este recto sentido: *cultura animi*.

Luego, en los párrafos que escribiera A un diccionario enciclopédico, se lee: "El hombre produce la cultura para proporcionarse una cierta seguridad en la selva primige-

nia de la vida... luego siente ese mismo pavor pánico ante la cultura que siente como una nueva selva que ha brotado de él, pero ha acabado por rodearlo, creciendo insumisa, y amenaza con estrangularlo".

Y en *Moralejas* hallamos una imagen feliz que nos adentra, universalmente, en el inmenso campo de la cultura: "Grandes y chicos, viejos y mozos, sabios e inocentes, llevamos todos dentro una visión del Universo más o menos fragmentaria. La cultura no es otra cosa que el canje mutuo del porvenir". Ortega, al plantearse la respuesta de ¿qué es la Cultura?, niega que haya cultura española (en contra de Menéndez Pelayo), pues, en la base de la cultura europea coloca a las matemáticas ("orgullo de la razón europea", según Kant). No teniendo matemáticas, afirma, no hay cultura moderna española. Se inició ésta no en el renacimiento de la plástica, sino en la traducción de Nicolás Cusano de la mecánica de Arquímedes. "La cultura es la verdadera humanidad, es lo humano. Lo importante es que la humanidad —la Cultura— aumenta su capacidad en unos pocos".

El mucho espacio dedicado por don José Ortega y Gasset al concepto de cultura se comprueba consultando, simplemente, el índice de sus *Obras Completas*, en el que se especifica la Cultura como claridad, como convención, ordenación, precisión, seguridad, sistema de ideas, etc.; así como las especializaciones de la Cultura francesa, inglesa, alemana, española...

Otras interpretaciones. — Según Alfred Weber¹⁵, el propósito final de toda historia de la cultura puede resumirse en el siguiente párrafo: "...se trata de ver cómo esas culturas se han ido elaborando sucesivamente; además, se trata de colocarlas en el camino general que lleva la historia y, asimismo, de rastrear el proceso de su vida en ese camino general y de comprender sus respectivas aportaciones al progreso total. De ese modo se podrá contemplar en su justo lugar las figuras individuales creadoras y sus obras en su actuación incommensurable; y con ello es de esperar que se facilitará una mejor inteligencia respecto de sus características, del momento de

14. *La Verruca*, Madrid (c. 1); *La civilización en la Historia*, Madrid, 1924; *El secreto de la filosofía*, Barcelona, 1947.

15. *Historia de la Cultura*, tr. esp. del F. C. B., México, 1945.

su aparición y de su importancia para la historia de la cultura. Y toda esta tarea debe desarrollarse presidida por la intención de comprender *de ese modo la esencia y el destino de cada una de las culturas*; así como también por el propósito de comprender cómo dicho movimiento histórico —y la humanidad arrastrada en su cauce— ha conducido a la situación en que estamos actualmente, es decir, cómo ha venido a desembocar en nosotros¹⁸.

Para los historiadores de la cultura más ilustres de los tiempos actuales, está aquella íntimamente ligada con la sociedad en la que se desarrolla, hasta el punto de que resultan —para ellos— del todo incompatibles los productos culturales individuales, aislados, comúnmente admitidos como tales en las concepciones cristianas de la historia. Robert H. Lowie, por ejemplo¹⁹, hace hincapié en que "la cultura no significa un gran refinamiento o una educación muy elevada, sino el conjunto de tradiciones sociales. La cultura comprende —como lo ha expuesto el gran antropólogo Tylor—, "las aptitudes y los hábitos adquiridos por el hombre como miembro de la sociedad". Forma la cultura, pues, todos los hábitos y actitudes que contrastan con muchos rasgos adquiridos de otro modo, es decir, por herencia biológica. "De lo que se desprende que todo ser humano posee, relacionadas, herencia social y herencia biológica. El estudio de los aspectos culturales de los distintos grupos humanos constituye el objetivo de la Historia de la Cultura, la cual determina "a cuál categoría de la cultura corresponden todos los grupos humanos del pasado y del presente, y en explicar, hasta donde sea posible, las variaciones de sus tradiciones sociales".

De las limitaciones que atazan aún a la historia de la cultura se hace eco Lowie al declarar que, en el momento actual, no estamos todavía en condiciones de explicar "la razón por la que un mismo pueblo cuenta con una herencia social diferente a medida que atraviesa por las diversas etapas de su existencia". En la actualidad no es posible expresar con certeza ni la causa de la transformación de las culturas ni explicar las diferencias y semejanzas entre las culturas de pueblos distintos, con-

temporáneos o no. Sin embargo, excluyendo las soluciones sencillas y falsas que en términos biológicos y geográficos se han propuesto¹⁷, se ha progresado considerablemente en el camino de la interpretación total de todas las sociedades pasadas y presentes.

Como representante genuino del insustituible papel de la sociedad en la formación cultural hay que citar a Ralph Turner¹⁸: "Al contrario de los fenómenos sociales, que son el influjo mutuo de las actividades individuales por medio de la comunicación de unos hombres con otros —escribe, al principio casi de su obra más completa¹⁹—, la cultura es el contenido de dichas actividades. Así, pongo por caso, en todas las sociedades se casan los varones y las mujeres (fenómeno social); pero la variedad del modo como se casan es infinita y viene a constituir las costumbres matrimoniales (fenómeno cultural). Los hombres hacen relativamente pocas cosas: se ganan la vida, se casan, cuidan de sus hijos, entierran a los muertos, premian a los buenos servidores, castigan a los malhechores, matan enemigos, adoran a Dios y manipulan la naturaleza. Pero hacen estas pocas cosas de muchos modos diferentes; y de vez en cuando adoptan maneras nuevas de hacerlas. La cultura es la suma total de los modos y medios fabricados por los hombres para hacer las cosas".

17. "Estas soluciones son lógicamente inadecuadas, porque un mismo equipo biológico e idénticos medios geográficos son compatibles con culturas totalmente distintas, en tanto que los mismos rasgos aparecen en la mayoría de las diversas razas y medios ambientales". Lowie, *obra citada* pág. 329. El único determinismo que admite Lowie, es el desarrollo cultural, es el de los precedentes históricos de cada etapa cultural —para explicar una referencia a cada grupo humano—. Así, en *Culture and Ecology*, 1929, escribe, pág. 66: "La cultura es algo así como que sólo puede explicarse en sus propios términos. Esto es, es un fenómeno que sólo puede explicarse en sus propios términos. Esto es, es una unidad de crecimiento extremadamente lento, hasta que trasciende una cierta unidad; entonces se lanza hacia delante, adquiriendo impulso en una propensión inoperable... Una cultura determinada es, en cierta medida por lo menos, un fenómeno único. Si vea el así, debe resistirse a un tratamiento con la circunstancia particular que lo precedió... Por lo tanto, el campo de cultura no es una regla totalmente carente de leyes... La cuestión esencial es ésta... el desarrollo de la historia pasada".

18. V. "Los grandes cultivos de la humanidad". F. C. E. México, 1948, basada en *Orígenes mitológicos*.

19. *Obra citada*, pág. 27-28.

18. En *Antropología Cultural*, F. C. E. México, 1947; pág. 15 y *sig.*

Y más adelante remacha más aún el substratum sociológico de toda manifestación cultural, al afirmar que la "cultura es un mero producto de la organización social de la vida. Es el producto inmediato de la aptitud del individuo socialmente desarrollada, para la actividad finalista y el pensamiento reflexivo. El individuo es el único innovador. Pero, como desde la infancia hasta la edad adulta va perfeccionándose en él la aptitud para innovar en función de los materiales culturales que le transmitieron sus mayores, sus innovaciones son productos sociales tanto como individuales. Asimismo sus innovaciones perduran tan sólo como resultado de la aceptación social, y únicamente por transición social pasan a las generaciones futuras. El hombre, en cuanto fabricante de la cultura, es un caso único; pero la aptitud para ello le pertenece sólo por haber desarrollado socialmente su instrumental y sus aptitudes para la acción. Los individuos creadores no actúan nunca sin materiales culturales seleccionados y transmitidos por la sociedad".

El hombre se distingue de los demás organismos por "su aptitud para construir una cultura". Los grupos humanos la poseen y la transmiten. Salta a la vista que estas tres actividades: construcción —en el tiempo, es decir históricamente—, posesión y transmisión constituyen un todo armónico y más halagador para el espíritu del hombre que la concepción minimizadora de éste, de Frobenius, reduciéndole a *Kulturträger*. Cree Turner que la familia es, en efecto, el instrumento más importante de la transmisión cultural, pero en esta acción, los padres imparten a los hijos no únicamente su experiencia personal, sino, por encima de todo, la experiencia colectiva del grupo, es decir, la tradición desarrollada y perpetuada socialmente. "La palabra tradición significa un algo que nos entrega el pasado. Precisando más, significa que ese algo tiene valor para las personas que la reciben y transmiten, y que esa razón debe conservarse. Por consiguiente, una tradición cultural es un sistema de vida (que contiene técnicas, costumbres, determinaciones afectivas, conocimientos y creencias), una carga preciosa para el grupo cuya vida moldea; y el cual, a su vez, la transporta y desarrolla"²⁰.

Según Turner, el desarrollo cultural se verifica a través de tres modalidades: el tradicionalismo que se aferra a

las formas antiguas; el radicalismo que busca significaciones nuevas y suele exigir además que se admitan formas nuevas de conducta; y la reorientación que propugna la adaptación de las formas y significaciones antiguas a las circunstancias actuales de la vida. Grupos culturales, áreas y centros culturales completan la sencilla terminología utilizada por el historiador norteamericano para la fluida exposición de su obra fundamental²¹. Asimismo, la tradición cultural consta de tres elementos: a) El tecnológico —integración del grupo en su medio— b) El institucional —o la organización de relaciones sociales con ese grupo— y c) Intelectual —o interpretación de la experiencia del grupo conductor—, interrelacionados entre sí como causa y como efecto, respectivamente.

El nexo que permite el engranaje entre el individuo encajado en la sociedad y entre ésta y su tradición, cuyo exponente es la Cultura, ha sido felizmente expresado por Ralph Linton²², en el párrafo que sigue: "Sociedad, cultura e individuo constituyen una configuración cuyos elementos están en acción recíproca constante. Una sociedad y una cultura están siempre apareadas y se extienden a través del tiempo como entidades paralelas y continuas. Ninguna de ellas puede existir sin la otra.

20. A propósito del valor de la tradición, de tan rico contenido en el acervo histórico hispano, transcribo a continuación tres notas de otros tantos científicos contemporáneos: A. M. HOGART, en *The Progress of Man. A short History of his Evolution, his Customs and his works*, 1935, pág. 23, escribe: "El hombre es un animal tradicional. La capacidad para transmitir la tradición existe en un grado mucho más alto en el hombre que en ningún otro vertebrado. La evolución del ser humano parece haberse dirigido grandemente hacia el aumento de esa capacidad... El elemento individual en cada uno de nosotros es muy pequeño comparado con el tradicional". A su vez V. GORDON CHILDE, en *New Males Human*, 1936, pág. 270, señala una acción recíproca entre la tradición y el hombre que la transcribe: "La tradición hace al hombre, circunscribiendo su conducta dentro de ciertos límites; pero es igualmente cierto que el hombre hace la tradición". Y B. MALINOWSKI, en *Culture as a Determinant of Behavior*, "The Scientific Monthly", vol. 42, 1936, pág. 447, afirma: "La raíz más profunda de la cultura se mantiene regular y promueve gracias al cuerpo del saber tradicional. Esto se hace posible mediante el lenguaje, que permite al hombre formular reglas generales y codificarlas en conceptos. Así, a los sistemas de acción corresponden sistemas de pensamiento".

21. La ya citada *Las grandes culturas de la Humanidad*.

22. RALPH LINTON, *Psychology and Anthropology*, "Journal of Social Philosophy", vol. 5, 1940, págs. 121-122.

Al nacer los individuos que componen la sociedad y expresan la cultura entran en ese continuo, y salen de él cuando mueren. Ellos mismos son continuos, pero se extienden sobre un intervalo de tiempo mucho más corto que el continuo social-cultural del que forman parte temporalmente..."

En la guerra y la congoja del médico moderno hallamos la plasmación de la interdependencia que acabamos de señalar. ¿Se tenía noticia de tragedia más espantosa que la acarreada por la Segunda Guerra Mundial? No. Con todo, del seno del descomunal conflicto brotaron destellos del más honrado y maravilloso ingenio humano. Y aquí una paradoja. Se ha dicho que la guerra es factor indispensable para el progreso de la humanidad; y que las exigencias impuestas a los hombres de ciencia por las necesidades bélicas obran de alicata para aquellos que se apliquen con apasionamiento a la solución de problemas que en tiempos normales se alcanzarían también, pero con mayor lentitud. El corolario que se deduce de estas afirmaciones es obvio. Así considerada la cuestión, resultaría que la guerra no sólo es necesaria, sino que los cerebros más lúcidos de cada nación estarían obligados a procurar las circunstancias y motivos capaces de provocar el estallido de conflictos armados en el decurso de un periodo más o menos largo.

Contra la afirmación anterior interesa destacar la posición básica del médico, en su lucha contra la muerte, por deber y por vocación. Esa posición del médico probo, íntegro, lleno de congoja ante las calamidades que afligen al hombre y que podrán resbalar por la piel de otros hombres acostumbrados a mirar con indiferencia la desolación y la muerte como inevitables o útiles. Con guerras o sin ellas, el médico, ya sea el dedicado a la clínica, ya el que consagra sus horas entre las paredes de un laboratorio, y con él el biólogo, el micólogo, el bacteriólogo... todos, en fin, cuantos de cerca o de lejos se preocupan por el sufrimiento del hermano hombre, trabajan incansablemente para aliviar el dolor que pesa sobre todos nosotros desde que apareció el primer hombre sobre la Tierra. Buena prueba de ello es la consideración del número asombroso de beneficios a nuestros semejantes que puede presentar la centuria comprendida desde los

alrededores del año 1850 hasta mediados del siglo que nos ha tocado vivir.

Durante esta centuria ha nacido la antisepsia, y al nombrarla se hace inevitable pronunciar el nombre del precursor Lister; se ha levantado el hermoso edificio de la bacteriología, con Pasteur; y en la lucha contra las infecciones, es imposible olvidarnos de nombres como Bahring, Roux y Calmette; han aparecido las hormonas, que tantísimos padecimientos han ahorrado y algunas, como la *insulina*, han permitido la realización de un milagro: arrancar al enfermo de la antesala segura de la muerte a la luminosa superficie de la vida. Durante esta misma centuria se ha dado a conocer la ciencia de las vitaminas, manantial inapreciable de salud en multitud de trastornos cuya naturaleza se desconocía, esas vitaminas que en la actualidad son la base de una poderosa industria alimenticia y que ha hecho nacer la confianza de extirpar el hambre que periódicamente afligía a la humanidad. Ehrlich nos presentó su "salvarsán". Cuando se inició la lucha mundial, la más cruel de todas las registradas en los anales sangrientos de la historia, y se empezaron a lanzar los primeros cañonazos, en la tierra prometida del Nuevo Continente, en la tierra donde aún se vivía en paz, surgían las sulfamidas, a cuyo beneficioso influjo tantas vidas se han salvado. Y en plena etapa destructiva, en Europa, un conjunto de investigadores ingleses prosiguen y amplían el descubrimiento realizado por Fleming, entre 1928 y 1932, y empieza a poner en práctica las cualidades terapéuticas de la *penicilina*, la *tetraciclina*, la *estreptomicina*, la *cloromicina* o *cloromicetina*, el *pas*, la *terramicina*, la *auromicina*...

Quien haya seguido el contorno intelectual de las opiniones que anteceden habrá advertido que la "experiencia", menospreciada en general por la juventud a lo largo de los siglos, es la que permitía a aquella misma juventud perfilar su silueta, configurar su presencia en la comunidad humana a la que pertenecía. La virtud axiológica de la experiencia crece, pues, en el terreno de la historia cultural; pero en el bien entendido de que se trata de la experiencia colectiva, no de la individual. La experiencia de la colectividad condiciona y explica las diversas culturas humanas, las cuales no son mero aspecto de la experiencia sino función de ésta. "Por experiencia entiendo todo

cuanto ha padecido o vivido, percibido o sentido un individuo o un grupo de individuos... La cultura, así de los diversos pueblos como de los diferentes individuos, es en grandísima parte reflejo de su historia o experiencia pasada... Los estímulos generales que heredan en común todos los seres humanos perseveran en todos ellos y en en las culturas todas; pero el modo como se permite actuar a tales estímulos y el modo como se satisfacen es cosa que se determina por medio de la tradición, y que varía no sólo para las diferentes culturas sino también para los varios grupos pertenecientes a una misma cultura... Todos los seres humanos nacen como animales culturalmente indiferentes; adquieren luego caracteres particulares según el grupo social en que les toca vivir"²³.

Idea del progreso. Sus etapas. — "La historia se revela a sí misma progreso y no mero cambio o sucesión"²⁴. Cada sistema, cada legado cultural del hombre lo encuentra el que lo recibe en herencia, insuficiente, necesitado de precisión o puntualización. Pero lo que construye no es algo diferente, sino lo anterior, en forma al menos, para evitar los errores que cree ver. De esta manera se camina adelante, tomando siempre como punto de arranque lo anterior. El progreso presupone un regreso al punto de origen, pero no para quedarse en él, sino para cobrar fuerza. La cultura de hoy reclama la cultura de tiempos anteriores, y por eso una historia de la cultura es la verdadera, no cuando es definitiva —cosa inimaginable—, sino cuando lleva en sí, como vísceras, las pretéritas, y descubre en éstas el "progreso hacia ella misma". Como imágenes plásticas del progreso se han dado la del racimo de uva (Huizinga) y la línea heli-

coidal (varios autores), con retrocesos y avances, pero éstos cada vez más amplios.

¿Cómo se efectúa el progreso? Por etapas, naturalmente. Pero ¿cuáles son éstas? ¿Cómo fijarlas? ¿Cómo distinguirías?

El problema de las etapas está íntimamente relacionado con la necesidad de fijar conceptos intrínsecos y cronológicamente claros en cuanto a la división de la historia en periodos. Periodos que son "necesarios", pero que resulta difícilísimo fijar, de manera que, al determinar tipológicamente un "concepto", no se pierda la utilidad cronológica, que se pide a la ciencia histórica. De todos modos, resulta una verdad incuestionable asegurar que se pisa terreno más seguro al hablar de periodos de cultura que de periodos políticos. Caracteriza de un modo más claro al siglo XVIII mencionarlo como "etapa del racionalismo" que como "periodo del absolutismo filosófico". Y, sin embargo, cuando nos detenemos a considerar uno y otro conceptos, se nos esfuman, y acabamos por confesar que preferimos, por más segura, la denominación de siglo XVIII, pura y simplemente.

Nuestra época reclama esa división porque necesita el concepto de ritmo. De aquí que haya surgido y se haya debatido abundantemente la cuestión de las generaciones (Lain Entralgo, Julián Marías, Ortega y Gasset, Pinder). Ya Cournot fijaba tres generaciones de treinta años cada una por siglo²⁵. Eugenio d'Ors, en *La barraca*, compara la cronológica división de la historia a la topográfica división anatómica, antes del Renacimiento. Así, al tronco correspondía la Edad Media, al brazo y al antebrazo, los siglos XV y XVI, respectivamente. En aquel entonces, la división se fundaba en el aspecto, no en el prospecto (la "estructura interior" de Poussin). Según d'Ors, a los sistemas vascular, sanguíneo, nervioso, etc. debieran co-

23. M. F. ANSHLEY MONTAGU, *The socio-biology of Man*, "The Scientific Monthly", t. 50, 1950, págs. 496-487. TURNER, *Obras citadas* pág. 9 ha escrito: "En virtud de su misma naturaleza, la historia es una disciplina científica, por cuanto estudia a todo el hombre y, en un sentido ideal, a todos los hombres en sus actividades, tales como fueron en el pasado. Simplemente intuido debe echar mano de todos los métodos y conceptos disponibles para analizar la conducta de los hombres, porque las acciones de éstos no pueden entenderse, ni por partes ni en conjunto, sin conocer los elementos y procesos de la conducta humana."

24. ORTEGA Y GASSET, prólogo a la *Historia de la Filosofía*, de Bréhier. Recordemos que Mommsen ha escrito: "Grecia es el prototipo del progreso humano. Roma el prototipo del progreso nacional."

25. En *Considerations sur la marche des idées et des événements dans les temps modernes*. Recordemos que B. CROCE, en *Storia della storiografia italiana nel secolo decimonono*, cita a Ferrer (1857), que abarcaba por períodos de cuatro generaciones, con un total de ciento veinticinco años. Biografía sobre la periodización puede hallarse en SPANGENBERG, *Les périodes de la Histoire Universelle*, y en STEVE, *Des périodes der Weltgeschichte*.

responder otros sistemas en historia —"síntesis eficientes"— Por ejemplo:

- a) Sistema *imperial*: Alejandro, Carlomagno, Napoleón;
- b) Sistema *racionalista*: Zenón de Elea, Descartes, Voltaire;
- c) Sistema *romántico*: Lucrecio, Rousseau, Schelling, Tolstoy.

De obrar así se seguiría que el sistema sería lo suficientemente flexible para reunir lo que el tiempo separa y para distinguir lo que el tiempo confunde.

Frente a la anterior y otras más brillantes divisiones en etapas del progreso humano, la única solución es la de renunciar a toda pretendida exactitud, empleando los "términos" correspondientes a las diversas épocas con moderación y modestia, como auxiliares, no como conceptos. La "vaguedad" que sentimos al querer determinar un período o época es, precisamente, uno de los signos en que se revela el pensamiento histórico más íntimamente ligado con la vida.

Quienes bajo el fetichismo de la sistematización, tienden a construir sus esquemas históricos en orden estrictamente lógico —¡como si el suceder de la historia se sometiera a las leyes de la lógica!— deberán tener sumo cuidado en los dos puntos esenciales de toda elaboración histórica oral o escrita: los "tipos" y la "periodificación", de que hemos tratado. En cuanto a los primeros, habrá que manejarlos como indispensables para dominar la materia, pero recordando siempre que proceden de abstracción, que son simples hipótesis, útiles mientras no surgen otras más adaptadas a la vida individual. Como los "tipos" están supeditados a la psicología y formación del historiador, pecarán siempre de unilaterales.

En la unilateralidad se cae, efectivamente, al tratar de historia con enfoques demasiado específicos²⁶: geográfico, económico, político, religioso... Tal vez tomando por norma lo humano, que siempre existe por debajo del político, guerrero, sacerdote, poeta, labrador, industrial y comerciante, se caería con menos frecuencia en aquel peligro.

26. Interesantisimas, en esta dirección, resultan las obras de DILTHEY (1859-1911): *Weltanschauung und Analyse des Menschen seit Renaissance und Reformation*, *Studien zur Geschichte des deutschen Geistes* y *MEINEKE: Weltbürgertum und Nationalstaat*.

Por lo que se refiere a la "periodificación", el historiador, obligado a adoptar una u otra, debiera hacerlo con escepticismo siempre, al recordar la diversidad de opiniones habidas a este respecto, y comprender que lo que para nosotros es moderno lo encajarán quizá nuestros tataranietos en pleno medioevo. La que actualmente rige —a pesar de todas las críticas— la de Cristóbal Cellarius Keller (1638-1707)²⁷ profesor de Halle, fue sustituida por Lamprecht²⁸, que dividió la historia en ciertas repeticiones de orden psicológico-económico, sujetas a leyes y aplicables a todas las historias nacionales. Spengler²⁹, partiendo de las culturas india, antigua clásica, árabe y occidental, ha trazado *épocas espirituales*, que divide con arreglo a las estaciones del año: primavera, verano... Lo que importa es deducir cada período del tema histórico, y no utilizar nuestras *concepciones* para caracterizar al período.

R. OLIVAR-BERTRAND.

27. A raíz de la publicación de su *Historia Antigua*, 1645.

28. *Völkerpsychologische Probleme*, 1904.

29. *Der Untergang des Abendlandes*, 1918.

El Muralismo en América

Un viaje por América es apasionante: un hombre primitivo, en una absoluta decadencia, con el dolor de olvidadas grandezas grabado en su cara hierática y angulosa, ya muerto su vigor creativo o por lo menos fuertemente adormecido; otro hombre, descendiente de inmigrantes, sin raigambre natural en un suelo casi virgen, con el entusiasmo de la sangre joven, que busca sustentar sus ideas y sus obras en una tradición casi inexistente, pues no es suya la de sus ancestros ultramarinos y la del aborigen tampoco le pertenece; una tierra llena de incógnitas y de paradojas, con una potencialidad inagotable. La tierra, el hombre, las costumbres, el arte, todo quise consignarlo en un diario de viaje. De este cúmulo algo caótico saquemos lo referente a la pintura mural. Esta ya ha dado en América frutos nada despreciables en una historia del arte universal. El objeto que perseguimos será éste, situar la obra del artista mural americano en un orden general. Antes recordaremos algunas cuestiones sobre la técnica y la historia de la pintura sobre el muro.

Le Corbusier hace unos siete u ocho lustros implantó en arquitectura la pura desnudez del muro. Estos paños de pared blancos, limpios, amplios, exigían una decoración. Volvió así a un primer plano el arte de la pintura mural, que por tanto tiempo había sido relegada, encomiándose a hasta el penégrico. ¿Hace suponer esto una preeminencia de la pintura mural sobre la de caballete? No, pues el milagro del arte plástico, esa eclosión en flor maravillosa de la sensibilidad del artista o de su afán de abstracción, se puede manifestar, ya en un pequeño lienzo, ya en un gran paño de pared. La diferencia está en que la pintura de caballete es más recatada, más íntima, dirigida hacia un goce más individual; en cambio el mensaje de la pintura mural va hacia la masa del pueblo, por ello es una obra de mayor poder y difusión sociales.

Hemos considerado que la decoración pictórica del muro es una necesidad, cualesquiera sean las finalidades de la misma, mágicas, religiosas, estético-religiosas o estéticas exclusivamente. Así, se la encuentra en todas las épocas, en la Pre-Historia y en la Historia, desde las pinturas rupestres de las grutas, donde el artista primitivo, con sus elementos rudimentarios, grababa los contornos de sus dibujos o extendía los óxidos de hierro o de manganeso, hasta los vastos paneles de los edificios públicos modernos, realizados a la ténpera, al fresco o con mosaicos.

De algunas de estas técnicas se tiene generalmente una idea más o menos aproximada y los procedimientos de realización muchas veces se ignoran. Expliquemoslos brevemente. En la ténpera, los colores se empastan con agua mezclada con un aglutinante que puede ser una cola animal, como la de conejo, la yema o la clara de huevo, la caseína o la leche de higo. Según los estudios de Winkelmann, en esta forma se hicieron las extraordinarias pinturas de las cámaras mortuorias de los hipogeos faraónicos y según los de Rutherford Gettens del Fogg Museum de Boston, los "frescos" de Afganistán, de la fabulosa Samarcanda y todo el Turkestan Chino, de la India —tan bellos en las cuevas de Ajanta— o de la China no son verdaderos frescos sino pinturas realizadas con la tradicional ténpera de Oriente de goma animal.

La cera es el médium con el que se preparan las tintas en el encausto, muy usado por griegos y romanos y hoy casi abandonado totalmente, quizá por haberse perdido los secretos técnicos de realización ya que la cera es un tanto indócil al empleo del pincel y las nuevas maneras encontradas no dieron satisfacción a los artistas.

Una suerte semejante cupo al esgrafiado, muy empleado en el Renacimiento en la decoración de los exteriores de los palacios y las villas italianas y que consiste en dejar ver por el grabado de una punta de hierro sobre una superficie de cal, la capa de revoque subyacente coloreada de negro o de rojo.

¿Consideraremos pintura al mosaico aunque no se realice pintando sino con esos pedacitos casi insignificantes de vidrio coloreado? Pues sí, que no otra cosa son los cartones sobre los que se apoya. Esta técnica, eterna en su durabilidad, nos ha dado numerosas obras bellas, desde

aquellas que adornaban los patios de las casas pompeyanas o las que ponían una nota de color mesurado en las oscuras entacumbas, o aquellas rutilantes como joyas de Santa Maria Maggiore o de San Pedro de Roma, las de Ravena o las de la Pala D'Oro de San Marcos de Venecia y que hoy rejuvenece en las líneas y los planos abstractos del costado exterior del Auditorium, de Radio del Estado en Córdoba o en la Galería "Santa Fe" de Buenos Aires.

¿Y el fresco, el "buon fresco"? ¡Cuántas loas para esta técnica, desde Miguel Angel —que la nombra como el arte divino, propio para los hombres pues... Bah!... la pintura all'olio... buona è solo per le donne!—, Vasari en su *Vita del pittori più celebri* y Cennino Cennini en su libro dell'Arte, a Helbing y Donner y Baudoin y Costin Petresco!

¡Qué camino aureo recorrido en Grecia y en Etruria, en la Roma antigua y sus dominios, en Bizancio y en los feudos de la península itálica medioeval o renacentista, en Francia y en Rumania, para verdecer en un ramo luminoso en México, en EE. UU., en Ecuador y también en la Argentina! ¡Qué vitalidad siempre renovada! Ave Fénix que de la catalepsia finisecular renace en la pureza del Funcionalismo.

¡Qué de pintores siembran flores en una sola tierra, en Italia, cuyas creencias y cuya historia están ilustradas en tantas iglesias y tantos palacios! Esos caballeros, esos guerreros y esos atletas de las tumbas etruscas con su doble línea de dibujo: una en rojo, de preparación, y otra en negro, de terminación. Esas bacantes y esos amorcillos de los misterios dionisiacos pompeyanos de los atrios y triclinios, llenos de frescura y simplicidad en la línea y en el color, y de vigor en la técnica. Esa voluntad de abstracción bizantina en las vírgenes y los santos de Santa Maria Antigua, de Sant'Angelo in Formis o en la pisana San Piero in Orado que todavía se mantiene estereotipada en Cimabue, aunque con deseos de romper los moldes seculares de la *Bottega*. La nueva forma de naturaleza y vida que trae Giotto en la Capella degli Scrovegni o en Santa Croce, hace entusiasmar de admiración a Carrá. El modelado de Masaccio, maestro de los grandes maestros posteriores; la ciencia escordida tras el arte de Piero della Francesca; la delicadeza de la

línea perseguida en la totalidad del rectángulo de Botticelli que retomarán hoy rejuvenecida, en ciertos momentos, Picasso y Klee; la fuerza constructiva de Mantegna; la simplicidad escultórica de Luca Signorelli; la grandera dramática de Miguel Angel y la grandera inefable de Rafael; la riqueza de colorido del Veronés para luego caer en la habilidad fantástica de Tiépolo y volver a renovarse con Achille Funi y con Sironi.

Y en Francia que sin ser la tierra del fresco tiene a sus "chef d'oeuvres" desde Saint Savin, cerca de Poitiers, Tavant en Indre y Loire, y el palacio de los Papas de Avignon, románicos, a los greguizantes de Bourdelle. Y aun en Rumania, con sus poco conocidos monasterios, cuyos muros exteriores están recubiertos de un ajedrezado de múltiples frescos, que gracias a una técnica perfecta, resisten desde cientos de años los nevados inviernos de la Europa central. ¡Qué camino recorrido!

Pero, ¿por qué tanto disframo? ¿Qué es el fresco? El secreto de su excelencia y de su fuerza debe estar en el secreto de la técnica y en lo que ella da de sí.

Si sobre una buena pared de ladrillos, donde no anide la humedad, con su capa de revoque grueso y otra de revoque mediano, extendemos una tercera, muy fina de espesor y de grano de cal y arena, y a veces de polvo de mármol, y mientras está aún fresca pintamos con óxidos y colores resistentes a la acción química de la base, hemos estado pintando al fresco. La dificultad está en que ese revoque no nos permite más de ocho, diez, doce horas de trabajo continuado y después lo que no hayamos terminado debemos echarlo abajo, picarlo. ¡Bonita tiranía del material! Y aún hay más, en el "buon fresco" la pintura no admite retoques. Y todavía más, la pintura recién ejecutada, cargada del agua que se emplea para mezclar los colores y la del mismo revoque, es relativamente oscura y a medida que seca se aclara, aclaramiento que no es parejo y depende de las mezclas empleadas. Y es entonces cuando aparecen todos los errores magnificados. Pero esa espera del resultado final, esas sorpresas, ese a manera de misterio, constituyen un encanto extraordinario para el artista. Además, la luminosidad, la armonía colorística que se obtiene con esta técnica, difícilmente surge de las otras y de ahí el encanto del

espectador. Y esa pintura, una vez seca, se habrá incorporado definitivamente al material de sostén y desafiará victoriosamente al tiempo, durando tanto cuanto dure el muro.

Ahora estamos en condiciones de internarnos en el camino americano y analizar el desarrollo de su pintura mural. Este es completamente desigual: desde aquellos países donde casi ningún artista ha sentido la necesidad de expresarse por este medio, donde ni siquiera se han realizado intentos, hasta otros donde el florecimiento adquiere la magnificencia de una selva tropical, por el número de sus cultores y de las obras, por la importancia y calidad intrínseca de las mismas y aun por la trascendencia dentro del arte universal debida a la influencia sobre otras escuelas.

Junto al lago Titicaca, del lado peruano hay una ciudad de extraordinario colorido, Puno. En el interior de su mercado encontré un panel, en la parte central, sobre las grandes aberturas de acceso, que representa las mismas escenas que bajando la vista rodean al viajero. Los indios están mercando los frutos de la tierra o las obras de su industria; al fondo el mismo lago con las típicas embarcaciones de totora. Es una obra relativamente lograda por Francisco de Santo, pero que en ese lugar cumple su misión y llama la atención.

En Bolivia, a pesar de los extraordinarios motivos que ofrece la naturaleza y el hombre, nada se ha pintado. Sólo tengo noticias de dos ensayos en la escuela de Uarisata, uno de Marco Aurelio López Lomba, el que introdujo la técnica, que estuvo becado en la Escuela Superior de Bellas Artes de Buenos Aires, el otro es de Fuentes Lira. Sólo vi el boceto del segundo. Un uruguayo y un peruano, ningún boliviano. Esto nos permite notar que para el desarrollo de una determinada especialidad artística, no sólo es necesario que el ambiente que rodea al artista sea exuberante y le preste los más variados motivos, sino una serie de circunstancias que iremos encontrando poco a poco.

Ya en el Cuzco, Perú, en el Hotel del Cuadro, elegante construcción moderna, se hallan los trabajos de José Sabogal. Son cuatro o cinco frescos de temas histórico-legendarios: "Mama Oello y Manco Capac", los padres

inealcos; "El demonio de los Andes", Francisco de Carvajal, el cruel conquistador a caballo; "El Inca Garcilaso", con sus folios de pergamino y "La Tinca", el saludo a la Pacha Mama. Son de tonos bajos, quizá el mejor sea el que recuerda al autor de los *Comentarios Reales*. No llegan a constituir una realización definitiva.

En Lima, en la Capilla de los Héroes, que se encuentra al lado de la Universidad encontré otras obras de Sabogal: unas medianas figuras alegóricas, sobre fondo de oro. Sin embargo, no debemos desconocer que José Sabogal fue el iniciador de la corriente indigenista en el Perú y también de la pintura mural; llegó a tener un gran éxito y sólo el deseo de imponer sus procedimientos estilísticos fue quizá la causa de su caída como director de la Academia de Bellas Artes.

Con más fuerza que Sabogal, más joven él mismo, Juan Manuel Ugarte Eléspuru pintó un enorme muro en la ex iglesia de Santo Tomás, con temas de la Historia Peruana. Dentro de la composición, muy abigarrada, domina una bella figura central. Ugarte estudió el fresco en la Escuela del Balneario en Buenos Aires. En la realización técnica de su obra se nota esa formación pero en el concepto predomina una influencia mexicana-riberesca. Otros fresquistas peruanos son Teodoro Núñez Ureta, de Arequipa, que ha pintado en esta ciudad y en Lima, con técnica cuidadosa, un poco ilustrativa, temas literarios: su Don Quijote por ejemplo.

Una aguada muy diluida, un dibujo en sepiá con ligerísimas insinuaciones de color constituye la "manera" de Quispe Assín, en los paneles del Bar del Congreso Nacional; los asuntos son griegos: "El juicio de París", "Hércules en el jardín de las Hespérides", un faunito. Hay entre los modernos pintores peruanos entusiasmo por los murales.

En el Ecuador, ha sido una institución la que ha promovido y apoyado el interés hacia el muralismo: La Casa de la Cultura que dirigiera con magnífico éxito el poeta Alejandro Carrión, realizando una obra extraordinaria que abarca todos los campos culturales: artístico, literario, científico. Pintores, escultores, músicos, poetas, se encuentran agrupados y auspiciados por la Casa de la Cultura de Quito.

Allí realizan sus creaciones Diógenes Paredes, Bolívar Menafranco, Enrique Kingman, Osvaldo Guayasamín, a quien conocíáramos en Buenos Aires en 1946, en su exposición del salón Peuser, conjuntamente con Alfredo Palacio y Oscar Valencia. En los murales de la Casa de la Cultura, la impronta es mexicanoide y los temas son populares o históricos.

El mejor fresquista colombiano es Pedro Nel Gómez. Reside en Medellín y allí ha desarrollado una amplísima labor. En la Escuela de Ingeniería pintó especialmente la vida de mineros, con un dibujo relativamente flojo, pero son los motivos tomados de leyendas indígenas que decoran su estudio en la casa de Aranjuez los que le han brindado sus mejores obras. Pedro Nel vivió mucho tiempo en Italia y practica la manera glottesca; pinta sobre una superficie muy lisa, acquarelando, deja ver la pincelada que en ciertos momentos simula un mosaico.

En Bogotá, Ignacio Gómez Jaramillo había ejecutado dos grandes paneles en el Capitolio. Eran de tema social el uno "*La liberación de los esclavos*", e histórico el otro "*La insurrección de los comuneros*". Los valvenes de la política los hizo desaparecer, no sé si pintando de liso la pared donde se hallaban o picándolos directamente. Se encuentra un pequeño fresco de Gómez Jaramillo en la Escuela de Bellas Artes, entre otros realizados por alumnos, y en la Escuela Revolución de México hay otros tres. Estos últimos debieron ser sus primeros ensayos, por la defectuosa técnica empleada.

Cuando pasé por la Ciudad Universitaria, otro pintor, Alipio Jaramillo, estaba pintando algunos murales al duco en el vestibulo de la Escuela de Arquitectura, amplios de línea y de concepto: la tierra, los frutos, la familia. Dificultades políticas los dejarían inconclusos.

En Panamá, en Nicaragua, en el Salvador, nada conozco que se haya realizado de positivo valor. En Costa Rica, algunos jóvenes están pintando en la Casa Presidencial; en Honduras, Arturo López Rodegno, director de la Escuela de Bellas Artes de Tegucigalpa, es el único fresquista. Sus trabajos sobre motivos indígenas precolumbinos son interesantes, aunque son copia fiel de la manera, la estilización, los relieves y las pinturas mayas. No ha tomado el concepto para adaptarlo a la temática

actual sino la forma. Su valor reside principalmente en ser iniciador... y no es poco.

Por un sendero semejante, maya también, iba Gálvez Suárez, ya fallecido, cuando en 1944 pintaba sus decoraciones sobre la escalera principal del Palacio de Gobierno de Guatemala, bien compuestas, de intenso colorido, pero vulgares.

Hemos recorrido ya la pintura mural de varios países, pero por la obra realizada debemos reconocer que no nos sentimos grandemente impresionados. Esas expresiones de Perú, de Ecuador, de Colombia, a veces no logradas totalmente, salvando algunas excepciones; esos intentos de recreación de un arte ya desaparecido, en Honduras o Guatemala, imitando los tipos y la indumentaria de los grandes sacerdotes y de los guerreros y las estilizaciones de los artistas mayas, arte neo-arqueológico, podríamos decir, muestran un camino dudoso; pero llegamos a México y el esfuerzo realizado es extraordinario.

Nos encontramos frente a un mundo creado por los artistas, historiado con toda libertad en gruesos muros coloniales o delgadas paredes de cemento, con titubeos, con defectos o con pujanza y genio, pero siempre palpante de vida.

Después de la Revolución, en 1922, cuando retorna al país Diego Rivera y se une a José Clemente Orozco y a David Alfaro Siqueiros, surge el Sindicato de pintores y escultores, que interpretando los ideales de esa misma revolución comienza el desarrollo de una serie ininterrumpida de pinturas que tuvo en toda forma el apoyo oficial. Fue un gran ministro de Educación, José Vasconcelos, quien, sin muchas palabras, pero con visión amplia, facilitó en un primer momento los muros donde debía ejercitarse el talento de los artistas, sin limitaciones de carácter ideológico político o artístico, sin excluir a ninguno. Había fe en lo que se hacía y en lo que se iba a hacer y un loco entusiasmo alimentaba las fuerzas que iban a ponerse en juego. Se dio escape al potente manantial, se le formó cauce y corrió fecundo.

La fuente de inspiración se halló en lo vernáculo. Son las costumbres, las fiestas, los problemas sociales y políticos expuestos en la crítica despiadada, acerba y satírica de las clases encumbradas; son las ideas de liber-

tad, de fraternidad, de igualdad, a las que, desarrolladas en el grabado, el cuadro o el muro, no se tachó de literatura en el arte. Esos son los motivos principales desarrollados. La consigna era hacer, hacer, hacer, ayudar a hacer y dejar hacer.

Entre las primeras obras se hallan las de la Escuela Preparatoria, edificio colonial, de pesadas paredes, con patios claustrales. Fueron aprovechados los paños de paredes entre las puertas de las aulas, que lograban un buen punto de observación a través de los intercolumnios de las galerías, los pequeños rectángulos encima de las puertas, los techos, las cajas de las escaleras. En el tercer patio pueden verse unos ensayos de Orozco.

A poco tiempo de su muerte, la figura de Orozco se yergue como la de uno de los más grandes, si no el máximo pintor mural mejicano. Austero en su persona física, este gran manco, nervioso, desproljo en su técnica, punzante, con fuerza de barro para fustigar la injusticia política o social y burlarse de ella, pesimista, ardiente en las llamas de sus Prometeos. Queden expresados aquí el reconocimiento y el elogio más sentidos y el homenaje de tantos artistas argentinos que le admiran. En el tercer patio hay algunos frescos de Orozco, de inspiración completamente italiana, primera época, una maternidad entonada en rojo, un Cristo, los franciscanos giottescos de la escalera, Cain y Abel, la ciencia y el trabajo, los tres desnudos del Hotel Sanborns. Otros paneles son caricaturescos, sátiras contra los ricos entregados al vicio, la bebida, la lujuria, la avaricia, tan crudas como aquellas de Guadalupe Posadas; otros, revolucionarios: la vuelta de los guerrilleros con sus mujeres, o los guerrilleros caídos, especie de crucifixión este último, tan vibrante como *El fusilamiento de la Moncloa* de Goya. De los cuatro frescos que pintó en el Palacio de Justicia, el más original es una alegoría de México. La bandera tricolor, la piel de leopardo símbolo del indio, la pluma, la rueda de hierro, las pencias, la máscara trágica. Es una de sus obras más bellas por su dibujo y su claroscuro, por su color y por la facilidad de su ejecución. Los otros tres frescos son daumierescos —hay una gran influencia de Daumier en muchas de sus obras—; en ellos ataca a la falsa justicia, y esto en el mismo Palacio de Justicia.

La decoración más lograda, en conjunto, es la del orfanato en Guadalajara donde muestra aspectos de la conquista, las hecatombes indígenas, los conquistadores mecanizados, los religiosos haciendo su obra. Allí en el Palacio de Gobierno, es donde hace bafa cirsense de las corrientes políticas no ha mucho dominadas en la última guerra mundial del 39, gritos estentóreos y profusión de signos cabalísticos danzando entre las figuras de los falsos taumaturgos. En la Universidad se ve al hombre que impulsado por la ciencia, por su arte, por su fe, vuela hacia el espacio como una saeta ardiente. El hombre y las llamas, dos temas que apasionan a Orozco.

Últimamente realizó un panel enorme en el teatro al aire libre de la magnífica Escuela Normal, empleando un material nuevo: el silicón. El mismo concepto estético es nuevo (y fue muy discutido): una composición cubista de grandes planos y aplicaciones sobre puestas de metal.

Frente a Orozco, lleno de pasión, está Rivera, más razonador, más calculador. Su obra es enorme, en cuanto a número se refiere. Ha sido siempre favorecido por la fortuna que ha dado muros y más muros a su pincel. Si se conociera el número de muros por él pintados causaría asombro, estupefacción. En la galería de la planta baja de la Secretaría de Educación pinta la miseria del pueblo, sus trabajos, sus dolores, sus alegrías: la mina, la fundición, los cañeros, las fruterías, las tejedoras, las lavanderas, la fiesta del maíz, la danza del venadito, Xochimilco. Luego asciende a la galería alta pasando en la escalera por la mitología india. Hacia un lado está la serie de la Revolución en el campo y en la fábrica; hacia el otro, la glorificación del comunismo y sus héroes caídos, donde la composición se simplifica. En toda esta enorme serie, entran elementos diversos, relieves egipcianos, figuras etruscas o pompeyanas, geometrizarciones. Superiores a estas, como totalidad, son las decoraciones de la Escuela de Agricultura de Chapingo, de concepción renacentista, miguelangelesca, con perspectivas arquitectónicas, desnudos, escorzos, repitiendo estos últimos en el edificio de Salubridad con menor éxito. En el palacio de Cortez de Cuernavaca hay motivos de la Historia de México (a Rivera se le podría llamar en verdad el Ilustrador de la historia mexicana), su proceso doloroso hasta la obtención de la libertad por la Revolución. Continúa con estos

temas en el palacio Nacional. Un gran fresco que ocupa tres paredes, sobre la escalera central, encierra nuevamente toda la evolución histórica en una composición terriblemente abigarrada. Más simple, más clara, es el ala que pertenece al imperio precortesiano. En la galería están en ejecución paneles con las actividades indígenas. Para el Hotel Reforma había pintado cuatro bellos paneles transportables que fueron rechazados por razones políticas y hoy se encuentran en la Galería de Inés Amor. Fueron reemplazados por él mismo, con banales desnudos femeninos de escasa calidad. En el Hotel del Prado acabó, mientras me encontraba allí, un fresco sobre la Historia de la famosa Avenida, que produjo un escándalo mayúsculo. Ribera, contrariamente a lo que era el retrato de Orozco, es amigo de los escándalos. Las últimas obras completas, concluidas en 1944, del Instituto de Cardiología, son débiles en cuanto a composición y color se refiere.

Siqueiros es el más inquieto en la vida y en la plástica. Su obra mural dentro de México es reducida. Vi algunos bellos trozos inconclusos en la Preparatoria, el duco del Sindicato de Electricistas, donde anatematiza el capitalismo y los fenecidos sistemas políticos europeos y el duco y plástico de la calle Sonora 9, plástico, pues hace intervenir en la composición una escalera y llena el vano inferior con una cabeza escultórica de gran tamaño. Últimamente estaba decorando la escalera de la Tesorería.

Siqueiros deforma la perspectiva, busca los más violentos escorzos, aplanar los diedros de los prismas de las construcciones y desfondar los techos haciendo continuar sobre ellos las líneas de la pared frontera. Quiere que la composición no permanezca en el plano de la pared sino que llene el ambiente, vaya hacia el espectador y se profundice por detrás de aquella. Su posición es audaz y ha conseguido obras que gritan y golpean, y a que pesar de lo extremado del color y del dibujo y de su barroquismo exaltado son de gran interés. Sin embargo, muralmente, no creo en sus preceptos. Ellos están asimismo expresados en el gran panel *La libertad*, del palacio de Bellas Artes. Vértice de un triángulo cuyas otras dos puntas son un fresco de Ribera, delicado de color, frío, meticuloso, *El hombre dominando el universo por la ciencia y la técnica*, mural que, según creo, había realizado para el edificio Rockefeller en N. Y. y fue destruido. Y

otro de Orozco, *La Revolución*, de grandes contrastes de color, un poco ilustración de revista estadounidense. En estas tres obras se ven las características fundamentales de sus autores, aunque no sean sus obras capitales.

Orozco, Siqueiros y Ribera constituyeron una trilogía poderosa y apasionante pero asimismo, cerraron tanto el campo plástico mural, en una casi dictadura, que los demás artistas tuvieron que refugiarse en otros sectores. En el principio del movimiento, colaboraron muchos pintores de valía. Ayer casi trabajaban ellos solamente. Todos los extremos son malos y perniciosos.

Veamos la obra de algunos. Roberto Montenegro tiene una decoración de relativo valor en la Hemeroteca, pero en cambio en el ex Convento de San Pedro y San Pablo, hoy escuela, hay unos murales magníficos con predominio de elementos arquitectónicos. Julio Castellanos, también en una escuela, realizó tres obras de bellísimo dibujo y composición con temas de niños, de los mejores frescos que hay en México. Tamayo, que triunfó en los Estados Unidos, hasta hace poco era mal visto por sus compatriotas, posiblemente debido a su tinte picassiano pero últimamente demostró la gran fuerza de su obra como colorista —característica rara en los mexicanos—, en la Exposición del Palacio de Bellas Artes. Manuel Rodríguez Lozano cuyos frescos son casi un dibujo lineal, con poquísimo claroscuro y menos color, muy buenos: uno lo pintó en la Penitenciaría y el otro en un edificio particular con el tema de la Piedad.

En el Mercado Abelardo Rodríguez pintaron Angel Bracho, Pedro Rendon, Pujol, Alba, con relativa fortuna. En la Escuela Revolución, Raúl Angiano, con muchas posibilidades y pocos muros. México ha atraído a algunos extranjeros, como el guatemalteco Carlos Mérida, débil en su mural de la Biblioteca infantil, muy interesante en la pintura de caballete y que últimamente hizo unos mosaicos importantísimos con motivos aztecas. Pablo O'Higgins, con obras en el teatro del Pueblo y en el Mercado Abelardo Rodríguez; Marion y Grace Greenwood de quienes recuerdo pinturas en el mismo Mercado y en la Universidad de Michoacán en Morelia. El cuadro del muralismo mexicano es pues muy rico. Si todo no tiene la misma proyección ya hemos notado cómo algunas obras son extraordinarias. Por otra parte, los artistas mexi-

canos han actuado bastante en el extranjero: así pude admirar de Orozco el dramático Prometeo del Pomona College, en California, con un magnífico desnudo en rojo y negro, la dramática serie del Dartmouth College y la menos vallosa de la New School of Social Research; de Ribera, un regular panel en el Stoch Exchange Luncheon Club de San Francisco, en la School of Fine Arts de California, que representa la fuerza constructiva de la urbe, San Francisco, rápido de ejecución pero sólido, la bella serie del Detroit Institute of Fine Arts, apología de Henry Ford y el maquinismo, en la fundición de acero y en la fabricación de automóviles; de Siqueiros, busqué sin encontrarlas; desaparecieron las obras de los Angeles en la Chouinard School of Art y en la Plaza Art Center y asimismo la de La Habana, pero en cambio estudié una de sus piezas capitales: la decoración de la Escuela México de Chillán, Chile. En Argentina también le recordamos por sus murales de la casa de Botana en los que intervino nuestro gran Spillimbergo. Así han sabido los mexicanos difundir su obra artística, temperamento que no han aprovechado los demás países del continente.

En los Estados Unidos hubo una poderosa corriente muralista durante los gobiernos de Roosevelt, pero luego se cortó el camino emprendido. Allí los artistas se encuentran hoy en la misma orfandad y con los mismos problemas económicos en que se hallan en tantos otros países americanos. A aquella época pertenece el plan muy amplio si se considera el número de Estados, de decorar los edificios públicos, oficinas de correo, estaciones de ferrocarril, secretarías de estado. En San Francisco, las pinturas a la ténpera de Anton Refregier para la "Post Office", veintiocho o treinta pequeños paneles con motivos de la historia de la ciudad del "Golden Gate", armonizan con el espíritu arquitectónico. Refregier está considerado como uno de los mejores pintores murales de los Estados Unidos. En Los Angeles, en la "Colt Tower" todos sus artistas han contribuido para dar una síntesis de California en todos sus aspectos: agrícola, ganadero, industrial, comercial, social, costumbrista. En casi todas las obras priva una influencia riberesca. En Detroit un mural de Clifford West en el Horace H. Ratham Memorial Building muestra los trabajos del campo en una especie de tapicería y Zoltan Sepsheshy emplea una técnica especial

de ténpera, posiblemente a la caseína, con esfumados y transparencias, logrando efectos muy delicados. Lewis W. Rubinstein, en el Museo Germánico de la Universidad de Harvard, Boston, hizo dos frescos muy prolijamente pintados con motivos del espíritu guerrero del pueblo alemán. Según parece en su realización tardó dos años.

En Washington la labor desarrollada ha sido muy intensa. Walter Mc. Ewen, Eduard Simwood, John Alexander, Gori Melchior, mucho han trabajado con resultados relativos. Los frescos que más interés tienen son los de Ben Shahn, llenos de humanidad, con motivos del trabajo y del pueblo. En los Estados Unidos, por encima de la obra de los pintores nacionales, se halla la de artistas extranjeros. Ya nombramos los trabajos de los mexicanos en California, Detroit, New York. Los nueve paneles para la biblioteca de Boston de Puvis de Chavannes, son finisimos de color y se descubre la gran influencia que tuvieron sobre la pintura local; la serie de Sorolla para la Hispanic Society, las decoraciones monocromas en sepia del pintor español José María Sert, para el Rockefeller Center, las cuatro ténperas de Cándido Portinari en el Hispanic Room de la Biblioteca del Congreso. Ellos poseen también en el Museo de Arte Moderno de N. York, el *Guernica* de Picasso, trabajado exclusivamente en planos enteros de blanco, negro y gris, que impresiona fuertemente por su desgarrador dramatismo. Aunque está enmarcado tiene un carácter mural. Puede hacerse la siguiente observación con respecto a lo manifestado por Siqueiros en su obra un poco petulante *No hay más ruta que la nuestra* recopilación de artículos periodísticos, donde en forma intencionada, interesada y nada convincente hace obedecer el espíritu del *Guernica* a la tendencia mexicana. No deja de ser interesante conocer que Ribera también ataca a Picasso en cuanto oportunidad puede en el curso de sus conferencias. Nacionalismos de este tipo, en arte, no conducen a nada bueno.

El Canadá no es tierra de pintores murales. Sólo en Montreal en la Mc. Giel Medical School, ha pintado Mario Scott y en Quebec, Mc. Cart en las Mont Tremblant Loges.

En Cuba nada encontré, aunque el inquieto Carreño los haya hecho y muy buenos, ni el que Siqueiros pintó en La Habana. Tampoco vi nada en Haití; sin embargo, el

arte popular primitivo con influencias de Vodún de Enguerrand Gourgue, Louverture Poisson y especialmente de Réctor Hyppolite tiene la simiente para un ulterior desarrollo.

Vela Zanetti, un pintor español radicado en Ciudad Trujillo, República Dominicana, es el único muralista. Trabajó en los Tribunales, en la Facultad de Medicina, Odontología y Farmacia, en el cine Colón de Santiago, en el teatro Marisa de Moka. Es bueno en dibujo, composición y color; he creído reconocer en él una cierta influencia de los mexicanos y de Portinari.

Los únicos ensayos de frescos intentados en Venezuela son los de Elbano Méndez Osuna *La familia* y *la Escuela* y *La escuela en la Naturaleza*; son muy flojos. Más fuertes, con mayor carácter mural, aunque sus obras no estén en el muro, son las del pintor Pedro Centeno Vallenilla.

Nos son muy conocidos los motivos que Cândido Portinari pintó en el Ministerio de Educación de Río de Janeiro. El edificio, con el carácter de la nueva arquitectura de Le Corbusier, es interesantísimo, con sus grandes planos exteriores de azulejos con decoración marina. En el vestíbulo del primer piso hay un gran panel de colores claros y elementos lineales rayados y punteados diversos. En un fino tapiz que representa juegos de niños y cuya procedencia estilística está en el *Guernica*, En la secretaría inmediata al vestíbulo, hay una serie de quince paneles cuadrados dispuestos sin solución de continuidad a manera de friso con una composición interna, individual, y otra general. Fueron pintados desde el 36 al 44. Los temas son los de la vida del Brasil: La pita, el caucho y los "aeringheiros", el cacao, el café, la yerba mate, el tabaco, el oro, la caña de azúcar, la madera. El resultado obtenido estilísticamente es completamente distinto, opuesto al de la decoración anterior; se percibe una influencia mexicana, en las figuras especialmente; sin embargo, los fondos resueltos en planos geometrizados le dan notas especiales. Hay en estas pinturas menos elementos dibujísticos que en las de la Biblioteca del Congreso de Washington. Así las figuras del "descubrimiento de la tierra" o del "oro", de "la entrada en la floresta", de "la educación de los indios" están más fuertemente acusadas y en su actitud son tan expresivas como su San

Francisco de la Iglesia de Pompulha, Minas Geraes una de sus obras más discutidas.

Nada conozco del Paraguay, en cambio en el Uruguay varios son los cultores. Recordemos a Norberto Berdía, en el Paradero San Carlos, que utiliza como temas el medio y el hombre; a González y Massey en el Centro de Viajantes de Comercio, donde historia el desarrollo de esa actividad desde la colonia hasta la actualidad, o en las decoraciones de la Ancap; a Torres García en el Hospital Saint Bois, siempre con su criterio constructivista, y a sus discípulos en diversas casas particulares; a Willy Marchand en la Biblioteca Nacional de la Universidad; a Felipe Seade en algunas casas de Montevideo y de Colonia; a García Reino en el Departamento de Policía, donde hace la evolución histórica de la misma. En el Uruguay pintaron también murales Castagnino, en el Club del Salto; Urruchúa, en la Universidad de Mujeres; Portinari, en Punta del Este.

En Chile, hay varios intentos de valor. Allí dejó buena simiente Siqueiros, aunque no se le siga formalmente. La Biblioteca de la Escuela México de Chillán tiene dos magníficos ducos. La epopeya revolucionaria mexicana, desde el arquero Moctezuma que dispara sus dardos sobre la cruz invasora que aplasta la libertad del indio, hasta Juárez y la epopeya revolucionaria chilena con Garbarino, quien a pesar de sus brazos cortados vence a los españoles de armadura con Lautaro y Recabarren. Aquí es donde se muestra más claramente la teoría de Siqueiros: formación del ambiente plástico fuera de la arquitectura, contra la arquitectura y destruyendo la arquitectura. A pesar de la antifuncionalidad de estas decoraciones terribles que nada tienen que hacer en una biblioteca para niños, no se puede negar que están hechas con una valentía y una fuerza extraordinarias. El vestíbulo de la misma escuela está decorado por Xavier Guerrero, quien se inspiró en el desastre sísmico, las fuerzas de la naturaleza desencadenadas por el terremoto, dominadas y vencidas por la solidaridad de los hombres.

En la estación del ferrocarril de Concepción, en un gran friso, está desarrollada la Historia de Chile en frescos a la aguada. Una realización importante, quizá la más importante que viera en Chile de un pintor chileno. Su autor es Gregorio de la Fuente. En Santiago se han

decorado varios lugares públicos: La Ciudad del Niño, el Mercado Presidente Ríos. Hay obras de Fernando Marcos, Laureano Guevara, Orlando Silva.

Llegamos a la Argentina. Debemos reconocer que tampoco aquí hay un movimiento conjunto organizado. Algunos arquitectos han prestado su colaboración incluyendo la pintura mural en sus esquicios. No son muchos. Entre las honrosas excepciones recordemos a Jorge Sabaté, Aslan y Ezcurra, Bartolomé Repeto... Un bello esfuerzo por parte de los artistas se debe a Spillimbergo, Berni, Castagnino, Urruchúa, Colmeiro, en la Galería Pacifico. Ruelgan los comentarios. Se han criticado mucho, abiertamente o solapadamente, estas pinturas desde un punto de vista: se dice que no están colocadas en el lugar donde debieran estar; que allí resultan pesadas, filosóficas, mientras en la Galería hay una exposición vidrierista de vanidades. Sin desconocer lo que pueden encerrar de verdad estas críticas, no debemos silenciar que ellas son de los mejores trabajos murales aquí realizados; que es muy comprensible el deseo de esos artistas de pintar una obra de gran importancia ya que no son muchas las oportunidades que se les brinda; que una gran cantidad de obras de los artistas mexicanos que aquí admiramos con justa razón, tampoco son funcionales o marcadamente antifuncionales; que es preferible hacer y hacer de más que no hacer nada, o poco y mezquinamente. Otras obras de conjunto valiosas son las de la Galería Santa Fe, donde Soldi pone su nota fina de línea y de tono, junto a Presas, Torres Agüero y Seoane. También en la Sociedad Hebrea Argentina y en varias casas particulares hay importantes realizaciones de Berni, Urruchúa y Castagnino. Últimamente, Spillimbergo hizo un magnífico panel, *Madre defendiendo a su hijo*.

Surge el nombre de Alfredo Guido, cuyo fresco del Palacio Municipal de Morón es una bella pieza romántica, *La batalla de Caseros*. Sus dos paneles del Ministerio de Obras Públicas, pequeños pero sólidos, y los de la Dirección de Bellas Artes, le sitúan entre los primeros por las realizaciones. Además hay que considerar su labor desde el taller de la Escuela Superior, importante como difusión del muralismo y cuya trayectoria hemos rastreado por algunos países: Bolivia, Perú, Colombia, en artistas que han sido sus alumnos.

No nos olvidemos todavía de Quinquela Martín, con sus decoraciones de la Escuela de la Vuelta de Rocha; de Soto Aceval, en el Ministerio de Hacienda; de Rodolfo Franco, de Gastón Jarry, de Dante Ortelani, de Montero, en la Fraternidad Ferroviaria, y de algunos otros como Castagna, Baldini, Aschero, que aún no han tenido todas las oportunidades que debieran.

Y aquí en Córdoba ¿qué se ha hecho? Poco, muy poco. Están las pictografías de Ongamira, de épocas preteritas, como primer albor de muralismo... Unos intentos de Lasansky en la casa del Dr. Viscaya y en la de Don Deodoro Roca (este último mural desaparecido); otros de Castagna en la Escuelita de Cristo, los que está realizando Guido Buffo en un templete-bóveda enclavado en medio de la sierra de Unquillo, en memoria de su esposa y de su hija, síntesis plástica de su amor por ellas, y nada más. Ensayos aislados, individuales, nada orgánico.

En Córdoba el fresco todavía está virgen. Desde hace cinco años se ha tratado de establecer el curso de pintura mural en la Escuela Superior de Bellas Artes y por diversas razones esto ha sido imposible, a pesar del interés extraordinario de la juventud por estudiar las diversas técnicas y de los esfuerzos de los profesores. Sin embargo Córdoba tiene un clima ideal para el desarrollo del fresco, mejor aún que el de la húmeda Buenos Aires.

Y tantos edificios públicos que se enriquecerían con este aporte! Los muros venerables de la Universidad, especialmente los paños que rodean el patio central, los del colegio Monserrat, de la Escuela Normal y tantos otros podrían ir atesorando la obra de sus artistas. Ya es hora de que la revelación se produzca y se comience a desbrozar el camino.

Hemos hecho un análisis, que no creemos en ningún momento exhaustivo, de la pintura mural en América; ahora sinteticemos. De todas las técnicas murales: fresco, óleo, témpera, encausto, esgrafiado, la que más desarrollo ha tomado es el fresco y la que más adeptos tiene entre los artistas. Todos son procedimientos centenarios, por no decir milenarios. Actualmente, con el desarrollo técnico y ciertas invenciones químicas, han surgido otras técnicas como el duco o piroxilina y últimamente el silicón.

Aquí nos conformamos con las técnicas clásicas; en México, en el Ecuador, en Colombia, se practica el duco.

Naturalmente el tiempo dirá el valor de estos nuevos procedimientos. En México hay un instituto de investigaciones técnicas pictóricas para probar todos aquellos productos que la nueva industria hace surgir y tienen aplicación en la pintura. Su más ferviente propulsor es Siqueiros. Creo que la idea es excelente y no sería malo que nosotros tuviéramos uno semejante: las escuelas de bellas artes unidas a las escuelas científicas de las Universidades lo lograrían.

La eclosión de la pintura mural en América se produce en 1922. Uno de los primeros países que responde al llamado de renovar la decoración mural es México. Allí hay tres artistas que por sus condiciones y por circunstancias favorables se han llegado a llamar "los tres grandes" aunque haya algunos otros que sean tan importantes como ellos. Los tres grandes formaron una especie de dictadura que oprimió al arte mexicano e impidió surgir plenamente a los nuevos, dando por resultado que la escuela mexicana que podríamos llamar revolucionaria no continúe con ese extraordinario brio inicial. Esto, conjuntamente con otros factores estéticos y políticos, les ha hecho perder terreno en el campo artístico y el rico mercado de Estados Unidos que ahora desean reconquistar. Paralelamente al desenvolvimiento mexicano se produce el de otros países, Colombia, Ecuador, Chile, Uruguay, Brasil, Argentina, que si no han llegado a imponerse y difundirse tanto como el primero, poseen sin embargo, valores y obras de primera calidad. Finalmente hay naciones americanas donde los pintores murales son excepciones o sus artistas aún no se han sentido atraídos por la fuerza social popular del muralismo.

Hay tendencias espirituales generales reflejadas en el artista que hacen que éste prefiera trabajar para el pueblo en el muro, en lugar de trabajar para el particular o el coleccionista, en su taller. Por sus mismas condiciones de grandiosidad necesita el apoyo oficial o de los particulares pudientes.

En México, un ministro fue el propiciador excelente. Gracias a que él, desde el Ministerio, brindó los muros de las escuelas, se pudo iniciar el movimiento. Nosotros no hemos tenido ningún mecenas, ni oficial, ni particular. En obras que podríamos llamar antiguas ya, como

los edificios de las escuelas normales o nacionales, nada se ha hecho; en obras nuevas, como el Banco de la Nación de Buenos Aires, donde hay paños espiñados de pared para decorar, nada se hace; en las embajadas argentinas y en general en edificios del exterior (p. e.: las escuelas que llevan el nombre de República Argentina) menos aún y no creo que haya aparecido nunca la idea de llevar en esta forma el arte argentino hacia afuera.

Por otra parte tenemos que llegar a México otra vez, para encontrar un plan amplio, completamente desarrollado. Edificios donde hay treinta, cincuenta, cien paneles pintados. Aquí nos conformamos con uno, dos o tres y la vista queda con deseos de ver más. Ya dije que los esfuerzos más importantes en cuanto a complejidad y proyecciones se refiere son los de las Galerías Pacifico y Santa Fe, pero desgraciadamente la envidia, el despecho o la incomprensión los toman como blanco de sus ataques.

La decoración mural puede llegar a constituir, gracias a su importancia, un atractivo excelente de turismo. Eso ocurre en México y más poderosamente aún en Europa. El dinero que se ha invertido en los muros retorna al país por la mano del turista. Este valor, en sí secundario, se torna importante para la economía de la Nación. Estado, arquitectos, particulares pudientes, pueblo en general y artistas debemos unirnos para lograr la meta deseada: el Estado con su apoyo, el arquitecto con sus planos, los particulares con su dinero, el pueblo con su comprensión y estima, y el artista con su obra.

ARMANDO O. SICA.

Geometría Clásica o Euclidiana. Geometría Elíptica. Geometría Hiperbólica

Por el año 300 antes de J. C., vivió en Alejandría, en la corte del rey Ptolomeo Lago, el sabio griego Euclides, padre de la Geometría. De aquella cabeza genial salió casi todo lo que corrientemente se sabe hoy de esa ciencia, pues fue él quien estableció los fundamentos del saber actual, al exponerlos en su obra famosa *Elementos*, compuesta de 13 libros. Estos *Elementos* contienen la cosecha de la actividad helénica de tres siglos, en Aritmética, Geometría, Perspectiva y Música, pero enriquecida con aportaciones del autor.

Hasta hace pocos años, esta obra era el texto de Matemática en los colegios secundarios de Inglaterra.

El primer libro de Euclides, consta de cuatro capítulos: 1º Términos o definiciones; 2º Postulados; 3º Nociones comunes; 4º Proposiciones o teoremas.

Los doce libros restantes se hallan divididos cada uno en dos capítulos: "Términos" y "Proposiciones".

El quinto postulado del primer libro establece:

"SI AL SER CORTADAS DOS RECTAS DE UN PLANO POR UNA TERCERA, SE FORMAN DEL MISMO LADO DE LA SECANTE DOS ÁNGULOS CONJUGADOS INTERNOS CUYA SUMA ES MENOR QUE DOS RECTOS, AQUELLAS DOS RECTAS, SUFICIENTEMENTE PROLONGADAS, SE CORTAN DE ESTE LADO".

Ahora bien, en el año 1800, este postulado fue cuestionado así:

¿Es posible asegurar, que de todas las rectas que pasan por un punto, hay una, *exactamente una*, que no corta nunca a una recta que no pasa por dicho punto, por lejos que se prolongue la recta?

Es imposible experimentar si esta afirmación es verdadera o falsa, pero a partir de entonces, muchos han tratado de demostrar el quinto postulado y aunque en

varias ocasiones se creyó haber encontrado la solución, ninguna de las demostraciones propuestas pudo resistir un análisis riguroso. La falla de todas consistía en que inconscientemente, se apoyaban en el propio postulado o en proposiciones equivalentes.

En 1819, el "Príncipe de la Matemática", Federico Gauss, intenta demostrar el quinto postulado, por el absurdo, y contrariamente a lo que podría suponerse, en lugar de llegar por esta vía a una contradicción, logra crear una ciencia geométrica absolutamente rigurosa, que se dio en llamar Geometría no-euclidiana. Los trabajos de Gauss no se publicaron, pero si los del geómetra húngaro Bolyai, que simultáneamente llegaba a resultados análogos, mientras el matemático ruso Lobatschewsky, en la misma época, deja de lado el postulado quinto, y crea también una geometría no-euclidiana, llamada *Hiperbólica*, cuyos principios aparecen en el libro *Geometría imaginaria o Pangeometría*.

En esta obra coherente y tan sólidamente edificada como la de Euclides, se aceptan los cuatro postulados, pero el quinto es reemplazado por el siguiente:

"Por un punto exterior a una recta, pasan dos paralelas a ella".

Sobre una base lógica, deduce una serie de teoremas, pero llega a resultados opuestos de los de Euclides. Así por ejemplo:

"La suma de los ángulos interiores de un triángulo es menor que dos rectos". A mediados del siglo XIX, Riemann construye una nueva Geometría, llamada *Elíptica*. En ella el famoso postulado quinto es reemplazado por otro que establece: "Por un punto exterior a una recta, no pasa ninguna paralela".

A pesar de que las conclusiones de Riemann no están de acuerdo con la realidad física, es imposible dejar de reconocerle valor científico pues sus conclusiones son lógicas y coherentes consigo mismas.

Estas Geometrías han dado origen a la Geometría moderna, ciencia deductiva por excelencia, que parte siempre de un grupo de proposiciones lógicas arbitrarias o de postulados establecidos sin otra restricción que la de ser *compatibles*, vale decir no contradictorios consigo mismos ni entre ellos.

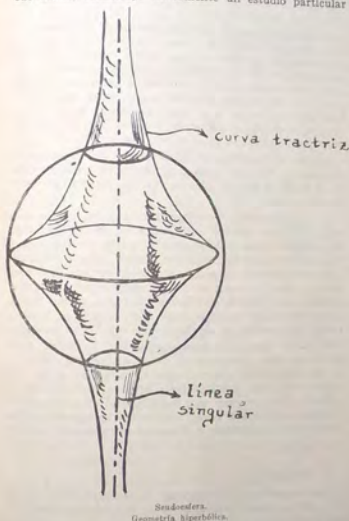
En la Geometría euclidiana, la distancia más corta entre dos puntos está representada por un segmento de recta. Sin reglas ni plomadas, la geometría práctica no podría existir. En efecto, la figura geométrica más importante, el triángulo, está formada por segmentos de rectas. Tampoco sería posible trazar circunferencias, elipses, etc., sin recurrir a la recta de modo más o menos directo. Y sin embargo no poseemos una definición científica de recta. Y cabe ahora preguntarnos si la unión de dos puntos mediante un segmento de recta, constituye realmente el camino más corto. Y la respuesta es no, pues el trazo de unión más corto entre dos puntos situados sobre una superficie esférica, es un arco de círculo máximo. O, en otros términos, la distancia mínima entre dos puntos de una esfera, es un segmento de arco de circunferencia (línea geodésica).

Averiguemos ahora cuántas veces la longitud de la circunferencia *dibujada sobre una esfera* es mayor que la longitud de su "diámetro". Para esto, se ata en la saliente de un perno fijado a la esfera, un hilo, en cuyo extremo libre se sujeta un trozo de tiza. La longitud del hilo (1,5 dm, por ejemplo) comprendida entre el perno, que viene a ser el centro y el pedazo de tiza, va a constituir el radio de una circunferencia dibujada sobre la esfera. Si se mide esta circunferencia, se comprueba con sorpresa que su valor es, aproximadamente igual a 2,9 veces la longitud del diámetro. Claro está que, cuando se opera con una superficie esférica, *el diámetro es igual al duplo del radio materializado por el hilo*.

Si trazamos sobre un tablero, una circunferencia de radio igual a 3 dm, se obtendrá una relación igual a 3,14 (π). Si luego se dibuja sobre la misma esfera una nueva circunferencia, pero con un cordel más largo, es decir con un radio mayor, se comprobará que el valor de la figura trazada es, aproximadamente, 2,3 veces mayor que el diámetro.

Si se continúan estas experiencias, los resultados demostrarán que los valores de las circunferencias dibujadas sobre la esfera, irán creciendo con el "diámetro", pero que, después de alcanzar cierto valor, los perímetros de las circunferencias serán MENORES, vale decir, que al aumento del diámetro, corresponde una disminución del perímetro. Y más aún: si se elige el mayor diámetro

posible, el valor de la circunferencia se reduce a cero. De donde se desprende que nuestra geometría plana, o euclidiana, constituye únicamente un estudio particular



Y que deben existir, necesariamente, otras geometrías, capaces de regirse por otras relaciones y por otras leyes. Por ejemplo la geometría elíptica.

De acuerdo con los postulados de la Geometría elíptica, en una superficie esférica, la suma de los ángulos de un triángulo formado por circunferencias máximas, es siempre mayor de dos rectos.

Si tomamos luego el postulado quinto de las paralelas, e intentamos trazar una "recta" paralela fuera de una circunferencia máxima de una esfera, veremos que es imposible, pues la circunferencia máxima trazada por un punto dado fuera de la circunferencia primitiva, cortará a ésta en dos puntos. Vale decir que, sobre una superficie esférica, dados una línea geodésica y un punto exterior a esa línea, no puede trazarse por él, ninguna línea geodésica paralela a la primera.

Pasemos a considerar ahora el campo de la geometría hiperbólica. En esta geometría, la figura de referencia es la Falsa Esfera, o seudoesfera descubierta por Beltrami en 1868.

Es necesario definir previamente. La curva de tracción o Tractriz. La tractriz es la línea en que el segmento de tangente comprendido entre el punto de contacto y una dirección fija es constante. Ahora bien, si elegimos a la recta directriz como eje, alrededor del cual haremos girar la tractriz, veremos que se engendrará un cuerpo extraño, que ofrecerá un aspecto similar al de dos trompetas unidas por los pabellones. Este cuerpo es la falsa esfera cuya arista se destaca como una línea singular.

La falsa esfera está emparentada con la esfera, pues ofrece la misma redondez en todos sus puntos. El área de la seudoesfera, tiene el mismo valor que el de una esfera real, cuyo diámetro fuera igual al diámetro de la arista o línea singular que constituye el círculo máximo de ésta. Los valores de los respectivos volúmenes, ponen también de manifiesto la relación entre ambos cuerpos.

$$V (\text{esfera}) = \frac{4}{3} \pi r^3$$

$$V (\text{seudoesfera}) = \frac{2}{3} \pi r^3$$

La geometría cuyo dominio es la seudoesfera es la Geometría hiperbólica, distinta de la geometría euclidiana y de la geometría elíptica.

Si sobre la superficie de una falsa esfera, trazamos un triángulo veremos que la suma de los tres ángulos de este triángulo, es inferior a dos rectos.

El equivalente del círculo en la seudoesfera ofrece una extraña figura y debido a esto en la falsa esfera pueden considerarse triángulos en los cuales, la suma de los ángulos "inferiores", sea igual a cero grados. Los vértices de estos triángulos, con ángulos de cero grados, se hallan en el infinito, en uno de los extremos infinitamente lejanos de la figura.

Vista de la superficie exterior de una Seudoesfera en dirección a su eje.



Triángulo cuyos ángulos suman cero grados. Geometría hiperbólica.

Finalmente: POR UN PUNTO DE LA SUPERFICIE SEUDOESFÉRICA, SITUADO FUERA DE LAS LÍNEAS QUE EN ESTA SUPERFICIE HACEN LAS VECES DE RECTA, ES POSIBLE TRAZAR VARIAS PARALELAS A LA CITADA LÍNEA.

No obstante lo poco que se ha dicho con referencia al pleito de las paralelas, podemos afirmar que nuestra geometría euclidiana o clásica y con ella todos los principios que se enseñan y que se aplican en múltiples ocasiones a la física y a la técnica presentan un valor condicionado, es decir relativo.

Conclusiones.—La geometría tiene por objeto el estudio del espacio abstracto. Debido a la arbitrariedad con que pueden elegirse los postulados, el espacio abstracto se relaciona con el físico y por consiguiente con el intuitivo, bastando para ello, inspirar los postulados en estos dos últimos espacios, con lo cual la geometría se convierte en una ciencia de utilidad práctica, por sus aplicaciones en la vida ordinaria.

Asimismo, la geometría puede ser una ciencia puramente especulativa, en cuyo caso tiene igual valor lógico y ofrece el mismo interés científico que la geometría práctica.

Para llegar a una ciencia absolutamente lógica ha sido necesario librar a la geometría clásica de sus imperfecciones: los conceptos de punto, recta, plano, ordenación natural, congruencia, etc.

La geometría elíptica y la geometría hiperbólica han prestado servicios fundamentales. Gracias a ellas, Einstein pudo asociar nuevos campos al de la relatividad.

La geometría no-euclidiana ha permitido además, descubrir el fundamento básico de la estructura de la Matemática y de todo razonamiento deductivo.

MIGUEL M. TAJANI.

Estudios y Traducciones

LA REVALORACIÓN DEL ABORIGEN AMERICANO

En el momento de la conquista el vasto territorio de las dos Américas estaba poblado con agrupaciones humanas de diferente estado de civilización que abarcaba desde el estado más rudimentario de las tribus nómades recolectoras, hasta naciones de civilización altamente desarrollada. Dentro de cualquiera de estas formas de cultura el individuo, la familia, la tribu tenían su lugar preciso, con todas las obligaciones y con todos los derechos que les correspondían específicamente dentro de estas culturas. La conquista, de golpe, acabó con el estado de cosas preexistentes, y ya sea por las ideas y conceptos de la época, por incomprensión y en buena parte por lucro degradó al indio a un nivel rayano en la condición de bestia. Algunos cronistas e historiadores modernos intentan dar un aspecto algo diferente de la colonización española en América, pintándola menos cruel, más liberal y más llevadera para el indio. Indudablemente el problema es muy complejo y no se puede generalizar demasiado. Sin embargo, la atenuación de la situación intolerable del indio es más bien una excepción que en nada influye en el cuadro sombrío general de la gran mayoría de los pueblos aborígenes de América. Tanto es así que la desigualdad espiritual con el blanco, la incapacidad política, la condición de insuficiencia del indio hacia la organización económica más desarrollada, la insensibilidad artística y hasta la inferioridad antropológica y racial tenían siempre y tienen hasta hoy defensores acérrimos entre gente de cultura superior.

La igualdad espiritual es quizás la primera que ha sido negada al indio, al plantearse en los albores del descubrimiento el problema de su racionalidad. Larga y accidentada es la controversia alrededor de este problema que tuvo luchadores tenaces en pro y en contra.

El problema de la capacidad moral, intelectual y racional del indígena americano se halla vinculado estrechamente con problemas históricos de carácter teológico, político y económico. Basta recordar, dentro de la brevedad de este estudio, los trabajos del investigador mexicano Silvio Zavala que es quen con mayor extensión y profundidad filosófica e histórica se ha ocupado de este asunto en los últimos quince años. Recordemos dos de sus trabajos: *La encomienda indiana y Servidumbre natural y libertad cristiana*. Al descubrirse América se plantea a la Corona el problema inicial de su actitud ante los nuevos vasallos. ¿Qué hacer con ellos? ¿Cómo tratarlos? ¿Son seres humanos, racionales, capaces de adquirir la doctrina cristiana, son capaces de perfección? ¿Se los puede despojar de sus bienes temporales? ¿Se puede esclavizar a los que se resisten belicosamente? Se podría afirmar que muchas de estas preguntas, si no todas, hallan su origen en el concepto, diverso según las épocas, que se tuvo de la capacidad del indígena. También variaron consecutivamente las necesidades de la Corona, su sentido cristiano y los conceptos de orden moral que rigen el mundo. De modo que no podemos manifestar, de manera precisa y concreta, tal o cual criterio de la Corona española con respecto de las condiciones físicas, intelectuales y morales de los indígenas americanos.

El gobierno de los indios, las decisiones que se toman acerca de la esclavitud de los indios rebeldes y contumaces, el largo proceso de las encomiendas, de los tributos, de los servicios personales, del trabajo compulsivo, son todas resoluciones que toma la Corona luego de escuchar las opiniones y pareceres de teólogos, juristas y conquistadores. En consecuencia, son medidas de gobierno que como todas, obedecen a las ideas de la época, a un verdadero sistema filosófico y étnico. El haber puesto en claro esta estrecha vinculación de los mencionados problemas es uno de los grandes méritos de la obra cumplida por Silvio Zavala.

El siglo XVI es la época de las grandes controversias acerca de la capacidad racional del indio y de su libertad. La teoría de la servidumbre natural de Aristóteles halla una de sus primeras expresiones, referida a los indígenas americanos, en el jurista Pañacios Rubio, autor del con-

cido requerimiento que se leía a los indios antes de atacarlos. Bernardo de Mesa, que sienta el principio de la libertad de todos los hombres, admite, sin embargo, con criterio ecéctico, que los indios han de ser regidos "con alguna manera de servidumbre". Pero, algunos años más tarde, Ginés de Sepúlveda, una de las figuras capitulares en este prolongado debate sobre los indios y su presunta condición de siervos, se declara partidario de la doctrina aristotélica. "En consecuencia —dice Zavala luego de analizar las opiniones de Sepúlveda— los indios no están privados del todo de razón. Sepúlveda les concede un rango superior a los osos y monos. Pero, por otra parte, cuando los compara con los europeos, los hace descender vertiginosamente por la escala humana hasta encontrar de nuevo al mono y los rebaja del término hombre al de hombrellino". Sepúlveda acepta la servidumbre y hasta la esclavitud que priva de libertad y bienes cuando los indígenas no quisieran aceptar buenamente el dominio español. Bueno es agregar que Sepúlveda no conoció a los indios. Pero es el P. Las Casas quien sostuvo, con la vehemencia y la pasión que le caracterizó, la defensa de los indios contra las teorías de la antigüedad que renacían en la España de entonces.

Sin pretender considerar en detalle la lucha empeñosa de Las Casas, conviene señalar, en primer término, que la posición del Obispo de Chiapas, residente en Indias, conocedor de sus habitantes, entraña una entereza moral y un valor que no eran condiciones necesarias a quienes se empeñaban en demostrar la bestialidad de los indígenas americanos. Fueron sus adversarios toda la naciente burocracia americana y, desde luego, todos los conquistadores que defendían sus esclavos, la perpetuidad de sus encomiendas, los servicios personales. Baste recordar las apasionadas protestas de Bernal Díaz, que no pierde oportunidad de enmendar al P. Las Casas o el hecho muy interesante, señalado por Zavala, que el Cabildo de la ciudad de México enviara dineros a Sepúlveda, su adversario de tesis. El camino elegido por Las Casas para negar la servidumbre natural de los indígenas consistió, en primer término, en rebatir la teoría de Aristóteles, calificándolo, en cierta circunstancia, de pagano que debía estar quemándose en los infiernos, y luego, en demostrar la capacidad natural del indio, exaltando sus

condiciones intelectivas, morales y políticas hasta la exageración, llegando a convertir a los indios en seres superiores a los propios españoles. En su copiosa bibliografía, en sus memorias, en la *Historia de las Indias*, en la *Apologética historia*, en su *Brevísima destrucción*, cumple Las Casas su ardorosa defensa. En parte y temporariamente, el Obispo logró el triunfo; muchas leyes humanas y comprensivas fueron inspiradas en su prédica, particularmente las que se refieren a la "esclavatura" y a las encomiendas, cuya nueva legislación provocó en el Perú la sangrienta rebelión de Gonzalo Pizarro. Es imposible una minuciosa consideración del pensamiento de Las Casas con respecto del objeto de sus polémicas; baste recordar ahora las obras de Zavala, de Agustín Yañez y de Lewis Hanke. Pero quiero insistir en un pequeño párrafo de Las Casas que parece colocar el problema de la diversidad del indio y del conquistador en su verdadero sitio. Defendiendo a los indios de la imputación de vivir apartados unos de otros y sin policía, manifiesta: "Y esto basta para excusa de las gentes de estas tierras que se hallaren en vivir desparecidas y apartadas, y no en pueblos que tengan forma de ciudad, y de otras que ni en pueblos chicos ni grandes, sino vagando viven sin orden como salvajes, si tales se hallaren como se han hallado unos pocos en la costa de la mar de la tierra firme que llamamos la Florida, de los cuales adelante se hablará, si Dios quiere, que no por eso dejan de ser hombres racionales y reducibles a orden y razón, sino que aún no han comenzado y están en aquel primer estado rudo que estuvieron todas las otras naciones antes que hubieron quien las pudiese enseñar." En una palabra, que el carecer de algunas invenciones, de algunos elementos culturales muy conspicuos en el grupo al cual pertenece el conquistador, no significa que sea por falta de razón ni que ellos no sean perfectibles. De ello no se deduce inferioridad alguna; el dominio de los unos sobre los otros lo dio la lucha, y dentro de ella la mayor eficacia de las armas españolas y no el mayor valor del conquistador.

Volviendo a las cuestiones que provocaron las diversas opiniones, que hemos visto ligeramente, acerca de la capacidad del indio, es bueno señalar que la mayor parte de ellas son interesadas y que en ese caso persiguen un

fin concreto. Queda considerar, entre otras causas que incitan a opinar sobre las cualidades o defectos de los indios a cronistas e historiadores, la muy debatida cuestión del justo título de la conquista de América. Pícon Salas manifiesta en su hermoso ensayo sobre la cultura americana *De la conquista a la Independencia* que sólo un pueblo como el español pudo poner en duda y discutirse a sí mismo los títulos de su conquista. Para Las Casas, la Conquista, sus procedimientos y el despojo que se ha cometido no tienen redención posible y lo carga en la conciencia de los Reyes. El P. Victoria, en cambio, enuncia varias circunstancias —que son otros tantos "defectos" morales de los indios —en que es valedera la conquista violenta y, si ella ya ha sido realizada, su justificación: tiranía, antropofagia, incesto, sodomia, etc. Y muchas crónicas, memorias y descripciones se escribieron para probar esta tesis, cargándose las tintas sobre los "pecados", que naturalmente no lo eran en la integración de la cultura indígena. Baste recordar, simplemente, la corriente historiográfica que el Virrey Toledo origina y encauza en el Perú.

Pero por sobre todas estas opiniones interesadas en mostrarnos un indio "salvaje", incapaz, lleno de defectos, se levantan los testimonios irreprimibles de Betanzos, de Garcilaso, de Zorita, de Sahagún, de Cortés, que admira la ciudad de México, y de tantos otros que se asombran de la cultura azteca y del orden incaico.

El problema de la igualdad política es casi una derivación del anterior. El indio pierde todos sus derechos políticos con la pérdida de la base de ellos: su libertad. Del hombre libre se descende prácticamente a la esclavitud con la implantación de la encomienda y con la obligación de satisfacer los diferentes tributos en forma de trabajo o mediante el pago con sus productos.

Como factor económico sólo era tenido en cuenta el indio como bestia de carga, como mano de obra explotado sin ninguna o con muy poca remuneración. Al faltarle en la mayoría de los casos la base de su libertad económica —la *propiedad de la tierra*—, eran inútiles las medidas que tomaron los monarcas españoles para defenderlos de los desmanes de los encomenderos y de las exageraciones de las autoridades locales en sus exigencias desmedidas en cumplimiento de la mita. Conocidas

son las condiciones inhumanas del trabajo, en las minas de Potosí, las jornadas de trabajo de doce horas, la imperfección de los medios técnicos que obligaron al indio mitya a emplear un esfuerzo físico inaguantable, el pago infimo y las condiciones higiénicas absurdas, condiciones todas que unidas acabaron con la vida de un elevado porcentaje de trabajadores. En otros lugares y en otros trabajos las condiciones no eran, ni mucho menos, mejores que en las minas. Hoy mismo las condiciones del indio trabajador están en gran parte de América en un nivel sumamente bajo. sometidos a una explotación inhumana y despiadada, sin protección eficaz, les pertenece hasta hoy el trabajo más rudo y sólo les queda después de una larga campaña de zafra o cosecha de algodón el triste derecho de embriagarse con los restos de su paga, después de satisfacer las deudas contraídas durante su contrato en la proveeduría.

¿Cuál es la razón por la cual ha merecido el indio tal trato inhumano, tal condición inferior, tal desprecio y tal alejamiento de los derechos de las gentes? ¿Acaso no tiene condiciones morales, físicas e intelectuales como para equipararlo, después de una adecuada educación, con la población blanca? Aunque es difícil y anticientífico hablar del indio como de una sola unidad, de un solo carácter, de un solo valor uniforme en toda América, estando confirmado que la gran mayoría de los pueblos aborígenes americanos hasta se ignoraban entre sí, es evidente, para la antropología moderna, que entre la población aborigen de América son pocas las tribus que no tengan aptitudes para incorporarse a nuestra civilización contemporánea. Frente a la creencia general acerca de la inclinación desmedida hacia la embriaguez, su carácter torpe, su parsimonia, su apatía, están esparcidos en los cronistas millares de testimonios sobre su brillante inteligencia, su sed de saber y aprender y su capacidad de crear. Frente a la supuesta actitud de sumisión y de pasividad, están los hechos de su sagacidad y de su valentía con que se ha defendido en las desesperadas guerras contra los blancos, las que en algunos lugares se prolongaron hasta más allá de la segunda mitad del siglo pasado. Frente a la opinión sobre el embotamiento de su entendimiento están las comprobaciones de la asimila-

lación a veces asombrosa de un mundo de ideas diametralmente opuestas a las suyas tradicionales.

No nos engañemos en el afán de querer defender al indio a toda costa. Hay indios incapaces, los hay de malos instintos, irreductibles, feroces y estúpidos. Pero, ¿no los hay entre los blancos? Lo que sabemos y de lo cual estamos firmemente convencidos es que en la mayoría de los casos el problema consiste sólo en hallar el camino para incorporar a nuestra civilización al indio, no peor que nosotros sino apenas diferente de nosotros.

Permitanme iluminar con algunos ejemplos, traídos al azar, la capacidad mental del indio a manera de apoyo documental de todo lo antedicho.

Sobre la capacidad mental del indio es un elocuente testimonio la asimilación de la idea de lo que es el teatro y de lo que es hacer teatro antes de la conquista, que algunos investigadores afirman y otros niegan. Es admirable la comprensión que tuvo el aborigen de la idea y principios del teatro europeo. Que un hombre primitivo comprenda que debe olvidar por completo las circunstancias de su vida material y espiritual cotidiana y tradicional para imaginar otra diferente, y que además debe olvidarse de sí mismo como persona para representar otra completamente diferente de su idiosincrasia personal, requiere no sólo imaginación sino enorme flexibilidad mental e inteligencia. ¿Acaso puede comprender el hecho de no vivir sino fingir la vida, un ser no dotado de un cerebro altamente desarrollado? Evidentemente, no. El indio, según numerosos testimonios de los cronistas laicos y religiosos, resultó ser un excelente actor. Y bien aprovechó la Iglesia esta circunstancia en su labor educativa y proselitista. El sentido del indio hacia los efectos dramáticos y hacia la suntuosidad visual ha sido aprovechado por los misioneros hasta el máximo. Y el indio se prestó a ello gustoso, en un principio sólo como actor, más tarde como autor también. Citamos a Garcilaso: "Algunos curiosos religiosos de diversas religiones, principalmente de la Compañía de Jesús, por aficionar a los misterios de nuestra redención, han compuesto comedias para que las representasen los indios; porque supieron que las representaban en tiempo de sus reyes incas, y porque vieron que tenían habilidad e ingenio para lo que quisiesen enseñarles; y así un Padre de la

Compañía compuso una comedia en loor de N. S. la Virgen María, y la escribió en lengua aymará diferente de la lengua general del Perú (...). Representaron a los indios muchachos y mozos en un pueblo Sulli. Y en Potosí se recitó un diálogo de la fe al cual se hallaron presentes más de 12.000 indios. En el Cuzco se representó otro diálogo del Niño Jesús donde se halló toda la grandeza de aquella ciudad. Otro se representó en la ciudad de los Reyes delante de la Cancillería, de toda la nobleza de la ciudad y de innumerables indios, cuyo argumento fue del Santísimo Sacramento, compuesto a pedazos, en dos lenguas, la española y la general del Perú. Los muchachos indios representaron los diálogos en todas las cuatro partes, con tanta gracia y donaire en el hablar, con tantos meneos y acciones honestas, que provocaban a contento y regocijo y con tanta suavidad en los cantares, que muchos españoles derramaron lágrimas de placer y alegría, viendo la gracia, habilidad y buen ingenio de los indiezuelos; y trocaron en contra la opinión que hasta entonces tenían de que los indios eran torpes, rudos e inhábiles".

Sobre la sensibilidad del indio hacia la música hay también abundante testimonio en los cronistas. Instrumentistas indígenas han ejecutado música litúrgica en los templos de las misiones jesuíticas y otros lugares con técnica impecable y sentimiento profundo. Citamos al padre Motolinea: "...y ahora hay muchos de ellos tan diestros que rigen capillas, y como son de vivo ingenio y gran memoria, lo más de lo que cantan saben de coro (...). Un indio de estos cantores, vecino de esta ciudad de Tlaxcala, ha compuesto una misa entera, apuntada por puro ingenio, aprobada por buenos cantores de Castilla que la han visto".

Testimonio contemporáneo entre otros es Monseñor Alumni, vicario general del Obispado de Resistencia (Argentina). Me contó que estando entre indios Tobas en el Chaco Argentino ha experimentado una honda emoción al hacer funcionar su fonógrafo portátil con los discos de la 5ª sinfonía de Beethoven y al ver a los indios, niños y adultos, agruparse a su alrededor escuchando en silencio, embelesados, las melodías beethovenianas hasta el último acorde.

Sobre el sentido estético del indio habían elocuentemente las obras de arte plástico y decorativo pre y post-colombino. Aparte de los monumentos arqueológicos y objetos de origen precolombino, las iglesias coloniales en Sudamérica están llenas de pinturas, esculturas, orfebrería, y tallados de procedencia indígena. Bien conocidos son los tejidos y platerías contemporáneas de exquisito gusto y artística ejecución. En lo que se refiere a la sensibilidad artística propiamente dicha en el indio contemporáneo, la autora de este trabajo hizo personalmente interesantísimas observaciones entre los indios Matacos del Chaco Argentino. Pudo comprobar la predisposición del indio hacia la creación de obras de pequeña plástica, traducidas en figuras de animales salvajes, modeladas en cera virgen o barro cocido, ejecutadas con el equilibrio perfecto de los volúmenes, en un estilo naturalista, de asombroso parecido y de sentido estético refinado. También pudo comprobar la adaptabilidad del indio a técnicas artísticas completamente nuevas para él, como por ejemplo la pintura con acuarela, de las cuales la autora posee una interesante colección.

No menos interesante es comprobar cierta independencia de criterio que posee el indio. Basta indicar la forma como ha asimilado los dogmas de la religión católica, transformándolos en una mezcla animica semipagana-semicristiana. Contraria este hecho la creencia de la sumisión mental del indio frente al más fuerte y esconde en su esencia la indómita rebeldía de su alma ofendida y ultrajada.

Como consecuencia de todo lo expuesto podemos deducir las siguientes afirmaciones:

1. Los indios americanos no constituyen, ni racial ni culturalmente, una población particular separada del resto de la humanidad porque los grupos sociales y culturales que la componen son semejantes a los que se hallan fuera de este continente en distintos sectores de la tierra.

2. Es ilógico y anticientífico atribuirles apreciación alguna de inferioridad psíquica o biológica respecto al resto de la humanidad.

3. No corresponde a ningún gobierno o pueblo de América establecer discriminación racial respecto a los indios en sus relaciones sociales, económicas, jurídicas o políticas.

excepto la que puede contribuir para la mejor adaptación y asimilación de esos núcleos indígenas.

ANA HIRÓ DE STERN.

PRESENCIA DEL BUDISMO

El budismo, para el público general de Europa y de América, es a menudo aún una religión exótica que reduce a un sabio en meditación y, a veces, a dioses de brazos múltiples, en las pagodas con ángulos de techos levantados y de guardianes terribles. Una parte más advertida de este público ve en él una filosofía de renunciamento del mundo, o de serenidad en un mundo sin dioses. Raros son los que tienen acerca de él ideas más netas y más justas.

En Oriente, su conocimiento real no es siempre más adelantado. El Islam lo ha tenido generalmente por una idolatría confusa. La India, que lo produjo, está orgullosa hoy del prestigio exterior que le ha valido al ganar regiones lejanas y propagar allí su cultura, mas a menudo ella se envanece al mismo tiempo de haberlo, por su propia cuenta, superado en la doctrina por el *Vedanta* y en la práctica por el Yoga. Los países mismos que lo poseen no lo contemplan siempre en su multiplicidad de aspectos, en su plenitud de existencia y de irradiación. Los que son fieles al canon antiguo de lengua *pali*, el *Tipitaka*, han ignorado hasta nuestros días muchas veces las otras escuelas. Allí donde éstas están en honor, es el canon *pali* el que ha sido desconocido. Es hoy solamente que se hacen notar, en Asia, movimientos budistas de tendencias internacionales y ecuménicas y que se han creado, en diversos lugares de Europa y de América, asociaciones de occidentales fervientes del budismo. Todavía estas últimas tienen naturalmente sus preferencias y algunas veces sus predilecciones exclusivas: Budismo de lengua *pali* o Budismo Zen la mayor parte del tiempo. El conocimiento equilibrado de las múltiples formas del budismo queda excepcional y las opiniones de los especialistas sobre él se mantienen muy variables, según el biés con el cual lo aborden.

Sería vano deplorar este estado de cosas y utópico pretender remediarlo fácilmente. Lo que importa es comprender por qué ello es así; esto sólo instruye ya sobre la naturaleza del Budismo y sobre su riqueza como acto de civilización, como factor de potentes construcciones psicológicas y sociales, a través de Asia.

La naturaleza del budismo es ser polimorfo. Seguramente, se puede definir un budismo propiamente dicho que sería el budismo primitivo, la doctrina del Buda tal como ha sido concebida y predicada y la práctica que él mismo ha prescripto. Pero entonces se excluirían del budismo todas las formas que ha revestido en el transcurso del tiempo, en las cuales se divide y que constituyen todas juntas su consistencia real. Además la forma que, entre las que son vivientes, aparece como la más próxima de la forma primitiva, de ese budismo original propiamente dicho, no puede ser considerada como no habiendo sufrido ninguna evolución. Se puede pensar que se ha enriquecido legítimamente de una explicación auténtica del pensamiento del Maestro. Este, desde luego, antes de entrar en el *Parinibbana*, en la "Total Extinción", había de cualquier manera relegado sus poderes a la Comunidad que, después de él, debía encontrar sus recursos en ella misma. No es menos cierto que el budismo primitivo permanece inasible en su detalle. Se debe asimismo reconocer que él no ha sido constituido en ningún momento de la vida del Bienaventurado, que la "Rueda de la Ley" ha sido por él puesta en movimiento pero, precisamente a causa de esto, no se ha detenido nunca en ningún estado definitivo. La Comunidad lo ha sentido tan pronto como se ha encontrado sola y por ello se reunió entonces en el concilio de *Rajagaha* para recapitular y fijar la Palabra que lo había formado y enseñado.

Cualquier autenticidad que ella haya podido preservar a sus primeros textos —y el acuerdo de sectas múltiples en las cuales ella bien pronto fue repartida nos garantiza bastante bien esta autenticidad sobre los puntos más importantes—, el de las Comunidades hoy vivientes, que parece el más próximo de la Comunidad de los primeros tiempos, representa no exactamente esta última, sino lo que ella misma es en el término de la evolución que ha sufrido. Se trata de la Comunidad del *Theravada*, de

la "Doctrina de los Antiguos", cuya lengua es el pali y que se ha constituido en Ceylán a partir del siglo III A. C., cuando Tissa envió a predicar el budismo en la isla, y que se ha propagado en la península indochina donde florece hoy en Birmania, en Tailandia, en Laos y en Camboya.

Ya en la época de su éxito en Ceylán, otras sectas, que no persisten hoy en sus formas primeras, existían en toda la península india. La mayor parte terminó por redactar sus cánones en un sánscrito que se imponía poco a poco como lengua de intercambio en las diversas regiones de la India de hablas diferentes. El conjunto de todas estas sectas de los primeros siglos, que desde el comienzo se separaron sobre todo en puntos de disciplina, permanecía en acuerdo general sobre la actitud ideal del hombre: éste debía trabajar, por su manera toda de vivir y por la disciplina de su pensamiento, para destruir en su individualidad —ya esta individualidad fuese una persona o un agrupamiento ocasional o inconsistente de fenómenos psíquicos— los vestigios psicológicos de los actos pasados, vestigios que orientaban esta individualidad hacia el apego a la existencia y la exponía indefinidamente a los dolores y a las destrucciones. En otros términos, todas estas sectas seguían un método psicotécnico que el Buda había trazado y que tendía a neutralizar el bagaje inconsciente del hombre, herencia de sus actos e instrumento de su destino. Pero este método era concebido como muy lento. Pedía, para llegar a la liquidación definitiva de todas las huellas de actos, numerosas existencias humanas sucesivas y sin cesar perfeccionadas.

Por esto, en contacto con las doctrinas brahmánicas, que prometían una salvación análoga pero inmediata, por la comprensión plenaria del orden de las cosas y por la participación del ser individual, en tanto que ser, en el Ser único, substrato de toda existencia, o aun que conducían a la salvación por un ímpetu de devoción hacia este Ser bajo una forma de divinidad suprema, otras doctrinas búdicas nacieron, que preconizaron la "Inteligencia", la *Prajna*, y exaltaron la devoción.

Así se diferenció del budismo de las escuelas antiguas un grupo, el mismo dividido en escuelas numerosas, que se intituló orgullosamente "Gran Medio de Progresión",

Mahayana, y que atribuyó desdenosamente al conjunto de las viejas escuelas de lento método, el nombre de "Medio inferior de progresión", *Hinayana*.

Tal es la razón de la oposición, famosa pero a menudo poco comprendida por el público general, de lo que se llama por convención, en una traducción mecánicamente literal, el "Gran Vehículo" y el "Pequeño Vehículo".

Otras formas aún aparecieron, que complican en la India misma el cuadro complejo del budismo. Recurren a los ritos, a las prácticas mágicas, a las hazañas del Yoga. Se emparentan con el movimiento hinduista llamado "tantrico", que restablece liturgias semejantes a las de los antiguos *Veda* y que filosofía y devoción habían eclipsado. En casos extremos, las prácticas *tantricas* del budismo devienen licenciosas, repugnantes, obscenas y criminales, bajo la cobertura de un simbolismo y por la atestación de una pureza absoluta del adepto en medio de las peores máculas.

Así el budismo es alternativamente una regla de vida y un método de conducta del pensamiento, una filosofía, un culto devoto, un ritual, una gnosis licenciosa.

Bien a menudo, apela a todos los grandes modos de la actividad humana, desde el arte a la lógica. Ninguno más que él ha ahondado, construido, esculpido, pintado o cincelado. Ninguno más que él ha razonado más y criticado la experiencia y la razón.

Y todo esto ha sacudido la India; después, más allá de los mares, Ceylán, Indochina, Indonesia y, a través del continente, el Irán oriental, alta Asia, Tibet, China, Corea, Japón, Mongolia. Regiones enteras se han cubierto de monasterios que sustraían a la economía una mano de obra considerable, no sólo apartando a los monjes de los trabajos ordinarios sino también disminuyendo la natalidad por su celibato. Por compensación, los monasterios han estimulado para su servicio la actividad general de los laicos y, trabajando menos en la sociedad, han hecho trabajar más.

El budismo es, pues, más que una religión particular, un inmenso movimiento humano, infinitamente variado en sus aspectos y en sus efectos. Es necesario que todo hombre instruido se forme hoy conciencia de él como de uno de los grandes hechos de civilización del mundo. La diversidad de las aptitudes, aun si ellas no son siem-

pre legítimas u objetivas, traduce netamente el hecho esencial de la diversidad de las reacciones ante la multiplicidad de los aspectos del budismo.

Pues, siendo el budismo una fuerza viviente, no debe ser sólo objeto de descripción histórica objetiva, debe todavía ser seguido y conocido en las representaciones a las cuales da lugar. La última palabra pertenecerá necesariamente a la ciencia objetiva que, sola, puede tratar de alcanzar lo real, pero la opinión difundida hoy, aun si no es más que un testimonio personal que puede ser erróneo, debe recogerse. El budismo confirma el pleno valor de ser a toda representación y hace de ella un espejismo, pero admite el espejismo en tanto que tal. Hay que saber con él que él es, más allá de la manifestación, una estabilidad serena, la certeza del *Tathagata*, "Aquel-que-ha-dicho-si", ante la Verdad a la que se ha despertado.

JEAN FILLIOZAT
en "Trésence du Bouddhisme"
France-Asie, febrero-junio 1959.

TEMAS PARA EL ENFOQUE DE LA DELINCUENCIA JUVENIL

Nada define tan cabalmente al ser humano como el hecho de asumir una conducta. Sin ella la vida queda reducida a una sucesión de momentos sin sentido. Pero la conducta, como toda expresión vivencial del ser, lleva implícitos una etiología con variadas raíces y un sentido final de la acción, que implica una teoría del conocimiento, porque revela una valoración de los fines del hombre.

Toda conducta humana se halla integrada en un sistema; todo sistema es doctrina y toda doctrina, conocimiento. Desde el fondo de la antigüedad clásica, el bello apotegma grabado en el templo de Apolo — "*conócete a ti mismo*" — nos está revelando qué afán debe guiar nuestro quehacer cuando se trata de apreciar los hechos producidos por el hombre; y nos revela también, con esa sabiduría cristalina que poseyeron los helenos, cuál es su

motivación profunda, en el anhelo de clarificar la existencia para poder enfrentarse serenamente consigo mismo.

Así planteados nuestros elementos, fuerza es reconocer que en este tema de la delincuencia juvenil interesa el fenómeno como una *conducta humana*, y apreciar por qué esa conducta no es considerable como normal y no delictiva, para analizar luego cuáles son los presupuestos de la integración del joven delincuente al medio, proceso mediante el cual desaparecen sus manifestaciones nocivas.

Establecimos en algunos trabajos anteriores —entre otros, un ensayo homónimo del presente, cfr., en "Revista de Educación", marzo 1959— que no debe estimarse conducta delictiva juvenil aquella que se halle inculpada en los códigos penales. El concepto de delincuente juvenil pertenece antes a la sociología y la criminología que a la técnica jurídica, la cual debe limitarse a brindar los medios necesarios para la mejor conducción del delincuente.

Puede afirmarse que es ya conciencia, a través de los distintos medios, el opinar que el delito se produce en el niño y el adolescente, por un *desequilibrio entre las posibilidades de sus fuerzas potenciales, con la expansión real que se le permite*. El análisis de los factores criminógenos que hicimos y de otros que haremos a su tiempo, combinado con el estudio de las constantes que se presentan, nos llevan a sostener que el niño delinque como expresión de posibilidades. Y que si muchas veces la educación de distintos tipos, como ser la educación moral, hace bajar el índice de la delincuencia — lo que sucede, por ejemplo, en Italia— es porque canaliza en un sentido sectores de la conciencia que se canalizarían si no, en otro.

En esta entrega nos limitaremos a apreciar: a) las constantes del área de mayor delictividad en nuestro medio; b) las bases de un sistema de predicciones en torno a esas constantes; y c) lo más considerable de los intentos nacionales y extranjeros para la terapia de la conducta delictiva infantil, dejando para otras oportunidades la consideración de importantes aspectos del problema.

a) *Constantes que se presentan en el área de mayor delictividad en nuestro medio.*—Por obvias razones de

proporcionalidad, la zona en donde la delincuencia juvenil está más difundida es la de la metrópoli porteña y la del Gran Buenos Aires, que tienen casi la tercera parte de la población total del país.

En la tarea de establecer las constantes que se presentan en esa zona es menester tomar en cuenta que, entre los propósitos del conquistador, que por fuerza fue fundador de ciudades, figuró el de crear una ciudad cuya motivación fundamental fuera el comercio por vía marítima. "Puerto de Santa María de los Buenos Aires", la bautizó ciertamente, y la existencia de entidades matrices en España, determinaron que Buenos Aires fuese un tránsito en la vía de un ciclo que no comenzaba ni finalizaba en ella. La sociedad, la familia, el individuo, se adaptaron a esa forma de ser, a esa forma de permanecer. La carreta y el buey cansino trajeron de los mata-deros inmediatos, o de los saladeros y curtiembres lejanos después, la mercancía necesaria para su expedición por el puerto porteño. El progreso técnico, la introducción de inventos modernos y el ferrocarril no modificaron la situación imperante, sino que simplemente intensificaron el ritmo de vida ciudadano que conservó, empero, su sentido tanto en los valores del espíritu como en los de la materia. No hay más que tomar un conocimiento de visu sobre un mapa de la red caminera y ferroviaria para pensar de inmediato en aquello que Martínez Estrada denominó, en su *Radiografía de la Pampa*, "la red de la araña". El país era el laboratorio donde se producía lo que exportaba el puerto de Buenos Aires. Existía seguridad en el ánimo de la gente, porque toda la vida tenía dirección adquirida, y porque nada se hacía, desde el trabajo cotidiano hasta el estudio de la medicina o el cultivo de las letras, que no llevase un sentido determinado. Era sencillo tomar posición y orientación vitales, porque dichos esquemas amanecían tomados. No había delincuencia juvenil, por lo menos como problema vigente, ya que los jóvenes se integraban a la familia en forma natural, porque resultaba sencillo constituir una familia. Aparecían otros problemas conexos al que tratamos, como el de la minoridad abandonada, natural residuo de todas las ciudades en formación, como consecuencia de la miseria económica en que caen algunas personas cuyos servicios laborales son utilizados sólo tran-

sitoriamente. Puede recordarse que en la misma Roma, dicho problema llevó al establecimiento de los *questori alimentari*, funcionarios encargados de dar de comer al hambriento.

El cambio de metrópoli que sufrió el mundo luego de la guerra del 14 y la irrupción de concepciones jurídicas más actuales, hizo que la sedimentación pastoral que requería una ciudad de doctores en *utroque iure*, cediese el paso a una dinamización industrial, que requiere técnicos especializados. Ello no sucede solamente en nuestra urbe, sino que es patrimonio de ciudades como Boston, Chicago, Moscú, San Pablo, Río de Janeiro, y mil más, que se enfrentan con el drama del suburbio, no solamente como lugar de circunvalación de la metrópoli, sino más bien con lo que su nombre significa: aquello que brinda condiciones de vida subciudadanas. Esas condiciones se crean en la época de transición que media entre dos etapas de la civilización, y que para integrar el nuevo sentido industrial, necesita de otras calidades en los hombres y va apartando de su vera a quienes ya como expresión humana, ya como profesionales, no se integran en ella. Es por eso que profesiones que antes eran apetitosas ahora no brindan porvenir económico, y que aun obreros y humildes trabajadores formados en una concepción que corresponde al anterior estado de cosas se encuentren insensiblemente rechazados por las estructuras vigentes e inadaptados para incorporarse a ellas. Es por ello que del resentimiento pasan a la actitud pasiva y se van acumulando en cinturones de cartón —las típicas villas miserias— o en islotes de pobreza —los *conventillos* urbanos— que resultan la solución anestésica para el engranaje en avanzada. Y como su prole no puede compaginar la expansión de sus fuerzas naturales con las posibilidades que le ofrece su propio medio, resabio de vidas anteriores, el mismo engranaje social le proporciona los factores criminógenos en forma metódica: revistas pornográficas, disolución de la familia, prostitución organizada o encubierta, estupefacientes, cinematografía, radio y televisión perversas, etc. Puede observarse que esos factores son todos transitorios. Nadie puede pensar seriamente que se edite una revista obscena con intenciones permanentes. Y lo aleatorio de su suerte, combina a la perfección con el estado momen-

táneo aunque prolongado de la sociometría a que pertenecen.

En esa dramática contracción del medio, va naciendo el delincuente.

Sabías palabras aquellas de León XIII, cuando al hablar sobre las cosas nuevas dictaminaba que nadie debe vivir, ni en lo material, ni en lo intelectual, ni en lo moral, de forma tal que a su estado no convenga. Sagaz medida la de Brasil, que construye una nueva capital, lejos de los primitivos puertos y adaptada a las futuras actividades de la sociedad, donde pueda desarrollarse libremente el nuevo estilo de vida, pues todos los factores criminógenos en la juventud tienen su ambientación en el cuadro trazado.

En lo que respecta a sus constantes principales, ellas son:

1) *Tema del aislamiento* de la zona, aunque aparentemente esté comunicada. Ello lleva al niño o al joven a manifestar su impulso societario con la constitución de la barra, la pandilla, la banda o el "gang".

2) *Tema de la economía*, que aparece maltrecha o invariable, mientras se le muestra al adolescente que existen posibilidades de poseer riqueza material. Se facilita así el robo y la prostitución en pos del dinero.

3) *Tema de la crisis de la familia*, sobreviniente como consecuencia de la irrupción de doctrinas extrañas al modo de ser que permaneció inalterable en Occidente durante casi veinte siglos, aunque su raíz jusfilosófica tenga conexiones con otras escuelas europeas. La crisis de la familia también es consecuencia del resquebrajamiento de la *autoridad del pater familias*, provocada por su fracaso social. Esta constante llama ante sí a los factores criminógenos que reemplazan a la verdadera estructura familiar; aun a la inmoralidad en sus diversas manifestaciones.

4) *Tema de la deshumanización*, señalada oportunamente por Ortega y Gasset para el arte y que sirve también para toda actividad humana. Su refracción provoca que el joven imite las estructuras mecánicas que obtienen sus propósitos sin consideraciones de carácter ético que son incapaces de desarrollar. La proximidad de organizaciones industriales en gran escala, las alienta.

5) *Tema de la automatización*. Señalan Jean Iadrière y Friedrich Pollock, entre otros, el fenómeno de la máquina cibernética que controla a otras máquinas. Puesto a imitarlas, el hombre delega responsabilidades humanas en un jefe, en el sexo, en los héroes de novela o película, en las drogas, etc.

6) *Tema individual*. En las zonas comentadas, se producen por razones comprensibles, terrenos más propicios para el desarrollo de las cualidades negativas que pueda poseer cada individuo. Aun desde el punto de la ya relativa teoría lombrosiana del hombre como delincuente nato, es indudable que dichas taras ancestrales encuentran aliento en el hambre, la oligofrenia, la desnutrición crónica, la promiscuidad, que le permiten su desarrollo como el de cualquier enfermedad.

Resulta obvio que los temas que señalamos como constantes, no son los factores criminógenos inmediatos. Son los que posibilitan que esos factores de diversa laya —desde la radio hasta la psicosis— lleven directamente al delito; más aún, como por lo general dichos temas llevan signo negativo, pues indican la falta de un valor natural, llaman a llenarlos por una innegable ley económica, a otros valores de la misma naturaleza. Sólo que la sociedad en evolución brinda esos valores en forma distinta a la respuesta deseada, en forma de factores criminógenos cuya enumeración comenzamos y seguiremos haciendo en su oportunidad.

b) *Bases de un sistema de predicciones*. — Vernon Jones, el notable psicólogo estadounidense, publicó una interesante monografía sobre las pruebas tendientes a la medición de la moralidad, es decir de la motivación de la conducta. Brindamos la remisión para no redundar, y porque debe analizarse según ella al niño en su sistema de vida natural, alejado del laboratorio psicológico, pero con los métodos empleados en él.

Sutherland afirma por su parte que un muchacho puede adquirir su completa personalidad criminal entre los 12 y 14 años, y la perquisición realizada por la UNESCO, a que nos referiremos en el otro apartado, demuestra que la mayoría de los delincuentes juveniles habían mostrado síntomas determinados hasta tres años antes de violar la ley.

Además de los síntomas delictivos corrientes —que suelen ir unidos a los factores consignados, pues si el cine es un impulsor de la delincuencia juvenil no cabe duda que su frecuentación en forma desusada es síntoma de desequilibrio criminaliforme— la doctrina moderna acepta como índices de personalidad criminal al sujeto que: 1) realiza planes para la ejecución de la falta; 2) trata de asegurar su impunidad para el caso de que la misma sea advertida; 3) acepta su castigo en actitud "filosófica", como parte natural de su vida.

Tomando en cuenta estas advertencias y las constantes señaladas en a), puede marcharse hacia la indagación científica del niño y a la confección de una tabla de predicciones sobre la base de las estadísticas zonales, del medio ambiente, del reconocimiento del individuo, y de su sistema de vida. Como se trata siempre de posibilidades, es necesario también anotar que dicha predicción va encaminada antes a un tipo de conducta que a una actividad penal. Así el joven que lleva un diario íntimo con pensamientos procaces, no delinque desde el punto de vista de la incriminación penal, pero sí desde el de la integración social.

Estimamos que dichas predicciones pueden efectuarse en la escuela, teniendo en cuenta las siguientes bases:

1) Establecimiento de la libreta de escolaridad, que acompañe al individuo en todo aprendizaje desde la escolaridad elemental y obligatoria, hasta toda especialización, aún de tipo posuniversitario que emprenda. Como podrá apreciarse, tal documento no sólo puede brindar beneficios insospechados en la materia que nos ocupa, sino que contribuirá a mejorar todo nuestro sistema educativo con un costo mínimo.

Debe establecerse claramente que la libreta de escolaridad —su nombre definitivo no es problema— tendría carácter nacional y de fondo, siendo obligatoria en todo instituto de enseñanza nacional, provincial, municipal, universitario, público o privado. Su posesión sería tan natural para todo acto educativo como la partida de nacimiento o cédula de identidad, y correspondería extenderla, como aquellos documentos, con carácter vitalicio, inalterable e individual. Correspondería a un legajo, de índole técnica y reservada, al que sólo tendrían acceso aquellos que debiesen conocer datos determinados por

su vinculación pedagógica con el titular, ya sean institutos, ministerios, médicos, psicólogos, asesores jurídicos y sociales, etc., bajo el correspondiente secreto profesional o administrativo.

Una ley especial determinaría qué datos contendría dicha libreta, pudiendo la experiencia determinar su reducción a la identidad y comprobación de los estudios aprobados, dejando para el legajo todas aquellas observaciones de carácter médico, legal, social, psicológico y pedagógico que fueren menester. El agrupamiento de los legajos en cabeceras zonales aconsejadas por la práctica haría sumamente factible esta perquisición de la conducta no con fines punitivos, sino de conocimiento y terapia de la personalidad, mediante métodos científicos accesibles. Y permitiría conocer con mucha mayor certeza los casos de minoridad abandonada y de estado pre-delictual del joven.

2) Reconocimiento del grado de inclinación delictual en forma periódica, cuanto menos en el segundo ciclo de la escuela primaria y en el primero de la secundaria. Dicho reconocimiento constaría de:

2 A) Una prueba de moralidad delictiva consistente en la realización de un trabajo práctico que puede adaptarse a cualquier materia y a cualquier tema que se esté estudiando. Dicha prueba, en cuyo material nos hallamos trabajando actualmente y que expondremos en detalle en una próxima comunicación, está concebida para su uso en escuelas del Gran Buenos Aires, pero la estimamos adaptable a cualquier área del quehacer nacional. Consiste esencialmente en la inserción en cuestionarios, órdenes impartidas, problemas formulados, etc., de elementos que permiten la medición de la moralidad delictiva, y hasta de un sobre que contiene material de estudio para que el niño realice los trabajos que en él se indican, todos ellos correspondientes a los temas de clase y absolutamente provechosos desde el punto de vista escolar, pero metodizados en orden al resultado apetecido y con escollos casuales que permiten su valoración con arreglo a una tabla apropiada, que se confecciona correlativamente.

Como hemos dicho, este aspecto será considerado detalladamente en una exposición próxima, con indicaciones para su uso inmediato y con algunos de los casos expe-

rienciales que nos hayan acontecido. Si bien su máxima eficacia estaría sujeta al empadronamiento sugerido en 1), será de innegable beneficio en especial en zonas problematizadas y con constantes locales ya bien definidas.

2 B) Correlación de dicha prueba psicométrica con el cuadro completo brindado por el legajo, extrayendo de él los temas y factores criminógenos de diverso carácter, para estudiar hacia cuáles de ellos se inclina el sujeto. La estadística, la práctica constante y el continuo trabajo de laboratorio brindarán índices, tablas, cuadros, planillas y demás elementos, que simplifiquen el sistema con el consiguiente ahorro de tiempo. Por el momento se estudiarían sólo en detalle aquellos casos en que el contacto personal esté marcando ya una sombra. Y en cuanto al encuadre propuesto se haría transitoriamente con los elementos disponibles, aun con la apreciación directa del conjunto, en función de directivas especialmente dictadas y estudiadas con el lógico cuidado social.

Para el momento en que estas líneas estén impresas, ya habremos propuesto que se nos permita una experiencia piloto en algunas escuelas, con que ampliar los datos hasta ahora obtenidos y que irán en las páginas anunciadas.

3) La necesaria perquisición de los casos profundos, su estudio especial mediante los gabinetes adecuados y la aplicación de las soluciones adecuadas aconsejadas por la prudencia científica y legitimadas por la ley. En los casos extremos, se facilitarán así las medidas pertinentes. Y en la generalidad social, se tendrán valiosos índices de problemática y de zonación, para saber dónde se debe actuar y con qué intensidad, y qué orientaciones debe tener la legislación y la acción de las organizaciones estatales o privadas, intensificando la labor sanitaria, mejorando las posibilidades de integración de la familia, ejerciendo una tutela moralizadora, etcétera, con el fin ulterior de que la conducta general tenga un índice más elevado.

c) Aspectos de intentos de terapia del problema. — De lo expuesto en la primera parte del presente trabajo, surge con claridad que para la terapia del problema delincuencial, es menester una acción encaminada a

cubrir los temas negativos allí expuestos y el control adecuado sobre los factores criminógenos oportunamente señalados.

Ya que no podemos ahora hacer una enumeración completa de los sistemas nacionales y extranjeros, por la carencia de datos exhaustivos al respecto, para no redundar en la parte de antecedentes de nuestro país, nos remitimos a nuestra "Breve Historia de la Protección al Menor", publicada en los periódicos y recogida por algunos repertorios y consignamos lealmente que en lo que se refiere a la realidad foránea nos basamos parte en los datos que contiene el informe titulado "La prevención de la delincuencia de menores en determinados países de Europa", publicado por el Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, de la Dirección de Asuntos Sociales de las Naciones Unidas. En cuanto a la problemática actual en nuestro medio, a lo que dijimos en nuestra "Mitología y realidad de la delincuencia juvenil", dictada el 22/X/59 en el Museo Social Argentino.

De la observación externa de más de treinta países, cuya enumeración obviarnos por fatigosa, pueden extraerse las conclusiones siguientes, de indudable vigencia al encarar una futura acción preventiva:

- 1) Neta tendencia a la instauración del régimen familiar en la educación del delincuente y predelincente juveniles, en franco reconocimiento de la necesidad hogareña como determinante de la conducta.
- 2) Avance de la psicología, de la sociología y de la medicina, en franco desaliento de la técnica punitiva.
- 3) Afán de integración social mediante la orientación vocacional, aunque deficientemente realizada, en todos los países.
- 4) Estudio de las condiciones ambientales con el descubrimiento de nuevos factores, como ser las influencias de la alimentación —por falta o exceso de determinados productos— en la conducta antisocial. Cabe consignar a título de mera información curiosa, que se atribuyó al régimen carnívoro una preponderancia real en la materia.
- 5) Comprobación de la eficacia de las medidas que se adoptan, aun de las tradicionales y más castigadas por la crítica moderna. Así, los países que adoptaron un régimen de minoridad independiente del cuerpo general

de la legislación en las postrimerías del siglo pasado o a comienzos del presente, acusan una velocidad legislativa menor en la actualidad que otros que deben dictar, por así decirlo, una legislación de urgencia ante los avances endémicos del problema.

6) Evidencia de que las fechas de sanción de los distintos cuerpos legales se aproximan en su mayor parte a la posguerra tanto del primer conflicto mundial como del segundo. Prueba acabada de que la conflagración armada tuvo una influencia decisiva en la génesis del fenómeno, aun en aquellos países no beligerantes que sin embargo vieron resentirse sus estructuras morales y económicas debiendo adoptar emergencias propias de los tiempos de guerra.

7) Comprobación de que la materia es propia de nuestro siglo, ya que su autonomía tanto como preocupación como en forma de estudio es actual, en franco señalamiento de que nos hallamos ante un formidable cambio de fondo en el quehacer histórico que, por explicable razones de perspectiva, no podemos apreciar en toda su magnitud; y advertencia de que la proyección mundial de la delincuencia juvenil tiene la misma raíz que notamos en las ciudades: la fricción entre una forma de civilización que avanza y otra que se bate en retirada. Razón de más, pues, para buscar soluciones destinadas a tener completo éxito cuando las épocas se asienten definitivamente.

8) Uniformidad de métodos, ya que salvo las excepciones que veremos, en la mayor parte de las naciones se trata de encauzar al delincuente juvenil por la psicoterapia de distintas escuelas, la laborterapia, la aplicación de pedagogía especializada, el cambio de ambiente, y el trabajo de integración social.

Como la economía de este trabajo no es de índole estadística, nos limitaremos a consignar aquellas instituciones de los estados que encararon novedades en la materia.

Por otra parte, la existencia de la institución en su fórmula jurídica o aun en la realidad fáctica, no significa necesariamente que el mal se halle mejor combatido, pues muchas veces factores retardatarios efectúan su aparición inoportuna y otras no se encuentran los elementos materiales adecuados para practicar la

doctrina, como nos lo señalan informantes oficiosos de algunos países, al referirse entre otras cosas a males que son también nuestros, como la escasez de policía o la insuficiencia de estadística.

Con esa salvedad, estimamos útiles los siguientes aportes locales:

Austria: la ley dictada en 1954 pone bajo el control de la Oficina de Bienestar de la Juventud a los menores delincuentes o predelincuentes —no se realizan distinciones, sino que se considera solamente la conducta antisocial— o que acusen un evidente fracaso educativo.

Dinamarca: la ley de 1951, de asistencia pública, aleja de su hogar al menor cuyo carácter es particularmente difícil, su conducta irregular, o sus padres no puedan ocuparse de él convenientemente, colocándolo bajo el control de un Comité de Bienestar Infantil.

Francia: la ley sancionada el 30 de octubre de 1935, crea una institución denominada "procedimiento de corrección paternal", que con los mismos recaudos con que lo haría un *bonus pater familiae* somete a medidas educativas o repressivas a los niños que según sus propios progenitores muestren grados de inadaptación o predelincuencia y en casos que los padres manifiesten no orientarse sobre el problema.

Estados Unidos: se nota una definida tendencia a la retracción federal, sacrificada en aras de una unificación legislativa y jurisprudencial más efectiva, pues las contradicciones entre los estados fomentaba nuevas especies de delitos de larga espacialidad.

Grecia: el código de 1950 autoriza sanciones educativas, a cargo de una "Fundación Nacional", aplicables a niños no responsables, entre los 7 y los 12 años de edad.

Inglaterra: se instituyen conferencias especializadas quincenales, obligatorias para determinadas personas que tienen a su cargo menores con problemas, en las que deben consultarlos.

Italia: el "Ente Nazionale per la Protezione Morale dei Fanciulli", supervisa clases homogeneizadas e introduce la farmacoterapia y la quimioterapia. Resulta de

importancia la homogeneización pedagógica, con un limitado número de alumnos, que se calcula habitualmente en 15. En el Luxemburgo, dicho número está establecido reglamentariamente.

Holanda: se lleva a campamentos trimestrales a los ausentistas escolares crónicos. Igual criterio alsacionista rige en Islandia, donde se aloja a los ausentistas o novilleros en un establecimiento cerrado con capacidad para 30 alumnos. Algunos Estados de Norteamérica, incriminan los novillos —o "rabona" porteña— entre las faltas que el juez de menores especializado puede imputar a un niño en forma autónoma.

Suecia: la "Junta de Protección a la Infancia", instituida en 1954, tiene potestad para llamar al orden a los padres de los menores de 16 años que descuiden su educación. Asimismo en Skao, suburbio de Estocolmo, el Régimen de Bienestar Infantil creó la "Ciudad del Niño", donde los casos problema y predelictuales son sometidos a psicoterapias adecuadas y a una intensiva adaptación laborotápica fundamentada en el trabajo en comunidad o equipo.

En otros países existe una organización que en conjunto semeja formas más avanzadas de tratamiento; el párrafo precedente sólo recoge aquellas saliencias que, por su originalidad, son particulares de determinado Estado. No se conoce, ni de estos ni de otros lugares, sus resultados efectivos y prácticos tomados a la luz de la no-reincidencia o de la normal adaptación posterior del sujeto a la sociedad.

En nuestro país hemos contado siempre, aun en los días coloniales, con una real inquietud que prescindimos de historiar aquí. Si bien nos hallamos a comienzos del camino y la simple enumeración de los presupuestos a considerar merece un estudio de por sí, podemos ofrecer dos salientes de relieve que juntamente con el Código del Menor, del Perú, se erigen en los aportes sudamericanos. Son ellas, la Primera Conferencia sobre la Infancia Abandonada y Delincuente, reunida el 26 al 29 de setiembre de 1933 en Buenos Aires, que recomendó múltiples ponencias algunas de ellas aún de deseable práctica y que dio estado académico a un problema antes soslayado o tratado sólo por pioneros solitarios, como los

doctores Carlos de Arenaza, Luis Agote y Jorge Eduardo Coll. Y la otra es la erección, por decreto-ley 5285, del 20 de mayo de 1957, convalidado luego por el Congreso Nacional, del Consejo Nacional del Menor, en consonancia con la tendencia moderna de superestructurar la lucha por la minoridad en un organismo amplio que eche sobre todos los niños una también amplia paternalidad.

La Primera Conferencia sobre Infancia Abandonada y Delincuente aprobó numerosos adictamientos, muchos luego adormecidos, en cinco formulaciones temáticas, de las cuales creemos necesario tener en cuenta, para la acción actual, las siguientes ideas:

- 1) El Estado, representante de la sociedad, debe intervenir en todo lo referente a tutela de la infancia, aun con simples fines de estadística.
- 2) Incriminación como delito autónomo del comercio sexual efectuado con menores de edad, aun con su conciencia y consentimiento.
- 3) Dar estado incriminatorio a la simple exhibición a menores de libros o imágenes obscenas.
- 4) Creación e institución de los tribunales y leyes de minoridad, con jurisdicción sobre toda materia, civil, comercial o penal, que tenga por sujeto u objeto del derecho a un menor.
- 5) Cambio del sistema de establecimientos internados por el familiar, con 30 menores como máximo en la campaña y con movilidad vigilada en la ciudad. (Omitimos detalles técnicos de los establecimientos).
- 6) Necesidad de profesionalización de la asistencia social e introducción de la neuropsiquiatría consultiva y activa.
- 7) Tendencia a la centralización de esfuerzos y a la perquisición de los propios casos dados de alta.

En esas memorables jornadas, de las que fueron relatores Jorge Eduardo Coll, José María Paz Anchorena, Carlos Broudeur, Manuel Aller, Lanfranco Ciampi, Telma Rea, Carlos de Arenaza y Amleto Donadio, se formalizaron otras teorías y se estructuraron tendencias coincidentes. Bástenos a los fines de nuestro estudio las que señalamos, pues son ellas las que convergen en una posible y racional acción futura.

La influencia científica y doctrinaria de la Conferencia fue enorme, no solamente en nuestro país sino en Amé-

rica. El impulso que desde entonces adquiere la enseñanza homogeneizada y diferencial es visible. Y también se hizo conciencia orgánica, la necesidad de un Código del Menor dictado en forma total —Napoleón reunió a Portalis, Bigot, Tronchet y les dijo: "Tenéis seis meses para redactarme un Código Civil..."— que aunque muchas veces postergado, algún día llegará.

El Consejo Nacional del Menor, ahora en la etapa de su consolidación institucional, será la base de esa tarea legislativa. Figuran entre sus finalidades, que también ahorramos, una labor de paternación, una de investigación, una de recepción y otra de personería legal del menor. No es ajeno a la investigación científica, y la acción del tiempo y la necesaria vigilia insomne de quienes se dedican a estos menesteres, pueden convertirlo en el soñado punto final de los problemas del menor; isagoge social que tal vez no lleguemos a palpar nosotros, generación castigada y debatida entre las mareas de la falta de maestros y la falta de medios de proyección, pero que se vislumbra, como el puerto de Itaca para Ulises, como la obligada meta de nuestros esfuerzos.

ALBERTO BLAS BRAMBILLA

LA FUNCION DE UNA LENGUA INTERNACIONAL AUXILIAR

Una lengua internacional *standard* debe ser, no sólo simple, regular y lógica, sino también rica y estar dotada de poder creador. La riqueza es un concepto complejo y subjetivo. Por supuesto, sería vano pretender que una lengua internacional incluya todos aquellos sobretonos locales de significación que son tan caros al que habla su lengua materna. Existe un fondo creciente de experiencia y de sentimientos comunes que habrán de ser expresados en una lengua internacional, y sería extraño que el caudal básico de significados no se hiciera cada vez más rico con las interacciones de los seres humanos que utilizan el idioma internacional. La supuesta inferioridad de un lenguaje artificial comparado con uno

nacional, en lo que respecta a la riqueza de connotación, no es desde luego una crítica a la idea de una lengua construida. Lo que la objeción significa es que el idioma artificial no ha estado en uso durante mucho tiempo. De hecho, un idioma nacional que se extiende fuera de sus propias fronteras, pierde rápidamente mucho de su originaria riqueza de contenido y no está en mejor situación que una lengua artificial.

Más importante es la cuestión del poder creador. Sobre esto existen numerosos engaños. Todas las lenguas, inclusive las más primitivas, tienen facultades muy reales para crear nuevas palabras y combinaciones de palabras a medida que las necesitan, pero, en la mayoría de los idiomas nacionales que pueden ser tenidos en cuenta para el problema de la lengua internacional, esas posibilidades teóricas de creación se hallan contrarrestadas por toda clase de factores incidentales que no regirían para un lenguaje construido. El inglés, por ejemplo, cuenta con un gran número de recursos formales que parece imposible usar adecuadamente; así, no hay razón para que el sufijo *-ness* no deba ser empleado para formar un número ilimitado de palabras que indiquen cualidad, tales como "smallness" y "opaqueness", pero sabemos que sólo es viable un número limitado de tales formas. Decimos "width", no "wideness"; "beauty", no "beautiffulness". Del mismo modo, locuciones como "to give a kick" y "to give a slap" podrían presumiblemente servir como modelos para la creación de un número ilimitado de verbos instantáneos, y, sin embargo, las posibilidades de extender esta forma de empleo están estrictamente restringidas.

Lo cierto es que el sentimiento y la costumbre impiden que el idioma nacional, con su tradición aceptada, haga todo, lo que podría hacer. Las formaciones de todo tipo, lógicamente posibles, que se sienten como torpes o temerarias en inglés, o aun en alemán, serían aceptadas como la cosa más obvia del mundo en una lengua internacional no sujeta a los dictados del uso irracional.

Comprobamos, luego, que ningún idioma nacional responde realmente al espíritu analítico y creador de la época moderna. Todos ellos son enormes sistemas de intereses consagrados que resisten obstinadamente al examen crítico. Puede chocar al tradicionalista el que se sostenga que nos acercamos rápidamente al punto en que

nuestras lenguas nacionales se volverán casi más un obstáculo que una ayuda para el pensamiento claro. Sin embargo, la verdad de esta afirmación está ilustrada significativamente por la necesidad en que se han visto las matemáticas y la lógica simbólica de desenvolver sus propios sistemas de simbolismos. Hay una objeción inmediata que surge a menudo a este respecto. Se sostiene que la expresión humana normal no pretende una precisión tal como la alcanzada por esas disciplinas rigurosas. Ciertamente; pero no se trata de rehacer el lenguaje en el espíritu de la matemática y de la lógica simbólica, sino simplemente de suministrarle los medios estructurales mediante los cuales pueda perfeccionarse en el sentido de alcanzar un estado lo más económico e inequívoco posible.

Es probable que las bases de una forma realmente adecuada de lengua internacional hayan sido echadas ya por el Esperanto y por otros idiomas internacionales auxiliares que han sido propuestos; pero es dudoso que el exigente ideal que hemos esbozado sea cumplido por ninguno de ellos, o que sea verosímil que se lo realice en un tiempo próximo. Es, por lo tanto, altamente deseable que, junto con la labor práctica de obtener un mayor reconocimiento de la idea de la lengua internacional, se lleven a cabo, paralelamente, investigaciones comparativas con el propósito de sacar a luz las estructuras lógicas inadecuadamente simbolizadas en nuestros idiomas actuales, de manera que podamos ver con más claridad que hasta ahora, cuánta agudeza psicológica y rigor lógico han sido y pueden ser expresados en forma lingüística. Una de las más ambiciosas e importantes tareas que cabe emprender es abordar la relación entre lógica y hábito en un cierto número de lenguas nacionales y artificiales, a fin de que el eventual problema de simbolizar adecuadamente el pensamiento pueda ser contemplado como cuestión todavía abierta. Por cierto que será imposible, durante mucho tiempo, dar una respuesta definida a todos los problemas planteados, pero ya es algo suscitar y definir los problemas mismos.

He puesto de relieve las ventajas lógicas de una lengua internacional construida, pero es importante no descuidar las ventajas psicológicas. La actitud de independencia frente a un idioma artificial que todos los hablantes

nacionales deben adoptar, es realmente un gran mérito, porque tiende a hacer que el individuo se sienta dueño del idioma en vez de obediente servidor de él. La común adhesión a una forma de expresión que no se identifica con ninguna entidad nacional, constituye uno de los símbolos más vigorosos de la libertad del espíritu humano que el mundo haya conocido hasta ahora. A medida que los pueblos orientales adquieran una importancia cada vez mayor en el mundo moderno, el halo de cosa sagrada que envuelve al inglés, al alemán o al francés será cada vez menos algo sobrentendido, y no es absoluto improbable que el triunfo eventual del movimiento en favor de la lengua internacional haya de deberse en gran parte a la indiferencia china o hindú respecto de los intereses consagrados de Europa; si bien el fondo efectivo de palabras básicas en cualquier idioma internacional practicable ha de apoyarse, casi con seguridad, en el caudal europeo común.

Otra ventaja psicológica ha sido frecuentemente invocada por quienes han tenido experiencia con idiomas como el Esperanto. Se trata de la supresión del temor en el uso público de una lengua distinta de la materna. El uso del género equivocado en francés, o cualquier infracción menor al idioma inglés, es considerado como una vulneración de la etiqueta, y todos sabemos hasta qué punto paraliza la libertad de expresión el temor de ofender en lo más mínimo las reglas del buen tono. ¿Quién sabe en qué medida la cautelosa elocución de los visitantes extranjeros se debe, en realidad, a su prudente resistencia a aventurarse demasiado en las arbitrariedades de un idioma que no es el propio? No es, naturalmente, el lenguaje como tal el vulnerado, sino las convenciones de propiedad que existen en el espíritu de los nativos que actúan como guardianes del idioma. La expresión en una lengua artificial no hace lugar a semejantes temores. Los errores en Esperanto no son pecados o agravios a la etiqueta: son meras trivialidades mientras no desvirtúan la intención significativa del que habla, y, en tal carácter, pueden ser pasados por alto.

En el campo de la educación hay mucho descontento respecto a la enseñanza de los idiomas clásicos y modernos. No es un secreto para nadie que los frutos del estudio de las lenguas no guardan relación alguna con el esfuerzo

empleado en enseñarlas y aprenderlas. ¿Quién no tiene la inquietante impresión de que hay algo intelectualmente deshonesto en un curso de estudios que se reduce a un pasatiempo instantáneo con, supongamos, latín y dos idiomas modernos, con un resultado de valor más o menos microscópico? Va en aumento la convicción de que el estudio de las lenguas extranjeras debe ser relegado a las clases de especialidades técnicas y que los esfuerzos de los educadores deben dirigirse más bien a profundizar el sentido conceptual del lenguaje de los alumnos, a fin de que, así preparados, puedan, llegado el caso, estar en mejores condiciones de aprender los idiomas nacionales que necesiten. Una lengua internacional bien construida se aprende con mucho mayor facilidad que una nacional, aguza la inteligencia de la estructura lógica de la expresión como no lo hace ningún idioma nacional, y suministra una gran cantidad de material lexicológico que puede ser utilizado, a la vez, en el análisis del idioma del hablante y de la mayor parte de los otros que necesita quizás aprender. Ya se han dado algunos pasos en pro de la adopción del estudio de la lengua internacional como medio hacia el fin de un lenguaje universal. Sólo el tiempo podrá decir si este movimiento es fecundo, pero es ciertamente un aspecto de la cuestión del idioma internacional que merece ser tomado en cuenta, particularmente, en América con su creciente impaciencia por la enseñanza, en gran medida inútil, del latín, el francés, el alemán y el español en los institutos de segunda enseñanza.

El movimiento de la lengua internacional ha tenido, hasta hoy, un aire de cosa cerrada y esotérica. Parece como si ahora pudiera asumir el carácter de un foro internacional abierto. Es un síntoma promisor la creciente medida en que lingüistas, matemáticos y hombres de ciencia han estado ocupándose del problema. Es un hecho favorable el que la idea de una lengua internacional no sea presentada ya en términos puramente idealistas, sino que adopta cada vez más el aspecto de un problema práctico o tecnológico y de un adiestramiento en la depuración del proceso del pensamiento. Los hombres inteligentes no deben acceder a convertirse en teorizadores de la lengua internacional. Deben hacer todo lo que puedan para mantener el problema en su forma experimental, ac-

giendo las críticas cualesquiera sean, y confiando en el surgimiento gradual de una lengua internacional que sea un instrumento apropiado al espíritu moderno.

El espíritu del análisis lógico debe unirse, en la práctica, con la presión activa en pro de la adopción de alguna forma de idioma internacional, pero no debe permitir que esta última lo absorba. Sería sobremanera lamentable que una lengua internacional —ya sea el Esperanto, o el inglés, o alguna forma simplificada del inglés— fuera considerada en adelante como algo sagrado e inviolable. Ninguna solución del problema de la lengua internacional ha de ser concebida sino como un primer paso hacia la evolución gradual, a la luz de la experiencia y por obra de toda la humanidad civilizada, de una lengua internacional que sea tan rica como las que conocemos, mucho más creadora en sus posibilidades e infinitamente más simple, más regular y más lógica que cualquiera de ellas.

EDWARD RAPIN

Culture, Language and Formulation

Traducción de Enrique Pachet.

LAS RESERVAS COMO SAGRARIOS DE LA FLORA Y DE LA FAUNA

Desde hace muchos años y desde diversas fuentes, se ha difundido en periódicos, la feble hoja suelta, revistas técnicas y científicas, en escuelas, conferencias de todo nivel, en jornadas y congresos, ideas y conceptos referentes a la Protección y Conservación de la Naturaleza. La cosa no es nueva, pues la República Argentina es firmante, desde 1924, de un convenio para esos fines en la órbita del hemisferio occidental. La repartición estatal que todos conocen de nombre por la amplia difusión de impresos de toda suerte, por la semana de la nieve y otras del mismo estilo, y por la bulla en torno al turismo hacia el sur, ha divulgado bastante en torno a los "Parques Nacionales". Pero lo cierto es que el común de las personas entiende por "Parque Nacional", un lugar de verano o de paseo, y lo demás no lo conoce o no lo entiende.

Claro está que toda esa mazaña semi inconexa de conocimientos, noticias, datos aislados, que llegan a dejar alguna huella en "Tuomo qualunque" es más efectiva en cuanto toca a la emoción o al sentimiento. Solamente un sector —de cuyo número no me atrevo a hacer pronóstico— es accesible al frío razonamiento lógico, elaborado con premisas, datos y métodos científicos. Diríamos sin exageración, que en este tema como en todos en general, la "imposición", la persuasión, el convencimiento, sólo es posible si viene en alas de estímulos afectivos, tróficos, sentimentales, no obstante que una fracción de humanidad puede ser convencida, conquistada, por la verdad desnudada de ese ropaje útil y a veces molesto, a modo de las envolturas protectoras y engañadoras que tapan el contenido amargo pero curativo de la píldora. En otras palabras, en las cuestiones concernientes a la Protección y Conservación de la Naturaleza, que afectan seriamente a cualquier país pues el recurso natural es el que nos alimenta, nos viste y nos cobija, la verdad verdadera queda en ocasiones oculta o desfigurada por el aditivo, no siempre necesario, que facilita la comprensión y la aceptación del asunto. Ese ocultamiento y esa desfiguración son, o pueden ser, el resultado de distintas causales, verbigracia, ignorancia parcial, comodidad (se copia mucho más fácilmente que lo que cuesta elaborar por sí mismo), tergiversación intencional con propósito críptico, necesidad de prolongar una situación preferible a cualquier otra desconocida y por venir, falta de resonancia al llamado telúrico (el ser extranjero en su propia tierra; al no dejar de ser extranjero en tierra adoptiva).

En ocasión reciente se me invitó a referirme ante el público general, de nivel medio hacia arriba, a las cuestiones involucradas en el título de este artículo. Naturalmente, la metáfora que sirve de epígrafe a esta exposición no es totalmente justa. Las reservas naturales, sean integrales o de objetivo definido, dejando a un lado las reservas de monumentos naturales, no son en realidad reliquias destinadas a la pura admiración y reverencia. Un fetichismo vagamente panteísta podrá ser útil como sistema personal de colaboración y apoyo a los fines de la Protección y Conservación, pero no es por cierto el elemento movilizador de los que deben crear, estudiar y promover la creación de reservas. En otras palabras, la protección integral no es un fin en sí misma.

Se protege y salvaguarda un área determinada de la superficie terrestre por su valor presente y futuro, del cambio acelerado o brusco por intrusión inadvertida e intencional del hombre. Así también se pretende salvaguardar de procesos naturales de resultados más o menos catastróficos, que si bien no frecuentes, ocurren. Los motivos que nos llevan a hacerlo no son únicamente sentimentales, estéticos, didácticos, científicos, nacionales, sino también el hecho cierto de que las reservas encierran elementos de utilización potencial para usar en beneficio general. Explicaremos esto para ahorrar interpretaciones erróneas. Entre medio, es menester decir que uno de los motivos que nos impulsan en la política proteccionista y conservacionista, es la reluctancia a vivir por siempre en la jungla de asfalto y acero. Ante un futuro saturado de "ersatz" y un cuadro como la Metrópolis del film de Pabst, tan parecido a un hormiguero perfecto, todos tendemos, sin estar imbuidos por la lectura de Rousseau, al retorno a la Naturaleza. Lo que ocurre es que esa tendencia, teñida de añoranza instintiva, sigue varios caminos, según las cualidades e idiosincrasia de cada cual. De todos modos, es posible demostrar que la sustracción de ambientes naturales al cambio devastador y su mantención en condiciones tan pristinas como sea posible, es parte de una necesidad humana, condicionada por antiquísimos llamados orgánicos, y urgida por la vida moderna y la triunfante civilización mecánica.

En Argentina, donde la extensión territorial aún guarda suma desproporción con la densidad de población, tenemos afortunadamente tiempo holgado para tomar previsiones. Si se aplica una política juiciosa en cuanto a reservas, aún podemos elegir, malgrado la explotación agrícola y ganadera extensiva que han tornado la pampa templada en un gigantesco pero nada grandioso cuadrículado de alambradas. Pero no nos engañemos, existen muchos aspectos de la Naturaleza que están corriendo o ya han corrido el riesgo del cambio irreparable, y es entera verdad que el culpable es el Gran Destructor. Se ha dicho y se repite, sin verdadera exageración, que Misiones se está convirtiendo en un desierto lluvioso. Pues bien, la afirmación de que las reservas son fuentes de utilización potencial de algún recurso natural es justa. Allí tenemos especies vegetales y animales en estado

silvestre. El inocente polen de una planta silvestre puede ser llevado por la mano del genetista para hibridar en la granja piloto la especie a mejorar. Cuando el laboratorio de ecología aplicada o si queréis el insectario, tenga que criar el insecto hiperparásito que contenga al otro insecto voracísimo, probablemente lo halle allí, en la reserva en donde una o dos parejas pueden hurtarse a la comunidad sin lesionar los principios puros y aplicados de su creación. Por eso mismo es que una generosa política reservacionista, que acaso al principio parezca desmesurada para el estadista o el gobernante que por lo común no suele estar en la nuez de este asunto, rendirá frutos inimaginables en el futuro cercano y lejano. Ante un mundo cambiante y una vez más tecnificado, donde la ilusión del sucedáneo y de la maravilla química que todo lo puede parecen colmar engañosamente la vanidad y el hambre humano, es menester no olvidar que sigue siendo el recurso de la Naturaleza el que nos alimenta, nos abriga y nos cobija. Aquí no ha llegado aún la necesidad, pero así como tenemos ya alguna reserva letícola de agua dulce, no está lejano el día en que habrá que demarcar reservas marinas. ¿Qué cosa significan estas reservas sino viveros naturales que centrifugan el recurso acuático allí donde es lícito apropiarlo? Insisto pues, en que la existencia de reservas, que debiera multiplicarse, involucra también un claro sentido de previsión y fuente potencial de elementos florísticos y faunísticos de utilidad científica y tecnológica.

Por otra parte no debe desdeñarse el valor que las áreas intocables tienen para el desarrollo de un sentimiento nacional necesitado de sostén y refuerzo, pues al fin de cuenta los símbolos vivientes poseen una sugestión emocional de alto valor.

Mantener una fracción de la Naturaleza, suelo, vegetación y fauna, en estado de absoluta quietud, de intangibilidad, tal cual los objetos sagrados en un altar de la madre Natura, es un espejismo. El biótomo y la biocenosis están en equilibrio momentáneo, y el proceso de cambio está simplemente retardado o es tan lento el ritmo que lleva que da la ilusión de estático. Pero si escudriñamos atentamente veremos cómo bulle la dinámica de la vida: trabaja la larva xilófaga con su avidez atávica, cae un árbol que se postra rendido y ofrece así dos o tres nuevas

residencias ecológicas que se pueblan de nuevo hormigueo viviente, crece en espesor y humus el suelo rico en colémbolos, arriban cada tanto los inmigrantes, sobre todos los organismos de dispersión pasiva, los hoigazanes arrastrados por el viento o por el agua. En tanto que el biótomo —el recipiente físico— se mantiene estable y no ocurran catástrofes irreparables, las comunidades de organismos se mantienen en estado de equilibrio. Otro tipo de evolución rápida se produce cuando un acontecimiento natural (epidemia, migración, incendio, terremoto), altera la composición numérica de la comunidad lo que cambia las proporciones de organismos ligados por cadenas alimentarias. Justamente, he tenido oportunidad de estudiar cambios naturales en comunidades planctónicas (las formadas por diminutos organismos que a modo de perpetuos naufragos están en suspensión en el agua) a consecuencia del cambio de las condiciones físicas del biótomo y de apreciar cómo un cambio es consecuencia del otro. Esto sucede en forma más o menos rítmica en lagunas del sudoeste de la provincia de Buenos Aires, donde especies de crustáceos diminutos, principales componentes del rico plancton alimento del pejerrey, aparecen y desaparecen según los cambios de salinidad del agua. En otros ambientes acuáticos normalmente estancados que están ligados en cadenas por la conformación de la cuenca y que forman así "acollaradas" o "encadenadas", se producen momentáneas condiciones fluviales, y la fauna toda cambia en consecuencia con la huida de unos y el aporte de otros elementos. Por el lado opuesto, he podido observar, comparando el plancton de una misma laguna a treinta años de distancia, contando con el análisis químico del agua en las dos ocasiones —me refiero a la Laguna Mar Chiquita, de Junín— cómo la comunidad de seres en suspensión se mantuvo estable. Estos y muchos otros ejemplos demuestran una sola cosa: malgrado el proceso de cambio o evolución, tenemos en nuestras manos evitar, mediante procedimientos racionales y científicos, los cambios indeseables e irreparables de las áreas reservadas de la Naturaleza, sea impidiendo trastornar el ambiente físico, sea impidiendo la intromisión de elementos vivos ajenos. Este es pues nuestro objetivo, como informadores, expertos y científicos que colaboran en obras de bien común; lograr la creación de reservas integrales

y de objetivo dirigido, medio ineludible de preservación del patrimonio natural y venero potencial de recursos de beneficio nacional.

RAEL ADOLFO RINGUELET

LA CIENCIA Y EL ESPÍRITU CIENTÍFICO

Si es verdad que la lógica sea a la vez una teoría general de las estructuras del pensamiento objetivo, antes de servir de fundamento a toda ciencia, y un análisis descriptivo, explicativo y crítico de los métodos propios de cada una de ellas, no se podría dejar de precisar ante todo la noción misma de conocimiento científico. "Llamaremos ciencia en sentido estricto a una *forma sistematizada del pensamiento objetivo*."

I. *Conocimiento vulgar y conocimiento científico.* — Tomemos un ejemplo simple. Yo miro los juegos irisados de la luz en una pompa de jabón. Puedo estar solamente ocupado por el hechizo de los colores que me encanta, o asimismo evocar recuerdos de infancia: diríamos que estas diversas actitudes son *subjetivas* porque mi contemplación del objeto se encuentra allí estrechamente ligada al contenido de mi vida interior.

Por el contrario, si la vista de los lugares diversamente coloreados atrae mi *curiosidad*, si mi pensamiento se orienta hacia el hecho de que esta leve pared transparente y curvada hace jugar en el sol los siete colores fundamentales, mi pensamiento será *objetivo*.

Pero todo pensamiento objetivo no constituye necesariamente una muestra de pensamiento científico. El mecánico hábil, el aficionado ingenioso que repara un motor o una radio, tienen ciertamente ante estos instrumentos una actitud objetiva; pero ellos saben solamente por *rutina* que tal transformación traerá tal resultado. El ingeniero, al contrario, y más todavía el físico, poseen una explicación del fenómeno. La segunda actitud solamente es científica. Vamos a tentar precisar más los caracteres.

II. *La ciencia como potencia.* — Es, en suma, desde lo interior, que acabamos de definir sumariamente el pen-

samiento científico; pero sería inexacto limitarse a tomarlo como un tipo abstracto de pensamiento; es, al mismo tiempo, un *factor concreto de la civilización*.

La palabra "ciencia" evoca hoy la idea de un poder. A los ojos del profano, el conocimiento científico está estrechamente ligado a las realizaciones de la industria moderna, pero entonces esta potencia de la ciencia se aureola casi siempre de un carácter misterioso y casi mágico.

Se explica bastante bien este carácter del reflejo de la ciencia en la conciencia colectiva si se admite que el conocimiento científico se relaciona con dos actividades constantemente presentes en las sociedades más antiguas: la *magia* y la *técnica*.

De la magia considerada como conjunto de prácticas destinadas a sacar partido de las potencias sobrenaturales, habrían conservado una cierta apariencia de misterio y de gravedad ritual. Se habla fácilmente de los "milagros" de la ciencia, y las fuerzas naturales que domestica, escapando muy a menudo a nuestros sentidos, parecen realizar los más viejos sueños de los magos. Las operaciones complejas y estrictamente regladas del físico vienen a evocar en la imaginación del profano los ritos y las ceremonias del hechicero. Pero la ciencia no sabría naturalmente ser magia más que para los espectadores ajenos a su círculo, y se ha hecho notar que, si las prácticas mágicas de toda suerte han sido estrechamente mezcladas de hecho a la ciencia principiante, *no es sino liberándose de la magia que la ciencia propiamente dicha ha podido desarrollarse*.

En cuanto a las *técnicas*: cocina, aparejos de manufactura y de transporte, armas, etc., su uso ha contribuido sin duda a acostumbrar a los hombres al ataque de las fuerzas naturales, menos engañoso que el sometimiento de las fuerzas sobrenaturales supuestas, y por consiguiente a la investigación de sus *leyes*.

III. *La ciencia como método.* — Pero la significación verdadera de la ciencia, consiste en ser un *método* de pensamiento y de acción. Se verá a propósito de cada una de las ciencias particulares cómo se diversifica en cada proyecto de conocimiento. Nos limitaremos aquí a indicar algunos de sus rasgos permanentes.

19 *La ciencia rehúsa aferrarse a las apariencias.*—Veo primeramente un relámpago en el cielo de tormenta, y escucho el trueno algunos segundos más tarde. ¿Es necesario decir que el ruido es producido posteriormente al zigzag luminoso? El pensamiento científico demuestra el carácter ilusorio de la apariencia, y busca una explicación "de lo visible complicado por lo invisible simple", según la expresión del físico Jean Perrin. (No es exacto, sin embargo, que la ciencia vaya siempre de lo complejo a lo simple, sino que va siempre de la apariencia a lo que la justifica).

En este rasgo, se distingue la ciencia de la magia, que juega por el contrario sobre la singularidad de las apariencias; se la distingue también de la técnica, que se cuida poco de superar las apariencias, con tal que sea obtenido el fin investigado.

20 *La ciencia investiga el rigor.*—El sabio formula siempre la hipótesis implícita de que alguna cosa en los fenómenos puede ser determinada con exactitud, de que alguna relación puede ser demostrada. El análisis del retardo del ruido del trueno, conduce a definir una velocidad de propagación de las vibraciones sonoras, y una velocidad —muy superior— de propagación de la luz.

Lo que se llama el "Milagro griego", es justamente una exigencia de rigor, que no gobiernan siempre las necesidades prácticas, y que deja insatisfecha la evidencia sensible.

No se confundirán aquí *rigor* y *precisión*. En matemáticas, es verdad, el rigor, que exige demostraciones sin defecto, provoca la precisión en los cálculos. La raíz de una ecuación algebraica, el valor de una función analítica, pueden siempre ser determinados con tantos decimales como se los desee, con tal que se lleven bastante lejos los cálculos. Pero el rigor del pensamiento no consiste en esta multiplicación indefinida de los decimales; un valor aproximado, impreciso, queda como el fruto de una demostración rigurosa. En física, rigor y precisión se disocian todavía más claramente. Las que permanecen rigurosas son las funciones matemáticas que sirven a la explicación del fenómeno; las magnitudes experimentales de las que es necesario partir bien pueden permanecer imprecisas, y a veces aun esencialmente imprecisas, como sucede en microfísica.

30 *La ciencia investiga la sistematización de los conocimientos fragmentarios.*—Los astrónomos griegos instituyeron una ciencia verdadera sistematizando los datos numéricos acumulados por los egipcios y los caldeos. Se trataba, como lo dice Platón, de "encontrar qué movimientos circulares y perfectamente regulares hay, que suponen para salvar las apariencias presentadas por los astros errantes". Eudoso de Cuido (390-337) y Ptolomeo (hacia 127-151 d. J. C.) imaginan un sistema de movimientos complicados que rinden cuenta de las trayectorias particulares de cada planeta. Copérnico (1473-1543) y Kepler (1571-1630), simplificaron considerablemente el sistema ptolemaico reduciendo los movimientos aparentes de los planetas a los dos movimientos reales de la Tierra. La interpretación del funcionamiento de estos sistemas elaborados por el pensamiento científico conduce, como se verá, a un estudio del problema de la causalidad y del determinismo.

IV. *Las dos fuentes de la ciencia, demostración y experiencia.*—Ya se trate del dominio de las ciencias matemáticas, de las ciencias de la naturaleza o de las ciencias llamadas morales, la puesta en obra de este triple proyecto del pensamiento científico se efectúa recurriendo a dos fuentes de conocimiento: la demostración y la experiencia.

La demostración consiste en obtener un vínculo de necesidad racional entre los elementos. Actúa en su forma más pura en las matemáticas, donde todo conocimiento es demostrativo, mediante la adopción de un pequeño número de principios: axiomas y definiciones. Pero se encuentra igualmente en todas las ciencias. Siempre, la demostración en sentido estricto no conduce pues más que a un esquema, por así decir, purificado de los fenómenos; exige una reducción previa de los hechos a un sistema abstracto en el cual es posible hacer moverse un pensamiento riguroso. Tal es el caso, por ejemplo, de la física matemática.

El contacto con los fenómenos mismos constituye la experiencia. En el caso de las ciencias de la naturaleza y del hombre, es del todo imposible demostrar, aun admitiendo un gran número de principios a partir de los cuales se construirían esquemas complicados. Es necesario, pues, observar e interrogar al fenómeno. Se notará

que, propiamente hablando, una experiencia no *demuestra* nunca nada: establece hechos. En esas condiciones, se concibe que la combinación del pensamiento demostrativo y de la experimentación sea una necesidad en las ciencias del fenómeno. La historia de las ciencias muestra sin embargo que esta noción ha necesitado largo tiempo para liberarse, y que el ideal de un conocimiento "por las causas", puramente demostrativo (Aristóteles), no ha hecho lugar sino poco a poco, al de un conocimiento experimental racional.

V. *Evolución del espíritu científico.* — Entonces, ¿el espíritu científico evoluciona?

Tan chocante como pueda parecer a primera vista la idea de una transformación histórica de los criterios y de los métodos del saber, no está allí menos demostrada. La concepción de la ciencia es parte de los elementos de una civilización, y se encuentra ligada a sus otros aspectos materiales y culturales. De la misma manera que se modifican las normas colectivas relativas a la justicia, a la virtud, al respeto de la persona humana, de la misma manera evolucionan, en cierta medida, las normas que definen la búsqueda de una verdad objetiva. Esto no significa de ninguna manera que la mecánica de Arquímedes sea errónea, ni totalmente fuera de moda la fisiología de Claude Bernard. Pero la idea de conjunto que uno se hace del conocimiento, de su alcance, de su forma, ha variado.

Si fuera necesario, en pocas palabras, caracterizar el espíritu científico contemporáneo diferenciándolo de sus formas pasadas, se podrían subrayar dos rasgos:

1) La colaboración cada vez más intensa de los métodos demostrativos y de los métodos experimentales, que se extiende cada día más, y en el dominio mismo de las ciencias del hombre.

2) La estrecha interacción de la ciencia pura y de la ciencia aplicada, que se enriquecen mutuamente.

Pero todas las ciencias en una época dada no alcanzan necesariamente el mismo nivel de perfección, ni corresponden enteramente al mismo ideal.

SIMONE DAVAL y BERNARD GUILLEMAIN.
Philosophie des sciences
Presses Universitaires de France, 1955.

Actualidad Pedagógica

ROSA Y CAROLINA AGAZZI

Rosa y Carolina Agazzi las educadoras cuyas realizaciones claras y sencillas han adquirido tanta importancia en la didáctica aplicada a la edad preescolar, nacieron en Volongo, Italia, en los años 1866 y 1875 respectivamente.

Luego de cursados sus estudios primarios ingresaron en 1882, en la Escuela Normal "Verónica Gambará". La cultura de dicho establecimiento era en esa época predominantemente literaria, caracterizada por un exagerado culto de la forma, con escarnio del contenido. La personalidad y la espontaneidad del alumnado no eran ni conocidas, ni respetadas.

En esa escuela no se aprendía ciertamente para enseñar. Las dos hermanas egresaron convencidas de que jamás serían capaces de desempeñarse como maestras. No obstante eso, en 1888 Carolina había ya practicado voluntariamente en el Jardín de Infantes de tipo froebelliano, anexo a la Escuela Normal "Verónica Gambará".

De las dos hermanas, fue Carolina quien tuvo el primer contacto con el pequeño mundo de un Jardín de Infantes. Carolina sintió, seguramente, la intuición de que era necesario partir de allí, si se debía adecuar la práctica profesional a la vocación.

En el año 1889, obtuvo un puesto en la escuela materna del pequeño y sereno pueblo de Nave; se le confiaron a la joven maestra 180 niños, que se reunieron en un salón de 20 metros de largo por 5 metros de ancho, iluminado solamente por dos puertas: una que daba sobre la calle y otra que comunicaba con el jardín.

¿Cómo hacer, cómo determinar un proceso de educación en esa enorme masa infantil? Pero he ahí un recuento inesperado: Rosa Agazzi enseña en el mismo edificio,

que es también el de la municipalidad. También allí existe una lucha del corazón y de la inteligencia para obtener lo que las dos jóvenes siempre han deseado: llevar la vida a la escuela y no destruir la vida, para que no quede más que la escuela. En las horas libres se encontraban las dos hermanas y unían sus inquietudes; ambas tenían conocimientos musicales y decidieron hacer transportar el piano de su propiedad a Nave; y con ese piano entra la música en la inmensa y oscura escuela. Rosa ha encontrado el hilo conductor: se podrá cantar, moverse, caminar, jugar, en un clima resonante de armonías.

Sienten entonces Rosa y Carolina Agazzi la necesidad de participar de un curso para maestras jardineras, que en las vacaciones de 1891 dictará Pietro Pasquali. Las directivas de este hombre, que había hecho de la escuela su razón de ser y que hablaba más con el ardor del apóstol que con los conceptos del filósofo, fueron decisivas para la vida de estas dos educadoras.

Finalizado el curso de perfeccionamiento se les confió en 1892, a las dos hermanas, sendos Jardines de Infantes; Carolina dirigió el Jardín de Le Fornaci, situado en otro municipio no distante del de la ciudad de Brescia, donde Rosa tenía el suyo en una calle suburbana llamada Via del Forcello; en ese Jardín permaneció solamente un año, un año para ella inolvidable.

Si bien faltaba materialmente, en esa escuela, todo lo que hoy consideramos indispensable, existía en cambio el empuje de una maestra de espíritu maternal y la alegría de ver gracias a sus múltiples recursos y cuidados la transformación de esos pequeños niños. Los padres comenzaron a comprender que ese no era un asilo como los otros, sino algo más: era una gran familia.

Creyeran premiar la actividad de Rosa Agazzi ofreciéndole uno de los asilos nacidos con la muerte de G. Garibaldi (para honrar su figura las comunas creaban salas educativas para párvulos). El asilo infantil Garibaldi de Volta Bresciano no compensaba el espacio perdido y las posibilidades de vida libre del de Forcello.

Aquí, como en Nave, era indispensable la fuerza mágica y suave del canto, sobre todo para enseñar a esos niños a adquirir el conocimiento del idioma italiano. No olvidemos que por entonces los dialectos eran los medios

de expresión usados por grandes y chicos: el idioma italiano era prácticamente desconocido.

Si Rosa y Carolina no hubieran desarrollado su obra educativa en circunstancias adversas y difíciles, no habrían quizá encontrado la llave de su método, y si su escuela hubiera estado situada en otra región de Italia, cerca de Florencia, por ejemplo, donde la lengua materna se habla correctamente, Rosa Agazzi no habría escrito, posiblemente, su libro *La lingua parlata*, destinado a enseñar a hablar el idioma italiano.

Aún hoy en los primeros grados de las escuelas distantes de los centros culturales, donde el dialecto es semejante a un idioma extranjero, se inicia a los alumnos en el conocimiento de la lengua nacional, mediante el empleo del material agazziano y de la conversación derivada del mismo.

En el año 1895 pasaron las dos hermanas al Jardín de Infantes de Mompiانو, adquirido por la feligresía de la iglesia de Santa Maria. Una modesta casa que debió albergar a más de cien niños y donde sólo se contaba con algunas mesitas, con el clásico cuadrículado froebeliano, unos pocos dónes, una toalla y tres o cuatro trapos. La pequeña familia infantil era sumamente pobre, descuidados hijos de obreras de una hilandería próxima. Antes de comenzar a poner en orden la casa las entusiastas hermanas debieron curar una cantidad de pequeños males, sabañones, lagas, granos, etc.

Era común que este tipo de establecimiento tuviera como inspectores a las señoras pudientes de la localidad, las que generalmente se interesaban por los niños del asilo y ofrecían año tras año una suma de dinero para las necesidades del mismo; así ocurrió en Mompiانو y las Agazzi pudieron preparar poco a poco sus equipos: toallas y servilletas individuales, delantales, pañuelos, zapatos, en fin, todo lo necesario para una gran familia.

Los años 1896 y 1897 fueron los más difíciles y los más laboriosos para las dos maestras: los niños de Mompiانو debían adquirir hábitos, que no poseían ni en casa ni en la escuela: iban a ser educados para la vida.

Mientras en otros establecimientos las maestras se afanaban en ejercitaciones meramente intelectuales, las Agazzi iniciaban a sus pequeños en una serie de prácticas que no dejaban de sorprender a sus contemporáneos.

Así, de la natural inclinación que lleva a los más fuertes a proteger a los más débiles, surge la idea de confiar a los niños más grandes el cuidado de los más pequeños; selección que no se confió al azar, sino respetando las naturales inclinaciones de los pequeños; se establecieron espontáneas corrientes de simpatía que permitían que los hermanos, los vecinos de casa, los amigos formaran sus parejas.

Ahora bien, no se trataba solamente de la ayuda material que un niño más experto o más hábil puede dar a su pequeño amigo, para anudar la servilleta o colocar el guardapolvo; era algo más, pues con la ayuda fraterna y recíproca se daba el primer paso hacia la vida social.

Para que esa vida social fuera una eficaz realidad, R. Agazzi ideó y agrupó bajo el nombre de Sociabilidad, una serie de ejercicios, juegos o simples lecciones ocasionales, destinados a establecer relaciones afectuosas entre la pequeña sociedad, y a ofrecer a los niños las primeras sensaciones de una vida basada en el orden, fruto de tolerancia, de generosidad y sobre todo de recíproco respeto.

En las escuelas de entonces las prácticas higiénicas se reducían a lecciones teóricas, a exhortaciones o a sermones. Rosa y Carolina pensaron en cambio, que la adquisición de hábitos higiénicos, solamente puede ser efectiva mediante la práctica de los mismos. Por ello iniciaron a sus pequeños, gradualmente, en el lavado de las manos, de la cara, la cabeza, los pies, etc., lo que demandaba de los mismos buena parte de su actividad muscular e intelectual. El solo hecho de preparar y disponer las jarras, los recipientes, templar el agua fría con la caliente, arrojar el agua sucia, secarse, ayudarse mutuamente, eran acciones que requerían de parte del niño una inteligente atención personal, susceptible siempre de perfeccionamiento.

Los niños fueron aprendiendo poco a poco a servirse a sí mismos. El terreno anexo al Jardín no tardó en transformarse en un huerto florido por el esfuerzo de los propios niños; ellos fueron los que escardaron, cavaron, abonaron la tierra y sembraron. Además de la parcela individual, los pequeños poseían una colectiva, con flores para adornar el jardín y regalar a la mamá. La huerta proporcionaba los elementos necesarios para la alimentación.

Rosa y Carolina Agazzi confirieron a la Jardinería un gran valor educativo; con tanto ardor y esmero fueron guiados los niños en esta actividad, y tales fueron los resultados alcanzados, que en el año 1902 el Consejo Escolar de la ciudad de Brescia proclamó por unanimidad al Asilo Infantil de Mompiano "Asilo Infantil Rural Modelo" colocándolo "a disposición de las aspirantes maestras jardineras para difundir una enseñanza que dará a los niños rurales el valor de institución social".

Este fue uno de los primeros reconocimientos oficiales de los méritos del método.

Pero, es el canto la expresión que más admiración y sorpresa provoca entre quienes visitan y conocen Mompiano. Las Agazzi dieron al canto, en la vida de la escuela materna, una importancia preponderante y tal, que para su aprendizaje se sometieron a una técnica inteligente y concienzuda. Fruto de sus experiencias y de su intuición artística es el libro que años más tarde Rosa Agazzi publicó bajo el nombre de: *El A, B, C del canto educativo*, en el cual expone normas didácticas para la educación del oído y de la voz. No debemos olvidar que las Agazzi eran hijas de Aquiles Agazzi, un carpintero músico que construía sus propios instrumentos musicales y pasaba las largas veladas familiares cantando con sus hijas las más bellas melodías de los maestros del siglo XIX.

Habían transcurrido solamente dos años desde que Rosa y Carolina habían perfeccionado en el asilo de Mompiano los experimentos comenzados en Fornaci, Forcello y Volta Bresciano, cuando por sugerión del maestro Pietro Pasquali, las autoridades encomendaron a Rosa Agazzi presentar en el Congreso Pedagógico a celebrarse en la ciudad de Turín una exposición sobre el tema: "Ordenamiento pedagógico para los Jardines de Infantes según el sistema de Froebel".

Rosa defendió a Froebel contra el mecanicismo de sus discípulos, pero su relación no se limitó a la parte técnica y didáctica; para ella la escuela no era exclusivamente una institución: era el corolario, la prueba, el documento de la vida; debía, por consiguiente, extender su crítica no solamente a la degeneración del método froebeliano, sino también a la preparación de aquellas maestras que habían hecho degenerar el método mismo.

Posiblemente eran los recuerdos amargos de las escuelas normales por las que había pasado, y la insuficiencia, la falta de método en la preparación de los maestros, lo que la obligaba a fustigar esos establecimientos donde se recargaba al maestro inútilmente con una cultura genérica que lo alejaba de la misión educativa y del espíritu de su futura profesión.

En dicho Congreso estaban presentes numerosos directores de escuelas normales, los que se sintieron ofendidos ante tales críticas formuladas por una simple maestra. Al final de la discusión, como era costumbre entonces, los asistentes que estaban de acuerdo con sus conceptos presentaron a R. Agazzi sus tarjetas de visita; entre estas se encontraba la de una señorita para ella aún desconocida: la doctora Maria Montessori.

En ese mismo Congreso Pietro Pasquali presentó un trabajo titulado: "Coordinación de los Jardines de Infantes con los primeros grados elementales", que para aquellos tiempos se consideró revolucionario. Entre otras consideraciones decía: "... si estos ejercicios bien iniciados en el asilo no son después continuados, en pocos meses se pierde el fruto de tanta paciencia y tantos afanes; sin razón entonces las maestras se declaran poco satisfechas de sus colegas jardineras".

Hablar de la coordinación de los Jardines de Infantes con los primeros grados de la escuela es aún hoy un enfrentamiento de dos mundos, de dos modos de vida completamente distintos, ¿cuánto más lo sería en el año 1896! Hoy comprendemos a las Agazzi y a su maestro pero por entonces, por ejemplo, ¿oir hablar de ciertos trabajos y actividades para las escuelas no solamente hacía sonreír a los intelectuales, sino que provocaba su irritación. ¿Debian acaso las escuelas transformarse en talleres? ¿Debian los maestros ser carpinteros, herreros, o manipuladores de plastilina?

Desde luego no todos los educadores opinaban así; entre ellos se encontraba un maestro, Emidio Consorte, que desde 1889 sostenía con sus recursos en una pequeña ciudad de la provincia de Ascoli Piceno, una escuela donde se enseñaba a los maestros y a los directores las manualidades que ellos a su vez debían transmitir a los jóvenes. Dibujo, modelado, tallado, trabajos de madera, hierro, pequeñas industrias, eran materias de estudio.

Los cursos se dictaban en verano y en esta escuela de Ripantrassone, Pasquali enseñó pedagogía del trabajo, cartoneo y recorte geométrico; Rosa y Carolina Agazzi, ejercicios froebelianos y aplicación de pequeñas industrias.

Durante 24 años, quienes escribieron *El arte de las pequeñas manos* ocuparon así sus vacaciones, transmitiendo dulce y serenamente, año tras año, todo el acopio de sus experiencias.

La considerable afluencia de niños en los Jardines de Infantes sugirió al profesor Pasquali, la necesidad de destacar maestros auxiliares en los asilos más numerosos.

Las aspirantes de la Comuna de Brescia debían ser todas maestras elementales. El concurso era único y la Comuna se reservaba el derecho de ubicación, según las necesidades, en las escuelas o en los Jardines de Infantes. Varias fueron las maestras auxiliares que se sucedieron en el Asilo de Momplano dejando huellas de su laboriosidad.

Desde el principio de su labor las señoritas Agazzi se preocuparon por la selección del personal. Las niñeras y las cocineras eran elegidas por ellas y no por funcionarios extraños a la escuela o incompetentes para juzgar las exigencias de la misma. Eran elegidas en razón de su capacidad y no porque tuvieran necesidad de una ocupación, ya que "el asilo no es una oficina de asistencia social".

Debian poseer los requisitos de seriedad, bondad e inteligencia que las hiciese dignas de asistir a los niños de un Jardín de Infantes. Razón por la cual el profesor Pasquali desde fines de 1895 instituyó un curso para niñeras.

En el año 1906 Carolina Agazzi publicó, con los auspicios de la Comuna de Brescia, un cuadernillo destinado a las madres, que refleja en modo muy fiel el espíritu y el estilo de la escuela materna. La primera parte se refiere a "Los deberes del Asilo" y sintetiza el espíritu de la nueva escuela. "El asilo, dice, recibe al niño a los tres años para prodigarle cuidados maternales", es decir, que el asilo no sustituye a la madre, pero asiste maternalmente al niño. Aprende de la madre, una madre ideal, el amor y los cuidados, y agrega aquello que no todas las

madres podrían hacer, ya sea por indigencia, por ignorancia, o bien por estar alejadas de los hijos por razones de trabajo.

Continúa diciendo: "El niño conduce una vida de "movimiento ordenado" (la inmovilidad es tan perjudicial cuanto el desorden; en una escuela materna los niños se mueven casi siempre, pero sólo para hacer alguna cosa) y agrega... de mutuo afecto y de recíproca y espontánea ayuda, esta es la base moral de la escuela materna que llena "por todos los medios a hacer nacer buenos sentimientos, a corregir tendencias perniciosas y a elevar el alma a Dios".

Esto es lo que las madres deben saber y deben saber también que el asilo tiene por fin hacer adquirir al niño hábitos de orden, sociabilidad, gentileza, obediencia, laboriosidad, sinceridad, honestidad y dignidad. Este es el deber del Jardín; la segunda parte del librito se dedica a los deberes de la familia y se dirige a los padres que aman sinceramente a sus hijos, enumerando 34 normas higiénicas y de educación.

Podemos considerar este folleto como un documento que inspirado en el sentido innovador de las Agazzi nos habla en el año 1906 de la natural solidaridad con que deben colaborar la escuela y la familia para la educación de los niños.

En el año 1910 las autoridades de Trieste, con población austriaca, yugoslava e italiana, expresaron el deseo de que las Agazzi instituyeran en esa región un Jardín modelo, sobre el tipo del de Mompiano. Allí se trasladaron las dos hermanas y se abocaron a una tarea por cierto nada fácil; los Jardines de Trieste, ricos de medios y hermosos como edificios, carecían de valor educativo por falta de organización, eran simples salas de custodia, de manera que debieron renovar completamente su orientación didáctica.

Al estallar en 1914 la gran guerra mundial, el Asilo de Mompiano debió cesar en sus tareas y las dos maestras debieron permanecer en una forzada inactividad. Pero al finalizar la contienda, Italia extendió sus fronteras sobre territorios a los que era necesario unificar no solamente en el aspecto lingüístico, sino también espiritualmente; había pues que organizar escuelas de tipo italia-

no, y educar niños que hasta el día del armisticio pertenecían a la cultura de un pueblo extranjero.

La "Obra Nacional de Asistencia a Italia Redimida", cuya sigla es O.N.A.I.R., surgida con un carácter prevalentemente asistencial, solicitó a las Agazzi un curso demostrativo de su método destinado a las maestras de Trento, región de Italia, entonces recientemente anexada a la península. Si bien el curso se realizaría en los meses de verano, en las modestas maestras surgieron algunas dudas, pues hasta la fecha, ellas habían dedicado todos sus esfuerzos a organizar y orientar Jardines de Infantes; la preparación específica de maestras las intimidaba un poco; maestras intuitivas por excelencia, no llevaban a su escuela un plan fijo de conocimientos teóricos.

No obstante eso el deseo sincero de regresar a esas tierras, a las que se sentían vinculadas por lazos de sangre (bisabuelos) y de contribuir a crear escuelas de espíritu italiano y a enseñar la lengua materna, las indujo a aceptar el ofrecimiento. Y allá fueron y transmitieron a jóvenes maestras, su propio método, fruto de su experiencia. Es así que durante los años 1923, 24 y 25 encontramos a las Agazzi preparando técnicamente nuevo personal en Trento y Bressanone.

En 1925 la O.N.A.I.R., les solicita dirigir el Asilo Princesa Mafalda, de Bolzano y preparar al mismo tiempo maestras para los asilos que eventualmente podrían habilitarse.

Aquí sí que los contrastes de los jardines alemanes e italianos ofrecían una dura prueba a las entusiastas maestras. Existían dos jardines comunales y uno de caridad, donde se seguía el método froebellano puro y a los que concurrían los niños alemanes y también algunos italianos.

En contraste con estos jardines la O.N.A.I.R. patrocinaba el Jardín Princesa Mafalda: una serie de habitaciones con largos bancos, donde el deber de los niños era rezar por los benefactores, recibir donaciones y resistir largas horas inactivos.

A Rosa Agazzi se le confió la dirección de este asilo, además del control de los otros asilos y jardines. La responsabilidad de las dos hermanas era inmensa, no solamente por los resultados que debían alcanzar en el Asilo

Mafalda sino también por cuanto debían obtener de las instituciones análogas.

Pero todos los esfuerzos fueron coronados por el éxito y con el tiempo el Asilo Mafalda se transformó en otro Momplano, y los padres Italianos que al principio se resistían a enviar a sus hijos lo fueron haciendo convencidos que de su patria también recibían algo de bueno. La batalla estaba ganada.

Las autoridades no tardaron en reconocer toda la importancia de esta fecunda batalla, sobre todo para la difusión del idioma nacional. A pesar del reconocimiento de las principales figuras educacionales y de que el Ministro declarase oficial el método Agazzi, el deseo más vehemente de ambas hermanas era el de regresar a Momplano, de manera que se sintieron felicisimas de retornar, luego de varios años de alejamiento, a su ciudad y a su escuela.

Pero allí les esperaba una amarguísima desilusión. Las autoridades de Brescia juzgaron que las dos maestras, demasiado peregrinas, debían sentirse fatigadas, por lo que se les sugirió pidiesen su jubilación por razones de salud... Las dos hermanas se sintieron profundamente doloridas y el sabor amargo de la injusticia turbó sus almas, porque a todos los honores preferían, como siempre lo habían preferido, el humilde deber cumplido en ese lugar inolvidable, en ese Momplano querido, donde había surgido tanta luz para todos. Debían entregar "su Momplano", que habían formado con el esfuerzo de tantos años, hoy enriquecido con todo aquello que sus manos habían sabido hacer surgir para la alegría de la infancia que por allí había pasado.

Una vez en su hogar la inactividad contribuyó a aumentar la amargura y el desasosiego: tenían la impresión de que el movimiento agazziano debería ceder frente a otro movimiento que por entonces se imponía en Italia. No es que sintiesen animosidad hacia la figura de la doctora Maria Montessori, pero su concepción de la vida educativa era distinta y estaban tan totalmente persuadidas de que su método era la vida de las escuelas Italianas, que la sola idea de no poder demostrar prácticamente las ventajas de su orientación pedagógica, no les daba paz. Pietro Pasquall, el maestro querido, había muerto, y ello acentuaba aún más el abandono en que se sentían.

Mientras ellas sufrían en Brescia por este triste epílogo de su vida profesional, la O.N.A.I.R. tenía razón para regocijarse; no habían pasado muchos días cuando el Ministerio hizo llegar a Rosa el nombramiento de directora de aprendizaje en la escuela de Método de Trento; Carolina en cambio permanecía en Bolzano.

Comenzaron de nuevo un pesado trabajo que ocupaba todas las horas de sus días; para ellas enseñar significaba hacer.

En 1931 Rosa Agazzi fue nombrada, por la presidenta de la O.N.A.I.R., la Duquesa D'Aosta, Inspectora General didáctica de todas las escuelas maternas dependientes de la institución. En los años subsiguientes 1931, 32, 33, 34, Rosa Agazzi dictó cursos destinados a la formación de maestras jardineras en Pavia, Turin, Roma; llevó a todos ellos su experiencia fortalecida por cuarenta años de labor, dedicados a educar al niño con medios naturales accesibles a todos y con un sistema activo iniciador al mismo tiempo del aprendizaje del lenguaje.

Juntamente con el ejemplo de un noble magisterio educativo, de una vida dedicada a enseñar a vivir a los niños, enseñando a los adultos a educar, Rosa Agazzi nos ha legado toda una técnica educativa que expone en los volúmenes, que son la realidad documentada de Momplano: "Cómo entiendo el museo didáctico", "La lengua hablada", "El arte de las pequeñas manos", "El A. B. C. del canto educativo", "Niños, cantad!", "Guía para la educadora de la infancia", "Notas de crítica didáctica", "Escritos póstumos" y "Varios".

En el año 1941, cuando ya se cernía sobre Europa la tragedia de la segunda guerra mundial, en reconocimiento de los méritos adquiridos después de tantos años de ferrosa labor, el ministro de educación concede a las hermanas La Estrella de Oro al Mérito de la Escuela: condecoración con la que se honraba sus esfuerzos, sus escuelas maternas y su método considerado como un método netamente italiano.

Siguieron después los días tristes de una guerra por demás cruel; en vísperas de la liberación, durante un bombardeo en marzo de 1945, su casa fue arrasada y pocos meses después Carolina fallecía. Rosa quedó pues

en una dolorosa soledad, si es que puede sentirse sola quien tanto amor ha sembrado.

Transcurrieron sus últimos años en Volongo, la tierra natal. En el año 1950, cuando Rosa Agazzi tenía ya 84 años, se celebró el cincuentenario de Momplano, y con ese motivo se instituyeron las "Jornadas Nacionales de las Escuelas Maternas".

En la ciudad de Brescia recibió los honores de las autoridades, de los maestros, de los que fueron sus alumnos, del pueblo, en fin. Pocos educadores han tenido la felicidad de Rosa Agazzi, de poder asistir a la consagración de sus propios principios e ideales y de poder ver fructificados todos sus esfuerzos.

La O.N.A.I.R. y la Comuna de Volongo edificaron ese mismo año, como acto de agradecimiento, una escuela materna, a la que diariamente, apoyada en su bastoncillo, se dirigía la anciana maestra. Allí dio su última lección en la víspera de la Navidad de 1950, y el 9 de enero de 1951, serenamente, entregó su alma a Dios. Sus restos, juntamente con los de su hermana Carolina, reposan en el cementerio de Volongo, reunidas las dos hermanas en la paz serena de los justos.

Así pasaron por la vida dos modestas maestras, que liberando a la escuela de esquemas rígidos, le restituyeron la continuación amorosa y activa de la familia.

Para finalizar, nada mejor que las palabras de una revista de educación que se adhirió a las honras fúnebres: "(Benditos aquellos que dedicaron su vida a los niños! Ellos consolidan la civilización y la civilización verdadera es un bien que ni las guerras, ni las revoluciones, podrán jamás crear".

MARIA LUISA COGORNO.

LA INICIACIÓN LITERARIA

(Apuntes para una antología escolar)

En un trabajo anterior¹ bosquejamos una propedéutica de la iniciación literaria que pasaremos a ilustrar con la lectura y comentario de textos, preferentemente de autores argentinos e hispanoamericanos.

Para que un libro —de por sí elemento frío y sin ubicación en el mundo infantil— se vuelva goce estético, estimulante de las fuerzas creadoras, enseñanza y guía, el maestro deberá rodearlo de un clima de sugestión y estímulo tales, que no sólo cautive al lector inquieto sino que lo retenga gozoso. Y este milagro didáctico únicamente puede realizarlo el educador artista, el que a su vez recibió primero el influjo que lo incita a su lectura cuidadosa y documentada.

El conocimiento acabado del texto, la recreación de escenas y ambientes y la ubicación del autor en el espacio y en el tiempo, convierten al maestro en mago de aquel encantamiento.

Sin repetirnos en la fundamentación técnico-científica que expusimos en el ya mencionado artículo, y sin que la elección del tema tenga, en el presente caso, otro valor que el de mera ilustración, entramos al mundo de la naturaleza y sus fenómenos con una evocación de la pampa argentina, a través de *La Cautiva*, poema épico compuesto de nueve partes y un epílogo. Su autor, Esteban Echeverría, nace en Buenos Aires, el 2 de setiembre de 1805 y muere, exiliado en Montevideo, el 20 de enero de 1851.

Buenos Aires vive los prolegómenos de la dictadura. Lavalle, involuntariamente, abre el paso a Rosas, y ya nadie podrá detenerlo. Diego Alcorta infiltra savia nueva a las lecciones de filosofía de Lafinur. Sus discípulos deliberan en casa de Santiago Viola, en la sede de la Asociación de Estudios Históricos y Sociales, en la trastienda de la librería de Sastre —convertida en cenáculo—, en la litografía del ginebrino Bacile, o concurren a los aristocráticos salones de Mariquita Sánchez de Mendive.

En ese ambiente elegante y refinado, debió llamar la atención el poeta Echeverría, con su mundo de experiencias europeas, sus ansias de reformador social —en que bien pronto había de dar muestras de talento— las maneras desenvueltas, su atmósfera romántica, hecha de alejamiento y de silencio.

Su obra poética se inicia con el poema *Eleira o la novia del Plata*, en 1832; *Los Consuelos*, *La Cautiva*, *la Guitarra*, *Avellaneda*, *Insurrección del Sud*, *El Ángel Caído*, *Mejstófeles*,... continúan su exploraciones literarias y la búsqueda de sendas menos trilladas.

El maestro, luego de ofrecer una visión interesante y documentada de la época y sus problemas, presentará un bosquejo apretado del contenido de *La Cautiva*, poniendo de manifiesto para una mejor comprensión del intento echeverriano, el propósito americanista que alentó su generación.

Nótese la incorporación deliberada de ejemplares de la fauna: el "yajá", al que llama en nota al pie "el volador centinela"; "el hacurutú" que describe como "especie de luchuza grande cuyo grito se asemeja al sollozar de un niño"; buitres, cuervos, cigüeñas, caranchos, reptiles, pájaros, águilas, tigres, lobos, gamas, ciervos, avestruces; la flora; los indios, sus armas y supersticiones, y doquier el caballo, jalonan los cantos y proyectan la ambición americanista ya señalada, aunque el paisaje resulte desdibujado, impreciso.

A fin de facilitar la tarea pedagógica damos una guía de lectura que servirá de base al análisis literario de los diversos textos.

GUÍA DE LECTURA

I. Aspectos de fondo:

- Razón del título;
- Asunto tratado;
- Procedimientos usados;
- Tipo de paisaje (¿realidad exterior, realidad interior o realidad literaria?);
- Acción y personajes.

II. Elementos estilísticos:

- Sensaciones y percepciones;
- Uso de sustantivos y adjetivos, verbos y adverbios; reconocimiento funcional de pronombres, conjunciones, preposiciones;
- Construcción sintáctica y uso de los signos de puntuación.

III. Expresión libre, oral y escrita, en forma breve, por los alumnos. Texto a analizar: fragmento del canto I, *El Desierto*.

El poeta contempla la pampa desde lo alto de los Andes. Imprecisión propia de la hora crepuscular:

Era la tarde, y la hora
en que el sol la cresta dora
de los Andes...

Actitud lírica a pesar de los recursos narrativos. Realidad interior nutrida de elementos literarios, puesta de manifiesto en la personificación del desierto:

incommensurable, abierto,
y misterioso a sus pies
se extiende; triste el semblante,
solitario y taciturno...

Sinestesias y metáforas continúan la línea animica y el desierto es "como el mar, cuando un instante /... pone rienda a su altivez". Las cenestesias subrayan la subjetivación del paisaje; se siente la angustia del poeta ante la inmensidad sin límites, su desorientación y extravío:

Gira en vano, reconcentra
su inmensidad, y no encuentra
la vista, en su vivo anhelo,
do, fijar su fugaz vuelo,
como el pájaro en el mar.

Por todas partes la asechancia de fieras y alimañas crea ese clima de misterio y zozobra que anticipa el séptimo verso: "doquier campos y heredades / del ave y bruto guardias"; sentimiento religioso ante el espectáculo de la grandeza de la creación: "doquier cielo y soledades / de Dios sólo conocidas, / que El sólo sabe sonar".

Obsérvese el juego consonántico de las alveolares para crear el paisaje sonoro: reiteración intencional y en calculada alternancia de nasal, vibrante y lateral que refuerza la rima de los pareados; el octosílabo intensifica el efecto onomatopéyico con su natural sonoridad:

A veces la tribu errante
sobre el potrero rozagante,
cuyas crines altaneras,
flotan al viento ligeras,
lo cruza cual torbellino...

Se repiten los recursos auditivos y el entrecruce de sensaciones en la descripción del paso de la tribu en sus potros salvajes:

Bajo la planta sonante
del ágil potro arrogante
el duro suelo temblaba,
y envuelto en polvo cruzaba
como animado tropel,
velozmente cabalgando;
veíanse lanzas agudas,
cabezas, crines ondeando,
y como formas desnudas
de aspecto extraño y cruel.

La nota romántica es evidente en la pintura del sol. En vez de las sombras coloreadas de los impresionistas, pone sombra al color:

sobre la gala verdosa
de la llanura, azul velo
esparcia, misteriosa
sombra dando a su color.

Nótese los adjetivos: *desmayado, misteriosa*, las *cenestias "sereno y diáfano el cielo"* y el dinamismo de los derivados verbales *derramando, esparcia*...

Nos ocuparemos ahora de la pampa en prosa, a través de *Facundo*. Su autor, Sarmiento, hombre intensamente *apasionado*, sacudido por grandes amores y odios que no perdonan, sufre con tal fuerza la atracción del paisaje de la campaña argentina que, ya sea por acatamiento o por rechazo, la pampa estará presente en todo el transcurso de su obra. Es la pampa presentida, hecha de lecturas y relatos, cuyo verdadero descubrimiento le dejará una emoción inolvidable. Visión estremecedora de soledad y misterio que despierta su religión de niño, en que fe y temor se confunden para "sentir a Dios... en la aterrante magnificencia de sus obras". Texto a analizar: II, 48^o.

"...¿qué impresiones ha de dejar en el habitante de la República Argentina el simple acto de clavar los ojos en el horizonte, y ver... no ver nada. Porque cuanto más hunde los ojos en aquel horizonte incierto, vaporoso, indefinido, más se le aleja, más lo fascina, lo confunde

y lo sume en la contemplación y la duda. ¿Dónde termina aquel mundo que quiere en vano penetrar? ¡No lo sabe! ¿Qué hay más allá de lo que ve? La soledad, el peligro, el salvaje, la muerte. He aquí ya la poesía; el hombre que se muere en estas escenas, se siente asaltado de temores e incertidumbres fantásticas, de sueños que le preocupan despierto".

"De aquí resulta que el pueblo argentino es poeta por carácter, por naturaleza. ¿Ni cómo ha de dejar de serlo, cuando en medio de una tarde serena y apacible, una nube torva y negra se levanta, sin saber de dónde, se extiende sobre el cielo mientras se cruzan dos palabras, y de repente el estampido del trueno anuncia la tormenta que deja frío al viajero y reteniendo el aliento por temor de atraerse un rayo de los mil que caen en torno suyo? La obscuridad se sucede después a la luz; la muerte está por todas partes; un poder terrible, incontrastable, le ha hecho en un momento reconcentrarse en sí mismo, y sentir su nada en medio de aquella naturaleza irritada; sentir a Dios, por decirlo de una vez, en la aterrante magnificencia de sus obras. ¿Qué más colores para la paleta de la fantasía? Masas de tinieblas que anublan el día, masas de luz livida, temblorosa, que ilumina (sic) un instante las tinieblas y muestra la pampa a distancias infinitas, cruzándolas vivamente el rayo, en fin, símbolo de poder".

"Estas imágenes han sido hechas para quedarse hondamente grabadas. Así cuando la tormenta pasa, el gaucho se queda triste, pensativo, serio, y la sucesión de luz y tinieblas se continúa en su imaginación del mismo modo que, cuando miramos fijamente el sol, nos queda por largo tiempo su disco en la retina".

Idea de vastedad sin límites recorrida por vientos de destrucción y muerte. Sin árboles, ni pájaros, ni tan siquiera las fieras y alimañas que poblaban la pampa de Echeverría, deja en el lector una impresión dramática y sobrecogedora, en que pampa y poesía son una sola y misma cosa. "De aquí resulta que el pueblo argentino es poeta por carácter, por naturaleza" (Ib).

¡Qué lejos están los propósitos iniciales de hacer de *Facundo* la acusación más violenta contra la dictadura y el alegato más encendido en defensa de los expropiados!

Es en este segundo capítulo: *Originalidad y caracteres argentinos con El rastreador, El baqueano, El gaucho malo, El cantor*, donde encontramos más acabadamente al Sarmiento escritor en *Facundo*.

Páginas bellísimas, como la visión de la tormenta, están vertidas en lenguaje sencillo y estilo cortado, tan distante de su prosa polémica trabada de conjunciones. Las imágenes poéticas dadas por simple comparación y las interrogaciones y puntuación ágil, acentúan, aún más, esa sensación de frescura, de cosa sentida que llevamos de inmediato al papel.

El cruce de sensaciones, *fascina, confunde, sume en la contemplación y la duda; nube torva y negra; que deja frío al viajero y reteniendo el aliento, el estampido del trueno; y el uso reiterado del presente de indicativo: se levanta, se extiende, se cruzan, anuncia, caen, se sucede, anublan, ilumina, pasa, se queda, se continúa, miramos*, nos convierten en testigos presenciales de uno de los espectáculos más bellos de la naturaleza.

Pero si olvidamos, por un instante, que la pampa de *Facundo* nace de la conjunción de un pensamiento obsesivo —el paisaje como determinante de la psicología del hombre— y una realidad literaria, la adjetivación saturada de *cenestesis* y el intenso dramatismo de las escenas con sus violentos contrastes de luz y sombra nos llevan, bien pronto, a los dominios de la poesía romántica: *incierto, vaporoso, indefinido, aterrante, fantásticas, terrible, incontrastable, naturaleza irritada, luz livida, temblorosa, triste, pensativo, serio, infinitas*; es que pasado el rayo, y ya en la noche solitaria y serena, el gaucho ve pasar flotando el alma de Santos Vega...

ANDREA F. EMANUELE DE PRIETO.

Nota: Hemos seguido el texto de *La Oestiva* que figura en la edición de las obras completas de Echegaray, de Juan María Gutiérrez, 1870. Bs. As.

1. *El sustrato ante la obra literaria*. Revista de Educación. La Plata, abril de 1959.

2. *Facundo*. Grandes Escritores Argentinos. Bs. As. Jackson, 1ª edición.

3. Véase "*Facundo*". *Afirmación y búsqueda*. Revista de Educación. La Plata, setiembre 1959.

MOTIVACIÓN DE LOS CENTROS DE INTERÉS POR MEDIO DE UN PERSONAJE

La educación necesitaba una nueva reestructuración en sus sistemas, porque la experiencia había demostrado que la enseñanza fragmentaria llevaba a la dispersión de los conocimientos en la mente infantil; de este modo perdían eficacia los resultados obtenidos, ya que la falta de relación entre ellos desubicaba al niño del ambiente en que se pretendía colocarlo.

El nuevo punto de partida conduce a una planificación inversa, donde la centralización habrá de sustituir a la disociación para obtener, merced a ella, una unidad mental inconsciente lograda en el alumno.

La manera de establecer un lazo de unión entre las materias para despertar y desarrollar las facultades espirituales del niño, que conducirán a un trabajo autónomo, nos lleva a buscar un sistema adecuado que se ve ampliamente satisfecho con el empleo de centros de interés. Estos permiten obtener lazos de unión entre las materias, nucleándolas en rededor de un punto común capaz de despertar el interés del niño.

Para llevar esto a cabo, lo primero que corresponde determinar con exactitud es la característica fundamental del grado que se dirige. Consideraremos su aplicación en grado de niños cuyas edades oscilan entre los siete y nueve años teniendo en cuenta que en ellos prima un mundo de fantasía y de ilusión, facultades del espíritu que les permiten representar de manera sensible las cosas ideales, o bien idealizar, embelleciéndolas, las cosas reales; constituye especial preocupación adaptarse a esas mentalidades.

Situándose dentro de sus intereses, el camino más adecuado para encauzar esa fantasía, es el "cuento". Mediante ese recurso, se puede lograr despertar sus fibras emotivas, partiendo de sus sentimientos más íntimos como el amor a sus padres, a su hogar y a sus maestros, hasta ensanchar esta visión sensible, despertando el sentimiento patrio.

La forma de satisfacer ampliamente las manifestaciones de la vida infantil y una de las alternativas que ofrece más posibilidades es la de representarla en su integridad.

mediante un personaje. Este es el enfoque principal que deseamos darle a la tarea, porque consideramos que un personaje que tenga la misma edad que los educandos, que experimente las mismas reacciones, que se sienta atraído por los mismos intereses, que se emocione con los mismos sentimientos y que, por el contrario, forme parte de un mundo distinto, nos ayudaría a transportar a todos los niños, convirtiéndose en eje central al que convergirían éstos como rayos de una rueda, que al ponerse en movimiento mediante el relato, se confundirían en un resplandor luminoso, participando todos de los afanes de cada uno y cada uno de los afanes de todos; y esto producirá una actividad fecunda que cabe sólo traducir como una expresión de vida.

Para organizar la tarea, partimos de uno de los temas que nos ofrecía el programa: "El nacimiento de la patria", que a su vez quedó subdividido en cuatro subtemas, a saber: 1. Época colonial; 2. Nacimiento de la patria; 3. Símbolos patrios; 4. Manuel Belgrano. Cada una de estas partes tuvo una duración variable, ya que unas se desarrollaron en una semana y otras absorbieron la tarea escolar de un tiempo mayor.

Un personaje que nos resultó simpático para provocar el interés de los niños fue un negrito africano, especialmente seleccionado de un libro de cuentos, donde hace su aparición llegando a la Colonia en un barco velero desde tierras lejanas. Esta idea nos sirvió para crear situaciones que llevaran a inclinar los sentimientos infantiles por la igualdad entre los seres humanos, desterrando las luchas raciales. Asimismo pudimos allanar las diferencias que existían entre los criollos y el negrito extranjero al asimilar éste rápidamente un sentimiento de amor a la tierra y a las cosas que pasaron a serle familiares, unido a su casi instintiva ansia de libertad. Ese personaje de color, al que denominamos Dominguito, tenía la necesidad de cobrar forma ya sea mediante la apariencia de un muñeco acabadamente construido, o bien con la simple rusticidad que le daría la plastilina o su confección con alambres y lanas negras, o en su defecto mediante la utilización del dibujo recortando su figura. Así nació el nuevo amigo, que nos serviría de guía por las calles del Buenos Aires colonial, con su pelito tan crespo, dientecitos tan blancos y labios tan gruesos; llevando un farolito en la mano, nos condujo fríamente a

planificar las distintas actividades del programa escolar, centralizando materias tales como lenguaje, matemáticas, dibujo, canto, poesía, dramatizaciones, trabajo manual, téticos, éticos y sociales.

Frente a este amplio panorama que se presentó, lógico es pensar en la imposibilidad de ajustarse a un horario fijo que implantara una actividad estética, ya que este nuevo enfoque de la actividad hizo surgir espontáneamente las diversas expresiones dictadas solamente por las necesidades del grado adaptadas al centro.

La presentación de Dominguito tuvo una atracción especial sobre los pequeños, que desde ese momento lo incorporaron a la vida del aula, pudiéndose afirmar que el diminuto personaje logró sustituirnos absolutamente en la dirección de la clase, ya que los niños seguían con avidez el relato pero pendientes del muñeco que cobraba vida a través de nuestra palabra. La llegada de Dominguito a la Colonia y su conocimiento del lugar dio motivo a la construcción en la mesa de arena de una rudimentaria aldea; esto fue acompañado de poesías debidamente adaptadas que fijaban el vocabulario recientemente aprendido y que luego acompañamos de música, con canciones infantiles, como la del "Arroz con leche", "Sobre el Puente de Avignon", etc.

Así nos encontramos frente al problema del lenguaje, el gran problema de la enseñanza primaria. Los maestros que nos abocamos a la tarea de allanar las dificultades en el campo de la ortografía, de impartirles nociones gramaticales o encauzarlos en la redacción y lectura, muchas veces, para tratar de profundizar el conocimiento de cada una de ellas, las aislamos reduciendo el lenguaje a la categoría de una asignatura, sin pensar que es mucho más que esto y que debe impregnar toda la enseñanza primaria.

El negrito Domingo era extranjero y nos vimos entonces frente a la necesidad de enseñarle nuestra lengua, lo que dio lugar a un sinnúmero de ejercicios de los cuales extraeremos algunos ejemplos: A medida que íbamos conociendo el Buenos Aires colonial, enriquecíamos el vocabulario, escribiendo las palabras en el pizarrón. Previamente habíamos pedido a los niños que trajesen recortados papeles blancos dentro de un sobre que utilizaron para copiar

cada palabra individualmente. Esto se prestó a la expresión oral mediante la formación de oraciones, teniendo aquí sintetizadas dos manifestaciones, la oral y la escrita. Unimos a esto la expresión gráfica espontánea que provocó el entusiasmo de los niños al dibujar en la pizarra algún pasaje de los enumerados en el vocabulario.

Al material confeccionado por los niños, le dimos una aplicación directa con fines gramaticales; para ello, también jugando, determinaron oralmente los nombres, cualidades y acciones, separando en sus pupitres los papelitos, según la función gramatical que le correspondía y, completando aún más la enseñanza, propusimos que eligieran algunas tarjetas y las dividieran separándolas en sílabas. Lógicamente esta es una tarea amplia que dividimos en distintos días y que se fue desarrollando a medida que se presentaban los momentos apropiados para realizarla.

Volviendo a nuestro relato, el negrito se presentó a sus amos y así, jugando, se enfrentó al educando con el antiguo problema de las diferencias sociales estableciéndose el contraste con la igualdad democrática de nuestros días. Dominguito se encontró ubicado dentro del pueblo como parte activa y como espectador en la vida de la alta sociedad. En el primer aspecto se convirtió en un eficaz colaborador de los trabajos que realizaban los vendedores ambulantes. Esto se prestó para la ejecución de numerosos ejercicios aritméticos como podrían ser, dentro de la amplia gama que pudimos lograr, los siguientes:

Para problemas de suma y resta: Dominguito ayudó a Don Pascual el aguatero, a repartir agua; él repartió 28 baldes y Don Pascual 45. ¿Cuántos baldes repartieron? O bien: el negrito sabía que el farolero debía encender 30 faroles, si ya encendió 18, ¿cuántos le restan encender?

Para numeración serviría este ejemplo: el aceitunero, después de vender 150 aceitunas, confió su costo a Dominguito, que continuó su trabajo, quien de una en una redondeó la cantidad de 200 aceitunas vendidas.

El encuentro de Dominguito con los vendedores ambulantes sirvió para dramatizar escenas de la vida de la época. Se echó mano a una escena sencilla que fue creada por los mismos alumnos, sin ensayo, recordando simplemente los pregones aprendidos a través de las lecturas; no se trató, en fin, de una representación sino de una manera de expresión.

Hemos dicho que el negrito trabajaba y actuaba entre las gentes del pueblo y era un espectador de la vida en la alta sociedad. Esto dio motivo para la aplicación del trabajo manual ya que había detalles que llamaban poderosamente su atención tales como el uso de los peinetones, mantillas, medios de transporte, etc., que fueron confeccionados en forma rudimentaria dentro del aula utilizando como material el papel glacé, la cartulina y la plastilina. Pudimos así revivir simplemente una escena de las tertulias realizadas en la colonia, utilizando especialmente el vocabulario recientemente aprendido y tratando de fomentar al mismo tiempo hábitos sociales, cultivando la delicadeza y la cortesía en el trato de niñas y varones. Fue de especial atención el ponerlos en contacto con un elemento vivo de nuestro acervo tradicional como es la música nativa, haciéndoles escuchar algunos trozos característicos de nuestro folklore. Para completar la escena procedimos a enseñar una de las danzas más sencillas y a la vez más bonitas, "El Cuando", haciendo apreciar a los alumnos la delicadeza de los movimientos y acicalando a los bailarines con los pañuelos y peinetones realizados en clase.

Lo que ligeramente acabamos de esbozar forma parte del primer subtema de este centro de interés, o sea la vida colonial; en la misma forma procedimos para completar el tema teniendo siempre en cuenta el trabajo en unidad de pensamiento para poder ahondar y profundizar, comprender y retener, para que esa unidad de pensamiento hiciera que el niño volviera al centro de donde partió y evitando que se extraviara por caminos equivocados.

De este modo observamos que cada día las clases se tornaban más ágiles, más activas, más llenas de vida, logrando que los niños captaran los conocimientos multiplicándolos por el solo hecho de gozar de ellos.

ELBA G. MOREL

Maestra de la Escuela N° 9, Distrito de Berisso.

LYDA RODRÍGUEZ

Maestra de la Escuela N° 24, Distrito de Quilmes.

CONSIDERACIONES SOBRE LA ENSEÑANZA DE LA GEOMETRÍA EN LA ESCUELA PRIMARIA

La geometría es propicia para la inducción y la deducción. A la observación y la experiencia o percepción sensible (medición, verificación real y concreta), debe agregarse, necesariamente, la deducción. La deducción no yuxtapone conocimientos sino que intensifica el conocimiento de una realidad geométrica.

Yo definiría, en términos generales, dos formas de cumplir el programa escolar: por yuxtaposición cuantitativa de los distintos temas que lo integran y por intensificación cualitativa del conocimiento de un mundo que a cada momento ofrece nuevos aspectos al alumno.

La primera de las formas está desconectada de la realidad, o, en el mejor de los casos, no forma parte del mundo real de los niños. La yuxtaposición cuantitativa de conocimientos es mera instrucción. La geometría en ese caso queda circunscripta, para el niño, al ámbito de una disciplina escolar, sin conexión con el mundo en que vive. La generalización, en ese caso, tan necesaria a las ciencias positivas, no se cumple en la mente infantil y la geometría resulta entonces de escaso valor educativo.

Ahora bien, ¿a qué llamo yo intensificación cualitativa del mundo real? Al conocer de las realidades matemáticas, en este caso de las relaciones geométricas, de la realidad infantil.

Cómo lograr esa identificación del mundo de la geometría con el mundo real, cómo lograr que el conocimiento geométrico deje el ámbito de la geometría, abandone el pizarrón, la representación gráfica, el cuaderno o el aula, y trascienda a la realidad del mundo infantil, es la cuestión fundamental a resolver por el maestro. Y esa cuestión fundamental constituye la forma o el procedimiento a seguir en la enseñanza.

La enseñanza de la geometría en la escuela primaria debe ser un medio para que el niño amplíe el conocimiento de la realidad circundante. Sólo así se cumplirá su valor educativo y se hará efectiva su contribución a la finalidad intrínseca de la escuela primaria.

Ahora bien: la geometría estudia las propiedades de la extensión.

Si bien el niño puede no comprender qué son las propiedades de la extensión, puede, en cambio, llegar a percibir las, como por ejemplo, que dos ángulos que se oponen por el vértice, siendo los lados de uno prolongaciones de los lados del otro, son siempre iguales.

Esta noción de ángulos, como tantas otras, podrá parecer fuera del programa primario. Sin embargo me atrevo a afirmar que aún en cuarto grado pueden impartirse tales nociones. Todo está, precisamente, en hacer que el niño descubra por sí mismo esa propiedad de la extensión y la confirme luego en repetidas mediciones. Así la noción no quedará en un conocimiento más, y habremos logrado el máximo de su valor educativo si conseguimos que los niños digan con plena conciencia: ¡qué curiosas propiedades tiene la extensión!, y ello sirva para despertar la reflexión sobre "las cosas" del mundo circundante.

Y ello es perfectamente factible. Ya veremos cómo. Permitansemos aún otras consideraciones.

La humanidad en su evolución ha pasado por diversas etapas que configuran todo el proceso psicológico que se opera en la mente infantil, desde la adquisición intuitiva de las relaciones matemáticas más simples, hasta la elaboración de su mundo mental, de su propio mundo mental, que implica ya el juego de una elaboración conceptual, del juicio y del raciocinio.

En el orden de la humanidad, ese proceso ha conducido a la ciencia.

En el orden individual ese proceso conduce al conocimiento conceptual, el juicio y al razonamiento.

Si por vía del procedimiento intuitivo llevamos al niño a la elaboración de una fórmula matemática, habremos seguido el proceso psicológico natural de la mente humana. El camino a seguir está trazado.

Los niños de Jardín de Infantes distinguen y reconocen ya las figuras y cuerpos geométricos simples. En los sistemas de Froebel y Montessori se utiliza un propulsor material didáctico para ejercitar al niño a distinguir y reconocer las formas geométricas. Ese material está perfectamente estudiado en su utilización, incluso para permitir al niño múltiples combinaciones y creaciones originales y propias. Como resultado de toda esa ejer-

citación el niño llega a la captación de las formas, las reconoce y distingue.

Pero esa captación es mera percepción extática de formas y la percepción extática de formas no es percepción geométrica. La pretendida captación de formas geométricas por los niños pequeños no es sino percepción global de formas, sin discernimiento de relaciones dimensionales.

La percepción geométrica implica el reconocimiento de las relaciones y la medida de la extensión. La percepción de formas extáticas de los parvularios no genera nociones. El conocimiento geométrico de una realidad lleva implícita las nociones de las relaciones formales y métricas de la extensión, que es su esencia en cuanto a la realidad geométrica. Por ejemplo, presentamos un triángulo a un niño de cinco años y a un niño de cuarto grado. Ambos reconocen el triángulo como tal. Pero el pequeño no percibe las relaciones métricas de la extensión como la igualdad o desigualdad de los ángulos, y la igualdad o desigualdad de los lados. El mayor, en cambio, percibe tales relaciones y otras relaciones métricas menos evidentes, que exigen la participación activa del educando en su generación, como la suma de los tres ángulos, la determinación del valor de un ángulo en función de los otros dos, etc.

El pequeño ha reconocido una forma y la distinguiría entre las más variadas, pero en ese reconocimiento no hay una captación geométrica de la realidad. En otros términos, el pequeño no ha aprehendido aquellas cualidades immanentes a la realidad, que hacen de ésta una realidad geométrica. Su espíritu no está aún en condiciones de percibir las relaciones geométricas del ambiente. Su mundo es un mundo de formas extáticas que sólo poseen características sensibles.

Así como existe un mundo de relaciones físicas que se concretan en las leyes, cuyo estudio constituye la ciencia física, existe un mundo de relaciones geométricas cuyo estudio constituye la geometría. Pero así como la humanidad, en su primer estadio, no conoció más que un mundo objetivo, real y sensible, por encima de sus relaciones fundamentales, así el niño, primer estadio de la vida individual, no alcanza a percibir ese mundo de relaciones que subtienden una realidad geométrica. Es necesario,

entonces, hacer al niño sensible a las relaciones geométricas del ambiente en que vive. Esa es la finalidad primordial de la enseñanza de la geometría en la escuela primaria.

Pero las aptitudes para el aprendizaje de la geometría no aparecen sino entre los nueve y diez años, la edad en que el niño cursa, en su mayoría, el cuarto grado primario. Es aquí entonces cuando debe estimularse el desarrollo de esas aptitudes. La enseñanza debe comenzar por ser intuitiva. La intuición es el conocimiento claro, directo, evidente, que surge de la observación de los objetos, sin necesidad de razonamientos.

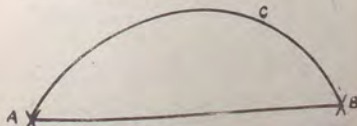
El conocimiento infantil es intuitivo por naturaleza. Ahora bien, la base de la intuición es la observación, la prosecución de un proceso analítico del objeto a considerar. Debemos orientar al niño, entonces, hacia la observación, hacia la consideración atenta de un objeto, y los conocimientos evidentes surgirán natural y espontáneamente.

La enseñanza de la circunferencia es propicia para seguir el camino natural de la intuición al concepto.

Comienzo diciendo a los niños que las matemáticas están en las cosas, que las relaciones matemáticas constituyen una realidad y que las fórmulas no son la invención de un hombre, no son caprichosas, arbitrarias o antojadizas.

Procedo de la siguiente manera:

a) Determino dos puntos en el pizarrón. Los uno por medio de una recta y de una curva.



Juan y Pedro parten de A y deben llegar a B. Tienen dos caminos a seguir: uno es el camino AB; el otro es el camino ACB que contiene el punto C. Ambos discrepan sobre el camino a seguir. Finalmente lo hacen, Juan si-

guiendo la línea AB, y Pedro siguiendo la línea AB que contiene el punto C. Si suponemos que ambos parten al mismo tiempo y marchan a igual velocidad ¿cuál llegará antes a la meta?

La respuesta correcta es evidente para el niño. A ello le sucede el por qué: la línea recta es la mejor distancia entre dos puntos:

Representa separadamente ambos caminos. ¿Por medio de qué los has representado? Por medio de dos líneas: una curva y una recta.

b) Trazo una curva en el pizarrón con el compás. Hago notar que he trazado una curva abierta. Amplio el arco de circunferencia y los niños observan que se trata aún de una curva abierta. Prolongo el mismo arco de circunferencia repetidas veces, haciendo notar otras tantas, que la línea sigue siendo una curva abierta. Repito la operación llegando al punto de partida y pregunto cómo es la curva entonces. Los niños responden que es cerrada.

Ratifico que es una línea curva cerrada. Trazo otra línea curva cerrada cuyos puntos no equidistan del centro (propiedad de la circunferencia de la que no se ha mencionado aún). Los niños fácilmente concluyen que se trata de otra línea curva cerrada.

Ratifico, infundiendo la visión conjunta y comparativa de ambas, diciendo que varios niños apostados en distintos puntos de la primera se disponen a jugar una carrera cuya meta señalo (La meta es el centro de la circunferencia).

Planteo distintas cuestiones en orden sucesivo:

Si todos los niños parten al mismo tiempo y corren a la misma velocidad ¿cuál llegará primero a la meta? La respuesta correcta es inmediata.

¿Cómo son las distancias recorridas? El conocimiento surge natural e intuitivo: las distancias recorridas son iguales.

Hago uso del mismo recurso de los niños apostados en distintos puntos de la línea curva cerrada, para llegar a la conclusión de que en la segunda línea curva cerrada presentada, las distancias recorridas son desiguales.

A esta altura de la clase, el conocimiento de la circunferencia está logrado: se ha ido llevando al niño a través de la aprehensión intuitiva, parcial y sucesiva de las

propiedades de la circunferencia, a la configuración intelectual de la misma.

Agrego que la primera línea curva cerrada recibe el nombre de circunferencia y acto seguido pregunto qué es entonces una circunferencia.

Generalmente el niño no da una definición completa de primera intención, pues a través de la clase ha ido percibiendo separadamente las distintas propiedades. Es necesario conducirlo, en un breve trabajo de síntesis, a la estructuración de la definición.

Durante esta clase, se ha cumplido el proceso mental que requiere la adquisición de todo nuevo conocimiento, en todas sus etapas, desde la intuición de las relaciones geométricas evidentes, hasta el pensamiento deductivo que ya es reflexión e implica el juicio. En esta forma la clase habrá cumplido su cometido de instruir y educar a la vez. Ahora bien, ese proceso se cumple en cada clase a través del curso escolar. En cada clase, en la adquisición de nuevos conocimientos, en ocasión de un nuevo tema, o de una nueva cuestión. A través del curso escolar, la enseñanza que comienza siendo casi exclusivamente intuitiva, va liberándose cada vez más de la esclavitud de la representación sensible, para dar paso al juego de los poderes superiores del espíritu: el juicio y el razonamiento. El niño ha superado ya la etapa de la mera intuición y está en condiciones de realizar deducciones lógicas.

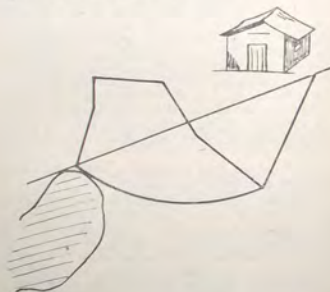
La Línea. — Propongámonos hacer asimilar al niño los conceptos preliminares de *línea, recta, segmento y semi-recta*.

Este primer tema del programa de cuarto grado es un manantial de infinitas enseñanzas.

Es necesario establecer primero la intercomunicación entre maestro y alumno, una intercomunicación en la realidad inmaterial de la línea. ¿Cómo proceder? La que a continuación se detalla es una de las tantas formas que pueden seguirse en la realización de la clase; por supuesto que no la única. Pero lo que sí es importante y cabe destacar para los fines que nos proponemos de que la enseñanza sea una enseñanza viva, es que el maestro consiga que los niños se representen la línea como un trazo en el espacio, es decir que, sin conocimiento de ello, la capten en su realidad inmaterial e intangible. Y el conocimiento de la línea como representación grá-

fica, con sus caracteres de finita o infinita, surgirá intuitivamente. El conocimiento así logrado será firme y duradero porque habrá interesado la afectividad infantil; la recta, la semirecta, y el segmento se habrán incorporado al mundo real del niño y consubstanciado con sus vivencias del mundo que lo rodea.

Primera parte. Juan y Pedro salieron de paseo. Juan llevaba una red y Pedro una carabina. Llevaban el propósito de llegar hasta la laguna en la cual Juan pescaría. En cierto lugar el camino se bifurcaba. Pedro decidió seguir el camino más largo que se internaba en el bosque donde abundaba la caza. Juan seguiría el camino más corto, para llegar cuanto antes a la laguna, donde esperaba a Pedro. Pasadas unas horas decidieron regresar en el menor tiempo posible, porque se aproximaba la noche. Llevaban un plano de la zona, que rápidamente estudiaron. He aquí el plano:



Había un tercer camino. Un camino largo, largo, que a Juan y a Pedro se les antojaba, a veces, largo hasta el infinito. Ellos sólo conocían el tramo que iba de su casa a la

laguna. ¿Qué creen ustedes? ¿Cuál eligieron para regresar a su casa? ¿Cuál elegirían ustedes para llegar? El camino más breve. El más directo. El más corto. ¿Por qué creen que este es el más corto? Corroboremos: En efecto, no hay camino más corto entre dos puntos, que una línea recta, que la línea recta, la única que podemos trazar entre dos puntos.

¿Qué gran verdad hemos hallado! una verdad matemática: que la línea recta es la menor distancia entre dos puntos.

Segunda parte. Ese camino largo, del cual Juan y Pedro sólo conocían un tramo, una parte, una porción apenas, y que se les antojaba largo hasta el infinito era en efecto tan largo, tan largo, que nadie le conocía el principio, ni el fin. Ellos se lo representaban como una línea que penetraba en los espacios inconmensurables y se prolongaba, en ambos sentidos, sin cambiar jamás de dirección, inconmensurable como los espacios que atravesaba.

Los niños en su imaginación habían descubierto la recta, esa línea que no tiene extremos, que tiene infinitos puntos, pero no tiene ni primero ni último punto porque es ilimitada, y por lo tanto, no puede medirse. Y de esa recta, ellos sólo conocían una porción, un segmento, el segmento de recta comprendido entre su casa y la laguna.

Tercera parte. Tomemos el cuaderno. Representemos la recta y el segmento de recta. Apoyemos la punta del lápiz sobre el papel y hagámosla deslizar a lo largo del borde de la regla. ¿Qué obtenemos? La representación o dibujo de una recta. Denominémosla: señalemos dos puntos cualesquiera de la recta. ¡Tiene tantos! Designemos a cada uno por medio de una letra mayúscula de imprenta. Bien, así se designa una recta: con dos letras mayúsculas. ¡Qué cada una indique un punto perteneciente a la recta! ¡Cuidado! que la recta se prolonga hasta el infinito. No interrumpamos su marcha hacia el infinito con las letras. No le pongamos topes. Podemos designarla también con una letra minúscula. Hagamos las notaciones correspondientes:

A	B
m	

Notación
Recta A B
Recta m

¿Cómo se les ocurriría hacer comprender en el dibujo, a quien ignorara las características de la recta, que es ilimitada, incommensurable, no mensurable...?

hacia el hacia el
 $\xleftarrow{\text{m}} \quad \text{infinito} \quad \text{infinito} \quad \xrightarrow{\quad}$

Tracemos una recta m.

En la recta m señalemos dos puntos: C y D.

m C D

¿Qué hemos hecho? Delimitado una parte de la recta. Señalado una porción, un segmento.

Ratificamos: la parte de recta comprendida entre esos dos puntos, es un *segmento de recta*, C y D son los extremos del segmento de recta C D. El segmento tiene principio y fin, es una parte perfectamente limitada de la recta y puede, por lo tanto, ser medida.

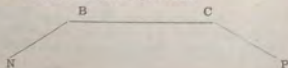
Proseguimos, en otra clase, con segmento, segmentos consecutivos y suma de segmentos.

Carlos Lindbergh, aviador norteamericano, en 1927, efectuó por primera vez el vuelo directo entre Nueva York y París, en un monoplano, y sin compañía alguna. Imaginemos todos ese primer vuelo directo Nueva York-París. ¿Lo ven imaginariamente en su trayectoria? ¿Cómo se representan esa trayectoria? ¿Podrían visualizarla o indicarla por medio de un trazo...? ¿Una línea recta? Hubiera tenido que ir a ras del océano, rasando o tocando ligeramente la superficie del océano... ¿Una línea curva? ¿Una línea quebrada? Quizás se ajuste más a la realidad.

Analizamos las representaciones. Las traducimos en forma de notación: supongamos que haya ido de Nueva York a París siguiendo una línea recta. ¿Qué habrá recorrido en términos geométricos, si consideramos que Nueva York y París son los puntos extremos? Un segmento. Un segmento de recta.

En el segundo de los casos, una línea curva.

En el tercero, una línea quebrada.

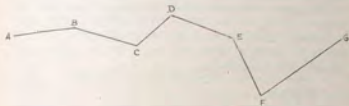


En efecto, una serie de segmentos consecutivos, inmediatos, pero pertenecientes a distintas rectas. ¿Y si dijéramos, una suma de segmentos?

$$\overline{NB} + \overline{BC} + \overline{CP} = \text{Trayectoria}$$

Inferencia: Las líneas quebradas están formadas por una *serie de segmentos consecutivos no pertenecientes a una misma recta*.

Trazamos quebradas:



Observamos:

AB, lado de la quebrada.

A y G, los extremos libres de los segmentos primero y último, son los extremos de la quebrada.

Sumemos segmentos:

$$AB + BC + CD + DE + EF + FG = ABCDEFG$$

Leemos las notaciones.

¿Y si los segmentos pertenecieran a la misma recta?

Determinamos sobre una misma recta segmentos no consecutivos y consecutivos, inferimos que los primeros pertenecen a una misma recta pero no tienen ningún punto común. Los segundos están dispuestos en tal forma que el extremo final de uno es el inicial del siguiente y todos pertenecen a una misma recta: *son segmentos consecutivos de una misma recta*.

¿Y si tuviéramos varios segmentos separados y quisiéramos sumarlos?

El iniciar cada apartado de la clase con una pregunta, tiene la virtud de avivar el interés del niño y de que los niños agudicen su ingenio para hallar la respuesta a la cuestión como si se tratara de la solución de un acertijo.

En esta forma los niños estarán en condiciones de realizar los más diversos ejercicios sobre segmentos, suma de segmentos, construcción de un segmento igual a otro, comparación de segmentos y rectificación de quebradas, que puedan presentárseles objetivamente en el aula y fuera del aula.

En otra clase procederemos a enseñar la semirrecta.

Las alturas del triángulo.—Concepto de altura.

Maria había ido a pasar unas vacaciones al campo y escribía a su madre contándole que se hallaba muy bien de salud, que había aumentado de peso y también de estatura. A este respecto decíale en sucesivas cartas que su estatura aumentaba en forma extraordinaria y alarmante: una semana media 1,40 m., y en las siguientes 1,60, 1,65, 1,80, 2 metros...

Los niños escuchan entre risueños e incrédulos, pero con vivo interés.

Llegó el día en que la niña volvía a su casa. La madre esperaba ver a su hija convertida en una niña de estatura fuera de lo común, pero cuál no sería su sorpresa al verla crecida, sí, pero de estatura normal. Interrogada la niña al respecto, insistió en que su estatura era de 2 metros, e instada por la madre a que se midiera, lo hizo. ¿En qué forma lo hizo? Poniéndose de espaldas a la pared, con los talones junto a la misma y determinando su mayor altura con una regla colocada horizontalmente sobre su cabeza, como se hace habitualmente. Luego tomó una cinta métrica, fijó el extremo sobre la señal hecha en la pared y se desplazó con gran denuedo, a cierta distancia de la pared, llevando la cinta hasta el piso: esta vez la cinta métrica denunciaba 2,50 metros.

A esta altura de la narración, los niños rien y dejan entrever que comprenden el error cometido por la niña; la niña ha seguido una línea oblicua en su medición. Los niños comprenden intuitivamente que debió seguir una línea perpendicular a la base.

Se rectifica el conocimiento intuitivo; la altura se mide desde el punto más alto hasta la base, siguiendo una línea perpendicular a la base, siguiendo una línea que forma ángulos rectos con la base.

Confirmamos el conocimiento con la ejemplificación: ¿cómo medimos la altura de un árbol? ¿la altura de una montaña?

En estos casos el niño generalmente no percibe la imposibilidad material de hacer las mediciones directamente sino que por el contrario se imagina fácilmente llevando el extremo de la cinta métrica al punto más alto y extendiéndola, siguiendo la perpendicular a la base. El niño visualiza la noción de altura. Lograda esta visualización o imagen visual de la altura, es fácil enseñar al niño las alturas del triángulo.

Presentamos triángulos en cartón, que colocan sucesivamente sobre cada una de las bases. En cada caso determinan el punto más alto y visualizan la altura. Hacemos notar que el punto más alto, es siempre el vértice opuesto a la base.

Concluyen, fácilmente, que la altura es la perpendicular bajada desde el vértice a la base; que a veces cae en la base misma y otras veces fuera de ella, en la continuación o prolongación de la base.

Después de esta previa ejercitación intuitiva, en el terreno de lo material y objetivo, el niño, con pocas indicaciones del maestro, encuentra por sí mismo la forma de trazar las alturas de los diferentes triángulos, llegando a dominar, en cuarto grado, en forma segura y precisa, hasta el trazado de las alturas del triángulo escaleno-obtusángulo.

Y así, en forma continua y coherente, se llega a tal integralidad en el desarrollo del programa, que el niño queda en posesión de un mundo de formas materiales y de esquematismos mentales pleno de sugerencias para la reflexión personal. De tal manera, dentro de las posibilidades de nuestro hacer cotidiano, se habrá hecho de cada clase, de cada tema y del programa en suma, el orientador del niño en una faz y en una etapa de su desenvolvimiento integral.

HERE M. URIBARRI DE NATALE
Maestra de la Escuela N° 11 de La Plata

EL PRIVILEGIO DEL MAESTRO PRIMARIO

La etimología descubre en el origen de la palabra "maestro": el adverbio "magis" que quiere decir "más" como el alemán "mehr" y que se emparenta igualmente con mayor, mayúscula, magistrado, majestad. La raíz

"mag" significa crecer. Este sentido indica inmediatamente en qué dirección se sitúa la acción del maestro: su misión es aumentar, hacer crecer.

El maestro primario es, por definición, "el primer maestro" (primarius: del primer rango, de primer orden). Para muchos, no habrá otros, y toda su existencia dependerá, en una amplia medida, de la orientación recibida del institutor, al cual la escolaridad obligatoria ha confiado la educación de su inteligencia.

No puede tratarse, seguramente, de un pesado bagaje científico en este primer estadio de la instrucción y sería absurdo inscribir en el programa de la escuela primaria los problemas que se plantean en la Universidad. Pero los límites inevitables de una enseñanza elemental no impiden el despertar de una "cultura" cuyo fermento puede durar tanto como la vida. Ella consiste, desde el primer impulso, en este poder de maravillarse que suscita este diálogo con el universo en que el pensamiento humano está siempre, aun sin saberlo, en expectativa del pensamiento divino.

El canto, la rítmica, el contacto directo con la naturaleza, la jardinería, el cine documental, el disco musical, la radio y la televisión utilizadas con discernimiento son otros tantos medios de habituar al niño a un recogimiento sin violencia donde el silencio es vivido como una presencia.

La actitud del maestro permanece, sin embargo, como el factor más importante para esta apertura a un encuentro personal con el misterio que está al principio de toda investigación y que funda la dignidad humana.

La conciencia de un niño es, en efecto, tan sagrada, tan inviolable como la de un adulto y no se conquista de otra manera. No es sensible más que a "la irradiación personal" del educador, único capaz de alcanzar su intimidad sin quebrar su secreto. Es únicamente por esta claridad, respirada en una generosidad transparente, que el alumno escapa a una sumisión que le volvería esclavo de la disciplina. En ella se encuentra libre y por tanto capaz de darse. Por su imantación él se engrandece en el sentido en que esta palabra quiere decir alcanzar la grandeza. Y es exclusivamente desde este punto de

vista que el esfuerzo del institutor puede fructificar en una duración ilimitada.

Tal es justamente el privilegio del maestro primario que no puede actuar sin obligarse, sin pagar continuamente con su persona, sin dialogar silenciosamente con el alma oculta tras cada rostro: en razón misma del carácter elemental de las nociones que tiene a cargo inculcar. Este primer saber es manifiestamente incompleto, en efecto, para no modificarse y rectificarse con el desarrollo de la razón. El solo dato inmutable y que ninguna fórmula puede ni construir ni limitar es este sol interior en la conciencia donde cada uno puede descubrir en sí, como una vida confiada a su amor, la verdad que es el día de su espíritu, el bien que es el tesoro de su corazón.

Es el papel del maestro orientar discretamente al niño hacia este sol que lo espera en lo más íntimo de sí y que quiere lucir en todo su ser: como la luz canta en el vitral desde que la iglesia emerge de la noche.

MAURICE ZUNDEL

en "Pédagogie", mayo de 1959.

LA ESCUELA ACTIVA EN LOS GRADOS SUPERIORES

Partiendo de la sencilla base de que "actividad" es la facultad de obrar y mejor aún la prontitud en el obrar, cabe señalar la antítesis entre la escuela activa y la escuela tradicional. En ésta la deducción llegaba por el largo camino de la exposición y la inducción, mientras que actualmente la deducción tiene un camino de mayor fuerza pedagógica: la investigación.

La escuela activa ha cambiado totalmente el trabajo del maestro y el de los alumnos. Un guía consciente dirige la labor, la amplia y la corrige, y el alumnado, con mayores libertades, se autodisciplina en el deber y puede desarrollar con lucimiento su natural predisposición a una determinada actividad, sin abandonar, por supuesto, las otras ramas del hacer diario.

La experiencia que da la aplicación de los nuevos métodos de enseñanza, entrega, día a día, una niñez su-

perada en su interés escolar, porque es el educando el que va penetrando en ese mundo desconocido que puesto en sus manos lo transforma en investigador, en descubridor, en estudioso y que convierte al maestro en un guía que reemplaza la actividad desplegada en monótonas exposiciones por una actividad mayor y de más responsabilidad.

Es digno de todo estímulo el trabajo activo de la escuela activa porque va superando los niveles positivos de la enseñanza al conseguir que su basamento sea el interés y sus útiles de trabajo la voluntad y el tesón. Quedan rotos con ella los horarios rigurosos. La investigación, la deducción y la recapitulación ya no son cortadas por el toque de campana que exigía el cambio de materia.

Requiere planificación previa como la requiera la escuela tradicional, pero esta planificación, guía didáctica que sintetiza el trabajo por hacer, lleva dentro de sí un interrogante que será contestado al finalizar el tema para exponer conclusiones.

Tiene ataques en lo que respecta a disciplina.

La libertad de la escuela activa no es distinta a las otras libertades, vale decir que como ellas necesita autocontrol de la persona que la posee. Cuando ese autocontrol del alumnado rompe el límite de lo permitido, la escuela activa se vale de sanciones no desterradas aunque muy discutidas en el terreno pedagógico.

Sería ideal que la sanción disciplinaria no tuviera que ser puesta en práctica, pero la personalidad de algunos educandos no es maleable a la persuasión, al ejemplo ni al consejo, y entonces la sanción llega a ellos para evitar contagios y para que el ritmo de la tarea no cese; pero no confundamos indisciplina con actividad y no pretendamos inmovilidad donde debe haber acción.

Aunados los intereses comunes, afianzada la confianza y resuelto el problema de la comprensión, maestro y alumnos se vuelcan en igual tarea: juntos trabajan en la mesa de arena, en la búsqueda de un dato y en la clase escenificada en donde les corresponde a los alumnos decir recitaciones, monólogos y diálogos, pero donde el maestro introducirá la lectura o la breve explicación que entregará el fondo profundo que el alumnado debe descubrir. En clases de Elocución, materia que da libertad absoluta para la fijación de datos en correlación con

Desenvolvimiento, colóquense los bancos en círculo, rompase la rutina de posturas rígidas y surgirá una conversación más espontánea ante ese cuadro casi familiar que quita nerviosidad para dar diploma.

En Redacción, la materia que parece querer penetrar todas las otras materias para extraer de ellas lo elaborado y lo por elaborar, o en otras palabras lo creado y lo por crear, para llevarlo al papel con sencillez y con belleza, debe existir un subtítulo: "selección personal".

Lleuada una clase de Redacción a ser el complemento de Desenvolvimiento, debe abarcar el mayor número posible de temas entre los cuales cada alumno redactará el que le plazca.

Redacción, como materia escolar, no debe limitarse a su definición: "poner por escrito una cosa", sino que en ella el maestro debe preocuparse para que se escriba bien. La escuela activa puede conseguirlo. La correlación sistemática de Lectura y Elocución se volcará en temas de Redacción.

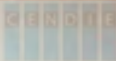
Pasan a ser las dos materias nombradas en primer término, anexas a Redacción porque será en ellas donde se elabore ese bien decir que llevará a un bien escribir.

La escuela activa desecha la composición modelo que engendra trabajos que son copia de ella y desecha los cuestionarios que también producen composiciones que parecen calcadas.

Si la imaginación idealiza, enseñemos a idealizar. El ideal es belleza; la fantasía es belleza; la sencillez es belleza. Vale decir que debemos enseñar a ver y a crear belleza. No hay belleza sin nobleza de espíritu. Quien tiene crueldad y rebeldía no sabe distinguir la belleza y con más razón no podrá nunca decir bellamente una idea.

Y aquí otra materia, Moral, hace su correlación forzosa con Redacción y con Elocución. Corresponde a la clase de Moral despertar sentimientos puros, sensibilizar las almas, ennoblecer los pensamientos.

No llevemos la monotonía de la exposición a las clases de Moral, no las desarrollemos con terminología difícil. El ejemplo es el recurso pedagógico que precisan, y el diálogo, la escenificación y la lectura, las formas más adecuadas para su desarrollo.



Decir "escuela activa" es decir ritmo educativo moderno, depurado y lógico. *Moderno*, porque se ha adaptado a las nuevas generaciones; *depurado*, porque la madurez alcanzada por su aplicación ha sido a fuerza de pulir errores y titubeos y *lógico*, porque si los educandos reclaman algo, es natural que los educadores se lo den.

Que en la práctica del aula obtenga la escuela activa los resultados que su advenimiento fructífero merece.

Que su derrotero actual lleve a otro, futuro, más luminoso, más idealista y más humano, porque si todos los métodos de enseñanza de las distintas épocas han mostrado la preocupación del hombre por sus niños, este método que mueve a la escuela activa ameniza la enseñanza y la moldea en el saber de la experiencia concisa, donde el niño está colocado en el taller de la escuela a semejanza de la colocación que tiene el hombre en el taller de la vida.

ESTELA HERRERA CLEMENT.

Lecturas

EL VIENTO BLANCO

Todavía nevaba al amanecer del tercer día. Y todo aquel día nevó y en la noche de aquel día. Y el cuarto día amaneció nevando aún. La muralla de nieve ya era tan alta como un toro.

Hombres y bestias lloraban. Estas con un mugido lúgubre; los hombres con una que otra lágrima silenciosa, al recuerdo del hogar, allá muy lejos, en la tierra hermosa y benigna.

Antenor Sánchez, mudo de abatimiento, sentía en su conciencia la responsabilidad de aquella aventura absurda. Veíase arruinado por su propia culpa. Habíase empeñado en seguir adelante, más por altiva testarudez que por necesidad, pues al fin y al cabo su contrato preveía en su favor las causas de retardo forzoso.

¿Por qué había desechado con tanta ligereza los pronósticos de Calloja?

¿Por qué éste habíale dejado arrostrar el temporal, sin insistir apenas?

Sánchez conocía quizá mejor que el indio la cordillera. Habíala cruzado muchas veces, incluso en invierno; pero a decir verdad, con su optimismo de hombre blanco, nunca la hubiera creído tan brava. Ahora reconocía, aunque tarde, la implacable hostilidad de aquella naturaleza con quien él habíase familiarizado hasta perder todo recelo. Y recordó las palabras de Calloja: "No hay que jugarse con la cordillera".

Consideró la triste situación de los peones, estos seres pasivos y leales en cuyas rudas almas el sufrimiento era un hábito heróico. Ellos no le dijeron ni una palabra de queja, pero Sánchez les había visto en diversos momentos ocultar su aflicción y sacudirse sollozando en silencio. Loreto le inspiraba, más que los otros, una profunda lástima. Como el pobre muchacho venía enfermo,

había tenido que prestarle un poncho y en dos ocasiones racionarle la mula para que no pisara el suelo mojado.

Esto pensaba cuando fijó su atención en un toro.

Le vio los ijares hundidos, las ancas estragadas, el espinazo en arco. El cogote filoso, enclenque, habíase curvado en una contracción tan violenta, que los cuernos tocaban casi el lomo. Mostraba los dientes con la boca abierta, con las narices arremangadas, la lengua rígida, los ojos vueltos al cielo. El pobre animal se tambaleó sobre las patas y cayendo de rodillas se volcó a un costado con un quejido desfalleciente, profundo.

Con éste iban cinco.

Los peones continuaban moviendo a la tropa. Si algún novillo se echaba lo dejaban descansar un poco y lo obligaban pronto a levantarse.

A eso de las doce, la atmósfera pareció despertar de su sombrío letargo y unos ligeros y helados soplos de brisa comenzaron a reanimar el aire inerte.

Poco a poco disminuyó la nieve y no tardó en cesar. Las nubes, enrarecidas, se soliviaron por encima de los cerros, y una clara vislumbre de resolana iluminó la vasta extensión de los páramos abiertos. Los novillos empezaron a mugir con toda la fuerza de sus pulmones, como en los rodeos, cuando mugen y esperan que algún eco lejano les responda. Las mulas, llenas de impaciencia, rebuznaban y tascaban nerviosamente el freno.

—Esto es Laguna Lejía —dijo Cruz—. Allí está el volcán. ¡Vea, patrón! —Y señaló la escueta mole de ásperas escarpas.

Vieron que se hallaban a la orilla misma de la laguna, en un bajo donde la nieve, al caer en suelo parejo, había alcanzado mayor espesor que en las laderas. Sobre la blancura de las nubes y de los montes, resaltaban las líneas de las cumbres sinuosas y negras.

—Aquella es la cuesta —exclamó Antenor, acabando de orientarse. Allí está la "apacheta". Por aquel filo hay salida.

—Por ahí va el camino. Pero de aquí... ¿cómo vamos a sacar la tropa?

Antenor calculó la distancia que los separaba de la cuesta, que no sería más de diez cuadradas, y se le ocurrió un medio:

—No hay más que abrir un callejón, quitando la nieve con las caronas. Así la tropa se salvaría... Pero ustedes, por mi culpa, han corrido peligro de dejar aquí los huesos. Yo no puedo exigirles más. Ahora puede empezar a correr viento y en tal caso el peligro sería mayor. Si quieren dejar la tropa, la dejemos y nos salvemos nosotros...

Los hombres lo escucharon atentamente. Meditaron un rato, hasta que Anastasio Cruz habló:

—Patrón Antenor, usted también ha padecido a la par de nosotros... ¿Cómo cree que vamos a dejarle la tropa botada aquí? Hagamos otro esfuerzo. Por mi parte yo estoy a lo que usted ordene.

—A lo que usted ordene, patrón —afirmaron los otros.

—Gracias. En estas ocasiones se prueban los hombres y sin son amigos o no son amigos —respondió Antenor— ¡gracias! No perdamos más tiempo entonces ¡A desensillar!

Y se entregaron a la ardua tarea, desplegando una actividad premiosa, febril. Con las caronas de cuero hicieron palas y empezaron a cavar en la nieve una zanja en línea recta a la cuesta. No sentían la fatiga de la puna, ni el frío cada vez más penetrante. Toda la tarde trabajaron con un ahínco tenaz, desesperado, hasta llegar al pie de la cuesta, donde encontraron en suelo firme la salida que habían previsto.

Regresaron al lugar en que la tropa permanecía acorralada, ensillaron las mulas y comenzaron a arrear. Los toros más huelladores puntearon por la zanja; los demás a fuerza de azotes los siguieron. La remesa se salvaba.

Pero ya la noche se les venía encima y el cierzo helado de las primeras horas había ido por grados adquiriendo impulsos de ventarrón. De repente oyeron a gran distancia el fragor tremendo de los aludes que se despenaban.

—¡El viento blanco!

—¡El viento blanco! —clamaron los hombres. Y vieron que el huracán desnudaba las rocas y que la inmensa sábana blanca se revolvía ondulante, proyectando al espacio raudos jirones de nieve pulverizada que corrían por las laderas, en la penumbra, como legiones de fantasmas enloquecidos.

La ráfaga llegó, cerráronse los bordes de la zanja y la remesa íntegra desapareció de golpe bajo la nieve. En medio de aquel turbión infernalmente blanco, aquí y allá

sobresalian como puntos negros los hocicos de los toros. Y se apagaron sin eco sus mugidos de zozobra y en sus oscuras pupilas dilatadas por el espanto, se reflejó la luz de las estrellas innumerables.

JUAN CARLOS BAVALOS.

El viento blanco, fragmento, de Cuentos y Relatos del Norte Argentino, Espasa-Calpe.

MIENTRAS JUEGA UN NIÑO

¿Ves aquel niño que juega con la tapa de una plancha? Es un ingeniero; antes construyó terraplenes y puentes; antes hizo estaciones y desvíos. Ahora —¿lo ves?— se ha convertido en maquinista. ¡Cuidado, señores, el convoy tiene vía libre!

Un pito largo anuncia la partida. Apenas se mueve el tren. ¡Qué hermoso: un trasto viejo convertido en locomotora! ¡Milagro del ingenio infantil! ¡Silencio! No te rías: el tren ha descarrilado; la resistencia del puente estuvo mal calculada. El trabajo de una hora desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

Ingeniero: tu esfuerzo nos hace recordar los afanes de un gran amigo. ¿Lo conoces? Se llama Alonso Quijano. Item más: el Bueno. Él también destruyó la obra de varios días en un minuto.

FRANCISCO SUAITER MARTINEZ.

LAS AVES Y EL MAR

El dominio pelágico pertenece a las verdaderas aves de mar que los ornitólogos agrupan en el orden de los Procelariiformes: albatros, petreles, fulmares... Todos éstos tienen en común el hecho de tener fosas nasales que se abren cada una en la extremidad de un tubo, ya separado, ya junto a su simétrico. El pico está formado por placas córneas yuxtapuestas cuyos límites quedan netamente visibles.

Los gigantes de este grupo son ciertamente los albatros, cuya envergadura puede alcanzar 3,50 metros; como pasan la mayor parte de su vida en el aire, saben sacar partido admirablemente de las corrientes de aire y de los saltos de viento para volar majestuosamente sin un batir de alas sobre las olas. No vienen a tierra más que para nidificar en islas de pequeñas dimensiones perdidas en medio de los océanos antárticos y del Pacífico norte. Sus colonias han sufrido, sin embargo, en esta última parte del globo en razón de los estragos ejercidos por los plumajeros que los han diezmado durante largo tiempo para la industria de la pluma. Los albatros demuestran, en efecto, una confianza exagerada respecto al hombre y escapan mucho más difícilmente en tierra que por los aires, como ya lo ha descripto magníficamente Baudelaire.

Su nido está constituido por una simple depresión en el suelo o por un montículo de hierba y de musgo donde depositan su huevo único. El polluelo, que es nutrido durante muy largo tiempo por regurgitación, termina por sobrepasar a sus padres en volumen: es muy cómico ver a los albatros nutrir a un "pollo" mucho más grande que ellos mismos. Esta acumulación de grasa le permite subsistir durante un largo período en el curso del cual sus padres lo abandonan completamente. Toma vuelo cuando el ayuno le hace perder su exceso de gordura.

Los albatros se nutren especialmente de jibas y de peces, pero todo lo que vive en el plancton es apreciado por ellos. Cumplen viajes de extensión considerable fuera del período de reproducción, su área parece desmesurada y no está lejos de extenderse, para ciertas especies, al conjunto de los mares antárticos. Así se ha encontrado en el cabo de Hornos un albatros anillado tres años antes en las islas Kerguelen.

JEAN DORST.

Les oiseaux. Librairie Hachette, 1957.

ELOGIO DE LOS CAMPANARIOS

Los pueblos son en el paisaje puntos de orientación estética, hacia los cuales acude el piloto ideal que hay dentro de nuestro espíritu. Un paisaje sin pueblos en

lontananza, sin el blanquinegro de las viviendas y los tejados, nos da la angustiosa sensación de vacío que sentimos en alta mar. Pero los campanarios son, principalmente, los que prestan alma y expresión al paisaje.

Cada país se reserva una fisonomía diferente; la silueta distante de los pueblos y el carácter de sus torres son las cosas que para mí contribuyen más a esa diferenciación. Cuando trato de representarme una imagen de Londres, todo mi recuerdo queda ocupado con la absorbente y exclusiva visión del Parlamento, el de las altas torres sobre el plomizo Támesis. Los valles de Suiza los recuerdo igualmente en forma de agudas torres, con su afilada flecha, irguiéndose sobre el plano verde de los prados o sobre un lienzo grande de nieve. Así también la Toscana se me representa a la memoria, sembrada de aquellos ágiles campaniles florentinos, encaramados como guías rústicas en la cumbre de las colinas armoniosas.

El más hondo prestigio del campo castellano reside en la sugerición de los distintos pueblos, que emergen de la pura planicie y se recortan en el fino horizonte, con el campanario abolengo que parece, como una flecha, penetrar en el infinito azul. Sobre la grave llanura, el Castillo de la Mota de Medina ya no es un mero dato arqueológico, sino algo profundamente explicativo y esencial en ese majestuoso paisaje que está, como nada, preñado de historia. La misma trascendencia tiene en el paisaje la gran torre erecta de la catedral de Segovia, cuando sobresale del ras de los collados, parecida a una persona viva y pensante que nos observa y sigue desde lejos.

¡Pueblos blancos de la costa mediterránea, presididos por el campanario angosto y alto como un alminar! ¡Pueblos dichosos de Andalucía, claros, rientes sobre la tierra ocre de los opulentos labrantíos, y trémulos por el estremecimiento perezoso de las palmeras!

Si desde lejos deseo levantar en la mente la imagen de Guipúzcoa, la nostalgia toma en mí formas arquitectónicas. El recuerdo, más que la visión de los árboles y las colinas, me trae la imagen de los pueblos, sobre los que destaca siempre el campanario. Toda la vida de Hernán está para mí en su recto y culminante campanario. Usúrbil, sobre el collado, no es más que una esbelta torre barroca; y si San Sebastián posee algún sentido, es por aquellas elegantes torres gemelas de Santa María.

que anteriormente se completaban con la romántica y un poco marcial torre del viejo faro de Igeldo, corona magistral de la japonesa colina.

Todos esos pueblos de Guipúzcoa, se levantan en espectáculo cuando los solicito en mi imaginación. Los concavo uno por uno. Las siluetas de sus torres me son familiares, y cada una me trae el recuerdo de una pura sensación juvenil.

JOSÉ MARIA SALAVERRIA
Guía Sentimental del País Vasco.

LOS PRIMEROS JAZMINES

¡Estos jazmines, estos blancos jazmines!... Parece que es la vez primera que se llenaron mis manos de jazmines, de estos jazmines blancos.

He amado después la luz del sol, el cielo y la tierra verde. He oído el cristal murmurante del río en lo oscuro de la medianoche. A la vuelta de un camino en soledad, la puesta de sol del otoño me ha salido al encuentro como una novia que abriera su velo para decirme que así...

Pero mi memoria sigue todavía dulce de aquellos primeros jazmines blancos que tuve en mis manos de niño.

¡Cuánto día alegre en mi vida! ¡Cómo he reído con los felices las noches de fiesta! ¡Qué de canciones lentas canturreé a la lluvia en las mañanas grises! Y la guirnalda crepuscular de báculas ha adornado mi cuello, tejida por la mano del amor...

Pero mi corazón está fragante aún de aquellos primeros jazmines frescos que llenaron mis manos de niño.

¡Estos jazmines, ay, estos blancos jazmines!

RABINDRANATH TAGORE
En luna marítima.

MI PRIMERA VISIÓN DE LOS FLAMENCOS

Por fin llegamos a un paraje cubierto de suave césped. Poco rato después nos hallábamos frente al arroyo que

estaba desbordado debido a recientes lluvias. Media en aquel momento alrededor de cincuenta metros de ancho. Veiase sorprendente cantidad de pájaros, especialmente patos silvestres, unos pocos cisnes y muchos zancudos: ibis, garzas, cucharetas y otros. Las más maravillosas de todas eran tres aves de color blanco y rosado, inmensamente altas. Solemnemente, a unos veinte metros de la orilla, vadeaban las aguas en hilera y a un metro, más o menos, una de la otra. Quedé sorprendido y encantado del bello cuadro. Mi deleite aumentó vivamente cuando el que iba delante se quedó quieto y, levantando la cabeza y con el largo cuello erguido, abrió y sacudió las alas. Una vez abiertas, éstas mostraron un magnífico color carmesí. En tales instantes, aquel pájaro fue para mí la criatura que en mayor grado se asemejaba a un ángel en la tierra.

Pregunté a mis hermanos dónde se criaban aquellas admirables aves. No pudieron contestarme. Me dijeron que nunca las habían visto antes. Más tarde supe que el flamenco no era conocido en nuestra vecindad, pues la cantidad de agua allí existente no bastaba para él. Solamente podía vérselo en bandadas, en una laguna que distaba un día de viaje desde casa.

Durante varios años no tuve oportunidad de volverlos a encontrar nuevamente, pero después los he visto cientos de veces, descansando o volando a toda hora del día, en todos los estados de la atmósfera y en sus más hermosos aspectos. A la salida del sol, por la mañana temprano, los flamencos quedan inmóviles sobre las tranquilas aguas, con su clara imagen reflejada en ellas. Cuando vuelan en bandadas, pueden ser divisados desde la alta orilla moviéndose a flor del agua azulada, en larga línea carmesí, o formando media luna, separados por iguales distancias y las puntas de las alas casi tocándose. Pero el encanto de espectáculos tales nunca igualó al que experimenté en la ocasión mencionada, cuando no tenía más de seis años.

G. E. HUDSON.

Allá lejos y hace tiempo.

Lenguaje y Estilo

CERVANTES Y HORACIO

El Horacio de las *Odas*, de los *Epodos*, fue maestro de los líricos; el de las *Sátiras* y *Epístolas* se convirtió en mentor de los moralistas. Faguet llama a Montaigne "nuestro Horacio"; en castellano ningún libro es más horaciano que el *Quijote*. El poeta latino que baja a la morada de los hombres imperfectos, tales como son, para convertirse en censor de sí mismo y de los otros y en irónico e inspirado maestro, habló al oído de Cervantes que, por su joyal equilibrio, es un puro horaciano. El *Cañón* de Valdés encierra todavía la angulosa y descarnada sátira de la Edad Media, la franqueza profesional de Erasmo, la antitesis constante. En el *Quijote* la palabra tiene una intención más recóndita, un claroscuro; enseña deleitando. En 1599 —Cervantes continuaba en Sevilla—, apareció en Granada la traducción de Horacio con texto latino y comentario de Villén de Biedma. Esta traducción, este Horacio explicado, tuvo para Cervantes el valor de un descubrimiento. Lo ponía en "el orden de la naturaleza". "Quiso decir [Horacio], que de la misma manera que es el proceder de la naturaleza, así ha de ser el de la representación... Se ha de considerar la condición de cada personaje para darle el lenguaje que le pertenece...; porque diferencia va de Pedro a Pedro... Si es el que habla algún viejo venerable y reposado, o si aun es mozo brioso en su juventud florida, o si es alguna mujer principal, o si es alguna ama, dueña, o criada diligente, porque a cada uno es menester darle las palabras y razones que en los de su estado y manera se hallan... o si es algún mercader viandante... u hombre criado en Tebas donde se trata pulcra, o en aldeas y campos donde se habla a lo rústico..." (*Declaración Magistral*, fol. 315).

En el *Ingenioso Hidalgo*, cada uno de los personajes habla con una lengua que le es propia; cada uno tiene "el lenguaje que le pertenece". Don Quijote varía de lenguaje en relación con las transformaciones espirituales de su sabiduría o desmedida locura. La multiplicidad de hablas y caracteres de esta obra constituye la expresión más visible de la verdad que fluye de los seres que Cervantes anima en el *Quijote*. En este largo estudio de la realidad humana debió tener presente el consejo de Horacio. La literatura española fue quizá más horaciana que aristotélica en lo que se refiere a la técnica literaria.

La viveza irónica del *Quijote* puede a veces no ser ironía sino modalidad del carácter de quien habla. El desaprensivo amigo dice a Cervantes en el *Prólogo*: "como será poner, tratando de libertad y cautiverio:

Non bene pro toto libertas venditur auro

Y luego, en el margen, citar a Horacio, o a quien lo dijo". Se sabe, como ya afirmó Clemencín, que este verso pertenece a la colección latina medieval de las *Fábulas* de Esopo. La sentencia andaba traducida en el texto castellano de las *Fábulas* (III, 15): "ca la libertad non es por todo el oro comprada". Rodríguez Marín defiende con acierto a Cervantes cuando escribe que "el tal amigo no afirma que esta sentencia fuese de Horacio". Tratando de libertad y cautiverio, tema del que Cervantes tenía experiencia, aunque en otra forma, porque no conoció el dorado cautiverio; don Quijote lo conocerá después, en el castillo de los Duques; podía citar a Horacio: "luego en el margen citar a Horacio": *Odas*, III, V. "Luego muestra [Horacio] ser de mayor estimación la libertad, para perder por ella la vida, que no la vida para perder por ella la libertad", dice Villén de Biedma, al comentar esta oda. El amigo de Cervantes, a pesar de su irónica suficiencia, es hombre de escrúpulos. Narremos la fábula horaciana con la paráfrasis de Villén de Biedma: "Una zorrilla trasajada de hambre entró por un resquicio angosto en una cámara de trigo, y habiéndose muy bien apacentoado, otra vez quiso salir afuera por la misma parte que había entrado, en vano procurándolo con el cuerpo repleto y lleno", etc., que concluye: "con todo esto es de mucho mayor estimación la libertad que no tiene precio, ni lo pueden ser de su valor todas las cosas del mundo": *Nec otia*

divitiis Arabum liberrima muto (Ep., I, VII, 36): "no cambio mi ocio por los tesoros de Arabia". El amigo, puede ser muy bien que en ese momento no recuerde si la moraleja es de la fábula de Esopo o de Horacio; o quizá quiera decir "poned a Horacio, que también dijo lo mismo, o a quien lo dijo", es decir, en una época de sabiduría metódica, el medieval texto latino de Esopo, ya que se refiere a un verso sumamente conocido que encierra en sí un tema o un lugar común continuamente recordado.

El bachiller Sansón Carrasco, que acaba de graduarse en Salamanca, conoce ostentosamente la *Poética* de Horacio. Basta citar algunos ejemplos. Dice a don Quijote de su flamante historia: "los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran". Cervantes escribió el libro perfecto, para todas las edades de la vida. En la mente del bachiller están los versos del *Arte Poética* (333-346), que empiezan: *Aut prodesse*, Villén de Biedma interpreta así los de *Centuriae seniorum*: "Los viejos huelgan de la utilidad y del provecho..., los mancebos, al contrario, quieren lo que alegra y deleita..., el poeta que juntamente aprovecha y deleita ganó la honra de todos". El *Quijote* consiguió llegar al ideal horaciano. Un libro así, según Horacio, enriquece a los libreros, pasa el mar y hace vivir por largo tiempo el renombre del escritor. Feliz vaticinio que se cumple en la obra de Cervantes, "si no, díganlo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso; y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca". Dejemos al lector el placer de las confrontaciones, para ver cuánto sobrepasa Horacio en las palabras del bachiller el texto de su anotador Villén de Biedma: "Quisiera yo que los tales censuradores fueran más misericordiosos y menos escrupulosos, sin atenerse a los átomos del sol clarísimo de la obra de que murmuran; que si *aliquando bonus dormitat Homerus*, consideren lo mucho que estuvo despierto" (*Quijote*, II, 3). Parafrasea Villén de Biedma (fol. 326): "que los errores que no son por voluntad del poeta se han de perdonar... en el verso donde muchas cosas resplandecen yo no me ofenderé con faltas pequeñas... yo mismo me indigno todas las veces que se descuida Homero, más en obra que es larga lieito es que el sueño sobresalte al más avisado". El bachiller

piensa pues con Horacio y se asoma al texto latino con la cita intencionalmente imperfecta: el *aliquando*. Este solecismo del bachiller corre por cuenta de quien lo dice, y es muy natural en la lengua hablada cuando el estudiante le da un sabio bisel burlesco. Cervantes pone la cita en labios del bachiller para descubrir al lector la presencia del poeta latino. Confróntense los versos 351-352 del *Arte Poética* con la sintética paráfrasis de Cervantes: "sin atenerme a los átomos del sol clarísimo", donde "átomos" significa "máculas", idea que Cervantes retoma al continuar el párrafo: "y quizá podría ser que lo que a ellos les parece mal fuesen lunares, que a veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene..." Gracián, en *El Héroe*, según advierte Rodríguez Marín, dice también, años más tarde: "Un lunar tal vez da campo a los reales de la belleza". El estudioso ingenio de los estilistas del Renacimiento no solamente comparte la opinión de Horacio de que no le ofenden, cuando la belleza abunda en el poema, estas pocas faltas que la negligencia deja en la obra escrita, sino que las cree necesarias; "extrema gracia el descuido", escribe Boscán al traducir las palabras del libro I, 40, del *Cortésano* de Castiglione: *grazia estrema la semplicità e la sprezzatura*.

El discurso del Canónigo resulta sobrecargado de conceptos de la *Poética* de Horacio; por ejemplo: "No he visto ningún libro de caballerías que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera, que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio; sino que los componen con tantos miembros, que más parece que llevan intención de formar una quimera o un monstruo que a hacer una figura proporcionada". Y en el Horacio de Villén de Biedma: "Porque si el principio no corresponde al fin, ni el medio tiene que ver con el principio y el fin, siendo entre sí estas partes repugnantes, el tal compuesto será dispartate"; "sus obras son monstruos de diferentes extremos". El canónigo dice: "yendo llenos de tantos y tan desaforados dispartates"; Villén: "de un dispartate compuesto de tan varios dispartates". El canónigo: "La mentira es mejor cuando más parece verdad, y tanto más agrada cuando tiene más de lo dudoso y posible. Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren". Y el Horacio de Villén: "que las ficciones que se introdujeran

para deleitar sean proporcionadas con la verdad, de tal manera que no se les eche de ver claramente que sean mentiras". "Las cosas fingidas por razón de entretentimiento y deleite sean cercanas a las que son verdaderas", dice. Pero el verdadero horacianismo del *Quijote* corre por cauces más finos; está en el espíritu, en la atmósfera de la segunda parte. Horacio fue el preceptor de la cultura europea, la fina medida; saberlo, interpretarlo, imitarlo, significa una distinción aristocrática, una ciencia. Aun así Cervantes debe a Villén ciertos aspectos del estilo, propios de Horacio. Escribe Villén (f. 90): "los chapines de Valencia, los zapatos de Granada, las calzas de Toledo, la camisa de Holanda, el faldellín de Turquía..." Y con más horacianismo Cervantes (II, 49): "francolines de Milán, faisanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Morón o gansos de Lavajos". Todo lo cual se explica por el amor que pone Horacio en la cita de nombres geográficos y en la excelencia de los productos gastronómicos célebres: vino de Sorrento, jabali de Umbria, olivas de Venafro, manzanas de Piceno, etc., del libro II, IV, de las *Sátiras*. Mucho sabía Cervantes de esta ciencia de erudición rara, regalo de paladares delicados, con la virtud de cada vianda o golosina y aun sus efectos medicinales, autorizados por Hipócrates, vulgarizados por Plinio. Conoció Cervantes, con el Licenciado Vidriera, el valor del vino de Montefrascón, la fuerza del Asperino, la generosidad de los dos griegos Candia y Soma, la grandeza del de las Cinco Viñas, y otros. Pero, como dice Dionisio Pérez, en el prólogo del *Libro de Guisados* de Nola, llega el momento en que "aparece en la escena del mundo el doctor Pedro Recio de Tirteafuera". Cedámos la palabra a Sancho Panza.

Muchas otras sugerencias, especialmente de las *Epístolas* y las *Sátiras*, pueden señalarse en el *Quijote*. Aunque el *Arte poética* de Horacio no lograra la incontestable autoridad de Aristóteles, se complementaba con la enseñanza del filósofo. En España, como lo demuestra Cervantes en el capítulo "donde prosigue el Canónigo la materia de los libros de caballerías", las consagradas materias de los libros de caballerías no se respetaban. Se sigue la in-normas del arte griego no se respetaban. Se sigue la inclinación irreflexiva del público, que es el que aplaude;

es lo mismo que piensa Lope que adaptaba por necesidad su arte a las exigencias del vulgo no enseñado, como lo expresa en el *Arte nueva de hacer comedias*.

Se sabe, escribe Marouzeau, la curiosidad que aporta Virgilio al señalar la etimología de los nombres propios; estaba en la tradición romana de Varrón, de Cicerón; Horacio hace resaltar esta etimología o sobrenombre descriptivo, en las *Sátiras*, por ejemplo en el libro I, 10, 78: *cimez Pantilius*, donde Pantilius evoca, para Marouzeau: *pantex*, la panza, reforzado, sin duda, a mi vez, por *cimer*. Cervantes hará oscilar en el capítulo IX de la primera parte, la variante Sancho Zancas y la de Sancho Panza, por "la barriga grande, el talle corto y las zancas largas", aunque la dinastía de los Panzas, según Sancho, se extiende más lejos (II, 45): "y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi agüelo y todos fueron Panzas".

ARTURO MARIASO.

LA JOTA DE MÉJICO

Panorama de un quebradero de cabeza — Muchos de fuera suponen — muy lógicamente — que, puesto que acá solemos escribir *México* y *americanos*, es porque pronunciámoslos México y mexicanos: así he oído pronunciar en España a algunos que entendían de esta suerte acercárenos más y halagarnos; así lo oímos pronunciar en Méjico, durante el banquete final del Congreso de Academias, al ilustrado orador representante de alguna de las Corporaciones Hispanoamericanas.

Conviene que todos los de fuera sepan que nosotros, invariables y unánimes, pronunciámoslos Méjico y nos gloriámos de mejicanos. Y que la anomalía de la *equis* constituye, sencillamente, supervivencia de arcaica ortografía.

Porque esa *equis* no es ninguna novedad, sino todo lo contrario: antiqualla. Se encontrará, sentada en su poltrona colonial muy a sus anchas, en todo manuscrito y todo libro anterior a 1815, fecha en que se inició el progreso ortográfico a consecuencia del cual ya no es-

cibimos *reloj*, *baxo*, *éxército*, *dexar*, etc., y dentro del cual quedamos comprendidos Méjico y los mejicanos. Sin que, por supuesto, nadie se metiera nominalmente con nuestra patria ni nuestro patronímico, según quisiera fantasear algún quisquilloso enardecido.

Vaya aquí, en siete pinceladas, un rápido panorama de este quebradero de cabeza, en cuyas honduras tuve, años atrás, la humorada de meterme.

1. No es devoción a lo indígena el escribir Méjico con *equis*. Literalmente, los indígenas no escribían Méjico de ninguna manera, por la modestísima razón de que carecían de alfabeto.

Fueron los españoles quienes escribieron por primera vez la palabra, interpretando con letras el sonido que escuchaban.

Los indios pronunciaban aproximadamente *Méshico* — o más bien, sin esdrújulo, *Meshico* —, y los españoles escribieron correctamente *México*, porque a principio del siglo dieciséis la *equis* castellana tenía aún valor fonético de *sh* inglesa.

2. Perdido poco después ese valor fonético, la *equis* conservó el propio suyo que aún guarda (*cs*, *gs*), y además el de jota.

Con sonido de jota se pronunció Méjico desde tiempo inmemorial, a la vez que se escribía correctamente Méjico — así invariablemente durante las tres centurias virreinales —, puesto que la *equis* representaba entonces papel fonético de jota.

3. Convenía quitarle ese doble papel y acabar definitivamente con la confusa pluralidad prosódica de la *equis*.

En 1815, con muy juicioso acuerdo, la Academia Española determinó que se usara la letra jota para expresar el sonido respectivo, y se dejara la *equis* sólo para el sonido *cs*, *gs*, que en nuestros días conserva.

Ello, naturalmente, abarcaba tanto las voces comunes como los nombres propios. Y así, en lo geográfico, desde entonces empezó a no escribirse ya Guadaluara, Guanaxuato, Xalisco, etcétera.

Por una chistosa anomalía, hay quienes escriben, muy renovadores y contentos, Guadalajara, Guanajuato, Jalisco, y a la vez se empeñan, retardatarios, en conservar

la arcaica equis en México, Oaxaca, Texas, Xalapa: siempre —entiéndase bien— pronunciando esos vocablos con el viril sonido de la jota.

4. La equis, en tales palabras, es simple supervivencia de anticuada ortografía. No es cosa india, sino española, pero española rancia. El indigenismo no tiene nada que hacer aquí.

Sólo habría indigenismo en pronunciar *Meshico*, desandando y contradiciendo cuatro siglos de *Méjico*: enormidad que a nadie se le ha ocurrido.

Fuera de ello, todo está en términos de gramática española y de *lengua nacional* —como acá decimos— y se reduce a lo siguiente:

Escribir México con equis es lo anacrónico. E induce a una pronunciación errónea.

Escribir Méjico con jota es lo progresista. Y representa, exacta, la pronunciación.

5. Con la natural lentitud de las innovaciones que tienen que ir venciendo el peso de la rutina, fue introduciéndose, a partir de 1815, el uso de la jota.

La vemos en el amanecer de nuestra vida autónoma, en periódicos como *El Conductor Eléctrico*, del Pensador Mejicano (1820); *El Mejicano Independiente*, del Ejército Trigarante (1821); *El Aguila Mejicana* (1827); *La Oposición* (1835).

Anda lo mismo en libros del liberal don José María Luis Mora, que del conservador don Lucas Alamán.

La encontramos usada oficialmente en papel timbrado de la nación. Aparece en el *Diario del Gobierno de la República Mexicana* (1839), y reaparece en varias épocas de los Diarios Oficiales, hasta los tiempos de Juárez.

En cuyo archivo, custodiado en la Biblioteca Nacional, puede verse que andaba entonces muy generalizado el uso de la jota. Y a los que de esto quieran hacer —obtusamente— una cuestión de bandería política, les conviene saber que los liberales más destacados: don Benito Juárez, don Melchor Ocampo, don Jesús González Ortega, don Manuel María de Zamacona, don José María Iglesias, don Mariano Escobedo y otros muchos escribieron *Méjico* con jota. Lo he comprobado en documentos autógrafos de esos personajes.

Y, en cambio, Maximiliano, Miramón, Ros Barcena, La Cruz, La Sociedad, La Voz de México y otros paladines conservadores, escribieron con equis.

No hay, pues, consigna de bando. Y el uso ha sido enteverado y libre.

6. Fue a fines del siglo diecinueve y en tiempos de la odiosa dictadura de don Porfirio Díaz, cuando se uniformó en el mundo oficial la escritura con equis.

Mas, a pesar del ejemplo oficial y de la costumbre que fue imponiéndose, muchos notables escritores mejicanos —liberales o conservadores, académicos o no—, usaron y usan la jota, si bien esto a menudo no se advierte en sus publicaciones, porque en la imprenta suelen modificar la ortografía.

Y los intelectuales mejicanos que hoy escriben con equis —salvo pocas excepciones— lo hacen sencillamente por indiferencia, por inercia, por no romper con el uso más generalizado ahora entre nosotros.

En cuanto al público, escribe como le enseñan en la escuela, como lo ve en los periódicos, como escribe todo el mundo, y nada más. Pero con un poco de buen ejemplo en diarios y revistas, gradualmente y sin forzar a nadie se podría sustituir el uso anacrónico de la equis por el uso progresista de la jota.

7. Se ha armado mucho ruido con un decreto del Congreso Nacional, que lo habría expedido el 29 de octubre de 1823, ordenando el uso de la equis en México y sus derivados.

Me puse a agotar directamente el asunto, y es así: Tal decreto se publicó por primera vez en *El Imparcial* del 20 de diciembre de 1899, diciendo que se reproducía de una colección contemporánea y dando todos los pelos y señales.

Pero, registradas las publicaciones fehacientes, resulta que no hay tal decreto. Y a fin de cuentas se averigua que todo fue invención y chiste de un erudito de estrafalario carácter, el canónigo don Vicente de P. Andrade, a quien se deben otras hazañas parecidas.

No existe, pues, decreto filológico, ni hay traba legalista contra la jota.

II. *Fonética, Etimología, Costumbre.* — Todos pronunciamos Méjico, mejicano, mejicanidad, mejicanismo. ¿Cómo debemos escribir estos vocablos? Desechadas las

no ideológico: José María Vigil, Trinidad Sánchez Santos, Justo Sierra, Rafael Angel de la Peña, José López-Porcello y Rojas, Francisco Bulnes, Victoriano Salado Alvarez, Fernando Iglesias Calderón, Francisco Elguero, Carlos Pereyra, Jesús García Gutiérrez, Antonio Brambila, Alfonso Méndez Plancarte, Francisco J. Santamaria, Joaquín Antonio Peñalosa... Y en los días que corren, suben los bonos de la jota.

Fuera de Méjico, ella en Hispanoamérica predomina y en España es universal.

La fuerza, pues, de la costumbre en este caso, resulta suficiente sólo para autorizar —como supervivencia de anticuada ortografía— el engañoso empleo de la equis, pero no para desautorizar el diáfano empleo de la jota.

Y siempre el uso imperfecto puede reemplazarse por el uso mejor. Singularmente tratándose de ortografía, que es cosa *culta* y en que caben eficaces ordenamientos fijos, a diferencia del habla, cosa *popular*, sujeta a mil influjos y creaciones misteriosos e incontestables, que imponen a menudo giros, voces, modismos, tan caprichosos pero tan imperativos como la vida.

Conviven en nuestra patria dos costumbres ortográficas que ciertamente convendría unificar. ¿Es mejor unificar en lo anticuado o en lo progresista? ¿Es más sensato unificar en lo equivoco o en lo inequivoco?

Mientras seamos y nos llamemos *Méjico*, lo natural, lo gramatical, lo congruente, lo que ofrece ventajas sin desventaja alguna, es escribir *Méjico*.

¿Alguna vez llegaremos a pronunciar, al modo extranjero, como nunca en la vida han pronunciado ni indígenas, ni españoles, ni mestizos: *Mécsico*?

No me lo imagino. Sería tan extravagante como si un buen día amaneciéramos diciéndole *Csuárez* a don Benito.

Mientras no sobrevenga tal catástrofe, lo intachable es el uso de la letra que inconfundiblemente proclama nuestro nombre. Porque por un plebiscito nacional de cuatro siglos, nos llamamos así, con el sonido fuerte y varonil de la jota: Méjico y mejicanos. Eso somos y eso queremos ser.

ALFONSO JUNCO.

en "Ahoá", octubre-diciembre de 1959.

VALORACIÓN DE LA CRÍTICA

De tiempo en tiempo, cada cien años aproximadamente es deseable la aparición de un crítico que emprenda una revisión de la literatura del pasado y establezca un nuevo orden de poetas y poemas. No se trata de una empresa revolucionaria, sino de un reajuste. La que observamos es la misma escena, pero desde una perspectiva distinta y más lejana; nuevos y extraños objetos que aparecen en primer término habrán de contrastarse cuidadosamente con los más familiares que ahora tocan el horizonte, donde todos, salvo los más eminentes, se hacen invisibles a simple vista. El crítico exhaustivo armado de una lente poderosa, recorre la distancia y adquiere conocimiento de los menores accidentes del paisaje, con los cuales compara los accidentes menores más próximos y calcula afinadamente la situación y las proporciones de los objetos que nos rodean a lo ancho de todo el vasto panorama. Esta fantasía metafórica no es más que un ideal, pero Dryden Johnson y Arnold realizaron la tarea con toda la perfección que la falibilidad humana permite. De la mayoría de los críticos sólo podemos esperar que repitan las opiniones del último maestro. Entre los temperamentos más independientes se produce un período de destrucción, de absurda sobreestimación, de modas sucesivas, hasta que llega una nueva autoridad a poner orden. Y lo que hace necesaria una nueva valoración no es simplemente el transcurso del tiempo, ni la inevitable tendencia de la mayoría a repetir las opiniones de los pocos que se han tomado el trabajo de pensar, ni la tendencia a procrear herejías, de una minoría ágil pero desorientada. Ocurre que ninguna generación se interesa por el arte de la misma manera que otra: cada una, como cada individuo, aporta a la contemplación sus propias categorías apreciativas, hace determinadas exigencias y asigna al arte funciones determinadas. A mi juicio, la "pura" apreciación estética es un ideal, si no una fábula, y así ha de ser mientras la apreciación de las artes sea cosa de seres humanos efímeros y limitados que existen en el espacio y en el tiempo. Tanto el artista como su público son limitados. Para

cada tiempo, para cada artista, el metal requiere una distinta aleación si ha de hacerse maleable al arte; y cada generación prefiere su aleación a las demás. Por eso cada maestro de la crítica efectúa un útil servicio por el simple hecho de equivocarse de modo distinto que sus antecesores; cuanto más larga la secuencia de críticos, mayor corrección es posible.

T. S. ELIAOT.

Función de la poesía y función de la crítica
Editorial Sans Barra, Barcelona.

Traducción de Jaime Gil de Biedma.

LA REALIDAD SINGULAR DEL HABLA

Si la lengua no es más que la *verdad* del dialecto, ¿es ésa la realidad absolutamente concreta? El *argot* profesional tal como "se" lo habla, el dialecto alsaciano cuyas leyes pueden ser determinadas por un estudio lingüístico y estadístico, ¿es el fenómeno primario, el que encuentra su fundamento en el hecho puro, en la contingencia original? Las investigaciones de los lingüistas pueden inducir a engaño sobre este punto. Sus estadísticas destacan constantes deformaciones fonéticas o semánticas de un tipo determinado, permiten reconstruir la evolución de un fonema o de un morfema en un período dado; de suerte que da la impresión de que la *palabra* o la *regla sintáctica* son una realidad individual, con su significación y su historia. Y, de hecho, los individuos parecen tener poca influencia en la evolución de la lengua. Hechos sociales como las invasiones, las grandes vías de comunicación, las relaciones comerciales, parecen ser las causas esenciales de los cambios lingüísticos.

Pero es que así no nos colocamos en el verdadero terreno de lo concreto, de manera que los resultados no hacen más que corresponder al método. Hace ya mucho tiempo que los psicólogos han hecho notar que la *palabra* no es el elemento concreto del lenguaje ni siquiera la *palabra* del dialecto, como tampoco la *palabra* doméstica con sus peculiares deformaciones. La estructura

elemental del lenguaje es la *frase*. Es en la frase, en efecto, que la palabra puede recibir una función real de designación; fuera de ella, es ni más ni menos que una función proposicional, cuando no una rúbrica pura y simple destinada a agrupar significaciones absolutamente dispares. En los casos en que aparece sola en el discurso, toma un carácter "holofrástico" sobre el cual se ha insistido con frecuencia. Esto no significa que pueda limitarse por sí misma a un sentido preciso, sino que está integrada en un contexto como una forma secundaria en una forma principal. La palabra no tiene, pues, sino una existencia puramente *virtual* fuera de las organizaciones complejas y activas que la absorben. Por lo tanto, no es posible que exista "en" una conciencia o en un inconsciente antes del uso que se hace de ella: la frase no está hecha de palabras.

Hay que ir más lejos. Paulhan ha mostrado, en las *Fleurs de Tarbes*, que frases enteras, los "lugares comunes", exactamente igual que las palabras, no preexisten al empleo que se hace de ellas. Lugares comunes si se las considera desde fuera, por el lector, que recompone el sentido del párrafo pasando de una frase a otra, tales frases pierden su carácter banal y convencional si nos colocamos en el punto de vista del autor, quien, por su lado, vela la cosa a expresar y se encaminaba a hacerlo, produciendo un acto de designación o de recreación sin detenerse a considerar los elementos de ese acto.

Si ello es así, entonces ni las palabras, ni la sintaxis, ni las "frases hechas" preexisten al uso que se les da. Siendo la unidad verbal la frase significante, es ésta un acto constructivo que no se concibe sino por una transcendencia que supera y anula lo dado hacia un fin. Comprender la palabra a la luz de la frase es, *justamente*, comprender un dato cualquiera a partir de la situación y comprender la situación a la luz de los fines originales. Comprender una frase de mi interlocutor es, en efecto, comprender lo que "quiere decir", esto es, compartir su movimiento de transcendencia, lanzarme con él hacia posibles, hacia fines, y volver luego sobre el conjunto de los medios organizados para comprenderlos por su función y su propósito.

El lenguaje hablado, por otra parte, es descifrado siempre a partir de la situación. Las referencias al tiempo, a la hora, al lugar, al contorno, a la situación de la ciudad, de la provincia, del país, están dadas antes de la palabra. Basta con que yo haya leído los diarios y vea el buen aspecto y el aire preocupado de Pedro, para comprender el "Las cosas andan mal" con el que me aborda esta mañana. No es su salud la que "anda mal", puesto que su color es saludable, ni sus negocios, ni sus asuntos domésticos; es la situación de nuestra ciudad o de nuestro país. Yo lo *sabía ya*; al preguntarle "¿Qué tal?", yo esbozaba ya una interpretación de su respuesta, me lanzaba de antemano a todos los puntos del horizonte, presto a *retornar* de allí sobre Pedro para comprenderlo. Escuchar el discurso es "hablar con", no simplemente porque lo reproducimos para descifrarlo, sino porque nos proyectamos originariamente hacia los posibles y porque tenemos que comprender *a partir del mundo*.

Pero si la frase preexiste a la palabra, nos vemos remitidos al que discurre como fundamento concreto del discurso. La palabra parece "vivir" por sí misma si se la pesca en frases de épocas diferentes. Esta vida prestada se asemeja a la del cuchillo de los films fantásticos, que se clava sólo en la pera; está hecha de la yuxtaposición de instantáneas; es una vida cinematográfica y se constituye en el tiempo universal. Pero si las palabras parecen vivir cuando se proyecta el film semántico o morfológico, no llegan sin embargo a constituir frases; no son más que las huellas del pasaje de las frases, como los caminos no son más que las huellas del pasaje de los peregrinos o de las caravanas. La frase es un proyecto que sólo puede interpretarse a partir de la anulación de un dato (precisamente el que se quiere *designar*), a partir de un fin propuesto (su *designación*, que, a su vez, supone otros fines respecto de los cuales no es sino un medio). Si ni lo dado ni la palabra pueden determinar la frase, sino que, al contrario, la frase es necesaria para aclarar lo dado y comprender la palabra, la frase es un momento de la libre elección de mí mismo, y como tal es comprendida por mi interlocutor. Si la lengua es la realidad del lenguaje, si el dialecto o el argot son la realidad de la lengua, la realidad del dialecto es el *acto libre* de designación por el cual me elijo

como *designante*. Y este acto libre no podría ser una reunión de palabras. Ciertamente, si fuera una pura reunión de palabras de acuerdo con recetas técnicas (las *leyes gramaticales*), podríamos hablar de límites de hecho impuestos a la libertad del hablante; tales límites estarían señalados por la naturaleza material y fonética de las palabras, el vocabulario de la lengua empleada, el vocabulario personal del hablante (las *n* palabras de que dispone), el "genio de la lengua", etc., etc. Pero acabamos de mostrar que ello no es así. Se ha podido sostener recientemente que hay como un orden vivo de las palabras, leyes dinámicas del lenguaje, una vida impersonal del logos, en suma: que el lenguaje es una *Naturaleza* y que el hombre debe servirlo para poder utilizarlo parcialmente, como lo hace con la Naturaleza. Pero lo que ocurre es que se ha considerado al lenguaje una vez que *ha muerto*, es decir, una vez que *ha sido hablado*, insuflándole una vida impersonal y una fuerza, afinidades y repulsiones tomadas en realidad a la libertad personal de la individualidad que habla. Se ha hecho del lenguaje una *lengua que se habla sola*. Es el error del que hay que cuidarse, con el lenguaje como con *todas las otras técnicas*. Si se hace surgir al hombre en medio de técnicas que se aplican por sí solas, de una lengua que se habla, de una ciencia que se hace, de una ciudad que se construye según sus propias leyes; si se inmovilizan las significaciones como hecho objetivo mientras se le conserva una trascendencia humana, se reducirá el papel del hombre al de un piloto que utiliza las fuerzas de los vientos, las olas y las mareas, para dirigir un navío. Pero, paulatinamente, cada técnica, para estar dirigida a fines humanos, exigirá otra técnica, por ejemplo: para dirigir un barco, es necesario hablar. Así llegaremos quizás a la técnica de las técnicas —que, a su vez, se aplicará sola—, pero hemos perdido para siempre la posibilidad de reencontrar al técnico.

Si, por el contrario, es hablando que hacemos que haya palabras, no suprimimos con ello las conexiones *necesarias y técnicas* o las conexiones de hecho que se articulan dentro de la frase. Mejor todavía: *jundamos* esa necesidad. Pero, precisamente para que esta aparezca, para que las palabras mantengan relaciones mutuas,

para que se ligen —o se rechacen— entre sí, es preciso que estén unidas en una síntesis que no viene de ellas: suprimida esta unidad sintética, el bloque "lenguaje" se desmorona; cada palabra vuelve a su soledad y pierde al mismo tiempo su unidad, desmembrándose en diversas significaciones incommunicables.

De este modo, es dentro del proyecto libre de la frase que se organizan las leyes del lenguaje; hablando hago la gramática; la libertad es el único fundamento posible de las leyes del lenguaje.

J. P. SARTRE,

L'Étre et le néant. "Nouvelle Revue Française".

Traducción de Enrique Pachet.

ARGOT Y LENGUAJE TÉCNICO

Signo lingüístico, el *argot* no debe ser confundido con un lenguaje técnico¹, aunque sea a la vez lo uno y lo otro.

El técnico emplea las palabras propias, y si éstas no son las palabras de todos, es porque él no habla de cosas de todos, distingue categorías y cualidades que escapan al profano; sin embargo, a menudo no las emplea más que en la medida en que las sabe útiles, en que corresponden a la expresión exacta de su pensamiento y en que se dirigen a un cofrade capaz de comprenderlas.

El que habla *argot* apunta a la originalidad, usa palabras diferentes para hablar de cosas comunes, pero lo hace con intención, mientras el hombre de oficio, cuando cae en el tecnicismo, tiene tendencia a creer que se lo comprende y que habla como todos deberían hablar; por otra parte, el médico o el "yatman", que abusan de términos técnicos, no son más que pedantes o snobs porque son casos aislados; una lengua es un cuerpo de

hábitos colectivos, y sería necesario que todos los médicos emplearan la jerga del hospital en la vida corriente para que hubiera un *argot* de los médicos.

Sin embargo, hay una estrecha relación entre una lengua técnica y un *argot*, porque el empleo de términos técnicos fuera de las exigencias del oficio puede, si es consciente y voluntario, llegar a ser un medio de distinguirse y de afirmar su pertenencia al grupo. Toda lengua técnica es un *argot* en potencia; por eso todos los *argots* tienen una base técnica, ya sea que las palabras técnicas substituyan directamente a los términos comunes, ya, más a menudo, que sean la fuente de una fraseología más o menos pintoresca y alusiva.

El límite deviene a menudo muy débil e impreciso; los jugadores de tenis, por ejemplo, que llaman *patata* a una mala pelota desinflada y que se aplasta en el suelo, ¿hablan *argot*? Dicho de otra manera, ¿hay en esta metáfora una imagen destinada a designar el objeto de una manera más precisa y más expresiva, o voluntad de crear una palabra que no sea la de todos, de encerrarse en un lenguaje de iniciados? ¿Hay un *argot* de los marinos o simplemente un lenguaje especial, que no extrae sus diferencias sino de la originalidad de los técnicos y de los modos de vida que designa?

Por el contrario, en la lengua de los periodistas o de la Tour de France, tenemos embriones de *argots* en los cuales el lenguaje deviene signo característico y de unión. Pero en un *argot* —y más especialmente en el *argot*— ¿quién dirá lo que es argótico y lo que es simple término técnico? Pregunta ociosa desde el punto de vista de la práctica del lenguaje, pero que toma toda su importancia a los ojos del lingüista interesado en definir los fenómenos y su origen.

PIERRE GUIRAUD,

L'argot.

Presses Universitaires de France, 1954.

Traducción de Haydée Blotta.

1. Cada oficio, cada profesión tiene sus palabras: los carpinteros, los médicos, los corredores ciclistas, los críticos literarios, etc., tienen todos un vocabulario especial. El número de los vocabularios técnicos es pues infinito; unos son rudimentarios, otros muy extensos: el léxico de la marina • el diccionario filosófico comportan millones de términos.

Libros y Revistas

CARLOS M. RAMA, Teoría de la historia. Editorial Nova, Buenos Aires, 1959.

Una obra metódica, documentada, expositiva; abarca en su aspecto informativo lo fundamental del pensamiento moderno acerca de la historia y también el análisis de las corrientes antihistoricistas y antihistóricas. Por el simple hecho de la existencia de la historia en sus múltiples formas, donde existe el documento, algunas posiciones antihistóricas deben referirse más a aspectos de su valoración en la enseñanza, ya que como lo advierte, por ejemplo H. I. Marrou, en su obra *De la Connaissance Historique*: "la verdad histórica no es jamás definitiva"; ciertas corrientes antihistóricas referentes "a los peligros de la historia", no van en verdad a oponerse a la historia, lo cual sería insensato porque nadie puede oponerse al conocimiento, sino a la preeminencia de ciertas tendencias inveteradas que polarizan su influencia en la formación de la persona. En el estado actual, el conocimiento adquiere unidad en la historia y toda ciencia sólo puede ser rigurosamente aprendida en su trayectoria desde su origen, aun la ciencia de la historia como relato o técnica, desde Heródoto y Tucídides.

Ceñido rigurosamente a la opinión moderna, el autor toca la teoría de la historia, la historia en el conocimiento, historia y literatura, historia y sociología, el concepto de la historia, la realidad histórica, el hecho histórico o suceso histórico, la historicidad, el historicismo, historicismo de la historiografía, unidades de actuación, el campo de la historia, el problema de la periodificación, configuración o esquematización historiográfica, de la utilidad de la historia. Reproducimos estos títulos de los capítulos para mostrar la amplitud panorámica de la exposición de la actualidad de las opiniones acerca de la historia; quizá hubiera debido reforzarse más en esta obra la persona del historiador en cualquiera de las direcciones de su labor, especialmente en lo que respecta

a la eficacia de su capacidad de investigador y de interpretar rectamente la cita de Lucien Febvre con que el autor encabeza el ensayo: "Sin teoría previa, sin teoría preconcebida, nada de trabajo científico posible. Construcción del espíritu que responde a nuestra necesidad de comprender, la teoría es la experiencia misma de la ciencia".

Al tratarse de un tema tan vasto, que el autor abarca en sus más variadas proyecciones, se presenta, como es natural, la cuestión de la época, en que hay tendencias y principios ocasionales que pueden darle cauces ajenos a su libertad indagadora y de valoración. A este respecto responde el capítulo acerca de "El concepto de la historia". "Los intentos de llegar a una definición general, escribe el autor, están a menudo influidos por conceptos de la historia basados a su vez en una visión concreta de la Filosofía o de la Ciencia". Las definiciones no pueden abarcar ceñidamente una materia tan amplia y que se relaciona con la integridad del conocimiento y el valor intelectual de quienes se dedican a su estudio. Como definición sintética, entre las que apunta el autor, la de la *Conferencia Internacional de la Historia*, de Ginebra, 1920, es la más justa y objetiva: "Historia es el conocimiento integral y sintético de la vida de la humanidad a través de las edades".

La metódica y abundante documentación del autor, nos pone en presencia de la multiplicidad conceptual de valores y de juicios de la historia y de los historiadores, especialmente modernos. El autor se coloca en la objetividad examinada, con la responsabilidad de su inteligencia de expositor preciso.

LA REDACCION

RENÉ HUBERT, El Desarrollo Mental. Estudio Psicogénético: La Infancia. Tomo I. Editorial Kapelusz. Buenos Aires, 1959.

En esta obra que consta de dos tomos, su autor explica el funcionamiento mental mediante la historia de su desarrollo a través de toda la duración del crecimiento.

Señala primeramente la diferencia entre la psicología general cuyo objeto es siempre el hombre en general, siendo por lo demás concebido el niño como un adulto en miniatura, y la psicología genética que toma al ser en los primeros momentos de su acceso al psiquismo y lo observa hasta la época de su madurez.

Maduración biológica y adaptación social son los dos factores fundamentales mediante los cuales se explican las diferencias entre la mentalidad infantil y la mentalidad adulta.

Lo que subsiste en forma permanente son las grandes funciones que están en acción porque todas están subordinadas al fin supremo de esa actividad que es la creación de la personalidad individual.

Nos habla Hubert de las distintas etapas del desarrollo mental que coinciden, a grandes rasgos, con las del crecimiento físico. Luego trata el problema del condicionamiento anatómico fisiológico del desarrollo mental por el sistema nervioso para finalizar esta introducción con el planteo del principio de la herencia.

El autor nos conduce a tratar especialmente la infancia, tema que desarrolla en cuatro capítulos. En el primero, que titula *La FASE INFANTIL*, al hablar del psiquismo prenatal sostiene que debe concebirse en forma de afectividad pura, extraña a todo sentimiento de sí mismo, y en la que la exigencia de síntesis no se manifiesta más que por el bienestar que comunica al ser su perfecta adaptación al medio. Expone las teorías de Wallon, Freud, Minkowsky, Piaget al tratar la emotividad y motricidad infantil.

Agrega que la familia, tal como se le presenta al niño, es más un medio cultural que un medio natural, con su género de vida, sus hábitos, sus sentimientos, sus creencias, determinados por la estructura institucional que le es propia. La dominante psíquica de esta fase infantil es la simple vitalidad.

En el Capítulo II se refiere a la primera infancia, fase durante la cual la exploración activa del mundo, mediante la discriminación y la consolidación de los objetos, lleva al descubrimiento de ese objeto privilegiado que es el yo; aquella, en una palabra, en que el sujeto se hace y se afirma por medio del objeto. En esta época, la sociedad actúa poderosamente mediante las presiones que ejerce

sobre el niño, para obligarlo, al adaptarse a sus usos, a adquirir esa conciencia de sí.

En la primera infancia la vitalidad primitiva en cierta forma se apaga y se transmuta en sensoriosensibilidad. Al finalizar la primera infancia el ser tiene conciencia de la fuerza adquirida: fuerza física y fuerza mental.

Tiene conciencia de su acrecida autonomía.

Sobre todo, el medio a que se encuentra adaptado está hecho a su medida, es proporcionado a sus dimensiones y a su poder de traslado y acción.

Así se abre una nueva fase de su existencia, durante la cual tratará de luchar contra su creciente inadaptación mediante el empleo de las adquisiciones ya efectuadas; es la fase del egocentrismo, que ocupa la segunda infancia.

Y entramos ya en el Capítulo III, donde trata el desarrollo de la mentalidad infantil entre los tres y los siete años. Durante esta etapa, su alma (al decir del poeta), está en el centro de las cosas, que sólo le interesan, existen y obran en la medida de las relaciones que tienen con él, y que integran en el universo solamente desde la perspectiva propia de esa fase del ser. La diferencia entre el estado de la primera infancia y el de la segunda se debe a que el niño empieza entonces a explorar el objeto para conocerlo, y no ya solamente para utilizarlo. Para comprender este mundo nuevo, tal como está organizado, aunque todavía plenamente concreto, dentro del marco de las categorías del pensamiento socializado, es decir para mantenerse en él, el niño empieza por utilizar el instrumento puesto a su disposición por el descubrimiento del yo. El egocentrismo va a entrar en decadencia. Al final de la segunda infancia, éste está atacado en sus fuerzas vivas y se han reunido todas las condiciones para su disgregación. En los años siguientes, el ingreso en la escuela es el momento de una nueva oscilación en su desarrollo mental y desde entonces responderá al llamamiento de la objetividad del mundo social más que de la objetividad del mundo físico.

En el último capítulo destaca la importancia de la escolarización, considerándolo por su naturaleza y consecuencias como uno de los acontecimientos más importantes de las cosas que jalonan las etapas del desarrollo mental. Hay un notable enriquecimiento pues es la época en que, por las necesidades de la vida, también por el equilibrio

de los egocentrismos, el niño adquiere la noción del intercambio de los bienes, y aun la del préstamo con restitución o reciprocidad. En el juego se despiertan los intereses constructivos y se hace colectivo orientándose su capacidad hacia el acto creador. Bajo cualquier aspecto del desarrollo intelectual que se la considere, la tercera infancia aparece así como la primera etapa que conduce del egocentrismo de la participación al humanismo de la racionalidad. En ella el ser se ha integrado en el mundo de los niños y ha asimilado la socialidad concreta del mundo de los adultos. Ha aprendido a someterse al hecho. El yo egocéntrico está en plena quiebra.

Con relación al medio, el niño ha llegado a un equilibrio, la crisis de la pubertad bastará por sí sola para comprometer este equilibrio e inaugurar una nueva fase en el desarrollo mental.

Así termina el primer tomo de **EL DESARROLLO MENTAL** que René Hubert acompaña con una extensa lista de complementos bibliográficos. En el Tomo II se dedica en especial al estudio del problema en la adolescencia. Es este un profundo y detallado trabajo que cuenta con el aporte de numerosas teorías de pedagogos, científicos y psicoanalistas, brindando así un amplio material al que pueden acudir en busca de una explicación todos aquellos que se sientan interesados por los problemas de la niñez y de la adolescencia.

LYDA RODRIGUEZ

A. LE GALL. Los fracasos escolares. Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1959.

He aquí un libro-respuesta. He aquí, por fin, en la obra que consideramos, la solución clara y sintética que el problema de los fracasos escolares necesitaba. Bajo el interrogante que abre, para todo buen pedagogo, el árido estigma de un aplazo, de un nombre tachado en la libreta de calificaciones, Le Gall conceptrá un estudio cuidadoso. Veamos de qué manera:

Atento a la compleja estructura vital del individuo, unidad no mensurable, reacia a las cuantificaciones e

interpretaciones excluyentes, el autor critica la insuficiencia del cociente intelectual dado por los tests. El fracaso escolar necesita de una psicopedagogía amplia, grados, configuran una disposición de factores que, intrascendiendo las pruebas standard.

Partiendo de esta premisa ordena subsiguientemente *Le Gall* una escala de fracasos cuya pauta es dada por el *trabajo escolar*, consistentes en la no-formación de los automatismos prelógicos inferiores, o más tarde en la no-ampliación de los mismos con elementos mentales, que normalmente condiciona la adquisición de conocimientos. Evidentemente, surge de esto un postulado pedagógico irrevocable: el maestro debe contribuir perseverantemente a la formación de esos mecanismos básicos, insistiendo en todo elemento del saber que posea magnitud educativa aparte de la instructiva. Así, una subjetividad del docente en extremo parcializada, con inclinación acentuada hacia un grupo de materias (p.ej. las humanísticas, que le llevarán a desconocer la importancia "adiestradora" de las técnicas) dañará a los alumnos, al no permitir la formación, diversificada y completa, de modos inferiores de respuesta intelectual a todo tipo de requerimientos.

Considera luego *Le Gall* las diferentes maneras en que esos esquemas inconscientes del saber se evidencian en la actividad y en la paulatina ascensión hacia la lógica. Podrán entonces poseer mayor o menor flexibilidad para sumar a sí mismos otros conocimientos afines, de acuerdo con el mayor o menor poder de la tensión psicológica; necesario para aprehender esos conocimientos; podrán abarcar un campo más o menos estrecho de la cultura de acuerdo con la amplitud del campo mental personal y finalmente, se movilizarán de manera concreto-intuitiva, teórica o imaginativa en consonancia con la forma del intelecto primante en el individuo. Fácil es deducir de este planteo preliminar conclusiones de validez práctica: Ninguna posición pedagógica (incluidas las ultramodernas) puede permitirse la generalización en sus interpretaciones del alma infantil, y por consiguiente, tampoco la rigidez formal, la sanción de métodos de enseñanza extáticos. "No existe el alumno, no hay sino alumnos" dice *Le Gall*, alumnos que pueden no aceptar el consabido

orden "planteo y solución" del problema tipo, o las sinopsis siempre iguales de la elaboración de una clase, simplemente porque la singularidad de su forma mental sugiere otros procedimientos legítimos, pero distintos y originales.

El claro análisis de Le Gall va aún más allá: las formas intelectuales primigenias pueden ser tipificadas caracterológicamente: la conocida clasificación kreschmeriana adquiere así importancia relevante¹. Ella penetra con agudeza en contextos psicológicos aparentemente intrincables. Ella clarifica². Le Gall aporta a ese análisis actual soluciones para el futuro, soluciones directrices. Él prevé. Coloca en un plano secundario el mayor o menor éxito escolar *presente* y pide al maestro que configure de manera intencional la personalidad del alumno, evitando el aislamiento de los caracteres "difíciles", atendiendo a los "fracasos en latencia" que ocultan algunos triunfos, inspirando en fin su tarea en las posibilidades y en las imposibilidades del niño, siempre con la vista en el hombre que en ese niño se plasma.

Y un hombre debe ser armonía. Corresponde comprenderlo en su infancia, edad en que se compromete íntegramente en un esfuerzo hacia esa armonía, en una infancia en la que puede temer a la escuela, y por eso parecer torpe, y puede semejar una máquina mnemónica, cuando como infancia tiene necesariamente que ser un ansioso y continuo "¿por qué?", y puede desorientar con su vacuidad, siendo simplemente disponibilidad confiada. Infancia-fracaso necesitada de que como valor virtual se le comprenda, y de que, a esa su positiva interioridad inexpressada se la salve de la desintegración, se la ritme en torno a un vector de conducta de sentido unívoco atento a su ser en cuanto ser humano.

Es de hacer notar que el optimismo de Le Gall, que cree que con la exploración de la subjetividad finita pue-

1. Consideramos que el docente podría ampliar sus estudios al respecto con la lectura de Hornoy, quien, en *La presencia y el desarrollo humano* diferencia distintas actitudes patológicas ante el trabajo (Tipos narcisista, arrogante, expansivo, modesto, resignado).

2. Propone Le Gall para sus análisis respectivos de la individualidad del alumno un hábitat valorativo: la estimación decimal de Berger de las propiedades del carácter, que fija con precisión notable los matices diferenciales de cada tipo humano.

de salvarse la sustancia humana inasible y última que le trasciende, es antitético del pesimismo, del "fatalismo" freudiano, que transforma en negativo todo lo que de ambiguo e incoherente encierra una personalidad. "Si el futuro se jugará totalmente entre el primer año de vida y los cinco años no escribiríamos este libro" dice el pedagogo francés, y luego: "Existen importantes recursos educativos en la segunda infancia y en la adolescencia". Pero, hace la salvedad, "no podrán emplearse, a partir de ese momento, sino refiriéndolos a la personalidad que se fijó a los seis años". Y aquí se evidencia el tercer factor determinante del fracaso escolar: la influencia del medio y de la familia, decisiva en la primera infancia, importante siempre. Obvio parece entonces recordar la urgente necesidad de que nuestras escuelas cuenten con asistentes sociales escolares y de que tomen exámenes psicológicos preventivos que informen, cuando el niño se inicie en la vida escolar, sobre posibles traumas sufridos en los primeros años de vida, que impedirían la creación de automatismos primarios o los malformarían. Se impone, asimismo, el deber docente de re-crear automatismos e intereses en plena inadaptación escolar, en grados medios, cuando la influencia del medio los hubiera destruido. Y se nos ocurre preguntar: ¿Por qué no encasar de modo decidido la creación de escuelas para padres?

En último término el autor del libro que comentamos se dirige al maestro, instándolo a la lucha contra sí mismo, contra el rechazo inconsciente o deliberado que hace de algunos de sus niños, en nombre de la "incompatibilidad de caracteres" con el alumno, o peor aún, por prejuicio sociales o de otro tipo. El pedagogo debe, definitivamente, comprender que a veces una palabra, una mirada, emanadas de su omnimoda presencia frente al niño bastan para coartar un derrumbamiento anímico agudo, pero esa misma palabra, y esa misma mirada, teñidas de arbitrariedad enjuiciatoria, pueden ser guardadas por el niño como germen de un desgarro creciente e incurable al fin.

En suma, el trabajo de Le Gall es un valiosísimo aporte a la cuestión de la diagnosis y el tratamiento del fracaso escolar, doble fracaso, ya que lo es por negación presente de las posibilidades del niño, y lo es por negación prematura.

HEDE ORTIZ.

LEON BRILLOUIN, Vida, Materia y Observación (Vie, matière et observation). Ed. Albin Michel, Paris, 1959. (Collection "Sciences d'aujourd'hui", dirigida por André George).

El autor. — En el prefacio de la obra, George destaca la personalidad del autor dentro del mundo de la física; tiene un abuelo famoso: Charles Briot, bisabuelo, Mascart, abuelo y Brillouin, su padre, profesaron antes que él en el Colegio de Francia. En Alemania fue alumno de Sommerfeld, uno de los promotores de la física nueva de principios del siglo actual, al otro lado del Rin.

Estos antecedentes justifican los múltiples dones recibidos por el autor, como físico y matemático, por lo que no nos extrañará ver pruebas de sus trabajos en la obra *Les atomes* de Jean Perrin, verdadera biblia científica de principios de siglo; luego completa el control experimental de la teoría de Einstein respecto del movimiento browniano, paciente y sacrificada labor que Perrin elogia calurosamente.

Ha sido Director de radiodifusión de Francia y Jefe del Departamento Electrónico del "International Business Machines Corp" (IBM) en Estados Unidos.

Creado en la Sorbona el Instituto "Henri Poincaré", fue el primer titular de la cátedra de Teorías Físicas, cuando el joven Luis de Broglie era profesor adjunto.

Fue sucesor de su padre en el Colegio de Francia y luego actuó en Harvard; también dictó cátedras en el King's College de Londres.

Una serie de obras da cuenta de sus investigaciones en el campo de la física y la matemática. Su tesis doctoral trata *La théorie des solides et des quanta* (1920), fecha que lo coloca, con Luis de Broglie y cercanías de Langevin, entre los pocos físicos que se ocuparon de materias tan raras, pero cuyos nombres se destacaron pronto en esos dominios de la ciencia. No obstante, Francia estaba en retraso, ya que Planck y sus discípulos introducían ideas nuevas y extrañas en la física de las radiaciones, mientras el joven Brillouin exponía con brillo la teoría del átomo de Bohr en la vieja Sorbona (donde el duque

de Broglie había estudiado los Rayos X), trazando el cuadro de los progresos de la física. La guerra lo alejó de estas tareas.

La structure des corps solides (1937) es obra de madurez. Sus trabajos sobre propagación de ondas elásticas en las redes cristalinas a tres dimensiones o los que representan los electrones libres y sobre todo las diversas zonas consideradas a este respecto, que hoy se llaman "zonas de Brillouin", tan necesarias para el estudio de las propiedades electrónicas de los sólidos, teoría de los semiconductores, de donde se llega a los transistores, son algunos de los temas que ha estudiado Brillouin.

En la matemática pura aporta contribuciones personales a los métodos de la mecánica ondulatoria y en la far didáctica un resumen para facilitar a los estudiantes el conocimiento de sus "nociones elementales de matemática para las ciencias experimentales", que ha resultado una guía necesaria para todo investigador. Los tensores en mecánica y en elasticidad forman un tratado de física teórica, de alto nivel, que la guerra obstaculizó.

En suma, Brillouin es investigador, físico, químico, naturalista y hasta médico. Su mayor preocupación en los últimos años han sido los complejos problemas en que se mezclan tan íntimamente la fisicoquímica, la vida y el pensamiento y cuyo encuentro da origen a la nueva ciencia llamada *cibernética*, a la que consagra su último libro, aunque otro anterior *Nouvelles perspectives en microphysique*, es como una introducción a la cibernética, libro que Luis de Broglie elogia calurosamente y declara que a él le debemos la contribución al enriquecimiento de esa ciencia nueva, donde ya se contenían las ideas sugeridas por la cibernética, es decir, el mérito de haber asegurado la profunda analogía existente entre la información y la entropía.

La obra. Además de lo reseñado antes, agregaremos ahora ideas de Brillouin sobre temas de sus trabajos. Dice: "La entropía es esa cantidad que en la evolución de los sistemas materiales no pueden disminuir; crece constantemente, un tanto a la manera del envejecimiento en la evolución de los organismos vivos". Es consecuencia del segundo principio de la termodinámica (principio de Carnot, del cual Clausius la había deducido); se manifiesta como una tendencia general, un camino irreversible de los fenómenos físicos, una "flecha

de tiempo", nada de retorno: *igit irreparabile tempus*, degradación que ocurre de igual manera en todo proceso de información como lo ha demostrado Brillouin y L. de Broglie ha hecho notar. Dice George: "Un mensaje, una lección, un pensamiento engendran siempre alguna pérdida o degradación en su transmisión, desde el instante de partida al de llegada, y el resto es lo que se recibe como información. El autor lo define como una especie de principio de Carnot generalizado. Estas relaciones entre termodinámica e información, entre espíritu y máquina, y entre vida y pensamiento por una parte y por otra físico-química, serían el tema conductor de toda la obra". Brillouin lo presenta y desarrolla con rigorismo científico y un sentido filosófico análogo. Se hace eco del método operacional del gran físico norteamericano Bridgman y aconseja: "cuidados bien de hablar de cosas que no se puedan observar ni medir; sería lo mismo que hacer una declaración como esta, ante un físico teórico: la física no es más que una colección de datos empíricos". Según George, "Brillouin no se paga de cifras o palabras ni se inclina a hablar de cerebros electrónicos o de cerebros gigantes, de máquinas, ni de tantas otras vulgaridades, hoy difundidas, que son restos tardíos de la parte más perimida del Cartesianoismo, la teoría del hombre-máquina. El pensamiento creador es lo que falta esencialmente a la máquina: el cerebro es todavía un misterio para el cerebro".

Estos temas se toman y retoman a través de la obra y, en los distintos capítulos, el autor les lleva ataques sucesivos, con repeticiones que no fatigan al lector, porque dos lecturas producen más enseñanza en esas nuevas y profundas materias, pese a la claridad y elegancia de exposición: "Es buen método abordar la montaña por diversos senderos, variando el ángulo de ataque", como dice Broglie en *Matière et lumière*, para obras que, como las de Brillouin, presentan para espíritus cultivados, los hechos e ideas del atomismo contemporáneo. Y termina George: "El presente libro concierne a todas las personas ávidas de ser iniciadas por un maestro en cuestiones esenciales, relativas a la filosofía, como también a la biología y a la física y que nos hablan de la vida, el pensamiento, y en una palabra, de nosotros mismos".

El autor comienza con reflexiones que se hacía en 1946 y que se podrían resumir así: ¿Qué relaciones puede haber entre la vida y la fisicoquímica? ¿Cómo reconciliar la termodinámica y las leyes vitales? Después de estudiar las obras de Guye, Chiron, Kunding, Bergson y Schrödinger se preguntaba: ¿qué es la vida? y tentaba precisar su pensamiento y distintos aspectos, a veces contradictorios.

Su método de trabajo, preconcebido, consistía en salir de París una semana para instalarse solo en Franchard, pasaba los días haciendo largos paseos por Fontainebleau y anotaba al azar sus reflexiones, un tanto desordenadas; a la noche reunía esas páginas, las ordenaba y dejaba algo redactado; al final de la semana el artículo estaba redactado y para publicar, pero no le satisfacía. En Harvard organizó más tarde una serie de discusiones con los colegas: Bridgman argumentaba que la termodinámica no se puede aplicar a seres vivos "pero yo tenía puntos de vista opuestos, traídos del Colegio de Francia, de reuniones similares de 1938". El tema tocaba puntos neurálgicos y cada interlocutor reaccionaba con viveza, lo que probaba que tal tema no estaba maduro para una discusión lógica y cabalmente científica. Aparecían convicciones morales, creencias religiosas o no, filosofías de la vida que llevaban a unos a creer en un determinismo absoluto, donde el ser vivo era tan sólo una usina química, o según otros se trataba de fuerzas vitales, aún desconocidas. Para salir de estas contradicciones se expusieron las ideas en artículos breves, en francés e inglés, que se publican ahora en este libro casi sin cambios. Esto permite seguir el curso de sus ideas personales, su adaptación progresiva, luego de discusiones y lecturas. El tema sigue en pie, falta mucho por hacer y el problema es tan antiguo como la filosofía humana: Schrödinger lo remonta a los griegos, con una concepción primitiva de la naturaleza que sólo podía comprenderse pero no explicarse, en la que el sabio se aislaba del mundo exterior y se sentía observador de un mundo extraño, que debe estudiar desde fuera, sin tocarlo o influenciarlo. Ahora vivimos en una época de revolución del pensamiento, que nos lleva a revisar nuestras descripciones, comenzando por el análisis de los mis-

terías atómicas. "La observación impartida, que no perturba nada, es un mito".

Estos misterios han sido abordados por Schrödinger en *Ciencia y Humanismo* y allí discute de nuevo el papel del Hombre en la Naturaleza, obra que Brillouin recomienda al lector, unida a la filosofía de Niels Bohr en *Atomic Physics and Human Knowledge*. En estas reflexiones se halla la noción de complementariedad, revelada especialmente por la mecánica cuántica. Ciertas experiencias sugieren la representación de la luz o la electricidad como partículas, otras, las interpretan como ondas que se propagan. Pero estas dos definiciones son complementarias pues sólo en apariencia se contradicen: ambos tipos de experiencias se excluyen mutuamente, aunque no pueden realizarse sino simultáneamente. La física atómica muestra la pobreza de imágenes de que se vale nuestro espíritu, ya que resultan incapaces de presentar los hechos en escala submicroscópica, porque rebasarían nuestro entendimiento.

Adquirida la noción de complementariedad, descubrimos que nos hallamos en iguales dificultades que Bohr: "La razón profunda es que la observación perturba siempre el objeto observado, porque éste no queda insensible, inerte, invariante: una medida lo presenta como partículas, otra como ondulaciones". En biología son complementarias las descripciones físicoquímica y la vitalista y animista: para el médico somos una usina química, y para los amigos o colegas, seres pensantes, con una psicología, una sensibilidad, un alma; ambas descripciones se complementan, ninguna de las dos agota la realidad: caso de complementariedad.

La complementariedad entraña un corolario: la incertidumbre, a la manera de Heisenberg. La física cuántica explica esta relación y el ejemplo fácil sería: un electrón en movimiento puede pasar por la pequeña abertura de un diafragma: con ello su posición queda definida exactamente y la experiencia conduce a la imagen de una partícula en movimiento. Pero esta experiencia y su representación (primer aspecto de la complementariedad) no pueden llegar a una precisión extrema. Un segundo aspecto complementario: podemos observar efectos de interferencia y medir la longitud de onda (λ), lo que define una cantidad de movimiento (Broglie) y nos lleva

a una representación ondulatoria. Ambos tipos de experiencias se limitan una a otra y no se pueden conducir a la vez con precisión absoluta: esto es lo que enuncia el principio de incertidumbre de Heisenberg en la frontera de ambos métodos y asegura que la complementariedad no trae contradicción. En biología, N. Bohr halla algo semejante: el alma no puede separarse del cuerpo sin intervención de la muerte del paciente.

En forma amena, Brillouin refiere el caso de un humorista que pretende que para el año 2500 se podrá "telegrafiar" un hombre de Moscú a Nueva York bastando como en TV, determinar la posición de todos los átomos del sujeto, telegrafiar esa información y a la llegada disponerlos de nuevo en su lugar. Pero con ello se habría matado a esa persona en Moscú, antes de llegar a Nueva York. Según costumbre, Brillouin vuelve sobre el tema más adelante y prueba con formulas matemáticas, que el hombre habría llegado antes en avión, demostrando que, por el procedimiento ideado, deberá tardar en llegar, 100 siglos. Hace la salvedad de que en algunos capítulos usa el tono familiar, en otros, llogismos y tal vez repeticiones, sin encadenamiento de episodios, como en este ejemplo.

Toma un ejemplo "operacional" en que Bridgman había discutido (Harvard, 1946) sobre la entropía de un ser vivo y había dicho: "Esto no tiene sentido; para medir la entropía en un sistema químico se debe poder producirlo o reducirlo, de modo reversible, olvidando que nacimiento y muerte son fenómenos completamente irreversibles". Y agrega al respecto, que un sabio no debería hablar más que de cosas que sabe medir. No sabemos, ni podremos jamás, medir en todos sus detalles la química biológica, ni menos aislar y analizar el alma o el pensamiento sin estorbar profundamente la psicología y la fisiología del paciente. Ambos aspectos complementarios no llegan a reunirse.

En el capítulo dedicado al cerebro y la máquina, después de múltiples observaciones, llega a decir: "Se han escrito muchas tonterías sobre cerebros gigantes (máquina de calcular); calcular no es pensar libremente; obedecer como un robot a una serie de reglas operatorias, estrictamente definidas. La máquina es incompleta para pensar, por falta de órganos. Conclusión prematura: topensar, por falta de órganos. Conclusión prematura: topensar deseos por realidades; adivinar, inventar por tanteo

operaciones antimecánicas". Un ingeniero decía que "los actos de un hombre que reflexiona son imposibles de prever; yo construiría una máquina que encerrase un número de decisiones tomadas al azar; si, actuaría como un ser pensante, pero obraría como loco, lo que es opuesto a reflexionar".

En otro orden de ideas, N. Wiener, autor de la *cibernética*, dejándose llevar del entusiasmo, pensaba en aplicar totalmente las funciones vitales por medio de mecanismos de "feed-back", o sea, de reacción activa. Aunque estos mecanismos juegan un papel importante, no pueden explicar todo. El cerebro y el sistema nervioso representan numerosos circuitos de reacción, pero también muchas otras interconexiones cuyo papel ignoramos. En el caso de la *memoria*, las máquinas utilizan variados mecanismos memorizadores, desde el papel y cinta perforada, hasta los tubos electrónicos, pasando por bandas y circuitos magnéticos, sistemas de ondas ultrasonoras, etcétera. Nada de todo esto se parece a las estructuras cerebrales; la capacidad de la memoria humana sobrepasa, con mucho, a las máquinas, y la clasificación de los hechos memorizados, conscientes, subconscientes o inconscientes, no tiene parangón. W. Elsasser ha discutido a fondo estos problemas y su solución aún queda en el misterio.

En resumen, el ser vivo es, en parte una usina química, en parte una máquina de cálculo, en parte un alma pensante; estas representaciones se complementan sin que ninguna de ellas agote el tema: he ahí otro ejemplo de *complementariedad*.

Las observaciones científicas requieren hoy día, la ayuda de la teoría de la *información*, ya mencionada. El autor publicó una obra, primero en inglés y luego en francés, sobre la teoría de la información, que sirve de base para la discusión sobre el valor y exactitud de las observaciones científicas esenciales.

Teoría de la información. Nace esta nueva doctrina, primero, en motivos utilitarios: "¿cómo medir la cantidad de información contenida en una determinación?, ¿cómo traducirla a valores útiles?". De estos hechos materiales ha surgido una teoría a la vez matemática y práctica, emparentada con el cálculo de probabilidades.

¿La ciencia conquista un nuevo territorio, un campo nuevo para sus exploraciones; la ciencia invade los terrenos de la filosofía o ha descubierto un campo desconocido, inexplorado, que había escapado a los investigadores?

Para trabajar en estos dominios, Brillouin enuncia una definición absoluta: se debe comenzar por eliminar la personalidad del observador, tratando de suprimir todo elemento psicológico o cualquiera de interés personal; de ello resulta un criterio posible: la rareza, lo inalcanzado.

Obtenido un número de informaciones, habrá que reducirlo a otro número de casos posibles. La información recibe una definición puramente estadística; excluirá todos los elementos humanos: sentido moral, importancia científica, calidad artística, aun valor especulativo en bolsa, enseñanza política, social o financiera, que no entran en la palabra información. Nada de esto entra en la significación corriente de "información" ni en la definición dada. Distinguiamos arbitrariamente, "información, de Ciencia, Saber, Conocimiento".

Para no ser extensos, sólo citaremos un ejemplo: el ingeniero que instalará una línea telefónica no se interesará por la clase de conversaciones a transmitir, que pueden ser charlas, chismes, noticias diplomáticas; su problema es el de la transmisión correcta de la palabra, sin ruidos o deformaciones que puedan destruir la información hablada. En esta clase de trabajos entran los de termodinámica estadística, apoyados en la fórmula de Boltzmann y Planck, que aplicada a un sistema físico, llega a demostrar que toda información suplementaria, corresponde a una disminución de la entropía:

Información = Neguentropía (entropía negativa).

"Lo esencial es demostrar que toda información debe ser pagada en neguentropía y, recíprocamente, que puede ser utilizada para disminuir la entropía (aumento de neguentropía) en un sistema físico. Esto había sido ya indicado por Szilard en un trabajo de larga data (1929) y que fuera mal comprendido en la época de publicación.

En este capítulo se muestra que es posible llegar a un caso de información sin soporte físico, exorcizando el duende de Maxwell, que éste utilizó en la termoquímica de las radiaciones: la experiencia de laboratorio no puede dar una información cualquiera sin que la entropía del laboratorio aumente; muchas experiencias de laboratorio

consumen gran cantidad de neguentropía. Ahora, con el duende de Maxwell e invocando a Planck, la transformación de información en la neguentropía, puede alcanzar un rendimiento elevado, cercano a la unidad y que hay un límite por debajo del cual no se puede descender y que este límite representa una nueva limitación fundamental de las probabilidades experimentales. Limitación que está basada en la constante k y por tanto, independiente del principio de incertidumbre, que se apoya en la constante h . "Las condiciones cuánticas son utilizadas en la discusión porque toda la física reposa sobre los cuanta, pero la constante h se elimina de los resultados finales".

Es muy interesante referir el caso, que explica lo siguiente: si la información representa neguentropía, es también organización; por ello transcribiremos parte del capítulo relativo a "Neguentropía y organización": "una estructura organizada es aquella sobre la que nuestra información es amplia". Su neguentropía es más elevada que en un sistema desorganizado. Comenzamos ahora a ver la relación con la vida. Un sistema vivo es organizado. Si podemos medir y definir su grado de organización, podremos definir la neguentropía característica del organismo vivo; esto no se ha obtenido aún en forma sistemática pero no parece imposible. La definición clásica de entropía no puede servir (Bridgman), pero se puede tentar aplicar la definición de la información.

Consideremos el crecimiento de un organismo desde un huevo fertilizado: toda la información relativa al sistema viviente se halla contenida en los cromosomas: sería una especie de código abreviado y determina el desarrollo futuro de la estructura total del organismo vivo. Si pudiéramos descifrar el código o clave encerrados en los cromosomas, podríamos predecir la estructura detallada del organismo adulto. La neguentropía entera del organismo final, se contiene en el huevo fertilizado. Pero, ¿es posible obtener esta información sin destruir el huevo? N. Bohr ha insistido varias veces sobre la existencia de un principio de incertidumbre que se aplica a todos los organismos vivos, es decir, que resulta imposible efectuar medidas físicas y químicas en un sistema, sin matarlo. No podemos determinar la estructura química completa de una célula, sin matarla.

En otro capítulo, Brillouin estudia la teoría de la información y las bases de las ciencias físicas con análoga abundancia de datos y discusión, considerando ampliamente los errores y concluyéndolo con la hipótesis ergódica y de explicaciones sobre el sentido de las dificultades que ha ido hallando. Llama hipótesis ergódica a la sugestión de que el promedio de una expresión cualquiera tomada en el curso del tiempo, siguiendo una cierta trayectoria, debe ser igual a la media de la misma expresión, tomada sobre la superficie de energía constante.

Brillouin considera en otro lugar la situación del sabio y su actitud en el estudio de distintos fenómenos, clasificándolo en tres grupos: A) Actitud estrictamente conservadora, prevenida contra todo cambio e interesada solamente en nuevos desarrollos y aplicaciones de métodos y principios bien establecidos. A este grupo pertenecen sabios de la "generación pasada", es decir, de alrededor de 1900. "Es la clase de la circunspección. Antes de abandonar la tierra firme de las ideas bien establecidas, dice el sabio prudente, habrá de probarse si tales ideas son verificables por experiencias científicas".

B) Actitud progresista de sabios de espíritu amplio, dispuestos a acoger nuevas ideas y descubrimientos más constructivos, como se prueba con la obra de Schrödinger *¿Qué es la vida?*, donde explica el comportamiento de la materia viva por medio de una ley física a encontrar, o mejor aún, dice, una ley superfísica.

C) Grupo en que coloca una actitud revolucionaria, o más bien, metafísica, en que el sabio tiende a tomar sus sueños como realidades y al disfrute de teorías que no se apoyan en el sólido fundamento de la experiencia.

Relacionados con el amplio panorama que esboza en el título de la obra, Brillouin concluye con dos capítulos: uno sobre "Poincaré: la energética y el determinismo" y el último acerca de "Planck y la discusión entre el mundo exterior y su representación física", con tan elevado ritmo que su lectura exige grandes cuidados y atención si se quiere hallar el provecho que pocas veces puede sacarse de obras de este género, siempre en el orden de ideas propuesto.

No podemos terminar sin transcribir, en homenaje al autor, la expresión final que clausura el libro y que sigue

girando alrededor de la pregunta eterna: "¿De dónde viene el hombre y adónde va?". pregunta sin respuesta para la ciencia pero que los conocimientos acumulados poco a poco, nos alientan en la esperanza de que, el hombre alcanzará su meta lejana.

He aquí el párrafo prometido: "He interpretado libremente, mas que traducido, estas reflexiones de Schrödinger y su palabra de esperanza final. Tengo la impresión que Bohr no estaría lejos de suscribirias; puede que él espere, también, ver caer algún día, las barreras de la "Incertidumbre" entre los dominios complementarios, pero no puedo asegurarlo. En física, en todo caso, tengo la impresión que "complementariedades" e "Incertidumbre" son ineludibles, a menos de un cambio radical de punto de vista, pero nada anuncia tal revolución.

En cuanto al abismo que separa la biología de la psicología, no parece próximo a ser llenado.

DALMIRO CORTI.

HANS JANTZEN, La arquitectura gótica. Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1959.

"¿En qué fuerzas formales se nutre el efecto del espacio sagrado gótico?" Esta pregunta orienta todo el libro. Posteriormente, en una *nota enciclopédica* que reseña las actitudes críticas ante el arte gótico, sucesivamente, del Renacimiento, los románticos y el S. XIX nos destaca la novedad del punto de vista que surge al adoptar esa pregunta como clave.

En la *Introducción*, nos ubica en el espíritu de la época y pasa inmediatamente a la Parte I: *Materialidad de la catedral*, es decir las fuerzas formales. Allí nos muestra los diversos elementos arquitectónicos de las catedrales góticas, en su evolución, desde los intentos del gótico primitivo: catedrales de Noyon, Laon, París y Notre-Dame hasta llegar a la solución clásica —en la que la forma exterior expresa con máxima sencillez y claridad el propósito espiritual— lograda casi siempre en Chartres y enriquecida luego en Reims y Amiens.

Toma así primero la nave central y va descubriendo de la observación y estudio de pilares, arcadas, claristorios, galerías, las relaciones funcionales —función espiritual— que los justifican.

Analiza luego las dos regiones restantes de una catedral: el transepto, y el coro, circundado por deambulatorios y coronado por las capillas del ábside. En un capítulo revelador se ocupa de un elemento muy particular de la arquitectura gótica: la luz.

En los cuatro primeros capítulos, pues, realiza un examen objetivo de las catedrales góticas francesas, que el lector puede seguir casi sobre el material gracias a los abundantes ejemplos fotográficos. En el quinto expone su teoría arquitectónica sobre el espacio gótico. Afirma que sus características son: ingravidez, verticalidad y finalmente *estructura diáfana*: "El principio de la estructura diáfana aparece como más adecuado para definir el carácter espacial del gótico francés que algunas particularidades de su lenguaje formal, y como más decisivo que la utilización de arcos ojivales y de la bóveda de crucería". Justifica sus afirmaciones en el examen objetivo anterior: es ése, justamente, el efecto *total* que crean los elementos arquitectónicos góticos en su madurez: corte basilical, pilar acantonado, bóveda de crucería, apoyos exteriores, arcadas y ventanales desproporcionadamente altos, ventanas de tracería, luz "sobrenatural".

La estructura diáfana se realiza principalmente por dos factores: la plástica de la pared y el fondo espacial. "Se logra (mediante los elementos antes detallados) la transformación del muro, de una masa mural homogénea en la que, por decirlo así, se han recortado las aberturas, en una estructura totalmente labrada, reducida al mero esqueleto y en la que se ha sacrificado el carácter de masa". El fondo espacial lo proporcionan las naves laterales junto con la luz "sobrenatural" que inunda desde arriba la nave central. De modo que "la pared produce la impresión de un enrejado que se alza envuelto por el fondo espacial".

En el capítulo que sigue, da un vistazo al mundo de los obradores y maestros constructores y a los problemas técnicos que debieron afrontar sin conocimientos científicos, en especial al de los apoyos exteriores de la bóveda.

El exterior, los portales con sus esculturas y la pintura de las vidrieras ocupan finalmente su atención.

Como problema arquitectónico del exterior se destaca, además de la realización armónica del conjunto, la fachada de doble torre, que es analizada desde la iglesia abacial de San Esteban hasta su culminación en el frente oeste de Reims.

Pero "Una catedral gótica no se capta en su plenitud si no se toma también en cuenta el mundo de imágenes que, en la escultura y en la pintura de vitrales, forma parte integrante de su arquitectura". Define los caracteres principales de la escultura gótica: subordinación a la arquitectura y doble propósito: ornamental y de culto; "son representaciones figuradas en las que aparecen en forma concreta las verdades de la fe cristiana, y que recuerdan la patria espiritual hacia la que se encamina el hombre de la Edad Media". Su tipo clásico es la "figura de columna". "La figura de columna es una creación muy particular del arte gótico. Así como la arquitectura gótica —en marcado contraste con la Antigüedad— se resiste a acatar, en su expresión artística, las leyes de gravedad de la materia, tampoco la figura gótica está encadenada a la tierra". "Evita todo efecto de solidez por el hecho de que la figura no está colocada sobre el 'suelo' —o sobre un zócalo como representante del suelo—, sino fundamentalmente alejada de él, y también porque disminuye en todo lo posible la función del 'estar de pie' como proceso físico. Este encubrimiento le resulta posible, en buena parte, porque es una figura envuelta en ropajes".

Explica su agrupación por temas y describe, ilustrado por fotografías, los portales más destacados de Chartres, Reims y Amlens. Donde la escultura llega a su máximo exponente es en Reims: "La catedral de Reims, aun desde el punto de vista arquitectónico ha nacido de un espíritu plástico".

Nos queda aún el arte de los ventanales. "Todavía más que la escultura —que se vuelve hacia el mundo exterior con la flotante actitud de sus figuras de columna—, las formas de la pintura sobre cristales provocan como experiencia inmediata la impresión de lo sobrenatural; pues esas formas existen como seres incorpóreos y nacidos de la luz, como signos de mágico esplendor que se hubieran interpuesto en medio de los límites del espacio.

Tanto por su contenido como por sus alcances, este mundo de imágenes es aún más extenso que el de la escultura".

En la Parte II, *Espiritualidad de la catedral*, se ocupa de la catedral como símbolo en el pensamiento y vida medievales. "La catedral gótica, sensorialmente cercana, es la representación poética de la esfera celeste".

Pero no se puede mostrar la riqueza de cada observación. El paseo inicial por la catedral y la descripción de los portales nos proporciona un descubrimiento en cada objeto señalado.

Completan el libro una guía bibliográfica con títulos casi exclusivamente en alemán y francés y una reducida tabla con explicación de algunos términos técnicos.

PEDRO DIEGO JENSEN

VICENTE ROSSI, *Cosas de negros*. Colección "El Pasado Argentino". Ed. Hachette. Buenos Aires, 1958.

Estamos ante un libro extraño. La originalidad está representada por dos elementos: el primero es el tema mismo, cuyo desarrollo trata de la historia de la raza negra y su descendencia en nuestro país; y el segundo es la peculiar estructura gramatical que lo forma. Pero antes de realizar observaciones sobre ambos, hagamos un poco de historia bibliográfica. Esta obra no es una primera edición; es una mezcla de 2ª edición y reimpresión. En vida su autor, escritor e impresor cordobés, la preparó con agregados de puño y letra, pero sólo vio la luz luego de su fallecimiento. Dijimos reimpresión al mismo tiempo, porque conserva la gramática peculiar con que expuso fue escrita, para demostrar el autor sus personales apreciaciones doctrinarias sobre un "idoma nacional", acorde con la pronunciación desfigurada que hacemos los argentinos del castellano. La obra llevó el título de *Cosas de Negros. Los orígenes del tango / y otros aportes al folklore rioplatense / Rectificaciones históricas. / Río de la Plata / 1926*, y su corto tiraje la hizo prácticamente desconocida para el público en general. Ello fue lo que impulsó, transcurridos varios lustros, a los editorialistas,

Digamos por último que esta obra extraña, discutida y que puede observarse parcialmente, tiene el inapreciable valor de representar un ponderable esfuerzo para estudiar el pasado argentino.

JUAN JOSÉ DIEHL.

COMENTARIOS Y EXTRACTOS DE REVISTAS

Estudios Americanos, N° 86-87. Revista de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos. Sevilla, noviembre-diciembre de 1958. — Firmado por Carlos Samayoa Chinchilla publica un artículo titulado "Apuntes sobre el arte Maya", del que reproducimos un fragmento.

"La serpiente, los manojos de plumas de quetzal y las hojas de milpa, son tres motivos de decoración que obsesionaron la mente de los escultores mayas en todos los periodos de su historia. Algunas veces el primero de esos motivos está representado en forma fantástica y dinámica, y otras, castigado por la estilización, afecta el desenvolvimiento uniforme de una greca, pero en ambos casos su presencia es simbólica. Las máscaras, detrás de las cuales el indio se identifica con el tótem, para hacer aflorar el subconsciente, también son usadas con frecuencia, así como las figuras zoomorfas. Casi siempre el motivo que ocupa el centro de los relieves es un hombre, que lo mismo puede representar a un dios que a un gran guerrero o a un sacerdote; ese hombre, en ciertos casos, se encuentra acompañado por figuras menores y grotescas, a las que fueron muy aficionadas las gentes mayas.

Todo hace presumir que los escultores emplearon primero el barro para modelar sus figuras y que enseguida pasaron a la talla de la piedra y las maderas duras (chicozapote y otras), material que trabajaron con la perfección y conocimiento con que podría hacerlo un artista contemporáneo. Triunfo similar obtuvieron con otros materiales como la piedra caliza de Petén y Yucatán, la arenisca de Quirigua y la andesita de Copán. La técnica empleada en la escultura de la piedra fue la clásica de choque y pulimento.

El arte escultórico de los antiguos mayas tiene ciertas características que lo distinguen a primera vista. Las principales podrían resumirse de esta manera: 1) Las figuras humanas fueron tratadas de perfil la mayor parte de las veces, siendo raro encontrarlas en perspectiva está de frente y el resto del cuerpo de perfil. 3) Las cabezas son alargadas, de conformidad con un tipo ideal de belleza que es muy particular de la raza: grandes narices aguiladas, boca chica de comisuras bajas, barbilla corta y redondeada, frente hundida y espaciosa, ojos grandes y poco inclinados, pelo lacio, pies y manos pequeños y bien conformados. Al lado de la forma humana, casi siempre esculpida de pie, abundan las representaciones zoomorfas, fitomorfas y antropomorfas.

En la actualidad se tiene noticia de 400 piezas de escultura mayor procedentes del periodo clásico. Entre ellas hay algunas bastante bien conservadas, condición que facilita el estudio de los métodos de trabajo empleados en su talla; pero no cabe duda de que en ciertos rincones de los bosques de Mesoamérica existen todavía ejemplares no conocidos y menos catalogados.

Tanto la arquitectura como la escultura fueron policromadas, posiblemente con la intención de hacerlas más espectaculares y vibrantes sobre los verdes y los oros de las selvas o los montes que les servían de fondo.

De la música maya es muy poco lo que se sabe, pues ella corrió la misma suerte que la mayor parte de su literatura, ya fuera ésta escrita u oral.

Sin embargo, por la tradición y por el número y variedad de los instrumentos arqueológicos que se han encontrado, ideófonos primitivos, tambores de parche, silbato, ocarinas, caracoles, conchas, flautas, sonajas, trombones y tambores de madera, es fácil presumir que ese arte alcanzó un desarrollo comparable al de otras culturas neolíticas de origen europeo o asiático, aun cuando fuera diferente en sus lineamientos generales, ya que su finalidad no era solamente la de producir emoción estética, sino sobre todo exaltación religiosa o prestar ayuda en la formación de un ambiente apropiado para los actos de magia, ceremonias o de índole medicinal".

Revista de Educación, publicación quincenal del Ministerio de Educación Nacional español publica en el Nº 101, correspondiente a la 2ª quincena de junio de este año un artículo sobre "Periodización del trabajo escolar", de Adolfo Maillo. El autor trata en el diversos temas: tiempo cronológico, psicológico y escolar, unidades del tiempo escolar, escolaridad obligatoria, el curso escolar, etc. Transcribimos el sub-tema:

"Pausas y vacaciones. — El problema del almanaque depende no solamente de la duración del curso, sino también de la presencia de otro factor importante: las pausas o descansos, que pueden ser: inter-lecciones, dentro de una sesión; entre dos sesiones, dentro de la misma jornada escolar, o en días consecutivos, y finalmente las pausas mayores, que son las llamadas, propiamente hablando, vacaciones. Por tanto, podemos establecer dos grupos de pausas: pequeñas pausas de reposo o de recreo y pausas de gran reposo o de gran recreo, que son las vacaciones. Las primeras están íntimamente relacionadas con la duración de las lecciones y de ellas hablaremos después.

El estudio de las pausas se enlaza con el problema del ritmo. El tiempo es un *continuum*; pero el esfuerzo humano no puede ser continuo; de modo inexorable está sometido a una serie de fragmentaciones que establecen en él hiatos, intervalos, que son las pausas. Los ritmos cósmicos (es decir, las pausas que la misma naturaleza se permite, como si el ejercicio continuo le obligase a un jadeo fatigoso y tuviera que reposar ligeramente a fin de rehacer las energías necesarias para el empujón siguiente) son de muy diversas clases. El *ritmo nictemeral*, como le llamaron los griegos, es el de la alternancia de noche y día; el *ritmo mensual*, patente en muchos fenómenos biológicos relacionados con la reproducción; el *ritmo anual*, que cierra el círculo —y eso quiere decir la raíz latina de donde deriva la palabra año, de donde procede también "año" (círculo)— de la sucesión del tiempo, porque, según los griegos, los acontecimientos se suceden con arreglo a un "retorno eterno", ya que el tiempo es una serie de círculos que se repiten periódicamente por el movimiento de traslación de la tierra alre-

dedor del sol, la repetición de las estaciones y los fenómenos de tipo vegetativo que corresponde a cada una de ellas.

La organización del trabajo escolar, lo que el Padre Ruiz Amado y Neumann llamaron la *economía del trabajo escolar* (sobre la que desde hace tiempo se ha hecho un silencio considerable por la superstitión psicologizante que nos intoxica), es decir, el rendimiento máximo logrado en el mínimo tiempo y con el mínimo esfuerzo, es un problema que se enlaza directamente con el de la duración del trabajo y la duración de las pausas que separan un trabajo de otro. Esta cuestión tiene importancia también en relación con las vacaciones.

Las vacaciones tienen fundamentos higiénicos, climatológicos, laborales, tradicionales. Por otra parte, sobre todo en los últimos cuarenta años, ya el maestro ha opinado con relación a las reformas que le afectan; se tiene en cuenta no solamente los intereses del niño y de la sociedad, sino también las necesidades higiénicas del maestro, y esto es lo que pudiéramos llamar factores de índole profesional en la duración, régimen y estructura de las vacaciones.

Las vacaciones de verano, que son las más largas, no han existido siempre; nacieron en Wuttemberg (Alemania) en 1870; antes no existían con carácter legal en ningún país del mundo".

LA REDACCIÓN.

Ideas Contemporáneas

DIRECCIÓN DE LA FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA

El dispersamiento en asuntos muy diversos de la exposición que he dado de la filosofía de nuestro tiempo, es sin duda un defecto, y más hubiera deseado el desarrollo armonioso de una doctrina definida; es sin embargo conforme a la situación de una época que tiene menos la ambición de crear sistemas de conjunto que tratar, con métodos apropiados, temas definidos y limitados.

Todos esos métodos, fenomenología, psicología de la forma, psicoanálisis, encuentran por otra parte su unidad en el estudio del hombre, tomado no en la evolución general de la naturaleza y de la historia, sino en sus relaciones concretas y actuales, cuerpo y alma, con el mundo que lo rodea, con el prójimo, con la realidad transmutada del hombre que no descubre los principios y los valores sino en la realización efectiva de la ciencia y en la experiencia de la vida.

¿Se puede, a través de corrientes tan variadas, descubrir algún trazo fundamental de esta doctrina del hombre? Esto no parece imposible a condición de tomar alguna distancia.

En el siglo XVIII, el hombre aparecía ante los filósofos como una naturaleza maleable a voluntad, sin estructura propia; se veía en el espíritu humano el resultado y de alguna suerte el depósito de impresiones exteriores que se acumulaban unas sobre otras; y se podía creer, Helvétius especialmente creía, que imponiendo tal o cual dirección a las influencias de afuera, se llegaría a cambiar al hombre a voluntad. A este hombre sumergido en la naturaleza, se oponía sin embargo un hombre universal, el hombre de la Revolución, cuyos derechos son imprescriptibles, el hombre del criticismo kantiano cuya conciencia dicta leyes a la naturaleza y recibe a su vez leyes de la razón práctica. Pero entre el hombre evanescente del materialismo y el hombre universal y

abstracto de los revolucionarios desaparece el hombre concreto, el que pena en el tiempo, encontrando obstáculos o ayudas en su medio natural o social.

El sentido del devenir y del medio, eso es lo que ha aportado el siglo XIX. La filosofía se esfuerza entonces por comprender al hombre situándolo entre el pasado y el porvenir en la cadena de un devenir universal, del que es un momento actual, de hacerlo entrar, con todos sus dones físicos y morales, en el circuito total del ser. Esta filosofía toma formas muy diversas; con Augusto Comte, aparece como una filosofía de la historia y una previsión del porvenir; con Hegel, tiene la forma dialéctica donde se ve nacer sucesivamente, según las exigencias del espíritu, pasando de lo abstracto a lo concreto, la realidad humana en toda su complejidad. Mientras el materialismo dejaba al hombre desvanecerse en las cosas, esta filosofía lo hace esclavo de un devenir del cual no es dueño: bajo su forma más popular, el evolucionismo de Spencer, creó aun la peligrosa ilusión de un progreso creciente y de una superioridad necesaria del presente sobre el pasado.

En todo caso, en el siglo XIX como en el XVIII, había un divorcio evidente entre esas construcciones filosóficas y la realidad inmediata y viviente del hombre. Es la razón por la cual se produjo, al fin del siglo XIX, esta violenta reacción que se manifiesta en el pragmatismo de James y el humanismo del inglés Schiller. Ellos creen, uno y otro, en una cierta densidad del presente humano; y solamente en función de una actividad presente y en razón de su actualidad hacen intervenir el recuerdo del pasado o la previsión del porvenir. No deducen al hombre como un objeto de especulación; lo experimentan y lo prueban. El espiritualismo de Bergson, hacia la misma época, se hace igualmente positivo; no pretende construir, sino solamente ensanchar la experiencia; ve en la intuición una experiencia, sin duda dirigida de otra manera que la ordinaria, pero que no es menos valedera y cierta; y cuando habla de evolución, no se trata, como en Spencer, de una ley universal descubierta por los físicos sino de un devenir encontrado por la profundización de la conciencia misma.

En este movimiento energético hacia lo concreto (es éste el título de una bella obra de Jean Wahl) es necesario buscar el origen de la filosofía contemporánea. No es que

ella haya seguido alguno de los movimientos que acabo de indicar; y por grande que sea su deuda hacia ellos, es incontestable que son actualmente olvidados o criticados y aun que se ha restituido el honor a Hegel, que fue su principal enemigo. Había en efecto, en esos movimientos de comienzos del siglo XX, un sentimiento de triunfo, que está muy lejos de nuestra época, y al mismo tiempo, una humanización del estilo filosófico que llegaba al punto de abandonar como inútil y dañoso todo el lenguaje técnico creado por las filosofías anteriores: en este punto tampoco, mientras aparecen tantos escritos oscuros y sembrados de términos técnicos, nuestra época se reconoce.

Se ve sin embargo lo que ha conservado: poner en el centro del pensamiento filosófico el problema concreto del hombre, rehusando el análisis reductor y disolvente, tal como Taine por ejemplo lo practicaba, tanto como la síntesis grandiosa de Comte o de Hegel. El análisis, según ella, apunta al sentimiento de lo real, de un real del que no se pueden disociar los elementos sin destruirlo, y de allí ella conserva mucho de ese sentimiento de la originalidad de los seres que es inseparable del bergsonismo.

¿De dónde viene, pues, que ella produzca un sonido tan diferente del de los trabajos de comienzos de siglo? Respondiendo a esta pregunta acabaré de caracterizarla. Que se vea bien el contraste: allí donde Bergson encuentra vías de pasaje, nuestros pensadores encuentran discontinuidad; allí donde Bergson considera la discontinuidad entre las formas del ser como un resultado de una vista de cosas dirigidas por la práctica y ve en el restablecimiento de la continuidad real la tarea de la filosofía, nuestra filosofía tropieza sin cesar con discontinuidades que juzga infranqueables. Mientras el motivo principal de la filosofía de Bergson es el impulso y el dinamismo, la idea conductora de nuestros filósofos es la estructura y el límite.

Para tomar de la física una imagen que no tiene, bien entendido, más que un valor de imagen, todas estas estructuras son en general polarizadas; no se ve en la conciencia un vaso cerrado donde están como encerrados los fenómenos de conciencia, sino un polo del que el otro polo puede ser, según las estructuras consideradas, el mundo exterior, o los otros, o lo trascendente.

Que me sea permitido citar las bellas investigaciones de Pallard sobre el pensamiento implícito en la percepción de la distancia. Clásicamente, se consideraba esta percepción como adquirida gracias a asociaciones de imágenes. Pallard, por ingeniosas experiencias, mostró cómo ella se hacía por una reflexión implícita, en que la sensación y la cosa exterior se condicionan recíprocamente como dos polos.

Para continuar la imagen, citaré una palabra penetrante de uno de los pensadores más eminentes de nuestra época, Paul Valéry, que, en *Quelques pensées de Monsieur Teste* habla de "esta suerte de campo que domina esos fenómenos de la conciencia —imágenes, ideas—, las cuales sin el no serían sino combinaciones, formación simétrica de todas las combinaciones". De la misma manera que, en el campo eléctrico creado a través de un líquido por el pasaje de la corriente del ánodo al cátodo, los iones que se repartían al azar en el líquido y por consecuencia según todas las combinaciones posibles, se dirigen ahora los unos hacia el ánodo, los otros hacia el cátodo, de la misma manera las estructuras del ser humano son como campos de fuerza que ordenan, al polarizarlos, los elementos que caen bajo su influencia.

Fuera de esos campos, no hay en la conciencia más que esos "productos de pérdidas", así nombrados en una obra reciente de Aldous Huxley, esos ensueños que describe como "permutas y combinaciones mentales constituidas mientras la conciencia funciona al azar" (*L'éminence grise*, p. 87).

La filosofía moderna aísla y estudia esos campos de fuerza: de allí un último carácter de nuestra filosofía que cito al terminar, el pluralismo, no el de los atomistas de antes, sino el de Bachelard por ejemplo, que hace sobre todo pensar en la distinción aristotélica de las formas.

El pensamiento filosófico, concluiré, cuando es profundo (y es ésta sin duda una lección a retener por todos) va justo al revés de las reducciones simplificadoras y enseña que no se construye nada con principios abstractos. El mérito de nuestro pensamiento moderno es, en medio de muchas dificultades y obscuridades, tomar una neta conciencia de esta condición esencial de la filosofía.

EMILE BRÉHIER.
Los últimos actúes de la Philosophie.
P. U. F. París, 1958.

LÓGICA Y SEMÁNTICA

En estos últimos años Carnap ha ampliado considerablemente su concepción del lenguaje, y ahora lo concibe como un sistema de hábitos verbales¹. Su teoría sobre el comportamiento de utilización de los signos tiene tres ramas: pragmática, semántica y sintaxis. Es necesario advertir aquí que Carnap se ocupa de un sistema de lenguaje (o metalenguaje) que tiene como objeto nuestro comportamiento lingüístico-real.

La pragmática, que abarca ampliamente la psicología y la sociología del lenguaje, se ocupa de la teoría del "utilizador" del lenguaje. Por su parte, la semántica hace abstracción del que habla y analiza únicamente las expresiones y sus relaciones con los objetos designados (*designata*).

La concepción de Carnap sobre la "relación de designación", que —se nos dice— es objetiva y no depende de una actividad cualquiera del pensamiento, tiene cierta semejanza con la antigua concepción filosófica según la cual tenemos una intuición inmediata de los universales, ya que empleamos significaciones o propiedades que aparentemente pueden ser extraídas de la lectura de los designados. Sin embargo, en la semántica pura, opuesta a la semántica descriptiva, hablamos de afirmaciones que designan propiedades más que designados². La sintaxis lógica está en un nivel de abstracción aún más alto, ya que por medio de ella no analizamos más que relaciones entre expresiones. Tanto en semántica como en sintaxis, se admite que los sistemas de lenguajes pueden ser estudiados sin referencia al individuo que los utiliza.

Si el método de aproximación de Carnap es más plausible en la sintaxis, parece poco justificable en la se-

mántica, ya que nos ofrece una concepción estática del lenguaje de la que ha sido eliminado el sujeto que habla. Esto, probablemente, explica por qué la semántica filosófica parece algo tan trivial, que tiende a transformarse en un mero problema de formalización de cosas ya conocidas. Carnap mismo es consciente de ello cuando dice que algunos problemas de la semántica no son nada nuevo; o que cuando discutimos acerca de las diferentes significaciones que puede tener una palabra, o si una proposición particular es analítica, o si otra proposición deriva de la primera o es incompatible con ella o la contradice, empleamos en cada caso conceptos semánticos. Así, sostiene que el papel de la semántica consiste principalmente en encontrar definiciones precisas de nuestros conceptos semánticos habituales.

En un sistema semántico puro, a las reglas de formación y de transformación de la sintaxis lógica se agregan ciertas reglas de designación (significación) y de verdad. Esos signos son de dos clases: a) descriptivos y b) lógicos. Los signos (a) designan las cosas o las propiedades de las cosas (nombres o predicados), mientras que los signos (b) sirven sobre todo para unir los signos descriptivos en proposiciones. La función de las reglas semánticas es establecer convenciones de "significación" y "verdad" en el sistema del lenguaje. Lo hacen enumerando los casos en que esos conceptos son respetados³.

Para Carnap, comprender una proposición tal como: "el lápiz de Juan es rojo", equivale a comprender las condiciones en las cuales es verdadera, es decir: es verdadera si y sólo si dicho lápiz es de color rojo (lo cual es su condición de verdad). Y si queremos saber si realmente es así, debemos realizar la operación empírica que consiste en observar el color del lápiz de Juan.

Sin embargo, una referencia a la percepción muestra que un objeto no tiene la misma propiedad sino en ciertos contextos definidos; en un nivel empírico una relación no equivoca como ésta puede permanecer válida sólo si especificamos ciertas condiciones de claridad, el estado de los órganos sensoriales, etc. Pareciera que

1. Cfr. Carnap, *Foundations of Logic & Mathematics*, Ency. of United Nations, 1929, "Introduction to Semantics", Harvard, 1942.

2. Carnap especifica que en semántica pura sólo las definiciones son formuladas y sus consecuencias desarrolladas; por lo tanto son analíticamente verdaderas e independientes de cualquier hecho descriptivo. La semántica descriptiva, por otra parte, se ocupa del problema de la significación en el lenguaje natural (lo que al filósofo interesa es precisamente la semántica). Por consiguiente, en sintaxis o descriptiva, ya que se ocupa de comprobaciones de hechos.

3. Un ejemplo de condición de verdad es "Chicago es grande si y sólo si Chicago es grande". Ejemplo de relación de designación: "man" designa la "lana".

la expresión "si y sólo si" se asemeja a la condición *ceteris paribus* (si las restantes condiciones se mantienen) en economía, que da a la economía teórica su carácter de modelo abstracto. Sin embargo, contrariamente a la economía, los sistemas semánticos artificiales nos ayudan poco a hacer previsiones, ya que a lo sumo no hacen sino sistematizar el uso lingüístico existente.

Podría objetarse que una afirmación tal como "El lápiz de Juan es rojo" es verdadera si y sólo si "el lápiz de Juan es rojo", se expresa en metalenguaje y en consecuencia no implica ninguna referencia empírica. Según los partidarios de este punto de vista, cuando en semántica pura hablamos de una proposición y decimos que es verdadera, empleamos el nombre de la proposición —en nuestro caso: "el lápiz de Juan es rojo"— y establecemos una relación de igualdad entre el nombre y la proposición nombrada. En otras palabras, sólo *hablamos* de la proposición y afirmamos que ella es verdadera si y sólo si se satisface la condición de verdad. Sin embargo, la expresión "si y sólo si" parece desempeñar aquí un papel algo diferente de la relación "=" en una definición puramente formal. Esta proposición parece no tener sino un carácter cuasi-formal, en tanto se refiere implícitamente a la lengua castellana —de la cual depende finalmente su comprensión— así como a los que emplean esta lengua. De todas maneras, la noción de verdad, en el sentido en que la empleamos ordinariamente (distinto del que mencionamos arriba), involucra siempre una referencia a un contexto de comportamiento.

Tomando el lenguaje escrito como modelo del lenguaje en general, los filósofos semánticos admiten que las palabras son el elemento básico del lenguaje y descuidan el hecho de que por lo menos en el discurso, la unidad es la oración. No tenemos razones para suponer que una oración es un simple agregado de las palabras que la forman, ya que las palabras tomadas aisladamente son fragmentos más o menos arbitrarios de la oración. Así, no hay correspondencia de término a término entre las palabras y las significaciones (cualquiera sean). Como se advierte al traducir de una lengua a otra, el conocimiento de todas las palabras de una oración puede no ser suficiente para captar su significación. La forma verbal de

nuestro lenguaje está influida por consideraciones fonéticas y por la costumbre; y, como se observa en los discursos políticos, hay palabras que no expresan ninguna significación sino que sirven simplemente para rellenar el discurso. A causa de esta característica del lenguaje, quienes se ocupan de traducción mecánica están obligados a recurrir a pre-intérpretes y a post-intérpretes para eliminar las expresiones idiomáticas. Se espera así estandarizar los textos de traducción y elaborar expresiones en las que se correspondan una palabra y una significación. Sin embargo, este lecho de Procrusto no corresponde a una verdadera traducción sino más bien a una forma de codificación.

W. MATS.

"Lógica y lenguaje en Carnap" en *Paideia*,
Lógica y Comunicación. Nueva Visión. Buenos
Aires, 1959.

Traducción de Noelia Bastard.

LAS LENGUAS VIVAS Y LA FORMACIÓN DEL ESPÍRITU¹

La "formación del espíritu" es una noción abstracta y bastante amplia, pero que llega muy rápidamente en nuestro pensamiento hasta el mundo de las realizaciones concretas. De esta noción, y de la importancia que nosotros le atribuiremos, depende el valor mismo de nuestra enseñanza de las lenguas vivas y la orientación que conviene darle, con plena conciencia de las responsabilidades que incumben a los profesores. Importa pues, ante todo, delimitar esta noción y distinguirla de las nociones vecinas, ya precisadas en el curso de los trabajos anteriores. Que se trate de cultura, de humanismo, de instrucción, o de educación, la formación del espíritu aparece

1. Este texto es una versión ligeramente resumida del informe presentado al subcomité de lenguas vivas de la Comisión de la República Francesa para la educación, la ciencia y la cultura (Unesco) por M. Emmanuel Handrick, profesor adjunto de alemán en el liceo Enrique IV, en París, presidente de la Asociación de profesores de lenguas vivas de enseñanza pública; este informe ha sido publicado por la Comisión Nacional Francesa en "L'enseignement des langues vivantes et la compréhension internationale". París. S. E. V. P. E. N., 13, rue du Four, 1954. 114 páginas.

como una condición previa que no podría ser excluida de ninguna de las tareas que tienen que cumplir los maestros. Pueden resultar de ella ciertas confusiones.

Sin duda se puede estar tentado, en primer lugar, de asimilar cultura y formación del espíritu, debiendo llegar tanto una como otra hasta ese "humanismo" en el sentido más moderno, más "humano" de la palabra, a ese humanismo del que Montaigne decía "que se proponía como fin supremo adquirir las aptitudes y las virtudes que hacen al hombre plenamente humano". Los *studia humaniora* de Cicerón ya tenían sin duda el mismo objetivo. En un informe que se me encargara presentar en el reciente Congreso de la Federación Internacional de profesores de lenguas vivas² trataba de definir así la cultura: el enriquecimiento de la persona humana por todo lo que pueden aportarle el tiempo y el espacio, es decir, el conocimiento del pasado y la noción del universo. Por eso yo entendía que las "humanidades clásicas" ante todo debían transmitir la herencia del pasado, mientras que la enseñanza de las lenguas modernas, tenía, en primer lugar, la misión de asociar a ella el aporte de las riquezas culturales del mundo. Es así que se puede distinguir, se lo observó entonces, una línea vertical y una línea horizontal de la cultura. Sin embargo una colega alemana me hizo observar que había omitido hablar de la *Bildung*, de la formación. Tenía razón; el asunto estaba reservado, pero tuve, gracias a ella, la confirmación de que para los alemanes, como para nosotros, no podría haber confusión entre *Kultur* y *Bildung*. Quedando el humanismo como un ideal, la cultura como una preocupación esencialmente desinteresada, la formación del espíritu, que es el medio de acceder a la cultura, es también el medio de preparar al hombre para la lucha por la vida, para el oficio, para ganarse el pan, para la intensidad de sus alegrías y para lo que podría llamarse el arte de vivir.

Sin embargo, sería necesario no confundir más esta formación con la búsqueda de la erudición, búsqueda más o menos reconocida, que toda instrucción lleva consigo.

Cito a este respecto una observación de Juan Laporte, profesor de filosofía en la Sorbona: "La ilusión de muchos educadores es proceder como si un bachiller pudiera, luego de obtener el diploma, cerrar sus libros y vivir de lo ya adquirido". El reproche no es sin alcances. Los nuevos exámenes que se consideran, al finalizar la enseñanza del segundo ciclo, ¿no deberían renunciar cada vez más al control de la erudición para dar mayor lugar a la formación del espíritu? La pregunta ha sido formulada; requiere una urgente solución. Frente al aumento extraordinario del dominio de la ciencia, ¿no debemos pensar con solicitud en las generaciones que vienen y en el terrible peligro que las amenaza si fuéramos, sin consideración, a descuidar la formación en provecho de la erudición?

Finalmente, hay que hacer otra distinción, menos urgente quizá, útil sin embargo. La formación del espíritu no es educación. No es moral. No es religión. Contribuye sin embargo a la educación y al desarrollo espiritual del ser humano; es su condición, por cierto, y es muy difícil trazar un límite entre el dominio intelectual y el del alma. Pero queremos atenernos aquí a los diversos aspectos de la humilde tarea reservada a la enseñanza.

Luego de asignarnos, por consiguiente, límites, nos será permitido discernir en la formación de los espíritus cuatro etapas esenciales, por las que sería factible examinar el papel que puede representar la enseñanza de las lenguas modernas. Bien entendido, estas etapas se confunden y se presentan menos netamente en el tiempo que en la profundidad del dominio a conquistar, en cada uno de los espíritus a formar. Primero será la *amplitud del espíritu* que pondrá en movimiento y que desarrollará en su provecho, la curiosidad; seguidamente, el *ajuste del mecanismo del pensamiento*, este conjunto infinitamente complejo de facultades que se ha convenido en llamar, en un sentido popular, la inteligencia; luego el *enriquecimiento del dominio del pensamiento*, no por erudición, en efecto, sino por el ejercicio de la memoria, facultad milagrosa; en fin, última etapa, el *ennoblecimiento del espíritu* que llega hasta la moral en el sentido más amplio y el más "humano" de la palabra, pero sin pasar por una teoría moral y sin confundirse con ella.

EMMANUEL HANDRICH

Traducción de Gloria Blanco.

² *Stress, Pádua, 1954.*

A PROPOSITO DEL LENGUAJE ANIMAL

Los medios de comunicación de los animales, distintos de los del hombre, deben ser mencionados: de la misma manera que el comportamiento de los animales presenta trazos que se deben llamar inteligentes, señales, audibles o no, manifiestan sentimientos, provocan acciones y merecen, al menos parcialmente, el nombre de lenguaje. Los caracteres y los alcances de esas señales difieren según los animales, en lo que concierne a su constitución propia y a sus modos de agrupamiento, que van desde la pareja más o menos durable hasta las sociedades extremadamente numerosas.

Los modos de vida, los medios de nutrirse, de protegerse, resultan de muy largas evoluciones, que no podemos seguir, desembocando en mecanismos individuales y sociales que nos parecen fijados en ciertas perfecciones relativas de desarrollo discontinuo. Los lenguajes, mismos parecen en todas partes semejantes para una misma especie, y exentos de variaciones evolutivas en el campo de nuestra observación.

La cuestión de los medios de comunicación se plantea especialmente para las sociedades numerosas de los insectos himenópteros en que las actividades parecen concertadas y están, en todo caso, estrechamente combinadas para la conservación, la defensa, eventualmente el ataque, la reproducción y la cría de los vástagos.

Se ha podido reconocer la especialización de los trabajos en general, y los pasajes de una función a otra de una misma abeja en una corta vida de alrededor de cincuenta días (los invernantes, nacidos en el otoño, viven más tiempo).

Parece que una abeja libadora que ha encontrado una fuente de nutrición, al entrar a la colmena puede comunicar a las otras, indicaciones sobre su descubrimiento por medio de desplazamientos "en marcha contoneada" que se han llamado danzas.

Conductas análogas se observaron en las avispas.

En las hormigas se comprobaron ciertas agitaciones trepidantes que tendrían un carácter del mismo género. También se ha podido, en ciertos casos, descubrir ruidos.

De manera general, en todos los animales aparentemente silenciosos o solamente zumbadores, se pueden suponer emisiones de ultrasonidos como se los conoce actualmente en los murciélagos.

Contrariamente al hombre, las aves cantoras tienen un órgano especial de la voz. Algunas de entre ellas, que los naturalistas estiman superiores (ciertos paseriformes, especialmente los córvidos y los papagayos), pueden imitar voces de otras aves y la voz humana: las más aptas para esta última imitación son ciertos estorninos más que los papagayos. Aunque no se deba esperar ninguna comprensión de palabras, como el tono puede ser más o menos reproducido y ciertas fuerzas de emisión están normalmente asociadas a emociones, los naturalistas ornitólogos se plantean la cuestión de saber si no sucede auténticamente que un pájaro doméstico hablador emita en momentos de irritación injurias (enseñadas en un tono de cólera) e inversamente, en momentos de euforia, palabras agradables aprendidas en tono dulce.

Ciertos mamíferos superiores que tienen una laringe análoga a la del hombre pueden hacer escuchar emisiones de voz relativamente variadas que sirven en parte para la comunicación, al mismo tiempo que dan pruebas de conductas inteligentes.

Los perros no tienen sólo gritos de géneros variados, ladridos, llantos, gemidos o aullidos, gruñidos de cólera, sino que sus ladridos pueden tener ciertos matices reconocibles por los hombres.

De la misma manera los maullidos de los gatos tienen una variedad bastante grande.

Observadores pacientes han aislado en los monos, notablemente en los chimpancés, una sesentena de articulaciones que serían significativas.

Parece que estos rudimentos de lenguaje son fijos en cada especie, desarrollándose de la misma manera en el curso del crecimiento (así el perro joven no tiene el ladrido del adulto), y no adquieren variedades individuales (ciertos casos de amaestramiento posibles deben dejarse de lado).

Por otra parte, el animal, además de la advertencia, puede practicar la información de un acontecimiento actual y la invitación a una acción inmediata (compor-

tamientos sobre todo del perro doméstico). Pero no parece que se pueda descubrir en el algo que sea un relato o una previsión detallada.

Parece, pues, legítimo trazar, en lo que concierne al lenguaje, una línea de separación entre los animales superiores y el hombre, sin concluir en un corte absoluto.

MARCEL COHEN.

Pour une sociologie du langage.

Ed. Albin Michel, Paris, 1936

Traducción de Haydée C. Blotte.



Crónica

A 150 AÑOS DE "LOS MARTIRES" DE CHATEAUBRIAND

Cuando Chateaubriand sintió que las tristezas de Europa eran demasiado crueles para su alma hipersensible, partió hacia América. Había estallado la Revolución, había perdido su empleo en el ejército, el desdichado Malesherbes, pariente político de su hermano mayor, alentaba la empresa de buscar un obligado paso entre el Atlántico y el Pacífico por Canadá. Pudo escribir en tal momento: "No hay aquí nada que hacer; el rey está perdido; hago como aquellos puritanos que en el siglo XVII emigraban a Virginia; me voy a los bosques. Moriré en el camino o volveré siendo algo más de lo que soy".

Penetró en nuestro continente y admiró su naturaleza lujuriosa y salvaje. La noticia del proceso y condena de Luis XVI interrumpió su viaje y lo decidió a regresar; se alistó con las fuerzas realistas y fue herido en Thionville, en 1792. Estuvo en Bruselas y soportó hambre viva en Londres, pero ya tenía en sus maletas las páginas memorables de *Atala* y *René*.

La desaparición de su madre y la muerte de su hermana Julia, señora de Farcy, en manos del Terror, produjeron tan honda conmoción en el ánimo del poeta que sintió renacer de improviso la fe. Exclamó entonces: "J'ai pleuré et j'ai cru". Esta reacción emocional de un conjunto de hombres, que luego formaron escuela, es la que ha permitido afirmar a Escarpit: "En las turbias décadas que siguieron al Imperio, por oposición al absolutismo y al materialismo, prevalecieron las tendencias humanitarias, liberales, individualistas y *sentimentalistas* del romanticismo".

Su amigo Fontanes lo volvió a París, luego del golpe de Estado del 18 Brumario: *Atala* se publicó en 1801, a pesar de ser sólo un capítulo de la obra magna: *Le Génie du Christianisme*, que Chateaubriand ofreció un año después, abriéndoselo de par en par las puertas de la fama y coincidiendo con la firma del debatido Concordato entre Napoleón y la Iglesia Romana. Nada más oportuno pareció a muchos, que esa exaltación de la doctrina cristiana, de sus bellezas y de su concepción del poder. El Primer Cónsul aprovechó el favor popular que rodeaba al poeta y lo designó Secretario de la Embajada en la Ciudad Eterna, para trasladarlo después de la muerte de madame de Beaumont, su fiel y triste amiga, como ministro, a la república del Valais³. Al pasar por la Capital, enteróse del fusilamiento del Duque de Enghien. Dimitió su cargo para romper definitivamente con Bonaparte y el Imperio.

Había abandonado ya este mundo su hermana Lucila, aquella tierna criatura que le inspiró seguramente la Amelia de *René*, enamorada de su propio hermano y refugiada, por eso, en un convento ante el peligro del incesto horrendo⁴. Entonces, el autor de *Ensayo sobre las revoluciones*, parte a Egipto y, a su regreso, publica dos títulos de máxima importancia: *Los mártires* (1809) e *Itinerario de París a Jerusalem* (1811).

Aquella obra, escrita hace 150 años, aún nos conmueve y nos admira. Es producto de su viaje a Oriente y reitera la leyenda de los infortunados amores de Eudoro, soldado cristiano, y la homérica Cimodocia, que ha prometido convertirse a la religión de su esposo. Hierocles, procónsul de Acaya, favorito del poderoso Galerio, ama vanamente a la hija de Demódoco y jura vengarse de su feliz rival. Cuando Eudoro es preso en Lacedemonia, Cimodocia

huye a Jerusalem y recibe el bautismo en las aguas del Jordán. La joven es arrastrada por una tempestad hasta las costas de Italia. Conducida a Roma, encontrará la muerte en el circo, donde los cristianos son devorados por las fieras. Ambos amantes tendrán allí bodas de sangre.

Chateaubriand no es historiador ni pretende serlo; no debemos detenernos, pues, en la indagación de la verdad. Constantino proclama al Cristianismo religión del Imperio, sobre el cadáver de sus mártires. Este *milagro*, nueva expresión de una Voluntad Suprema, ha querido ser cantado por el vate y, por ello, *Les Martyrs* resulta continuación de *Le Génie*, donde se repiten los bellos paisajes y los recuerdos de infancia y de guerra; donde Cimodocia es Atala y Eudoro, René o Chactas, es decir, el mismo Chateaubriand que pone su alma al desnudo. "Hay una verdad profunda, una melancolía envenenadora. Porque ese sentimiento que él le presta, lo amplifica y lo lleva hasta la tragedia"⁴.

El sentido poderosamente dramático que alentaba en el corazón del malvino, le permitió escribir páginas de una belleza inmortal. Sus héroes fueron orgullosos, solitarios, fatales. "Pardonnez, seigneurs, aux larmes qui coulent encore de mes yeux", exclama Eudoro al comentar la muerte de Velleda y su propia prisión. Y agrega: "¡Justo castigo del cielo; yo no debía volver a ver a quien había seducido más que para llorarla en la tumba!" Chateaubriand ha pensado en su propia vida, en su tormento interior, en su llanto. "La grande époque de ma vie, o Cyrille, doit être comtée de ce moment, puisque c'est l'époque de mon retour à la Religion..." La época de su regreso a la religión. He aquí, en una sola línea, la explicación entera de *El genio del Cristianismo* y *Los Mártires*.

Cuando Cimodocia advierte la presencia del tigre, en la escena final, no puede reprimir un sacudimiento de espanto y terror. "¡Ah, sálvame!" clama. ("C'est le cri de la nature", apunta Chateaubriand). "Inmediatamente —prosigue— el calor abandona los miembros de la virgen victoriosa; sus pupilas se cierran; ella permanece suspendida en los brazos del esposo como un copón de nieve en las ramas de un pino Menal o del Eliago... el

1. René corresponde al 4º libro de la Segunda parte y *Atala* al 5º de la Tercera.

2. En julio de 1807 escribió, sin embargo, Chateaubriand en "Le Mercure": "En vano prospera Néron, pues Tácito ha nacido ya en el Imperio; crece desmembrado junto a las cenizas de Germánico y ya entreve la justa Providencia a un oscuro niño la gloria del mundo" (Claretie, *Histoire de la Littérature Française*, T. II, pág. 451). Conf. Beaunier, Chateaubriand, T. I, pág. 318; 4 julio 1807.

3. Amicia muere feliz y curada y Renato acaba miserablemente. De esta muerte resulta condenado al culpable y un demasiado débil víctima siente renacer una alegría instable. (Prefacio de *Atala*).

4. Lanson y Tuffrau, *Histoire de la Littérature Française*, pág. 527.

tigre había despedazado el cuello de mármol de la hija de Homero. El Ángel de la muerte corta sonriendo el hilo de los días de Cimodocea. Ella exhala el último suspiro sin esfuerzo y sin dolor; y rinde al Cielo un hálito divino que parecía apenas contener este cuerpo formado por las Gracias. Cae como una flor que la gundaña del jardinero abate sobre el césped. Eudoro la sigue un momento después a las moradas eternas; parece verse uno de esos sacrificios de paz en que los adolescentes de Aarón ofrecían al Dios de Israel una paloma y un toro joven". Esa es la prosa que ha obligado este juicio de Claretie: "jamás ha llegado tan lejos la dulzura de la lengua francesa".

Chateaubriand, que había nacido en Saint-Malo en 1768, dio por terminada su carrera literaria, por así decirlo, después de 1811. Comenzó su vida de hombre público. Ministro, Embajador, Par de Francia, estará al servicio de la causa borbónica y de la Restauración hasta el ministerio Polignac, en 1830. Con el sentido del honor y del orgullo que fue su fuerza y su debilidad, refugióse, luego, en la tierna amistad de madame de Recamier, quien lo acompañó, ya ciega, hasta la hora postrera. El 19 de julio de 1848, los despojos del poeta fueron depositados en "la punta occidental del gran Bé, la más avanzada en alta mar, en un rincón de la tierra, lo estrictamente necesario para contener el ataúd" como él había pedido al alcalde de su pueblo natal diez años antes.

Sin embargo, la posteridad tuvo aún de qué admirarse. Leyó las *Memorias de Ultratumba*, vendidas por el autor en 200.000 francos, con el compromiso del editor —que no cumplió— de darlas al público luego de su muerte. Su redacción demandó treinta y dos años, de 1811 a 1843⁵. Por *Los Mártires* y las *Memorias de Ultratumba*, ha sido llamado "l'enchanteur", el encantador, este insaciable buscador de belleza, padre del *estilo artístico*, que habría de culminar con el más perfecto artifice de la generación posterior, Gustavo Flaubert.

JOSE ANTONIO BERGEZ

5. Tomamos la fecha que de Chateaubriand va la página 10 de las *Memorias*: "Le 4 octobre 1811..." me tenté à commencer l'histoire de ma vie". Asimismo, ya citado, este que comenzó en 1809 (*Souvenirs d'enfance et de jeunesse*, ed. Mada. Charles Lemeroy) o en 1809, según la carta en toda a Joubert desde Roma (Paul Raynal, *Correspondance de Joubert*).

LA EDUCACIÓN DEMOCRÁTICA EN LA FORMACIÓN DEL HOMBRE LIBRE

Las relaciones reciprocas entre los miembros de una comunidad descansan en la educación de los pueblos y éstos sostienen su soberanía en la autoridad que eligen para gobernarse. Decimos que, democracia es, "gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo"; destacamos que de ese pueblo heterogéneo en estructuras mentales surge el representante que ha de gobernar.

¿Qué fue antes? ¿Cómo fue? ¿Qué piensa, qué siente, cómo se educó? Surge aquí el verdadero responsable: la educación. Bien sabemos que el hombre es egocéntrico de nacimiento. El niño considera bueno todo lo que contribuye a satisfacer sus necesidades de acuerdo con el grupo al que pertenece. Nadie sobrevive físicamente aislado; por consiguiente, se hace necesario aprender a vivir y actuar en armonía provechosa para todos, a conocer, a compartir y a respetar los derechos de los demás; sólo así lograremos seres dignos y capaces.

La escuela frena en el niño muchos impulsos de pequeño dictador y en ella aprende que para ser aceptado debe renunciar a su comportamiento egoísta. Se hace paciente y conoce algo nuevo de la vida, va despertando a pasos lentos su personalidad. Comienza así el momento más importante, que el educador no puede ignorar. Debe desde este momento explorar y buscar sus cualidades para conducirlo al camino de la adolescencia, ya en una sociedad democrática, donde la fuerza no es un derecho.

Si la escuela logra formar al niño, el adolescente saldrá de ella preparado para enfrentar la vida ciudadana con integridad y honestidad y si ese ciudadano llega a la función pública sabrá que integridad y honestidad son vocablos de difícil explicación, pero que significan entereza, inviolabilidad, y sus acciones serán consistentes.

La honestidad es consecuencia de la integridad y le dará conciencia clara en sus actos y sabrá también que nunca lo tratarán como a un simple medio o instrumento para otro fin, cualquiera que éste sea.

Convengamos en destacar, por lo tanto, el papel fundamental de la escuela, que paralela al hogar moldeará nuestras futuras generaciones, y propongamos para ella:

- 1º El desarrollo del espíritu con amplia libertad para que cada uno pueda comprender, juzgar y seleccionar su ideal.
- 2º Que la escuela ejerza influencia constructiva como medio directo, para corregir las deficiencias en la colectividad humana.
- 3º Educar para preparar el ser humano a enfrentarse con la vida y proveerle de los medios necesarios para su propia defensa y la de sus semejantes.

SILVIA IANNELLO

DARDO ROCHA Y LA FUNDACIÓN DE LA PLATA

La Plata ha sido fiel a su destino. Porque La Plata no fue concebida como una ciudad más sino como una Gran Ciudad. Fue concebida y fundada en las proporciones de un sueño magnífico. Por eso le dieron formas definitivas los afanes trabajosos de hombres que llegaron hasta las lomas de la Ensenada para algo más que echar las bases de una nueva población. A ellos habría de corresponderles la suerte de levantar lo que llegaría a ser la capital espiritual de América...

Seamos precisos. La Plata es fiel a su destino. Se había perdido, es cierto, el sentido de las fundaciones de pueblos. Dardo Rocha tuvo el genio y la voluntad consistente para ser el Fundador. Y con él aquellos que echaron a germinar, sobre la pampa alucinada, la semilla de sus esperanzas. Y todo lo bueno, fructificó. Porque el hombre es trabajo. Y el trabajo tiene un tiempo y una historia. La Plata podría ser la capital del trabajo fecundo. Por eso mismo, todo tiene en esta ciudad un aire de poesía. La Leyenda —que también es poesía— pormenoriza la personalidad del Fundador, y ésta cabe en la síntesis genial del poeta. Porque Dardo Rocha se nos esfuma un poco como estadista, como un aspirante a la presidencia de la Nación. Es mejor que así sea. El estadista por lo general, es infranqueable. Y

cuando tenemos la necesidad de explicar el milagro de esta ciudad con más de medio siglo, pero que aún no ha sido descubierta, todo resulta fácil al examen y a la comprensión vital en cuanto afincamos la aventura del hombre en el territorio de su fantasía creadora. Dardo Rocha era un soñador. Por eso los técnicos que lo acompañaron en la ardua empresa, supieron sentir la ciudad como poetas. Porque una ciudad no se improvisa. Es decir, no se improvisa una ciudad como la que soñara el Fundador. No se improvisa una ciudad como ésta, a la que hemos visto crecer —rural, noble, noblemente acogedora— todos los días. Para levantar una ciudad como La Plata, fue preciso haberla soñado. Es decir, comenzar a sufrir con ella. Quererla ya en el sueño. Y puestos a la tarea de dibujarla sobre la pampa, era preciso poner en la demanda el hervor de los ideales largamente madurados. Arrebatársela de las entrañas, y dejarla allí —conquistada e inconquistable— como un corazón tibio, protegido y protector. Ellos sintieron la sublimidad de belleza de las ciudades claras, de las calles anchas y de los árboles multiplicados. Y levantaron una ciudad para el hombre feliz, abierta a todos los rumbos.

I. El fundador era un hombre de una vasta organización mental. Supo acompañarse —como todos los que tienen un alto destino que cumplir— de eminentes colaboradores. El desprendimiento de la ciudad de Buenos Aires, y la fundación de la capital, constituyen sendas manifestaciones de un estadista enérgico. Un periódico de la época, juzgaba así al doctor Rocha: "Está en la conciencia pública que sin los esfuerzos patrióticos del doctor Rocha, la federalización de Buenos Aires habría sido imposible, o por lo menos se habría retardado, manteniéndose vivas las causas de intranquilidad y desunión de la República".

Es evidente, además, que en todos los combates, son diversos los modos de apreciar las actitudes de los combatientes. Así, el senador Pizarro —al examinar el informe del doctor Rocha en favor de la federalización de la ciudad— dijo lo siguiente: "Él ha interpretado fielmente, a juicio mío, el sentimiento nacional en esto, y ha demostrado al punto de vista de la política interna y externa, la necesidad imperiosa de terminar nuestra organización nacional por este último acto que la com-

plementa, con la fijación de la capital permanente". En cambio, el doctor Leandro N. Alem juzgó de manera distinta aquel documento. Dijo de él que se asombraba de que inteligencia tan vigorosa hubiese dado tan débil producción, y luego de recordar los antecedentes políticos del doctor Rocha, manifestó que no se atrevía a descubrir los móviles íntimos que lo impulsaban a proceder así porque no tenía derecho a penetrar los secretos de esa conciencia, que "tan conturbada se revelaba en ese momento".

De cualquier manera, Dardo Rocha reveló ser un hombre de largas vistas. "Amo a la provincia de mi nacimiento —expresó al asumir el gobierno— como se ama el lugar de reposo de los antepasados y de la cuna de los hijos, pero amo sobre todo el nombre de argentino y pienso con dolor que este nombre estaría destinado a desaparecer si los vínculos de la nacionalidad se aflojan o el orden continúa perturbándose con menoscabo de la prosperidad, del bienestar y de la honra nacional".

El Fundador estaba bajo el signo sanmartiniano. Él respondía también al llamado de su destino. Y, amigo de Sarmiento, sabía que las cosas había que hacerlas, bien o mal, pero hacerlas, que es una de las formas percurables de la construcción. La culminación de su militancia política y de su acción de estadista, había de ser la instalación de la nueva capital. En el examen de los documentos históricos, se extrae la dimensión del genio conductor de Rocha. No es un improvisador. Habrá tenido sus habilidades políticas —las tuvo San Martín— para la utilización de los hombres, pero lo cierto es que no perdió el rumbo de la causa del país y le interesaban, como a pocos, la seguridad y el porvenir de la República. Es difícil aún decir en qué proporción sirvió la presencia de Rocha a la salud política y social de la Nación.

La futura capital era pues su objetivo. Constituyó una de las primeras preocupaciones en el mensaje a la asamblea legislativa, al tomar el mando de la Provincia, y dijo: "He reservado deliberadamente para la última parte hablaros de la futura capital, que es una de las más graves cuestiones que a todos nos preocupa y que afectará más hondamente los intereses provinciales".

"El Gobierno debe ante todo paz y confianza a sus gobernados y esta es la mejor obra de paz y de confianza que podemos realizar en la época presente".

No hubo una pequeña o grande cuestión de intereses subalternos, en la instalación de la nueva capital. No era el doctor Rocha, hombre de menudos problemas. Sabía ver lejos. Sentía en la sangre los golpes de la ansiedad fraterna. Hombre culto, como tal, se hallaba del lado de la confraternidad. Lo expresa con seguridad en el mensaje: "¿A qué la memoriamos por otra parte? ¿Puede pensarse en desandar el camino recorrido? Pero esto sería la desgracia y la ruina para todos los argentinos que caeríamos envueltos en el oprobio y nos hundiríamos para siempre. Volvería la guerra civil permanente, que ardería como una inmensa hoguera, hasta que por algunas de nuestras fronteras apareciese un conquistador insolente, que viniese a apagarla con nuestra sangre o con la de nuestros hijos, dividiendo nuestro territorio con su espada vencedora, como botín de guerra".

Dijo que Rocha se proyectaba bajo el signo sanmartiniano. Estas otras palabras lo emparejan, en el renunciamiento, con el Libertador: "No, al desprendernos de nuestra querida ciudad de Buenos Aires, lo hemos hecho conscientemente, con la clara visión de los tiempos venideros para prevenir esas inmensas desdichas y salvar la felicidad, el honor y la gloria de todos, creyendo escuchar la última palabra de nuestros mártires y el último consejo de nuestros grandes repúblicos".

II. Hallase el doctor Rocha frente a la realización de la futura capital. Sabe lo que quiere. Ha elegido el lugar en que ha de ser levantada. Diré, si me apuran, que fue uno de los hombres más extraordinarios del siglo. Tenía en todas las condiciones para triunfar porque era sereno en sus decisiones. Con un afinado sentimiento democrático, y un genuino respeto por las instituciones republicanas, propuso la designación de una comisión que estudiase sobre el terreno el lugar más adecuado para la instalación de la Gran Ciudad. Empero, no lo conformó el dictamen de los técnicos. Correspondió, entonces, al gobierno señalar el sitio ideal. Y lo hizo el doctor Rocha en un mensaje de tan magníficas calidades, que él solo sirve para inmortalizar a un gobernante.

Fueron estas sus palabras: "Los hombres y las sociedades sólo pueden vivir y progresar, para llenar sus destinos, dentro de las leyes universales de la eterna armonía".

"El desconocimiento de las reglas particulares, no trae por lo común tan graves inconvenientes, pero multiplica las dificultades, desperdicia esfuerzos, prolonga la elaboración y provoca retardos que algunas veces suelen ser funestos, hasta el punto de que todas estas circunstancias, lleguen a formar el desconocimiento de una ley general, que es que los esfuerzos sean apropiados a los fines y a los elementos de que dispone para realizarlos". Y planteó concretamente la cuestión de la capital en estos términos: "¿qué debe ser una capital de Provincia con arreglo a nuestras instituciones, a nuestro estado de civilización, a nuestros antecedentes políticos, elementos étnicos, extensión y condiciones del territorio de esta Provincia?".

Desembocamos pues en la ciudad. "A la sombra de la ciudad —dijo el Fundador— crecía la nación y era dentro del recinto sagrado de sus muros, donde se recogían todos los ciudadanos en los momentos de los grandes peligros; de allí partían las lejanas expediciones; allí se aportaban las inmensas riquezas del botín de guerra; allí se festejaban los grandes triunfos y se lamentaban las terribles adversidades; allí se levantaban las grandes obras de arte, que han vencido los siglos..." Sin embargo, la elección del lugar para la ubicación de la ciudad-capital, debía ser estudiada a la luz de principios fundamentales. Exaltaban al estadista el respeto por la Constitución y sus ideas federativas. En el largo mensaje, examina la importancia de las provincias en un régimen unitario y en qué medida las capitales sirven al cumplimiento del poder centralista. "Cuando la nación es federativa como la nuestra —dijo el doctor Rocha— la cuestión cambia de aspecto porque la capital de la Provincia ya no es un órgano nacional, únicamente con el fin de responder a la administración general". Agregó: "Será pues la mejor capital de Provincia la que pueda fomentar más eficazmente todas sus fuerzas morales y materiales dentro de la esfera constitucional".

El problema no terminaba allí para el doctor Rocha. Estaban a salvo los grandes aspectos del federalismo y de la autonomía constitucional. Subsistían aún otros contratiempos. "No es indiferente —dijo— para resolver

una capital provincial en nuestras condiciones, el estado de civilización de la provincia".

"Con una civilización general y casi uniforme como en determinados Estados de la Unión Americana, o en algunas regiones europeas, puede ser indiferente que la capital provincial sea simplemente administrativa".

"Pero si el estado de civilización deja mucho que desear, si además es vario y si al lado de grupos cultos y de hábitos adelantados, se encuentran masas ignorantes y resabios de barbarie, es indispensable procurar formar un gran centro de población, porque de allí ha de ser más eficaz la acción de la administración y de sus altos fines, que son la mayor elevación del nivel moral y la mayor suma de bienestar para los administrados". "Los grandes centros de administración —agregó— en estas condiciones son los más aptos para difundir la civilización y acelerar el progreso. Las fuerzas humanas se centuplican por la asociación y realizan obras que aisladamente no se habrían atrevido a emprender". Y concretando los anhelos de la Provincia, el mensaje registra el pensamiento más hondo y la emoción más cálida del Fundador: "Que haya una ciudad argentina en la provincia de Buenos Aires que pueda mostrarse como una de las mejores modelos de la civilización, de la cultura y de la riqueza nacionales".

Estamos pues en los umbrales de la Ciudad. Dardo Rocha enseñó a construir. Heredamos de él una ciudad moderna, trascendida de ideas. Estas son las menos conocidas. No podemos avanzar sin registrarlas. Si la Ciudad hubiera carecido de ellas, sería, a buen seguro, una de las tantas y accidentales ciudades bonaerenses. Nuestra capital es distinta a todas por su traza magnífica y por sus ideas concretas y actuales, y tenía para Rocha una significación que iba más allá de la simple y gregaria reunión de multitudes. "Además —dijo— una nueva ciudad es siempre una nueva fuerza para una nación, y sobre todo para aquellas como la nuestra que están regidas por un sistema democrático-federativo.

"Las instituciones de este género se vivifican y se perfeccionan en los grandes centros, que es donde la opinión tiene más medios de manifestarse, de disciplinarse y de ilustrarse". Opúsose a continuación a la idea corriente que hacía privar a los pueblos montañosos sobre los de la llanura, y dijo con acento de convicción: "Cuando

la libertad se confundió con la independencia, era opinión muy válida que los pueblos montañosos tenían en sus elevadas asperezas el más seguro baluarte de sus libertades". Agregó: "Pero no somos los argentinos los que confundiremos la libertad con la independencia, porque podemos olvidar aquellos días sin luz de nuestra historia en que después de haber declarado nuestra independencia a la faz del mundo y de haber escrito esa declaración con sangre en los campos de batalla, vivíamos ultrajados por el caudillismo u oprimidos por la tiranía". Rocha va en pos de la libertad. "La libertad moderna —escribió— se funda en el ejercicio amplio del derecho y en el respeto de ese ejercicio, y no puede tener su baluarte en las montañas sino en las ciudades". "El verdadero espíritu —agregó— en la acepción moderna que importa el gobierno regular, limitado, constantemente vigilado, controlado, constituido en favor de los ciudadanos y no contra los ciudadanos, para asegurarles la mayor suma de bienestar, limitando sólo el derecho de cada uno por el derecho ajeno, o por la necesidad de la autoridad indispensable para mantener la armonía de todos los derechos, ese espíritu de libertad no puede nacer en las campañas deshabitadas. Necesita la Ciudad, la reunión de los hombres, la discusión de los intereses, y las pasiones encontradas que se modifican recíprocamente, y que dan por resultado la libertad posible".

III ¿Cuál es el sitio geográfico que más conviene para implantar la nueva capital? No podía ser al norte de la ciudad de Buenos Aires. Alguien pensó en la localidad de Olivos. La sugestión fue rechazada. Dijo el doctor Rocha: "Esto no es lo que buscamos ni lo que necesitamos: queremos una ciudad con los gérmenes prolíficos de un crecimiento indefinido, hija robusta del trabajo y del comercio, que si bien no se divorcie de los gustos artísticos que revelen la civilización, se vean al par los signos de un comercio activo... Que al distinguirse desde lejos no sólo se distingan las altas y bellas construcciones del lujo, sino también las elevadas chimeneas de las usinas y las vastas edificaciones comerciales; y que llame más la atención el tráfico ruidoso y continuo, los numerosos transeúntes ocupados y presurosos que difunden el movimiento y la vida..." Seguidamente, indicó el sitio en el cual debía levantarse la ciudad capital, que ya había soslayado

su genio profundo. Rocha no anduvo a remoio de los acontecimientos. Los precipitaba porque tenía consigo la solución. El lugar por él elegido "está circunscripto entre el límite que separa Barracas al Sud de Quilmes y el río Salado". Y agregó como en una sentencia: "Que las tierras altas de la Ensenada, en la vecindad del puerto, es el sitio más aparente para fundar la capital de la Provincia". "En efecto —continuó— la Ensenada es el único puerto posible que puede mejorarse y completarse con erogaciones compatibles con nuestros recursos y con segura retribución inmediata". Y como él soñaba con una ciudad para la cultura —y no hay cultura sin trabajo— dijo: "Allí podrán llegar y atracar en los muelles que se construyan, los más grandes buques que entren al río de la Plata."

Tan alto pensamiento no podía malograrse. Así lo entendió el Senado de aquel tiempo, que integraba un representante de la más alta intelectualidad argentina, don José Hernández, autor de la *Ida y Vuelta de Martín Fierro*, y a quien le tocó, en nombre del cuerpo, dar formas legales al pensamiento del Poder Ejecutivo. Dijo: "... la Comisión no ha trepidado en aceptar la Ensenada como el punto más adecuado, más conveniente, el único que ofrece un terreno suficiente para levantar una ciudad floreciente, una ciudad que responda, señor, no solamente a las exigencias presentes sino también a las exigencias del porvenir..." Y concluyó el senador: "No queda, señor, sino decir algunas palabras respecto a la razón que ha tenido la Comisión para denominar a esa ciudad con el nombre de La Plata".

"Ella ha querido evitarse las divagaciones consiguientes al entraba ya en la designación de nombres propios, ya en otras designaciones e inspirándose en los antecedentes de la República; inspirándose en la geografía patria, ha dado el nombre de La Plata porque estos territorios fueron primero: Gobernación del Río de la Plata, en el tiempo de la metrópoli; fueron más tarde: Virreynato del Río de la Plata; más tarde: Provincias Unidas del Río de la Plata".

"Y cuando la provincia de Buenos Aires, que ha hecho el sacrificio, el inmenso sacrificio de su capital tradicional para cimentar el orden constitucional de la República, va a levantar una ciudad cabeza de su territorio, es justo,

es lógico, es patriótico, está con los antecedentes de la República, el que la designe también con el nombre de La Plata".

IV. La ciudad que conocemos es una robusta afirmación de que Dardo Rocha no se equivocó. No se equivocan los genios civilizadores. No se equivocaron Alberdi ni Sarmiento. Junto a ellos es preciso colocar la personalidad del Fundador. En alguna otra circunstancia será menester rescatar los valores primordiales del hombre en la trascendencia de su aventura y en el registro de las ideas magistrales. La ciudad que él fundó basta para consagrar su nombre. Y su acción conductora y su pensamiento egregio, entrañan una lección histórica permanente que no tiene el altavoz que reclaman sus esencias universales.

A ello se suma la palabra de Sarmiento, quien, ocupándose de la ciudad fundada por Rocha, dijo en una ocasión: "Siéntese el habitante de Buenos Aires en el mundo que ha soñado, porque La Plata es el pensamiento argentino que viene formándose e ilustrándose hace tiempo sin que nadie se dé cuenta de ello."

Posteriormente, el Gran Sanjuanino escribió: "Me despedido de La Plata revivido, reconfortado pues antes de ser lo que somos y poder conjeturar lo que seremos... dudaba de las fuerzas vegetativas y de los progresos morales y sociales que hacemos para salir del molde colonial que en La Plata ha sido dejado de lado para inventar habitantes con moradas modernas".

En 1885, Sarmiento estuvo de visita en esta ciudad. Sus impresiones acerca de la nueva ciudad, se las confió epistolariamente a su amigo don José Posse, en estilo llano: "Estuve en La Plata y he quedado asombrado de lo que he visto, no de Rocha que ha hecho mucho laudable sino de la vitalidad del país y su fuerza de expansión. He recorrido las partes del mundo culto que vegetan y crecen y te aseguro que no hay nada en la tierra de este crecimiento. Es una ciudad evocada; pero con todos los caracteres del año en que florece. Veré allí la educación rápida que recibe el público con el contacto europeo, las ideas. La Plata sale a la luz con luz eléctrica, con palacios y monumentos clásicos, con parques antiguos, calles empedradas, boulevares que se cruzan en ángulos rectos y en diagonales y con un puerto profundo, elaborado a la ho-

landesa, y que de dos leguas vendrá a las puertas de los almacenes a depositar sus mercaderías. Estamos pues muy avanzados en inteligencia creadora, en arte y en ciencias aplicadas al bienestar. La América es la última colonia, hasta en Chile que ha andado bastante. Esto que como todo está saliendo del molde todavía caliente, es algo mejor que aquello. Sería como Atenas si hubiera un altar para colocar el Partenón. Me parece que me irá a morir allí, entre cosas nuevas y formas elegantes".

Eduardo Sáenz compuso el primer poema en verso para celebrar la fundación de la ciudad, titulado *Canto a La Plata*. En él la futura capital aparece manteniendo un diálogo con el río eponímico, quien con su movimiento eterno "le da el ejemplo siempre repetido de la acción que fecunda el pensamiento. El le dice que fije sus miradas en su vasta llanura movediza, y clavando sus límites inciertos, con sus naves repletas y arrojadas, vaya a buscar las mies de las ideas en lejanos puertos de las fecundas costas europeas".

Y sin el ánimo de responder, por supuesto, a aquella copia primaria y egoísta de las horas iniciales: "Vamos a La Plata, a la Nueva Capital, donde se gana mucho con poco trabajar", muchos años después —perfeccionando la consagración definitiva de la Nueva Capital del Espíritu liberado— María de Villarino escribió este soneto magnífico:

Alma extendida, grácil de llanura
en sus altos silencios demorada,
vigilia de horizontes, la callada
ciudad que le da al sueño arquitectura.

Avara de su luz la luz procura
y abre cielos al pajar y morada.
En surtidor de tilos descansada,
peregrina de sueños se aventura.

Rigores de las fuerzas habituales:
campanas y palomas; humo dormido;
crece la vida como en los tapiales

del muro enamorada la glicina
Y un algo hay de regreso que se obstina
en sus calles sin voz para el olvido.

ALBERTO FERNANDES LEYS

EL PESEBRE NORTENO

La mística y cristiana expresión del Nacimiento se mantiene viva en el espíritu de los habitantes del noroeste argentino. Más o menos desde el 15 de diciembre comienzan los aprestos. Grupos de jóvenes y niñas se dan cita para ensayar los villancicos; las madres enseñan a los niños breves poesías para que reciten durante las fiestas. Al mismo tiempo se comienza con la construcción del pesebre. Las festividades duran nueve días; el 2 de enero cierran el pesebre para abrirlo el 6, día de Reyes.

Construcción del Pesebre.—En un ángulo de la sala—pieza destinada generalmente al Nacimiento—se amarra una rama más o menos grande sostenida por un entramado de madera; se la cubre con lonas pintadas con cal y empapadas con engrudo con lo cual se forman las montañas y sus anfractuosidades. De una y otra manera se figura un valle, una cumbre, un camino, una torrentera; ya una varilla flexible da forma al arco de una loma; ya el respaldo de una silla, la caída de un precipicio. Luego se le agrega ladrillo molido, carbón, mica, arena, que dan reflejos tonales y el claroscuro de las quebradas y valles. En la parte más visible se moldea una gruta donde se coloca al Niño de cabellos dorados y pies desnudos entre las pajuelas de su humilde cuna de hierbas. A cada lado San José y la Virgen María, adorándolo; el ángel, con las alas abiertas, de rodillas, contemplándolo con admiración; un poco más retirado, el asno y el buey que acercan la cabeza, para darle calor. Y más distantes algunos corcortos, unos caballos; nunca falta el gallo, que con su grito madrugador: "Cristo nació, Cristo nació", anunciará por los siglos de los siglos el Nacimiento del Hijo del Hombre. En las simuladas cumbres, envejecidas de harina, en los tortuosos senderos y en los verdes valles, se ven viajeros en camellos y pequeñas casitas rojas y blancas.

El cacto, el espinillo, la tusca, la muña-muña, la yerba de la golondrina y la delicada flor del aire, representan la flora. Los limitados lagos y las corrientes cristalinas de los arroyos están simulados con lágrimas de mica y pe-

gazos de espejo. Este conjunto se completa con grandes floreros con rosas blancas, rojas, amarillas, con claveles rosados, con blancos jazmines y grandes hojas verdes, que se colocan al pie del pesebre. Desparrramados entre las flores y los animalitos, colocan una variedad de juguetes "hechizos" y comprados. La estrella de Belén, hecha con papel brillante, asoma de la cumbre, contemplando esta evocación.

Una luz viva se proyecta al pesebre y todo adquiere color y belleza con el contraste de la penumbra de la pieza.

Las ofrendas.—El 24 a la noche llegan los vecinos trayendo para el Niño Dios las primeras brevas moradas hinchadas de ambrosia; los primeros granos de uva ámbar, transparentes de maduros; las ricas sandías, con su corazón de cántaro y los fragantes melones. Ya llega una mujer trayendo en la mano un manojito de trigo rubio cosechado en la huerta familiar; otra con un "yuro" de miel dorada sobre el "pachiquil", y los chicos con juguetes de diferentes clases. Todas las ofrendas son colocadas al pie del pesebre y en lugares visibles para evitar resquemores familiares.

Las fiestas.—Se hacen los últimos arreglos; se retocan las flores, se colocan más cintas, se ilumina el pesebre con más velas, etc., y a la oración, después que llegan los familiares y los invitados especiales, se comienza con la novena. Más tarde llegan de distintos barrios las "pacotas" de niñas y de jóvenes con guitarras y cajas; saludan a los dueños de casa, piden permiso, cantan diez o doce villancicos y terminan con una copla de despedida. Mucho se quedan para participar en los juegos de prendas que se realizan en el patio y otros siguen para festejar otros pesebres. Una vecina por noche se hace cargo del arreglo y de los retoques del pesebre, como asimismo de la atención de la concurrencia. Durante el día prepara masas, empanadas, licores, aloja, que luego sirve en el transcurso de la reunión.

Los Reyes Magos, con sus ofrendas de incienso, mirra y oro, se colocan muchas veces al principio; pero generalmente lo hacen el 5 de enero a la noche.

En la provincia de Jujuy y parte de Salta, como en Tarijeña de Bolivia, en las festividades del Niño Dios se

baila la danza de las trenzas. Se ubica el palo de trenzar frente a la puerta o en el patio de la casa. Es un poste de dos o tres metros, en cuyo extremo superior se aseguran ocho cintas de lana de diferente color, que llegan hasta el suelo y de un centímetro más o menos de ancho. Los niños, tomando las puntas de las cintas y mientras cantan villancicos, danzan alrededor del palo, tejendo las cintas; cuatro giran hacia la derecha y los otros hacia la izquierda, en tal forma que cuando se encuentran el que pasa por afuera lo hace luego por dentro con el siguiente. Luego se destrenza en la misma forma. Los villancicos se cantan también en los intervalos.

Villancicos. — Anoto algunos, comunes en todas las regiones del noroeste.

Albricias, albricias,
albricias se den
por un niño hermoso
nacido en Belén.

Adiós, mi Niñito;
adiós, que me voy,
quisiera que me echés
tu gran bendición.

Vamos, pastorcillo,
vamos a Belén,
que en Belén acaba
Jesús de nacer.

Adiós, mi Niñito,
boquita i coral,
ojitos de estrellas
que alumbran la mar.

Allá viene la vaca,
por el callejón,
trayendo la leche
para el Niño Dios.

Adiós, mi Niñito,
pa'l año el volver
trayendo leche
y un poco de miel.

Conclusión. — En todo el noroeste argentino, cruzado por costurones de montañas, existen pueblecitos que viven apegados a las añejas tradiciones. El mismo modo de vivir, entre montañas, los aísla de las corrientes civilizadoras y las costumbres se suceden de una generación a otra. Esta naturaleza abrupta es la que ha dado la particularidad de transformar el retablo en una gruta montuosa. La Natividad, con pequeñas características que la diferencian de una región a otra, pero con un fondo común de fe, se va repitiendo a través de los siglos con la misma pureza y con la misma devoción.

Un niño que canta villancicos en adoración al Niño Jesús, lo hace sin saber todo el tiempo que ha caído sobre las palabras; pero hace el milagro de resucitar, cada año, remotos días de inocencia y el resurgimiento de la vida perdurable del Hijo del Hombre para el espíritu de todos los creyentes.

CARLOS VILLAFUERTE.

BIBLIOGRAFÍA.

ARTURO MARASSO, *La mirada en el tiempo*. (Buenos Aires, Editorial Kapeluz).

FELIX COLUCCIO, *Fiestas y costumbres de Andrica*. (Buenos Aires, Editorial Poseidon, 1954).

MODESTO SANTILLAN ROBLES, *La Navidad en el noroeste argentino*. (En selecciones folklóricas, Mar del Plata, 1953).

VÍCTOR VARAS REYES, *La Navidad tarijeña actual*. (En boletín de la A. Tucumana de Folklore, Setiembre y octubre de 1951).

CARLOS VILLAFUERTE, *Voces y costumbres de Culembura*, Editorial El Llastay, 1955. (Tomo 1°).

INDICE DEL TOMO IV

		Pág.
Ali Jafella, Sara	E. Boesch, "La exploración del carácter del niño"	164
Ardissone, Romualdo	Panorama de la geografía urbana argentina	210
Bergez, José Antonio	A 150 años de "Los Mártires de Chateaubriand"	443
Biró de Stern, Ana	La revalorización del aborigen americano	293
Blassi Brambilla, Alberto	Temas para el enfoque de la delincuencia juvenil	306
Blotto, Haydée C.	L. V. Mansilla, "Una excursión a los indios ranqueles"	178
Bréhier, Emile	Dirección de la filosofía contemporánea	430
Cicchini, Héctor E.	Literaturas de Occidente	150
Cogorno, María Luisa	Rosa y Carolina Agazzi	335
Cohen, Marcel	A propósito del lenguaje animal	440
Collin, Remy	Lo real físico y las ciencias de la naturaleza	99
Corti, Dalmiro	León Brillouin, "Vida, materia y observación"	410
Cousinet, Roger	Pedagogía del aprendizaje	116
Chatte Réme, Cristóbal	Los mitos en el Pedro y el Banquete	1
Daval, Simone y Guillemain, Bernard	La ciencia y el espíritu científico	330
Dávalos, Juan Carlos	El viento blanco	375
De Santis, Luis	Insectos peligrosos	228
Dicchio, Juan José	P. Guiraud "El argot"	172
Dicchio, Juan José	Vicente Rossi, "Cosas de negros"	423
Dorst, Jean	Las aves y el mar	378
Duchemin, Jacqueline	Poesía, sentimiento religioso y mitología	23
Eliot, T. S.	Valoración de la crítica	295
Emanuele de Prieto, Andrea	La iniciación literaria	346
Fernandes Leys, Alberto	Rocha y la fundación de La Plata	443
Filliozat, Jean	Presencia del budismo	362
García de Diego, Vicente	La afectividad como hipótesis	157
Garcilaso de la Vega, Inca	Postas y correos y los despachos que llevaban	445
Guillemain, Bernard y Daval, Simone	La ciencia y el espíritu científico	330
Guiraud, Pierre	Argot y lenguaje técnico	409

Gusdorf, Georges	Técnicas de fijación de la palabra	P42
Handrich, Emmanuel	Las lenguas vivas y la formación del espíritu	199
Herrera Clément, Estela	La escuela activa en los grados superiores	437
Houessay, Bernardo A.	Aplicaciones de la ciencia	371
Hudson, G. E.	MI primera visión de los flamencos	185
Iannello, Silvia	La educación democrática en la formación del hombre libre	381
Jäger, Werner	La amistad	447
Jensen, Diego	Han Jantzen "La arquitectura gótica"	143
Junco, Alfonso	La jota de Méjico	420
Krapovickas, Pedro	Poblados y ciudades indígenas	353
Lafón, Ciro René	Poblaciones aborígenes del territorio argentino	237
Lagoma de Romero, Elba	El trabajo por equipos	34
Lain Entralgo, Pedro	Las fuentes cosmológicas de Fray Luis de Granada	129
La Redacción	La casa y la escuela	154
La Redacción	P. Sorokin, "Achaques y manías de la sociología moderna y ciencias afines"	139
La Redacción	Comentarios y extractos de Revistas	162
La Redacción	Carlos M. Rama "Teoría de la historia"	181
La Redacción	Comentarios y extractos de Revistas	402
Manzo, Juan Carlos	La escuela rural, el maestro y el ambiente	426
Marasso, Arturo	La Y pitagórica	133
Marasso, Arturo	Cervantes y Horacio	152
Massini Ezcurra, José M.	Un archivo nuevo de interés histórico: El registro de duplicados parroquiales	383
Maud, Ismael Armando	Actualidad de nuestro folklore	192
Mays, W.	Lógica y semántica	196
Méautis, Georges	El ideal eleusino	434
Moreno, Elba G. y Rodríguez, Lyda	Motivación de los centros de interés, por medio de un personaje	186
Moya, Ismael	R. F. Vázquez, "Los Iroqueses"	353
Nedoncelle, Maurice	El devenir colectivo	168
Nervi, J. Ricardo	La mitología del agua y el Salto Encantado de Misiones	186
Olivar Bertrand, Rafael	La ciencia histórica	103
Olivar Bertrand, Rafael	Sobre historia cultural	48
Ortega, Hebe	A. Le Gall, "Los fracasos escolares"	246
Ortega y Gasset, José	El oficio de pintar	406
Pagella, Héctor Raúl	Santos Vega, el payador	150
Pérez Aznar, Ataúlfo	Mensaje en el Día del Maestro	200
Platón	Pedro	207
Pogolotti, Marcelo	Tocqueville y Sarmiento	142

Ringuelet, Raúl Adolfo	Las reservas como sagrarios de la flora y de la fauna	P42
Rodríguez, Lyda y Moreno, Elba G.	Motivación de los centros de interés, por medio de un personaje	353
Rodríguez, Lyda C.	René Hubert, "El desarrollo mental"	403
Rohde, Jorge Máximo	En Tásculo con Cicerón	87
Ruzo, D.	La cultura masma	108
Sadi Grosso, Luis	Francisco Bernareggi y la literatura ilustrada	203
Salaverría, José María	Elogio de los campanarios	879
Sapir, Edward	La función de una lengua internacional auxiliar	326
Sartre, J. P.	La realidad singular del habla	326
Sgrosso, Pascual	Semblanza del Perito Moreno	81
Sica, Armando C.	El muralismo en América	266
Suñer Martínez, Francisco	Mientras juega un niño	378
Tágora, Rabindranath	Los primeros jazmines	381
Tajani, Miguel M.	Geometría clásica o euclidiana. Geometría elíptica	286
Termier, Pierre	La montaña y el tiempo	146
Tosto, Pablo	La exposición de "Arte infantil"	136
Ullman, S.	Los campos semánticos	158
Uribarri de Natale, Hebe M.	Consideraciones sobre la enseñanza de la geometría en la escuela primaria	358
Villafuerte, Carlos	El pesebre norteño	458
Zundel, Maurice	El privilegio del maestro primario	369

	Pág.
Ataúlfo Pérez Aznar	Mensaje a los Docentes de la provincia de Buenos Aires en el Día del Maestro
Romualdo Ardissoni	Panorama de la geografía urbana argentina
Luis De Santis	Insectos peligrosos
Pedro Krapovickas	Poblados y ciudades indígenas
Rafael Olivari Bertrand	Sobre historia cultural
Armando C. Sica	El muralismo en América
Miguel M. Tajani	Geometría clásica o euclidiana. Geometría elíptica. Geometría hiperbólica
Ana Biró de Stern	La revalorización del aborigen americano
Jean Fillozat	Presencia del budismo
Alberto Biasi Brambilla	Temas para el enfoque de la delincuencia juvenil
Edward Sapir	La función de una lengua internacional auxiliar
Raúl Adolfo Ringuelet	Las reservas como sagrarios de la flora y de la fauna
Simone Daval y Bernard Guillemain	La ciencia y el espíritu científico
Maria Luisa Cogorno	Rosa y Carolina Agazzi
Andrea E. de Prieto	La iniciación literaria
Lyda Rodríguez y Elba G. Moreno	Motivación de los centros de interés, por medio de un personaje
Hebe M. Uribarri de Natale	Consideraciones sobre la enseñanza de la geometría en la escuela primaria
Maurice Zundel	El privilegio del maestro primario
Estela Herrera Clément	La escuela activa en los grados superiores
Juan Carlos Dávalos	El viento blanco
Francisco Suaiter Martínez	Mientras juega un niño
Jean Dorst	Las aves y el mar
José María Salaverria	Elogio de los campanarios
Rabindranath Tagore	Los primeros jazmines
G. E. Hudson	MI primera visión de los flamencos
Arturo Marasso	Cervantes y Horacio
Alfonso Junco	La jota de Méjico
T. S. Eliot	Valoración de la crítica
J. P. Sartre	La realidad singular del habla
Pierre Guiraud	Argot y lenguaje técnico
La Redacción	Carlos M. Rama, "Teoría de la historia"
Lyda C. Rodríguez	René Hubert, "El desarrollo mental"
Hebe Ortega	A. Le Gall, "Los fracasos escolares"
Dalmiro Corti	León Brillouin, "Vida, materia y observación"
Diego Jensen	Han Jantzen, "La arquitectura gótica"
Juan José Dichio	Vicente Rossi, "Cosas de negros"
La Redacción	Comentarios y extractos de Revistas
Emile Bréhier	Dirección de la filosofía contemporánea
W. Mays	Lógica y semántica
Emmanuel Handrich	Las lenguas vivas y la formación del espíritu
Marcel Cohen	A propósito del lenguaje animal
José Antonio Bergez	A 150 años de "Los Mártires" de Chateaubriand
Silvia Iannello	La educación democrática en la formación del hombre libre
Alberto Fernandes Leys	Rocha y la fundación de La Plata
Carlos Villafuerte	El pesebre norteco

Una de las alegrías más profundas que procura el estudio del pensamiento búdico antiguo encuentra su fuente en la riqueza y la diversidad de éste. Lejos de ser reducido, como lo cree generalmente el profano, a un misticismo vago, confuso, alejado de toda realidad y que deja una impresión de misterio y aun de inquietud, el budismo de la antigüedad, el que prosperó en la India hasta la víspera de las invasiones musulmanas, se presenta a nuestros ojos como un vasto conjunto filosófico y espiritual que engloba una concepción del universo casi completa y que se distingue por la riqueza y la osadía de sus ideas, la diversidad de sus opiniones, el rigor de su lógica, la agudeza de las observaciones sobre las que reposa, la profundidad de su pensamiento, la precisión de sus conceptos y del vocabulario que los expresa, el carácter práctico de sus prescripciones. Se podría elogiar también la riqueza y la diversidad de la inmensa literatura que ese budismo antiguo nos ha legado, y que no representa sin embargo, ¡ay!, sino una ínfima parte de aquello que produjo hace una veintena de siglos. Cuentos y relatos populares o sabios tratados que rebozan una admirable erudición, poesías ingenuas o poemas preciosos, voluminosos manuales de los que la sequedad y la precisión del estilo no ceden en nada a las de nuestras obras científicas más abstractas, códigos de leyes, enormes colecciones de jurisprudencia, ¿qué no encontramos allí? Todo esto constituye uno de los más bellos monumentos del pensamiento humano, con la misma razón que la filosofía helénica a la cual el pensamiento búdico antiguo se asemeja por tantos aspectos.

ANDRÉ BAREAU

*Richesse et diversité de la
pensée bouddhique ancienne,
en "Presence du Bouddhisme".*

France-Asie, Nº 153-157.

Saigon, febrero-junio de 1959.

